



SI TE
TIENTAN
MIS
Sabias

ELEANOR RIGBY

Si te tientan mis labios



Eleanor Rigby

© 2019, Eleanor Rigby
Título: Si te tientan mis labios
Primera edición: diciembre de 2019
ISBN: 9781980458555
Sello: Independently published
Diseño de portada: Elena Salvador
Maquetación: Elena Salvador
Imágenes: Adobe Stock Images, Unsplash

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Sígueme en Redes Sociales



[@madamvoltaire](https://twitter.com/madamvoltaire)



[@tontosinolees](https://www.instagram.com/tontosinolees)

Capítulo 1



Entre las aldeas de Burnopfield y Chopwell no había nada más que el escaso río Derwent, campos repletos de arándanos y brezos, y un coro de paletos con un detestable acento norteño.

Bastian Carstairs no solía quejarse de ningún tipo de entonación porque rara vez la sufría —nunca se animaba a charlar con desconocidos— y tampoco era asiduo a la queja gratuita. Los defectos de los demás no le molestaban mientras a él no le rozasen ni por casualidad, y si por una cuestión de mala suerte tenía que tolerarlos, ¿para qué criticar pudiendo simplemente quitarse del medio?

Además; para hacer su trabajo no necesitaba cháchara, y en sus ratos libres prefería disfrutar del silencio. No obstante, estando tan lejos de Londres y después de días siguiendo huellas en la arena, no le quedaba otro remedio que llamar la atención de los granjeros y airear su única pista, a riesgo de que aquella espantosa cadencia le perforase los oídos.

No era una cuestión de clasismo. Bast se sentía cómodo con los de su originario estrato social. Pero siempre había tenido una ridícula sensibilidad para los ritmos, y esa jerga vulgar y desacompasada era a la ópera lo que unas uñas largas arañando la pared.

—No lo conozco —aseguró el local, tras un rato de deliberación.

Bast se incorporó en su montura y volvió a guardar el grabado en el bolsillo de sus sencillos pantalones.

En Londres apuntaban su facilidad para camuflarse con el ambiente como una de las razones por las que era peligroso. Si se codeaba con aristócratas llevaba sedas y chalecos brocados. Si se paseaba en los páramos limítrofes de Durham, y en compañía de un granjero bonachón, prefería el algodón desgastado. Y, aun así, no había forma de que pasara del todo desapercibido, ni siquiera con una camisa de manga abullonada y

un sombrero de ala ancha cuya sombra le cubría la mitad de la cara. Había sido el tipo el que se le había acercado, preguntando si podía ayudarlo, y no al revés.

—¿Por qué lo busca?

—Eso no es asunto suyo, amigo.

El tipo arrugó el ceño.

—Lo será si resulta ser un criminal. Este es un pueblo muy tranquilo, señor. Si hay una amenaza ahí fuera, me gustaría saberlo. Así podría poner sobre aviso al resto.

Bast sonrió con aburrimiento. El espíritu heroico de los pobres le daba tanta lástima como le generaba una irritación tremenda. Quizá porque había sido ese pobre héroe una vez, y le habría gustado que alguien se riera en su cara para espabilar lo antes posible.

Contestando a su pregunta, daba la casualidad de que esa vez sí se trataba de un hombre con una moral cuestionable, pero por lo general, le tocaba encargarse de hijas desobedientes y algún que otro marido acostumbrado a no avisar de que sus juergas durarían días. Aunque entregar a estos fugitivos de pacotilla era tedioso, casi siempre cumplía su labor para no perder la reputación de que le era fácil rastrear a cualquiera. No podía decir lo mismo cuando la cabeza que se pedía era la de un criminal. En esas ocasiones, hacía lo que le convenía, y eso solía ser sellar un pacto de no agresión en el que cada uno se iba por su lado sin molestar al otro. No solo porque fuera más beneficioso dejarse sobornar por los villanos —a los que siempre encontraba—; también porque le caían mejor que los que los andaban buscando y estos ofrecían mejores recompensas.

Las pocas veces que esos muertos de hambre de la Policía Metropolitana lo habían subcontratado a regañadientes para perseguir a sus fichajes, había coincidido con agentes que no le llegaban ni a la suela del zapato a sus ahora socios, un conjunto de delincuentes de lo más variopinto.

Los estafadores le gustaban. Eran hombres con ideas claras y conocimiento sobrado para conseguir lo que se proponían. No negaría el encanto de los contrabandistas, que le proveían de todo cuanto pedía a cambio de unos favores muy asequibles. Los carteristas tenían una maña admirable y les sobraban historias entretenidas. De ellos había sacado muchos de sus trucos. Los asesinos le daban curiosidad: para un hombre

para el que la muerte significaba un viaje gratis a un destino de lujo, eran jueces que siempre tomaban la mejor decisión.

Los abusones ya se le atragantaban algo más, y los violadores directamente le repugnaban. Incluso los temía porque sacaban lo peor de él. Cuando los tenía agarrados del pescuezo, el deseo de acabar con ellos era tan intenso que esos restos de humanidad a los que se aferraba para diferenciarse de las bestias corrían peligro. Y si bien a Bast le gustaba estar en la línea de fuego, aún no veía con buenos ojos eso de sentirse vulnerable.

—No es de lo peor que podría cruzarse —resolvió al fin.

—¿Y qué es lo peor que podría cruzarme, señor?

—Eso depende. ¿Cuáles son las supersticiones de este sitio? —Ladeó la cabeza—. No es un pueblo costero, así que imagino que nada de monstruos marinos.

—Somos un pueblo trabajador, señor. Solo le tememos a las malas cosechas.

Bast aceptó su toque de atención con un asentimiento humilde.

—El sujeto que busco ha acumulado suficientes méritos en el mundillo de la perversión como para recibir condecoraciones —explicó—, pero no mata por afición, así que no prenda las alarmas. Sus víctimas suelen ser algo más interesantes que una tabernera o un deshollinador.

—¿Qué clase de vida vale más que la de una tabernera o un deshollinador?

Bast le dirigió una mirada curiosa, intrigado por su facilidad para lanzar pullas.

—Tiene una mente ágil y las ideas muy claras —comentó, sin responder a la pregunta—. ¿Me diría por dónde se va al centro del pueblo?

—¿El centro, señor?

—A la taberna más frecuentada, a la vivienda del rico de turno, al edificio municipal... el que sea el lugar emblemático de este sitio.

—Oh, sí. Siga el sendero hasta perder de vista los abedules. Llegará a la plaza. Hoy es día de mercado; la encontrará agitada.

Agitado estaba el barrio de Camden Town con la descarga de mercancías, o el día de apertura de las sesiones del Parlamento, que coincidía con la temporada social y la llegada en bandada de los nobles a los que les gustaba aparecer «elegantemente tarde», no una aldea casi deshabitada durante un sábado de primavera.

A Bast le costaba abandonar la costumbre de compararlo todo con la que consideraba su ciudad, y no dejaba de ser paradójico porque había nacido en un pueblo como ese.

—Si quiere, le escolto —se ofreció, con la vista clavada en su montura—. Nunca he estado tan cerca de un caballo como este y soy un verdadero entusiasta de los animales domesticables.

Bast sonrió para sí.

—Ahí se equivoca. Este no es domesticable.

—¿Y cómo lo monta?

—Con su permiso. Hacemos un ejercicio de mutuo respeto, no de dominación.

El granjero echó a andar a su lado muy interesado, sin dejar de mirar con fascinación al Darley Arabian. El brillante pelaje negro lo convertía en un espectro nocturno. Por las noches solo destacaba la mancha blanca de su morro obstinado.

A pesar de tenerlo todo, Bastian no era de los que hacían ostentación de nada, pero si se paseaba sobre el fantástico animal no era porque odiara caminar. El semental era el único ser vivo que sentía que le hacía compañía sin esperar nada de él, y eso suponía un alivio para alguien que ansiaba la independencia en todos los sentidos.

—¿Tiene nombre?

—Turandot.

—Me esperaba algo más fiero, como... *Sombra*.

Bast exhaló simulando una risa irónica.

—No le pondría como nombre algo que haga referencia a una sola cualidad suya. Se ofendería si dejara fuera todas las demás. ¿Cómo se llama usted?

—Harold.

—¿Y diría que le representa fielmente?

—Supongo que sí. Ya estoy acostumbrado a que me llamen así.

—Llámesese como quiera. Al final, los nombres son como los sombreros. Lo inteligente es ponerse uno u otro dependiendo de qué puertas quiere que le abran.

Eso él lo sabía bien. El hombre al que buscaba tenía tantos nombres como vidas podía contar el gato. Los diarios hablaban del nacimiento de un nuevo criminal, pero no era ningún novato, sino él bajo un alias distinto. Aun así, era fácil de identificar por su rostro marcado. En el

campo había hombres con la cara picada por la viruela y aceitunada por la exposición al sol, pero solo uno con una cicatriz que le cruzaba la cara desde la sien izquierda a la mejilla derecha. Una que se había hecho él mismo con Dios sabía qué propósito. El de pasar desapercibido no sería, desde luego.

—¿Y cuál es su nombre, señor?

Bastian dudó un segundo antes de salir del fresco refugio de las copas de abedules. Dudaba que su fama hubiera recorrido más de doscientas millas al norte, y por eso se decidió a contestar. Pero justo al asomar la cabeza al sol radiante del mediodía, lo distrajo un coro de gritos y carcajadas.

Tal y como imaginaba, la plaza era escasa, pero la abarrotaban tenderos ambulantes, hombres con ojo para las gangas y pilluelos en busca de alguna que otra moneda perdida en el suelo. El centro como tal ni siquiera estaba empedrado, era una simple explanada de tierra. Con el paso de un viejo burro y un par de carretas, desde la que una mujer le guiñó un ojo y enseñó su tobillo desnudo, se levantó una polvareda que dejó su sello a la altura de las rodillas de los congregados en un corro. Esos eran los que aullaban como monos.

A Bastian no le llamaban la atención los círculos porque tuviera creencias paganas, pero sí le gustaba meterse en peleas y las mejores solían darse en el centro de uno. Solo que no parecía que eso fuera una discusión, ni mucho menos a puños.

Una lástima. Estaba tan molesto por haber perdido el rastro del misterioso Auckland, si es que así seguía haciéndose llamar, que no le habría importado dejarse llevar por sus más bajos instintos.

—Parece que el señor Goody se ha decidido —comentó Harold.

Fue a preguntar a qué se refería cuando lo comprendió de un vistazo. Entre los sombreros de paja y los voluminosos cuerpos del conjunto, los ojos rapaces de Bast interceptaron el gracioso ondular de un bucle rojizo. Pertenecían a una melena desobediente, sucia y muy mal atada, que enmarcaba un rostro angelical. No quiso detener el paso, pero se quedó prendado de la forma en que el viento hacía bailar las ondas sobre unos hombros femeninos.

Toda fascinación desapareció cuando la miró a la cara.

La joven estaba muerta de miedo. Se aferraba a un pequeño gato negro como si el animal pudiera rescatarla, cuando este no parecía mucho más

dueño de la situación o, ya puestos, cómodo con la postura. Había sacado las garras y estaba arañando los desnudos antebrazos.

Aunque sentía debilidad por los animales incomprendidos —sobre todo desde que «gato negro» se había convertido en uno de sus sobrenombres—, lo que le hizo frenar al fin no fue el felino, sino la cuerda que constreñía el cuello de la mujer.

Un tipo tiraba de ella sin ninguna compasión para exhibirla al público.

—¿Quién es?

—La señora Goody.

—¿Y qué es lo que ha decidido su marido? —preguntó Bast, tratando de respirar con normalidad. Odió que su voz saliera algo más aguda de lo normal—. ¿Humillarla?

—Venderla. Es una lástima para él. Tiene una buena esposa. Por otro lado, no puedo decir que para ella vaya a ser una tragedia marcharse. Estará mejor con cualquier otra persona.

Sin apartar la vista de la escena, Bast tuvo que darle la razón. Comparado con un hombre que maniataba y exhibía a su mujer como si fuera ganado, hasta el lecho de Lucifer sería considerablemente más tentador.

—Le pega, ¿sabe? —continuó Harold, en tono confidencial—. Todo el mundo lo sabe, pero no podemos hacer nada. La pobre muchacha dice que es por su bien. Se casó con él con dieciséis años y es lo único que...

—No me interesa, Harold —cortó.

Pero sus ojos seguían fijos en la escena, lo que desmentía su opinión sobre el asunto. Imaginaba que el encantador señor Goody era el que tiraba del otro extremo de la soga para arrastrar a la joven a su antojo: un barrigón con la nariz colorada por el influjo del sol. Le faltaban unos cuantos dientes, y Bast se regocijó pensando que los habría perdido en una pelea a puños.

Reconocía a los sádicos con los ojos cerrados porque se codeaba con unos cuantos, pero aquel en concreto no temía que la gente supiera hasta dónde alcanzaba su mezquindad. Si le hubiera preocupado ocultarlo, habría tenido la gentileza de atar a la muchacha por la cintura, como era costumbre, y no por un cuello que parecía capaz de romperse de un soplado.

Sin saber muy bien por qué, o quizá sabiéndolo tan bien que prefería ignorarlo, se acercó al corro.

—Mirad qué joven y bonita. Mirad qué piel —decía Goody.

Pensó en darse la vuelta antes de encontrar más motivos para perder el control, pero el señor Goody se las arregló para mantener la expectación tirando de su extremo de la cuerda. Lo hizo con tanta fuerza que la muchacha estuvo a punto de ahogarse.

Bast no se movió, como si permanecer en el sitio fuera a ayudarla de alguna forma. Y en realidad, quieto no iba a colaborar con ninguno de los dos. Ni con la joven, ni con él mismo. Pero menos con ella, que era ahora víctima de una nueva humillación.

Goody arrastró los rollizos dedos por su generoso escote. Todos se fijaron en las agresivas curvas de la muchacha, mientras que Bast, por una vez menos pendiente de las sutilezas y más horrorizado por la evidencia, solo tuvo ojos para las marcas rojas que la cuerda dejaba en su frágil garganta. En sus nudillos blancos, víctimas de una tensión irreprimible. En su palidez vampírica y sus ojos asustados, que buscaban un milagro entre el público.

—Mirad su pelo. Su cintura, sus caderas... Y está en edad de concebir: tiene veinte años —prosiguió—. Sabe cocinar, limpiar, coser... Mi mujercita es un dechado de virtudes y un deleite para la vista.

—¿Cuánto pides por ella?

—Media corona.

Con una sonrisa de orgullo por quién sabía qué, Goody se llevó la mano a la entrepierna y no la abandonó hasta que no hubo aliviado lo que parecía un picor.

«Media corona», pensó Bast. Si tuviera que pensar en su propio valor, no se vendería por menos que el palacio de Buckingham. Pero los locales no compartían su idea de «precio justo».

—¿Media corona por ella? ¡Estás loco!

—¿Loco? ¿Tú has visto esto? —Sin pudor, agarró uno de los pechos de la joven y lo manoseó sin delicadeza. Bast sintió una molestia en la zona pectoral, igual que si acabara de hacérselo a él. Ella dio un respingo, pero no se quejó. Su pusilanimidad solo lo alteró más—. Por unas tetas como las que veis debería pedir dos coronas. ¡Dos! Os aseguro que con estas al lado cualquiera se siente un rey.

Se levantó un coro de risas.

Bast no reprimió una sonrisa de desprecio.

—¿Va a permitir que cada uno de estos hombres le dé un apretón, o lo hace solo usted y delante de todos para tentarlos? —se oyó decir.

Goody alzó la vista hacia el forastero. Bast se imaginaba lo que estaría pensando. Antes mataría y enterraría a su mujer que entregarla a un extraño que lo miraba como si fuera un insecto. Así funcionaba la gentuza de pueblo. Recelaban de los desconocidos por llevar vidas diferentes, y se creían superiores a ellos porque vivían alejados de las perversiones y caprichos cosmopolitas. Bastian sabía que su desconfianza era un mecanismo de defensa ante la gente de mundo que se divertía a costa de los analfabetos, pero esa vez no quiso apiadarse de las razones que había tras su mirada recelosa.

Mientras Goody examinaba a Bast, y Bast elucubraba sobre Goody, la muchacha agarraba la cuerda con los dientes y tiraba de ella para que escapara del flojo agarre de su captor. Aunque echó a correr hasta desfallecer, no llegó muy lejos. El círculo no se abrió para formar un pasillo. Atrapada, Goody no tardó en agarrarla de la nuca con crueldad.

Bast observó la escena con cierta desorientación. Había presenciado toda clase de injusticias y ni se había inmutado. Achacar las crueldades del ser humano a la sencilla y arbitraria ley de vida le ayudaba a dormir por las noches. Pero la maldad de ese marido le parecía grotesca, y el sufrimiento de esa esposa, desmesurado. Incluso para tratarse de la cruda realidad. Quizá la respuesta estuviera en que tenía por costumbre tratar con villanos con motivaciones, y aquel miserable se regodeaba en su salvajismo por placer, algo que asombraría a cualquiera.

Apenas se dio cuenta de que contenía la respiración y sujetaba las riendas como si quisiera despedazarlas.

—Si lo dice porque quiere tocarla... —le respondió Goody con normalidad. Se enrolló el extremo opuesto de la cuerda en el velludo antebrazo—, ya sabe cuál es el precio.

—¿Por qué estaría yo interesado en comprar una mujer? —inquirió, mirándola de hito en hito. Había vuelto a agachar la cabeza.

Juraría que su sumisión estaba a punto de abrirle una úlcera en el estómago.

—Porque es la mujer de la suerte, señor.

Bast elevó las cejas con fingido interés.

—No me diga. ¿Qué trucos hace?

—¿Trucos? Ah, no... Eso solo lo hace abriendo las piernas. —El coro volvió a reírse—. Cuando digo que da suerte, me refiero a que con ella nunca se viven desgracias ni se pasan penurias. Las cosechas mejoran, la gente es más feliz en su compañía...

—Y si tan maravillosa es, ¿por qué no se la queda?

El hombre vaciló.

—Porque no tengo dinero.

—Entonces parece que sí que se pasan penurias con ella. Yo no intentaría vender nada con mentiras.

—No es ninguna mentira. Todo el mundo puede hablar de los milagros de Merry. Si pudiera mantenerla, no la vendería ni por asomo.

—«Si pudiera» suena como si no pudiera de veras. No me diga que se lo cree.

—Es la pura verdad. No soy ni el primero ni el último que se ve en la obligación de renunciar a su familia.

Bast le sostuvo la mirada con los ojos entornados.

—¿No sabe usted que se puede ser pobre y una persona decente a la vez, Goody? No son cualidades antónimas ni tampoco excluyentes.

—¿Qué está insinuando?

—La primera esposa que se vendió para no tener que pagar un divorcio data del siglo diecisiete... y estamos en 1853. Más que un pobre diablo, el que vende a su mujer me parece un anticuado y avaricioso, además de un hombre simplón.

Por lo general, Bast era más sutil a la hora de hacer sus apreciaciones. Había aprendido a controlar el arte de la conversación y se divertía inventando formas de insultar a sus interlocutores sin tener que cobrar luego por la ofensa. Era impagable el ceño confuso con el que los dejaba, preguntándose qué había querido decir con su comentario. Pero esta vez, las palabras habían salido de su boca antes de pensarlas. Su fuerza de voluntad no podía hacer nada frente a la heredada naturaleza impetuosa de su madre.

No esperaba ninguna respuesta concreta tras el comentario, pero le sorprendió que Merry, sin levantar la vista de sus pies, soltara una inapropiada carcajada. La reacción le costó la ira de Goody, que la abofeteó delante de todos. Fue tan agresivo que la muchacha cayó de bruces, con la mala suerte de que también aplastó al felino.

Mientras el gato escapaba entre maullidos, ella se incorporaba para quedar a cuatro patas, tosiendo por el polvo que le había entrado en la nariz y la boca al darse el golpe.

Bast se irguió en el caballo como si lo hubieran insultado. El vello de sus brazos lo hizo a su vez. Él no podía moverse, pero Turandot sí, y sacudió la cabeza, bufando, antes de patear el suelo con los cascos en señal de protesta.

Esperó que las lágrimas asomaran a los ojos de la muchacha, y nada sucedió. Su mirada desenfocada se perdió en el vacío. Una nueva rojez bombeaba en su mejilla.

Bast cogió aire muy despacio.

Solo una clase de persona se dejaba mancillar sin emitir queja, y era la que lo tenía tan interiorizado que ni siquiera lo consideraba un menosprecio.

—¿La está vendiendo como esposa, o como saco de boxeo? —inquirió sin entonación—. Porque como lo segundo me parece demasiado cara.

—Puede quedársela para usarla como quiera. Se deja hacer cualquier cosa.

Bast agarró las riendas con más fuerza. Le ardía el pecho como si acabaran de tatuarlo con una herradura al rojo vivo, y sabía lo que pasaba cuando las emociones se adueñaban de su cuerpo. Conocía su impetuosidad y hacia los lugares oscuros a los que lo arrastraba si no frenaba en seco. Casi siempre recuperaba la compostura a tiempo porque lo había visto todo. Lo había vivido todo. Lo había sufrido todo. Y, sin embargo, la escena lo acercaba vertiginosamente a un colapso que nunca antes había experimentado.

—Ya veo que hay milagros que ni siquiera la mujer de la suerte puede obrar, y ese sería conseguir que dejara de ser un bufón.

Goody se ruborizó hasta las orejas.

—¿Por qué no baja de su caballito y me lo repite a la cara? A unos metros de distancia todos nos creemos capaces de faltar el respeto a los demás.

—Suenas como si tuviera caballo, Goody. No me diga que vende antes a su esposa que al equino. En ese caso, tendré que recomendarle que reorganice sus prioridades.

Un par de granjeros del grupo soltaron una carcajada que él ignoró con desdén. Obedeció la sugerencia de Goody solo porque le quemaban las

puntas de los dedos y debía hacer algo con su frustración.

Desmontó y cayó sobre los dos pies, levantando una polvareda que se le enredó en los tobillos. Sin que tuviera que pedirlo, el círculo se abrió para él, igual que si Moisés hubiera invocado a su dios.

Goody era más pequeño de lo que le había parecido. O eso, o él era más grande de lo que el otro había pensado, a juzgar por su mueca de consternación. Le dio la impresión de que la muchacha levantaba la vista del suelo para mirarlo, pero no perdió el tiempo asegurándolo.

Bast se quitó el sombrero y lo arrojó a un lado. Se regocijó en la forma en que Goody se encogió cuando se arremangó para intimidarlo.

—¿Qué quiere que le repita con exactitud? —preguntó con voz suave.

—Sus ojos... —balbuceó el hombre—. Sus ojos son...

—Ah, ¿ahora va a decirme que tengo unos ojos muy bonitos?

Goody parecía haber perdido toda su valentía de repente. Alzó las palmas para defenderse de un golpe que aún no había llegado.

—Señor, no quiero discutir ni pelear... Solo intento darle una vida mejor a mi Merry.

Una arcada le arañó la garganta.

Su Merry.

—¿De veras? Porque cualquiera diría que está intentando darle un escarmiento. Y cuando Merry se vaya de aquí —continuó, en tono amistoso—, ¿quién se encargará de dárselo a usted?

—Señor...

—No ponga esa cara, Goody. —Dio un paso amenazador hacia delante—. Hace unos minutos estaba usted muy orgulloso de haber asustado tanto a una mujer que «se deja hacer todo lo que uno quiera», y solo hay una clase de hombre que me cae peor que el abusón: el que no es firme en sus convicciones.

»Dígame... ¿En qué ha consistido el adiestramiento de su joven esposa? Lo digo para que los posibles compradores sepan a lo que atenerse. ¿Bofetadas, quizá? ¿Patadas? ¿Ha usado la vara alguna vez?

Goody retrocedía conforme Bast avanzaba, sacando un dedo del puño crispado por cada posibilidad.

—S-señor...

—Cuéntenos por qué Merry es tan obediente. ¿Ha empleado el látigo con el que azuza a su caballo?

Bast no había llegado a su límite, pero era la primera vez en veintinueve años que se acercaba tanto. Era consciente de lo cerca que estaba de arrojar por la borda su envidiable autocontrol y golpear a alguien por placer, cuando una de sus reglas de oro era no usar la violencia a no ser que pudiera emprenderla con una indiferencia total. Bast no seguía ninguna norma escrita, pero le gustaba actuar de la misma forma desapasionada en que las leyes fueron promulgadas.

Sin embargo, iba a hacer una excepción. Era la única forma de hacerle pagar por adelantado esos daños que derivarían del que ya estaba hecho. Lo suficientemente contenido para no destruirlo, pero sí desatado de sobra para dejarle un recuerdo de por vida, le asestó un puñetazo en la mandíbula que lo mandó al suelo.

Esperaba que su sumisa esposa, o bien el resto del pueblo, salieran en su defensa, pero debió ser lo bastante contundente para aterrorizar al público. La escena pareció congelarse cuando Goody lanzaba un escupitajo de saliva y sangre entremezcladas, y después, un par de muelas. La sonrisa sanguinaria de Bast hizo que retrocedieran los únicos dos valientes que habían hecho el amago de acercarse para ponerlo en pie.

Merry intervino sin decir nada, solo levantando la barbilla polvorienta y herida hacia él. Sin mirarla, porque temía no ver su rostro sino el de otra mujer más familiar y vilipendiada en el pasado hasta el mismo punto, sacó un pañuelo del bolsillo y se lo tendió para que se limpiara la sangre que manaba de su nariz. Después extrajo una corona de la bolsa de monedas y se la arrojó a la cara al renqueante Goody.

—Con eso podrás pagarte unos dientes nuevos.

La misma sensación de irrealidad del principio lo acompañó cuando se daba la vuelta, preparado para volver a su misión.

No fue consciente de que acababa de *comprar* una mujer desconocida. Ni de que su acto podría considerarse «heroico». Ni de que aquello significaba una responsabilidad futura. Solo sintió impotencia, porque en algún momento de su camino tendría que asumir que no había rescatado a la mujer que quería.

A esa ya no la podía salvar. Con esa era demasiado tarde.

Bajo la atenta y atemorizada mirada de las gentes del pueblo, Bast montó al nervioso Turandot. Observó que Merry se había puesto de pie y tenía en la mano su pañuelo.

Bast desvió la mirada al frente.

—Sube al caballo antes de que me arrepienta.

Capítulo 2



Ya se había arrepentido y no llevaba ni media hora trotando al pueblo más cercano.

Incluso Turandot condenaba su irreflexivo comportamiento. No estaba acostumbrado a soportar el peso de dos, y cada vez que se le antojaba, se detenía para menear la cabeza con desaprobación. El caballo estaba juzgando su afán de heroísmo y la clase de gesto de caridad del que su jinete solía reírse, y no podía hacer más que darle toda la razón. Se había traicionado a sí mismo.

Nunca quiso jugar a ser Dios. Bast tenía por obligación no complicarse, y el trabajo de marcar los destinos de otros le parecía demasiado comprometedor. Eso por no mencionar el temido porcentaje de error. Si se equivocara, la culpabilidad lo perseguiría toda la vida.

Sin embargo, eso era justo lo que había hecho: entrometerse en otra vida y entrecruzar dos caminos que no podían ser más distintos. Y todo ¿por qué? ¿Por compasión? ¿Porque el pasado lo perseguía y creía que solo podría deshacerse de él actuando con esa ridícula impulsividad en el presente?

No recordaba la última vez que sintió compasión por alguien. Ni tampoco la última vez que hizo una estupidez. No eran palabras que reconociera su diccionario particular, ni adjetivos que definieran sus actos, y no permitiría que lo hiciesen ahora.

Merry aún no había demostrado que tuviera lengua, pero Bast suponía que, en cuanto superase la conmoción y se hiciera a la idea de que ya no era la señora Goody, abriría la boca para hacer preguntas.

Bast esperaba no estar allí cuando tuviera que responderlas.

Lamentablemente no iba a ser bendecido por la suerte.

No en ese siglo.

—Señor —llamó en voz baja. Bast cerró los ojos y agarró las riendas con fuerza. Se santiguó para sus adentros—. Señor...

El acento norteño. El *endiablado* acento norteño. ¿Qué se suponía que debía hacer con él? ¿Permitir que lo persiguiera, como un instrumento desafinado, hasta Londres? ¿A casi doscientas millas de distancia?

Ni siquiera decía «señor». Era algo más parecido a «señó».

Cuando pensó que iba a darse por vencida, sintió el toque de unos deditos en el hombro.

—¿Señor?

Bast se armó de paciencia. Podía no gustarle la situación en la que se encontraba, pero tampoco era de los que huían de sus problemas o los ignoraban sin miramientos.

—¿Qué puedo hacer por ti, Merry? —preguntó en un tono engañosamente dulce.

Ella estaba detrás, abrazada a su cintura como si le diera miedo caerse. Menos mal que entendía el lenguaje no verbal: había bastado con sacudirse un poco para que apartara la mejilla de su espalda, donde había creído que podría reposarla. Y, aun así, sentía que todo su espacio estaba siendo violado.

No acostumbraba a tener a una mujer tan cerca sin connotaciones sexuales por medio. Estaba obsesionado con el significado de cada acción, y temía como al Diablo la interpretación que ella pudiera darle a un abrazo apretado.

—Eh... —vaciló—. Bueno, señor, quería decirle que tiene usted un caballo muy bonito.

Bastian arrugó el ceño.

—Gracias.

—¿Cómo se llama?

—Turandot.

—¿Turandot es su nombre, o su apellido?

—Es el nombre del caballo.

—Le preguntaba por el suyo. ¿Cuál es, señor?

—Bast —resumió, distante.

—¿De dónde viene Bast? ¿Sebastian, quizá? Yo soy solo Merry, por ejemplo, y creo que suena demasiado corto. Muy escaso. ¿No le parece, señor Bast?

—No acostumbro a opinar sobre el largo de los nombres propios. Pero Merry suele ser diminutivo de Meredith.

—¿Meredith? Suena muy sofisticado, señor Bast; como de mujeres que llevan perlas. Nunca he visto unas perlas, pero una amiga mía dice que son como canicas de color marfil. Tampoco sé lo que es el color marfil, pero se intuyen bonitas... —Carraspeó—. A mí me pusieron Merry porque de pequeña era muy alegre, ¿sabe?

Bast emitió un sonido que significaba «te estoy escuchando... por desgracia».

—¿Señor Bast?

Él gruñó.

—¿Le importaría llamarme Meredith?

—No.

—Gracias, señor Bast. ¿De dónde viene usted? ¿De la ciudad?

Tenía que concederle un talento que no había visto antes en ningún otro ser humano: sabía formular preguntas antes de terminar las otras.

—Hay unas cuantas ciudades en Inglaterra, pero supongo que vengo de esa única que parece conocer.

—Oh. —Hizo una pausa. Bast se relajó, creyendo que no volvería a abrir la boca—. ¿Le gusta el campo, señor Bast?

—No tengo nada en contra del campo, aunque suelo encontrar tremendamente irritante a la gente que vive en él.

Soltó de nuevo ese «oh» afectado que parecía la versión resumida de una disculpa. Por unos segundos hubo silencio, pero Bast dudaba que hubiera acabado el interrogatorio. Y aun estando convencido de que volvería a la carga, se tensó igual al oír su voz graciosa.

—¿Cuál es su color favorito, señor Bast?

Él estuvo a punto de mirarla por encima del hombro, solo para asegurarse de que bromeaba. Debía estar riéndose a su costa con todas esas tonterías, pero no le parecía detectar ni un amago de sonrisa en su tonillo cantarín.

—A mí me gusta el color malva, como las flores medicinales o las lavandas. No hay muchas cosas en el mundo que sean de ese tono, ¿no cree, señor Bast? Solo unas cuantas plantas, y a veces, solo a veces, el cielo. ¡Y las berenjenas, claro! —exclamó, emocionada—. ¿Cuál es el suyo, señor Bast?

Él desencajó la mandíbula. Había algo en esa conversación que le estaba poniendo los pelos de punta. Podía ser el tono afable o el acento norteno, o quizá que parecía intentar acercarse cuando él no pretendía cederle ningún terreno.

—¿Señor Bast?

—No tengo color favorito —cortó.

—No quería preguntarle eso, sino... ¿Tiene usted esposa o hijos?

—Aún puedo hacerme infeliz sin necesidad de reproducirme, así que no.

—¿Por qué se hace infeliz, señor Bast?

Bast estuvo a punto de detener el paseo e increparla directamente. Como escuchara otro maldito «señor Bast» más, se arrancaría el pelo.

No era ni de lejos la persona más insoportable con la que se había cruzado. Su medio hermano Fox, un marinero con un sentido del humor muy particular, era apodado el «hombre-bala» por una razón que le era desconocida, pero Bast juraría que se debía a que cualquiera querría pegarse un tiro tras pasar media hora en su misma habitación. Sin embargo, no había rescatado a Fox de un corro de abusones y un marido que no se merecía el título, y eso hacía que su trato se le hiciera más o menos llevadero. La presencia de Merry, en cambio, estaba llena de implicaciones que lo asfixiaban.

Bast bien podía no estar casado, pero incluso sin esa experiencia tenía la impresión de que a las esposas no se las abofeteaba. Ni en público ni en privado. Lo que significaba que había hecho algo bien sacándola de allí... y él no tenía por qué diablos hacer algo bien por nadie, menos aún para que ese alguien desarrollara una enfermiza lealtad hacia él. No quería que nadie le debiera la libertad ni la vida. Como mucho, el suficiente dinero para chantajearlos a su antojo, como y cuando quisiera. Y no se veía haciendo eso con Merry, una chica pobre que parecía ansiosa por descubrir detalles de la vida de su héroe particular.

Bast agarró las riendas con fuerza.

Menudo estúpido había sido dejándose llevar por la ira. Un error de principiante. Dudaba que alguien se hubiera percatado de la inmensa rabia que lo había dominado, pero a esas alturas, y después de toda una vida alimentando al monstruo narcisista, el único al que le importaba defraudar demostrando humanidad, era a él mismo. Y lo había hecho.

—¿Señor Bast?

En lugar de espetarle qué demonios quería saber, picó espuelas. Esperaba que Turandot al galope la impresionara lo suficiente para cerrar la boca. No tuvo suerte; no solo no la cerró, sino que la abrió para gritar de pánico. Bast supo por qué un instante después, cuando al mirar por encima de su hombro vio que Merry ya no estaba ahí.

El corazón se le aceleró estúpidamente. Desmontó a toda prisa, ignorando los relinchos del caballo, y descubrió de un sencillo vistazo lo que había pasado.

Murmuró una imprecación para sí y arrodilló ante ella a toda prisa.

—¿Por qué diablos no te has quitado eso? —espetó. Merry lo miraba con los ojos muy abiertos y la cara colorada. Se agarraba la soga con dedos temblorosos; dedos que Bast fue apartando uno a uno para romper la cuerda con sus propias manos—. Maldita sea. El otro extremo se ha enredado en las patas de Turandot. Podría haberte ahorcado.

Arrojó los restos de la improvisada correa al otro lado del camino, donde crecía la hierba a la altura de las rodillas. Iba a ponerse en pie enseguida, pero habría sido imposible ignorar el estado de su cuello. La misma impulsividad que le había conseguido su adorable compañía, lo llevó a acuclillarse con el ceño fruncido y pasar la yema del pulgar por las rojeces.

Su piel se sintió cálida y suave como la de cualquier mujer de clase alta a la que hubiera tocado en la intimidad del dormitorio. Las damas que buscaban sus afectos disfrutaban enormemente de un trato más feroz, y Bast encontraba excitante la idea de maltratar en la cama a esas mujeres que le rehuían la mirada en público.

Se preguntó, turbado, si al usar una morbosa violencia en la cama no banalizaba la que otras jóvenes como Merry sufrían.

Trató de apartar ese pensamiento intruso y concentrarse en la rabia que llameaba en su pecho.

—Jodido animal —masculló para sí.

—Malvas...

Bast apartó la vista de los arañazos y cardenales a regañadientes y se concentró en ella. Lamentó haberlo hecho en cuanto reparó en la forma en lo que miraba.

Estaba acostumbrado a que las mujeres lo convirtieran en el objeto de su admiración, pero había algo más. Aunque su adorable curiosidad

amenazó con aniquilar sus recelos, no lo consiguió como sí lo hizo su inocente fascinación.

—¿Qué has dicho? —murmuró, no muy seguro de querer saberlo.

Ella estiró los dedos temblorosos hacia él. Tenía unas manos ridículamente pequeñas; tanto, que no debería haber sentido la caricia que se desprendió de ellas.

—Nunca he visto nada tan bonito —susurró ella, con los dedos aún pegados a la rasposa mejilla del perplejo Bast.

Le costó un sobrehumano esfuerzo salir del trance, pero cuando lo hizo, su ánimo se ensombreció como si lo hubiera insultado. Se alejó de ella con la excusa de traer a Turandot de vuelta, con una extraña sensación en el cuerpo.

—Ponte de pie —ordenó—. No puedo perder más tiempo contigo.

—¿A dónde nos dirigimos, señor Bast?

Fue ese «nos» el que lo hizo despertar.

—¿Nos? —repitió—. Nosotros no nos dirigimos a ninguna parte. Yo me voy a Londres, y tú te quedas en algún lugar del camino.

—¿A qué se refiere, señor Bast?

Solo Dios sabía por qué, pero se alegró de no tener que mirarla a la cara al hablar con franqueza. No admitiría que no sabía qué endiablado impulso lo había llevado a subirla a su caballo; eso era una señal de debilidad, y nadie, ni siquiera la desgraciada de «solo» Merry Goody, debía saber que a veces flaqueaba.

—¿Es que sí tiene una esposa y no la quiere enfadar? —dudó—. A mí no me importa, señor Bast, puedo fingir ser su criada.

—Nada de eso, Merry. Quiero que mi número de esposas al final del día siga siendo cero. No he comprado una mujer; he comprado su libertad... y pienso devolvérsela aquí mismo.

En principio pretendía llevarla al pueblo próximo, pero no podría recorrer ni media milla más atragantado con esa incómoda inseguridad. Sentía que cada paso que daba era en falso y estaba dando una imagen muy manipulada de quién era. Y se había dado cuenta con la misma rapidez con la que calaba a un bandido, de que ella era más o menos igual de peligrosa. No había nada más trapacero que alguien capaz de despertar ternura y compasión sin que fuera su propósito.

Ayudó a Merry a levantarse del suelo, con cuidado de no tocarla más de lo debido. Aunque tenía toda la intención de no fijarse en ella, le fue

imposible darse cuenta de que era diminuta. Si llegaba al metro cincuenta, sería de pura chiripa.

Merry buscó sus ojos desesperadamente mientras Bast, con prisa, sacaba una bolsa de monedas del bolsillo. La cogió de la mano con rudeza y la obligó a extender la palma.

—¿Qué monedas son estas, señor Bast?

—No me llames «señor Bast». O «Bast» o «señor». Y se llaman libras —contestó con sequedad. Vació la mitad de la bolsa casi nervioso, con la mala suerte de que parte del botín salió rodando. Ni se molestó en agacharse para recogerlas; su prioridad era salir de allí lo más rápido posible—. Con lo que te voy a dar puedes comprar una pequeña casa para ti en alguno de los pueblos vecinos. O puedes gastarlas en un caballo como el mío para recorrer Inglaterra. O ahorrarlas para cualquier capricho. Esas perlas que has mencionado. Lo que se te antoje. Es una cantidad obscena de dinero, así que procura que nadie te las vea o te robarán.

Merry seguía con la vista clavada en su rostro huidizo.

—¿Por qué me da todo este dinero, señor?

Lo dijo como si no entendiera por qué estaba siendo caritativo, y esa duda tan obvia perforó la coraza de Bast.

¿Por qué demonios le daba dinero? Esa era una grandiosa pregunta que ni él sabía responder.

¿Qué le importaba si se ganaba la vida o se perdía en el bosque? ¿Qué le importaba si invertía el dinero y se hacía rica, o la atracaban y la mataban unos ladronzuelos de poca monta? No era su asunto. Las injusticias estaban a la orden del día y esa mujer en concreto no era nada para él como para echarse sobre los hombros el deber de protegerla. Aun así, estaría siendo un estúpido si ignorase sus corazonadas cuando se conocía lo suficiente para saber que, si la dejaba desamparada, el runrún de la culpabilidad estaría perforándole las sienas hasta el día del Juicio Final.

Flagelarse por los errores del pasado era definitivamente su estilo.

—Para que lo gastes. Piénsalo como... —vaciló—, el dinero que vales.

Ella pestañeó sin comprender.

—Yo valgo media corona, señor Bast.

—Si estás de acuerdo en que vales lo que un hombre dice, entonces no me llevarás la contraria si te subo el precio a cincuenta libras —espetó. Le

cerró las dos manos, porque en una no habrían cabido, y se apartó sin más ceremonia—. Buena suerte, Meredith.

Acababa de colocar un pie en el estribo para impulsarse de nuevo a su montura, cuando Merry volvió a llamar su atención.

—¿Por qué me abandona, señor Bast? ¿No quiere que sea su esposa?
Él apretó la mandíbula.

—No.

—¿Es que no soy lo suficientemente guapa?

Bast se quedó inmóvil. Desde la altura de Turandot, que parecía ansioso por salir despedido de allí, dirigió la primera mirada evaluadora a su nueva adquisición. Merry demostraba tener mucho más arrojo que Bastian al mirarlo con los ojos muy abiertos. Era obvio que, al contrario que él, no temía que su recuerdo la persiguiera después.

Desde su privilegiada posición, la muchacha se veía más insignificante aún. Llevaba un vestido de granjera con los bajos demasiado cortos, sin enaguas, y la falda, fabricada con la misma arpillera de yute que los sacos de abono, contaba con unos cuantos parches de colores. Goody le había roto una de las mangas del vestido y llevaba un hombro al descubierto, sobre el que reposaban los bucles de una melena que rodeaba su carita como el halo de un ángel. Por si fuera poco, tenía una herida abierta en la barbilla y sangre reseca en el arco de Cupido. En sus mejillas brillaba un cardenal cerúleo que no tardaría en tornarse más oscuro. Estaba manchada de polvo y suciedad.

En esas condiciones, no sabría decir si era bonita o no. Solo sabía que, con las manos llenas de monedas que no podía sostener y esos ojos redondos, parecía pedirle que le arreglara la vida a cambio de todo lo que tenía.

—La belleza es para los hombres sin imaginación —se oyó decir.

Merry se acercó al caballo sin hacer el ademán de guardar el dinero. En medio del camino a Durham, y con una fortuna entre los dedos, parecía la estatua oferente de la Virgen de la tentación de los salteadores.

—¿Y usted no tiene imaginación, señor?

—Guarda eso, Merry, o acabarás invocando a algún malhechor.

—¿Por qué no me lleva con usted?

Lo había dicho como si fuera una auténtica locura que no lo acompañara a Londres. Como si nunca hubiera existido otra opción.

Bast se estremeció. Esa mujer poseía un talento innato para devolver a las preguntas el objetivo con el que se hacían. Con ella no existía la retórica ni tampoco la ironía. Sus dudas eran pronunciadas para que el interlocutor pusiera en tela de juicio sus propios principios.

—Porque no sé cuidar de las mujeres. —Haber confesado una verdad que se le hacía tan insoportablemente dolorosa le arrancó una sonrisa de amargura—. Créeme, Merry, te estoy haciendo un favor. Yo no soy ningún señor, ni nadie que merezca que lo mires como a un santo.

—Yo sé que usted no es nada parecido, señor. Le ha dado un mamporro a mi marido y eso no es de Dios. Pero no quiero estar sola.

Bast frunció el ceño.

¿No era de Dios darle un puñetazo al imbécil de Goody? No sabía si eso significaba que la joven tenía un alma misericordiosa o un sentido del humor más retorcido de lo que incluso un hombre de los bajos fondos de la capital podía tolerar.

Rogaba porque fuese lo segundo.

—¿Alguien te espera en Londres?

Con una lentitud exasperante, Merry esbozó una sonrisa que iluminó su pequeño rostro.

Bast se removió, incómodo, sobre el sillín de montar.

—Sí, señor. Tengo un hermano mayor.

Asqueado por su reacción ante una estúpida sonrisa, se armó con las riendas y le dirigió una mirada glacial.

—Entonces alquílate un carruaje. Yo aún no me dirijo a Londres, sino a Durham.

—¿A Durham? ¿Por qué, señor?

—Porque estoy buscando a un hombre.

—¿Qué hombre, señor?

Estuvo a punto de gritarle que dejara de llamarlo así. ¿Cuánta gente había en Inglaterra que se dirigiera a él con educación? Incluso los patanes de la Policía Metropolitana lo tuteaban y se creían en el derecho de llamarlo Bast.

Por costumbre, se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó el grabado del criminal. Se lo mostró con impaciencia, ansioso porque sacudiera la cabeza y pudiera iniciar su marcha.

—¿Busca a este caballero? Lo vi hace tan solo unos días en la taberna de la aldea —dijo Merry, escudriñando las facciones trazadas de forma

tosca—. Dijo que se dirigía a Bensham. Está muy cerca de Gateshead.

Bast sonrió con condescendencia.

—Ese hombre jamás diría a dónde se dirige.

—Se le conoce como Auckland, ¿no?

La sonrisa se desvaneció en sus labios. Miró a Merry de hito en hito.

¿De verdad había sido tan imbécil como para hablar de su paradero con una mujer desconocida? Bien podía no estar enterada de que lo andaban buscando, pero a las mozas de pueblo se las conocía por sus indiscreciones. ¿Lo habría aturcido con una de esas extrañas sonrisas? Sinceramente, lo dudaba. Auckland había demostrado ser más listo que él en varias ocasiones.

No se creyó ni media palabra, aunque su rostro reflejara esa franqueza que solo se veía en las jóvenes incapaces de mentir.

—¿Sabes dónde está Bensham?

—Claro, señor Bast. Puedo llevarle. Pero antes tendría que quitar todo esto de mis manos. —Y lanzó una mirada aprensiva a las monedas amontonadas en sus manitas. Era un milagro cómo había conseguido que solo se cayera la mitad.

—No. Quiero que te lo quedes. Tómalo como un pago por ayudarme a cazar a Auckland.

Le tendió una mano para que volviera a subir al caballo. Observó cómo Merry ahuecaba el escote para resguardar su pago anticipado. El ceñido corpiño impidió que salieran rodando falda abajo.

—Irás delante —ordenó—. Así dirigirás y yo vigilaré que no vuelves a caerte de bruces. No me he tomado tantas molestias para que ahora te abras la cabeza.

—Tiene razón, señor. Sería la primera vez que alguien se gasta tanto dinero en un muerto.

Capítulo 3



Aprovechando que Bast no podía verla, Merry torció la boca en una mueca de consternación. Su padre se lo había repetido una y mil veces: esa tendencia suya a mentir mirando a los ojos a la gente iba a traerle problemas. Y se los había traído más pronto que tarde.

Gracias a la mentira, ya no era el pánico al futuro lo que presidía el lío de sentimientos que daba vueltas por su cabeza. Temía mucho más la reacción de su nuevo señor cuando descubriera que lo estaba conduciendo por un camino improvisado, porque no tenía ni una remota idea de dónde diablos estaba ese tal Auckland.

Había acertado el nombre de pura chiripa. Recordaba haber oído al señor Goody hablando sobre un criminal muy buscado llamado Auckland, caracterizado por su cara rajada. Al ver el grabado, el impulsivo instinto de supervivencia respondió por ella haciendo un esfuerzo de memoria. Como en tantas otras ocasiones anteriores, no se podía creer su suerte. El señor Goody podía tener muchos defectos, pero no era ningún embustero: no engañaba a nadie cuando pretendía venderla prometiendo que traería buena ventura a su comprador.

El problema era que estaba guiando a Bast por senderos que no conocía, y dudaba que de eso pudiera resultar algo bueno para él. No conocía a su señor —aunque no podía decirse que no lo estuviera intentando—, y aun así ya sabía que no era conveniente jugar con él.

La tenía desconcertada. Cuando apareció montado sobre su flamante semental, pensó que debía ser un rey vestido de paisano en una misión de incógnito. Nunca había visto a ningún monarca, pero él era todo lo que describían los cuentos: soberbio en los dos sentidos de la palabra. El perfecto equilibrio entre la arrogancia y la sofisticación.

Al verlo caminar hacia su marido le había parecido un enorme felino con infinitos frentes abiertos. Andaba despacio, pero con seguridad; como si estuviese preparado para cambiar de idea en el último minuto y confiara en sí mismo lo suficiente para dar por válida cualquier alternativa

improvisada. Después, al detenerse frente al señor Goody, Bast demostró ser indiferente a su situación. Parecía que solo hubiera intervenido para aclarar quién estaba al mando. Pero luego tiró a su marido al suelo de un arrebato furioso y sonrió como si el Diablo le hubiera susurrado un chiste al oído. Se había vestido de tantas personalidades en tan solo unos minutos que no sabía qué pensar.

Al principio, Merry creyó que se trataba de un héroe circunstancial; de los que no iban buscando destacar, pero lo hacían irremediablemente cuando detenían su camino para echar una mano. Lo había admirado por eso. Sin embargo, había tardado menos de una hora en bajarla del caballo y amenazar con abandonarla a su suerte, bajo la excusa de que no era ningún señor. Otro brusco giro de sentido.

Si solo hubiera presenciado esos dos cambios de opinión, Merry pensaría que solo estaba dividido, pero había sido testigo de cómo muchas otras emociones surcaban su pétreo rostro entre una decisión y otra. Había odiado sus heridas, la había despreciado por su origen humilde, la había compadecido, se había detestado a sí mismo por mostrar piedad... Era como si varios hombres convivieran dentro de él.

Merry no entendía nada. Lo único que podía sacar en claro, era que el señor Bast era un hombre muy impredecible y tremendamente peligroso. Se estremecía al recordar la mirada asesina que le había dirigido al señor Goody, y no se sacaba de la cabeza cómo había sonado el impacto de los crudos nudillos contra la dura estructura ósea de su marido. Merry había recibido suficientes golpes para saber que nunca la habían tratado como Bast se había ensañado con un sencillo puñetazo. Y eso la asustaba.

Pero no iba a permitir que el recelo la dominase, sobre todo cuando estaba a su merced. Se había aferrado a su comprador rogando que fuera un buen hombre. Jamás había dependido solo de sí misma y aún no quería descubrir cómo se sentía la soledad. Siempre había sido un alma perdida manipulada por el raciocinio de otros más inteligentes, y eso le había dado una seguridad que no encontraría sola.

¿A dónde se dirigiría si alguien no marcaba su destino?

—Espero que sepas a dónde vamos —intervino él con voz lánguida. Su aliento le acarició la oreja y le puso todo el vello de punta.

Su tono era una de las cosas que la descolocaba. Sonaba desapasionado, como si supiera que podía ahorrarse cualquier palabra que saliera de sus labios. Eso, unido a su voz rasposa, hacía que pareciera que

acababa de levantarse y estaba leyendo una noticia del periódico. No para sí, sino a algún comensal que le había insistido hasta colmar su paciencia.

Sí, eso era. Estaba impaciente por terminar de hablar, por relajarse de nuevo en el silencio, pero no por eso se expresaba con rapidez. Se tomaba su tiempo para que al interlocutor no le cupiera duda de cuánto se estaba aburriendo.

Era tan sutil que dudaba que alguien más se hubiera dado cuenta, pero Merry estaba acostumbrada a analizar el tono de voz de los hombres de su entorno. Así podía saber, solo por la forma en que daban los buenos días al cruzar la puerta, si iba a poder dormir esa noche o tendría que pasarla curando las laceraciones de su espalda.

—Claro, señor Bast —exclamó con alegría—. Llegaremos a la posada en la que podrá preguntar por Auckland en unos minutos.

Pensó en sellar sus labios y no volver a hablar hasta que él hiciera alguna pregunta, pero nunca había soportado ninguna clase de mutismo. Le parecía que tener compañía y no charlar con ella era una paradoja sin sentido. Aun así, había ciertos individuos con los que no les importaba pasear sin una conversación. Bast no era uno de ellos. Sus reservadas pausas no significaban lo mismo que las del señor Goody —paz temporal; un instante para respirar tranquila—, sino la calma que precedía a la tormenta. Cierta violencia subyacía en su silencio calculador, lo que hacía de su sigilo algo amenazante. A Merry le daba la impresión de que, en su meditación, Bast estaba llegando a conclusiones que no la beneficiarían en lo absoluto, y se sentía en la desesperada obligación de disolver esos pensamientos.

—¿Por qué quiere «cazar» a Auckland, señor?

Él no contestó enseguida.

—Yo no quiero hacerlo. Soy un mandado.

—¿Y por qué quieren encontrarlo los que le han mandado?

—Creen que merece un castigo. Es un hombre malo.

—¿Eso no le hace a usted el bueno, señor?

—No, Merry. Eso me hace el peor.

Ella se quedó muy quieta un momento. No la abandonaba la sensación de que, debajo de sus palabras, había una amargura tan antigua que era imposible que perteneciera a él. No quería creerse que un hombre tan joven estuviera tan hastiado con el mundo; debía hablar a través de una tristeza heredada.

—No creo que haya hombres malos y buenos, señor —expresó ella con suavidad—. Solo hombres que tienen lo que les hace felices y hombres que aún no saben qué es.

—Siguiendo ese razonamiento, ¿cómo explicarías que haya hombres muy felices cometiendo fechorías?

—No creo que la emoción que sienten los que hacen el mal y lo disfrutan sea la alegría, sino el morbo. Uno solo es feliz de veras cuando sabe que lo que hace está bien —dudó, insegura. Se sintió avergonzada por haber hecho un comentario sobre una cuestión que debía debatir la gente cultivada. Ella no podía hablar de esas cosas—. En cualquier caso, señor Bast, ¿por qué sería usted peor que un criminal?

En las preguntas no solo encontraba la comodidad de no tener que expresar sus ridículas ideas, sino una seguridad que las sonrisas y los halagos no le habían reportado nunca. Una caricia no atemperaba el mal humor del señor Goody, ni tampoco un comentario sobre su grandeza. En cambio, si lo entretenía con preguntas, conseguía posponer el castigo. Ese era su destino inevitable, sí, pero Merry siempre hacía todo cuanto estaba en su mano por retrasarlo. Por ganar tiempo. Creía que algún día conseguiría lo mismo que Sherezade: mantenerlo intrigado durante las suficientes noches para que, cuando llegara el momento de usar la mano, el amor por ella le hiciera abandonar sus propósitos.

Merry no sabía contar historias, pero sí jugar con lo orgullosos que los hombres se sentían de sí mismos. Estaba acostumbrada a ser un mero reflejo de la agudeza de los demás: a costa de quedar como una estúpida con dudas básicas, podía hacer ver al otro como una eminencia, y cualquier narcisista amaría a quien potenciara el lado más adorado de sí mismo.

Le había servido con muchos. No con el señor Goody, que tras las mil y una noches seguía encontrando más divertido desahogarse con su cuerpo. Y no con Bast, quien parecía odiar su opinión sobre las cosas tanto como ella odiaba la suya.

—Los criminales no dejan de ser gente con sueños —contestó con ironía—, y yo, como cazarrecompensas, no dejo de ser ese bastardo que hace añicos sus planes por mero placer. ¿Quién es el matón, al final?

—Usted evita muchos males cuando encarcela a un ladrón.

—Yo no encarcelo a nadie: solo lo encuentro por orden de otros. Y no lo hago porque me importe hacer el bien.

—¿Qué importa lo que le lleve a hacerlo cuando el fin es bueno para todos?

—La pregunta que me llevan haciendo toda la vida. Es una cuestión de principios, Merry —explicó con esa impaciencia condescendiente que empezaba a ser característica en él—. Los criminales actúan por supervivencia, porque alcanzar el morbo es lo único que les reporta placer o porque se traen entre manos un plan de magnitud superior. Eso es respetable. A mí no me mueve ni siquiera la avaricia. A veces, ni el capricho. Y no se me ocurre nada peor que arruinar una vida por aburrimiento, sea una vida que merece la pena o se trate de un miserable.

»Si Auckland acabara ahorcado porque el tipo que lo capturó quería una gran recompensa para su familia o porque ansiaba reconocimiento público, no sería tan patético como si muriera por culpa de la monotonía de un pobre diablo.

—Señor Bast, suena como si quisiera convencerme de que es usted malvado.

—Y tú sueñas como si quisieras darme una importancia que no tengo a base de repetir ese desagradable «señor Bast».

—¿Cómo quiere que le llame?

—Soy Bastian Carstairs, lo que me hace el señor Carstairs o simplemente Bast.

Bastian Carstairs. Lo repitió para sus adentros varias veces. Le sonó sorprendentemente familiar.

—Creo que lo he escuchado antes.

—Mi rango de acción comprende toda Inglaterra. No me sorprendería que mi reputación haya llegado a tus oídos.

—Su reputación ¿cómo qué?

—En principio, rastreador —contestó. Parecía molesto por tener que dar explicaciones—. La Policía Metropolitana de Londres me ha subcontratado para llegar hasta Auckland.

—¿Por qué no lo hacen ellos mismos, señor Bast?

Él exhaló un aliento que quiso ser risa, pero no pudo.

—Según el jefe, porque al haber entregado al caballero en cuestión en otras ocasiones me sería más fácil traerlo de las orejas. Si pregunta por mi versión, diría que porque son unos incompetentes.

—¿Y a qué otras malas personas ha tenido que encontrar?

Se le erizó el vello de la nuca, y por instinto pensó que se debía a que acababa de sonreír a su espalda.

—No suelo rastrear malas personas. En su mayoría son ovejas descarriadas, amantes fugados y, según parece, esposas que viven en un matrimonio infernal. Aunque para esto último nadie me ha contratado, así que tendré que encontrar la forma de cubrir este vacío legal para que no se piense que trabajo gratis —añadió, aunque más para sus adentros que porque quisiera que ella lo escuchara.

—¿Se refiere a mí, señor Bast? Mi matrimonio no era infernal —se defendió enseguida—. Si lo dice por la venta, no nos quedó otro remedio, pero le aseguro que el señor Goody es un hombre muy honrado.

Sobrevino un silencio inesperado que enrareció la atmósfera. Merry esperó con el corazón en vilo a que dijera algo. No supo por qué la dejó con mal cuerpo que decidiera no comentar nada. Quizá porque, en los fibrosos brazos que la rodeaban, presintió cierta tensión en la que se sobreentendía una réplica mordaz. Una que le habría gustado oír para poder defenderse.

Merry se inquietó. No le gustaba que la gente no dijera lo que pensaba. La colocaba en una posición de inferioridad en la que no le gustaba estar, y en la que preveía que se mantendría mientras Bastian la acompañara.

Era obvio que tendía a ir varios pasos por delante de los demás, y lo conseguía reprimiendo sus verdades. Ocultándolas para que nadie se esperase nada de lo que decidiera hacer.

Y eso lo hacía más peligroso de lo que ya era.



—Ya hemos pasado por aquí —dijo unos minutos después.

Merry hizo lo que pudo para disimular la preocupación. Miró alrededor, ansiosa, y lo confirmó.

Llevaban un rato caminando en círculos y Bastian se había dado cuenta.

—¿Podrías recordarme qué hablasteis Auckland y tú con exactitud? —pidió con suavidad.

Todo el vello se le puso de punta.

Le aterraba que le hablaran con esa fingida candidez. Solía significar que lo que vendría a continuación conllevaría un castigo especialmente

desagradable.

—Nada importante, señor Bast. Yo charlaba con una amiga mía cuando él entró y entabló conversación con el posadero. Llevaba un sombrero de ala ancha; parecía ir disfrazado. Ahora que lo pienso, señor Bast, es posible que dejara allí su rastro para despistarnos.

—También es posible que me hayas mentido.

Soltó una risita crispada.

—¿Por qué haría yo tal cosa, señor Bast?

—Eso es lo que llevo una hora intentando averiguar.

—Y... ¿Ha llegado a alguna conclusión?

—A cada cual peor que la anterior. ¿Quieres escucharlas?

«No».

Merry miró en derredor en busca de posibilidades, por si tuviera que saltar y salir corriendo. Dudaba que fuera a llegar a ese extremo; a pesar de las emociones oscuras que suscitaba su presencia, deseaba permanecer al lado de ese hombre. Pero no quería que la escarmentara tan pronto. Estaba tan cansada y dolorida que no podría soportarlo, y quería encontrarse fuerte y dispuesta cuando le diera su merecido por mentirosa. Solo así le demostraría que era digna de respeto.

—Esa es la posada de Bensham que le dije. —Y apuntó al edificio que, como un necesario oasis en medio del desierto, apareció a un lado del ancho sendero de tierra—. A ella se dirigía.

—No me digas.

Su voz sonó muy cerca, como el filo de un cuchillo al cortar el aire. Merry se removió sobre la silla y la señaló con impaciencia.

—Desmontemos y vayamos. Quizá podamos preguntar al posadero si... ¡Arg!

Bast se había apeado del caballo y la había cogido por la cintura para plantarle los pies sobre la tierra. Esa fue la primera vez que estuvo lo bastante cerca de él para reparar en su altura.

Los dos palmos de diferencia solo podían interpretarse como lo que eran: una promesa de que cualquier daño que le infligiese podría ser mortal. Sobre todo cuando el dueño de la fiera complexión llevaba por bandera una mueca déspota, y bajo su máscara de impasibilidad parecía bullir una rabia cocida durante años, incluso antes de que naciera.

Sorprendentemente, Merry no sintió miedo. Él, al mancharse las rodillas para quitarle la soga del cuello, había drenado el pánico que la

seguía como una cola; un gesto de misericordia que no pensó que alguien llegaría a tener con ella.

Sin esperar una señal, Merry echó a andar hacia la posada lo más rápido que pudo. Él no corrió para detenerla, zarandearla o continuar su ronda de ironías. No necesitaba nada más que un par de zancadas para llegar a su altura, cogerla del brazo y acorralarla contra uno de los pilares del patio porticado de la posada.

Justo lo que hizo.

Bast se aseguró de que no podía escabullirse colocando un brazo a cada lado de su cintura. Así no le quedó otro remedio que enfrentarlo. Hizo acopio de esa valentía que el señor Goody señalaba como su mejor rasgo y lo miró a los ojos.

Ese era su color favorito. El de las lavandas, las flores de primavera, las malvarrosas, algunos pensamientos y geranios, y la mayoría de las berenjenas antes de madurar del todo. Bastian Carstairs se había apropiado de todas esas hermosas esencias, de los distintos carices de las variadas tonalidades de lila, para lucirlas en una mirada mustia. Ese hombre era el único fragmento de la primavera que, en lugar de florecer, se marchitaba. Y, aun así, era esa primavera a la que Merry daba la bienvenida quitándose los zapatos y metiendo los pies en el río; poniéndose un vestido blanco y llenándose el pelo de flores. Bastian alteraba la sangre de la misma manera que la estación. Era tan voluble como la brisa, que tan pronto parecía cálida como mordía la carne con sus dientes helados... y poseía una inquietante belleza que había sacudido su corazón de forma totalmente inesperada, igual que una tormenta de verano.

Y si antes había sido el estoico y moderado marzo, ahora estaba a punto de llover como abril.

—¿Te has enamorado de mí?

Merry dejó de respirar.

—¿Señor?

—¿Soy tu héroe? —exigió saber, sin mover una sola pestaña. Sonaba tan cruel que Merry no pudo sacudirse la sensación de que la estaba insultando—. ¿Te he impresionado con mi magnífica y violenta demostración de poderío, con mi flamante caballo y mi voluminosa bolsa de monedas? ¿Te parezco el príncipe que merecías? ¿El caballero que necesitabas que te salvara?

—Señor...

—Porque no dudo que haya ofrecido la imagen de salvador. Ni dudo que una muchachita sensible que vive en el infierno engrandezca cualquier acto de bondad que se le dedique. Pero si me estás mintiendo para ganar tiempo conmigo, permite que te deje clara una cosa: a mi lado no vas a encontrar ninguna felicidad, ni tampoco vas a estar más segura. Te compré en un impulso del que me arrepiento, más por odio a tu marido que por compasión hacia ti. No me importa quién eres o a dónde vayas a parar. Así que deshazte de esa idílica idea que te has formado sobre mí. No me debes nada y yo a ti tampoco.

Merry cogió una bocanada de aire.

—Señor Bast, no pienso que sea usted idílico ni por asomo. De hecho, le encuentro intimidante, bastante perverso, y después de todo eso que ha dicho, muy cruel.

Lo había descolocado: lo vio en la forma en que apretó la mandíbula.

—Si yo soy cruel y perverso y tu marido es honorable, imagino que la nobleza es algo que se le otorga a un hombre cuando maniata y expone a su mujer como si fuera ganado.

Merry se ruborizó.

—No quería que se sintiera ofendido, señor Bast. Pensaba que, como pasa tanto tiempo dejando claro que es usted malvado, sus halagos están compuestos de insultos.

Él la miró como si no entendiera nada.

—¿Pretendías alabarme?

—Solo le decía lo que pienso, señor Bast.

—¿Y por qué demonios me has mentado si te parezco el villano? ¿Por qué no te abrazaste a la pierna de tu marido cuando te dije que subieras al caballo?

—Le rogué que no me vendiera la noche anterior, pero él ya había tomado una decisión y no le gusta que le contradigan —respondió con sinceridad—. Si hubiera podido quedarme a su lado, lo habría hecho. Él tiene sus defectos, pero los conocía y aprendí a tolerarlos. Los suyos, señor Bast, podrían ser peores.

—¿Y estás dispuesta a descubrirlos alargando el momento en que nuestros caminos se separan, o hay otra razón por la que me hayas tenido dando vueltas como un idiota?

Merry lo miró a los ojos.

—Nuestros caminos no se van a separar —declaró con seguridad—. Ahora soy suya, señor Bast. Iré con usted a los confines del infierno si allí me quiere.

Le pareció que Bast se estremecía.

Cerró las manos que la tenían acorralada en dos puños crispados. Merry se dio cuenta de que sus nudillos se ponían blancos, y por costumbre, cerró los ojos y se mentalizó para ser lo más discreta posible cuando llegara el primer golpe.

—Adelante. Castígueme.

—¿Qué dices? —siseó él unos segundos después, afónico.

—Le he mentado. Merezco que se desquite conmigo. —Siguió un silencio tan gélido que Merry tembló—. Estoy preparada. Puede...

Escuchó que Bast mascullaba algo que sonaba a imprecación.

—Abre los ojos ahora mismo, maldita sea.

Ella obedeció y le prestó atención. No pudo ocultar su sorpresa al ver que había retrocedido unos cuantos pasos, tambaleante, y la miraba con una turbación que no recordaba haber visto en ninguna otra persona. Había empalidecido lo suficiente para rebajar el moreno natural que bruñía su piel.

—¿Te has vuelto loca?

Seguramente se lo había dicho a ella, pero no con la intención de que contestara. Agradeció que empujara la puerta de la posada y entrara sin esperarla. No habría sabido qué contestar, de tanto que temía decepcionarlo. Aunque, a juzgar por su tono de voz, diría que ya lo había hecho.

Merry se abrazó los hombros, preocupada.

¿Qué le había hecho enfadar?

Dudó antes de seguirlo, preocupada por si le molestaba. «No me importa quién eres o a dónde vayas a parar», había dicho. Quizá pensara que le había roto el corazón con esa aseveración, pero lo cierto era que se sentía aliviada. Ojalá, en el pasado, se hubieran atrevido a sincerarse con ella de ese modo. Se habría ahorrado unas cuantas decepciones.

Suspiró y empujó la puerta, que chirrió de forma parecida al aullido de una mujer. Merry frunció el ceño y fue a revisar las bisagras, en el caso de que ese fuera el origen del problema, pero antes captó su atención el denso silencio que imperaba en un lugar caracterizado por su movimiento. Aunque hacía un día espléndido, las ventanas permanecían cerradas a cal y

canto, como si hubiese ventisca y hubiera que protegerse de la corriente. No había nadie allí: no más que tres personas si contarla a ella.

Bast, el posadero y un hombre armado.

Merry se quedó inmóvil al seguir la trayectoria del cañón de la pistola. El tipo en cuestión sostenía una Beretta en cada mano. Con una apuntaba al posadero, un gordinflón que temblaba como un flan, y con la otra, a un Bast inexpresivo.

Aunque la penumbra había arrojado sombras a la figura del agresor, Merry reconoció la severa cicatriz que le cruzaba la cara, cruelmente retorcida por culpa de una mueca burlona.

—¿Dejar el revólver en la alforja de la montura no es un error de principiante? —preguntó, con una voz cascada estremecedora. Merry no supo si quedarse donde estaba o echar a correr hacia Bast para protegerlo.

El hombre ladeó la cabeza hacia él. Su sonrisa se ensanchó.

—Hay que ver, Carstairs. De nuevo buscándome para Scotland Yard. No te cansas de ser el figurín de la policía.

—Ni que lo digas —contestó él, calmado—. Debería dejarlos de lado de una vez y asociarme contigo.

Auckland chasqueó la lengua.

—Me temo que no podríamos mantener ningún tipo de relación, muchacho.

—¿Por qué? ¿Por fin has decidido que quieres guardarme rencor por lo de las otras veces?

—No, claro que no. No soy en absoluto rencoroso. Más bien *avaricioso*.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? ¿Codicias mi cuerpo, o algo así?

Auckland soltó una carcajada.

—Solo una parte de tu cuerpo, Carstairs; sé de alguno que otro que me pagaría gustoso una buena suma por tu cabeza.

Merry tragó saliva. Dirigió una mirada ansiosa a Bast, que no parecía sorprendido. ¿Ya lo sabía? ¿Sabía que lo iba a acorralar, o fingía guardar la calma?

—¿Solo la cabeza? —preguntó, sin perder el tono aburrido—. Pues yo me sé de algunas que pagarían más por otras partes de mi cuerpo.

—Me haré con ellas también. No soy especialmente escrupuloso.

—Te invito a reconsiderarlo, Auckland. Un cadáver es incómodo de transportar, y dicen que quien tiene un amigo, tiene un tesoro. Sería una

forma muy honrada de hacerte rico.

Auckland sacudió la mano que sostenía el revólver con el que amenazaba a Bast.

—No más que tonterías sentimentales con las que no me identifico. El que dice que los amigos no tienen precio no debe tener muchos en el mundo delictivo.

Bast esbozó una sonrisa perezosa.

—Cierto. Tú en concreto vales cientos de libras.

—Ya tenemos algo en común. —Auckland entrecerró los ojos—. Es una pena que no vayas a poder cobrarlas, muchacho. Esta vez te he encontrado yo antes.

—Venías siguiéndome el rastro —dedujo Bast—. ¿Cómo? No te ofendas, Auckland, pero soy más cuidadoso que tú.

—Tengo mi as bajo la manga.

—Tienes un cuchillo. Te lo estoy viendo.

—No lo voy a usar contra ti, puedes estar tranquilo. Ni tampoco voy a utilizar esto. —Sacudió el revólver—. Pero lo consideraba un *atrezzo* necesario para que te tomaras la amenaza en serio.

—Adelante, amenázame. Ya me tienes impresionado.

Auckland bajó el brazo con el que apuntaba al posadero. Le estaba dando la espalda y, sin mirar, se había dado cuenta de que acababa de desmayarse.

Dio unos pasos al frente y clavó el cañón de la pistola en la frente de Bast.

Merry avanzó con toda la intención de intervenir, pero Bastian la detuvo solo desplegando los dedos de la mano, que tenía pegada al muslo.

—Me he enterado de que me andabas buscando... lo que significa que has vuelto a hacer tratos con la policía. El cuarto en lo que llevamos de año.

—Veo que me sigues muy de cerca. No serás un gran admirador de mi obra, ¿no?

Auckland sonrió con ironía.

—Yo no respeto a los traidores y aduladores como tú, y mi jefe tampoco. Lo tienes muy cabreado con tus meneos en el este y el oeste de Londres.

—Creía que trabajabas por tu cuenta. ¿Quién es tu jefe?

—Piensa en alguien a quien hayas cabreado en los últimos tiempos.

—Se me ocurre gente como para repoblar una nación.

—En ese caso vas a tener difícil la búsqueda. Solo ten muy claro que no todo el mundo está contento con tus trapicheos en los dos mundos. O perteneces a un bando, o perteneces al otro. Si te quedas en la línea de fuego, tarde o temprano te quemas. —Lo miró de arriba a abajo y sonrió—. Yo voy a dejarte la primera ampolla.

Merry gritó cuando Auckland le disparó en el hombro. La bala le atravesó la carne, y con la fuerza de su propulsión, Bast se tambaleó hacia atrás y estuvo a punto de caer. Se sujetó a tiempo a uno de los pilares de madera.

Ella echó a correr hacia él.

—Puede que sí sea un poco rencoroso, después de todo.

—No esperaba menos de ti —jadeó Bast, doblado sobre el estómago. Sin mirarla, apartó a la preocupada Merry con el brazo sano y se encogió un poco más para extraer un pequeño cuchillo del calcetín—. Y confío en que tú esperaras esto de mí, o me habría sentido muy ofendido.

Bast lo lanzó con un movimiento preciso. La cuchilla se insertó en la muñeca de Auckland, que lanzó un aullido antes de soltar el revólver. Merry temió que pudiera provocar la ira del delincuente, pero este, en lugar de usar la pistola que llevaba en la mano izquierda, le dirigió una sencilla mirada asesina.

—Todo el barrio sabe que tu zurda es un farol —jadeó Bast, sin aliento—. Ahora no te quedará otro remedio que aprender a usarla.

Auckland hizo una reverencia que descolocó por completo a Merry, quien ya se había concienciado de que debía arrastrarse hasta la pistola y rescatarla para defenderse.

—Me estrenaré contigo la próxima vez que te vea.

Se saludaron con la cabeza, y unos segundos después, Auckland había desaparecido.

Cuando Merry perdió de vista al hombre y se giró hacia Bast, se encontró con sus ojos enrojecidos. Las venas se marcaban en sus sienes, y había desencajado la mandíbula como una bestia furiosa.

—Alquila un carromato y llévame a Gateshead —ordenó, jadeante—. Está a solo dos millas de aquí. Si hay alguien buscándome, prefiero desmayarme en Beltown Manor. Allí también hay alguien cabreado conmigo, pero no creo que me remate si me ve así.

—¿Por qué no lo hace us...?

La pregunta le fue respondida antes de terminarla: porque acababa de perder el conocimiento.

Capítulo 4



No sabría decir cómo llegó a su destino. No lo hizo sano ni tampoco a salvo, pero sí vivo, y eso solo podía significar que la muchacha se las había arreglado para obedecer sus órdenes.

Entre el vaivén del carromato, el runrún de la conversación que mantenían un aldeano y una joven con marcado acento norteño y el dolor que le nublabla la razón, no pudo pararse a pensar en cómo lo hizo: cómo, una criaturilla de metro de cincuenta, lo habría arrastrado hasta el carro y emprendido una marcha veloz hasta Beltown Manor.

Durante el trayecto estuvo en algún lugar entre el delirio y la total inconsciencia. Pero sintió la presencia de Merry, su voz tratando de penetrar en la densa neblina que le había obnubilado sus sentidos; sus finos dedos intentando paliar el intenso dolor que lo hacía temblar.

A diferencia de otros aspirantes a enfermeros que le habían atendido tras otros disparos, no le pidió locuras inasumibles, como que se mantuviera despierto. Pero sí se esforzó por traerlo a la realidad con un par de preguntas.

Una al principio del trayecto.

—Hay una aldea más cercana a Gateshead, señor Bast —había susurrado—. Seguro que hay algún médico presente. ¿No prefiere que nos detengamos allí?

Bast había negado categóricamente, lo bastante lúcido para retener en el pensamiento la amenaza de Auckland. Si alguien poderoso lo estaba buscando, peligraría en cualquier lugar que no fuera propiedad suya o de su familia. Y no estaba dispuesto a permitir que lo matasen cuando no podía defenderse. Un hombre tenía derecho a charlar con su adversario antes de morir con honor.

Sin duda resultaba curioso que el honor que no le preocupaba en la vida, le obsesionara en la muerte.

La segunda vez que Merry hizo todo lo posible por despertarlo, ya se atisbaban los campos arados del conde de Clarence; una magnífica

extensión de tierra trabajada con parcelas dedicadas al pasto, salpicada por los tintes blancos de las modestas viviendas de los empleados.

—Señor Bast, estamos llegando. Peter dice que aquí vive un conde. — Incluso enfermo y al borde del desmayo, Bast detectó la reverencia en su tono. Incluso había bajado la voz al decir su título—. ¿Quiere que llamemos a su puerta?

Bast entreabrió los labios resecos. Ella lo interpretó como una petición de agua que fue consentida al instante. Su manita le rodeó el cuello y sostuvo mientras bebía de la bota. Ni siquiera cuestionó de dónde la había sacado.

—El conde... es el bastardo de mi hermano Arian. —Aguantó una tos, sabiendo que cualquier mínimo movimiento tiraría de la carne herida—. Dile que estoy aquí, y dile... algo agorero.

—¿Agorero, señor?

—Ponte apocalíptica. Solo si se asusta saldrá a recibirme.

—¿Le digo que es una cuestión de vida o muerte?

—Por ejemplo. Y que si no me abre mi muerte pesará sobre su conciencia.

—Señor Bast, eso sería muy cruel.

—Con más motivo. Si no suena cruel pensará que no soy yo.

Después dejó de oír su voz, y finalmente se sumió en la inconsciencia.

De lo que sucedió en la media hora siguiente solo rescató los retazos de una conversación protagonizada por el tono exigente de su hermano, el tacto helado de un galeno y un olorcillo a caldo de pollo que, un buen rato después, fue despertándolo poco a poco.

Conforme abría los ojos, Bast fue notando las agudas punzadas en el hombro. Sabía que no iba a morir: la bala lo había perforado de forma limpia. Pero dolía como si fuese a hacerlo. Y, siendo sincero, no le importaría abrazar ese destino.

Se mareó al intentar mover la cabeza en dirección a la única presencia.

—Dice mi mujer, y que sepas que no es propensa a esta clase de comentarios, que ella habría apuntado algo más a la izquierda.

Le costó ubicarse en la escena. Le costó recordar quién era. Después de un sueño tan profundo en el que el dolor había logrado penetrar, no sabría decir ni qué lo había llevado a esa situación: recordaba haber visto a su madre en la pesadilla, a una muchacha con una corona de flores bailando en las festividades del uno de mayo, a sí mismo vestido como un *dandy*...

Había visto el corro de peleas del East End, a niños gitanos sacándose los dientes, y a gente haciendo tratos en el fondo de un garito de mala muerte. Fragmentos de una vida que no sintió que le perteneciera hasta que se vio en una cama inmensa, en una habitación que olía a cera derramada y a un medio hermano que lo miraba como si recibir un tiro fuese el pan de cada día.

—No tengo la culpa de que mis enemigos tengan mala puntería —habló, con voz pastosa—. Dile que si quiere rematarme ahora es su momento.

—Oh, no. Mucho me temo que es de esas mujeres que sienten la necesidad de proteger a cualquiera que esté sangrando, le caiga bien o le caiga mal. En tu caso necesitaba más sangre de lo habitual, y créeme que la ha tenido: se ha mareado.

Bast se llevó una mano al hombro. No necesitaba mirar hacia abajo para saber que estaba desnudo. El fresco de la corriente nocturna le hacía cosquillas en el pecho. Un denso vendaje le cruzaba desde el costado al hombro opuesto para proteger la herida.

—Siempre has sabido cómo hacer una entrada —comentó Arian.

—Normalmente prefiero hacerlas sobre las dos piernas, pero imaginaba que no me abrirías la puerta si no estaba moribundo.

—No me digas que has dejado que te disparen para que no nos quede otro remedio que recibirte.

—Ya sabes que haría cualquier cosa por mi familia.

Arian soltó una sola carcajada irónica. Se reacomodó en el asiento y apoyó el codo en el reposabrazos; su barbilla descansó sobre la mano abierta. El aire infantil de la postura fue aplastado por su tono exigente.

—¿Qué diablos ha pasado?

Bast mantuvo los ojos cerrados y la palma sobre la tela familiar de la venda. Le faltaban dedos para contar cuántas veces se había visto en esa tesitura. Era curioso cómo seguía creyéndose invencible aun cuando la vida no dejaba de demostrarle que era un simple mortal.

A juzgar por la oscuridad que reinaba en la habitación, dedujo que había dormido todo el día con ayuda del láudano. Notaba su inconfundible sabor bajo la lengua.

Con cuidado, ladeó la cabeza hacia Arian. Después hizo el esfuerzo de separar las pestañas y dirigirle una mirada perezosa.

La última vez que lo había visto, había sido en la misma entrada de Beltown Manor, la imponente mansión georgiana que dominaba Gateshead: la obra arquitectónica paradigmática del renacimiento inglés, propiedad de los condes de Clarence desde mediados del siglo dieciséis.

Bast había odiado lo que representaba su distribución rectangular, sus dos pisos, sus cientos de habitaciones y la treintena de criados que revoloteaban por los pasillos. Había odiado que su hermano, que antes de recibir todo aquel abuso de poder en herencia había sido un muerto de hambre, se hubiese convertido en lo que ambos más detestaban: un aristócrata.

Recordaba haber discutido con él allí mismo por haberse dejado seducir por el lujo... y por otras cuestiones que Bast no veía necesario sacar a colación. De eso hacían ya tres años. Tres años que Bast había pasado solo en Londres, haciendo tratos con el diablo, y que Arian había dedicado a una familia formada por una esposa noble, la hermana menor de esta y un hijo pequeño. Ambos sin dirigirse la palabra, pero sabiendo qué hacía el otro en todo momento, por si hubiera sido necesario intervenir.

Bast debía ser justo con la realidad: a pesar de todo, se le veía más feliz, e incluso más joven que cuando quedaban en tabernas de Jermyn Street para beber cerveza barata y flirtear con las robustas camareras. En ese entonces, Arian vivía el momento y se aseaba lo justo. Ahora era evidente que había asumido del todo su nueva posición. Aunque quedaban vestigios de su pasado pobre, y un ejemplo era la exuberancia de sus músculos desarrollados por el arduo trabajo, vestía ropas refinadas que trataban de suavizarlo. Y ya no se sentaba abriéndose de piernas de frente al respaldo.

Él, en cambio, seguía igual. Lo sabía. Y por si le hubiera cabido alguna duda, ya tenía a Arian mirándolo con esa condescendencia que recibían los disolutos por parte de los felizmente casados.

Bast se frotó los ojos con los dedos. Eso era justo lo que le faltaba: vérselas con la viva imagen de la vida contemplativa y satisfecha cuando no podía defenderse. Estaba cansado como si le hubieran dado una paliza los gitanos agresivos que vivían en las tierras estériles del Támesis... y podía hacer ese paralelismo porque se las había visto con dicho grupo.

Ahora que lo pensaba, era posible que cuando acabaron de brillantarse los puños con él, lo hubieran dejado peor que como se encontraba en ese

momento.

Era un consuelo.

—Me reservaré el relato para cuando haya desayunado —respondió—. Sabiendo lo mucho que te gustan las historias, en cuanto cuente la mía habrá dejado de tener sentido para ti que esté aquí, y pretendo cicatrizar antes de que me devuelvas a Londres de una patada en el culo.

—No se dice esa palabra bajo mi techo, Carstairs —le regañó, con una sombra de sonrisa—. Y ya veo que has decidido cuánto tiempo vas a prolongar tu estancia. No esperaba menos de ti.

—Hay cosas que nunca cambian.

—A veces por suerte, y otras, muy desgraciadamente —apostilló. Se palmeó los muslos y se levantó. Su altura habría proyectado una sombra kilométrica si no hubieran estado sumidos en la penumbra—. Ya que no puedes darme explicaciones, al menos da alguna orden...

—Quítate esa patética corbata. Pareces un figurín londinense.

Arian lo ignoró con un rastro de sonrisa sarcástica.

—...respecto a la mujer que has traído. Pensaba que era una moza del pueblo que te había encontrado tirado en un antro, pero dice que te pertenece y no va a moverse del pasillo hasta que sepa que estás vivo.

Parte de la pereza que dirigía los movimientos de Bast se evaporó. Su corazón aleteó al evocar un rostro redondo.

—Ella no me pertenece —aclaró con voz ronca.

—Eso ya son particularidades de una relación en las que no entro. —Sacudió la mano—. Lo importante es que está poniendo nerviosa a toda la casa. Cada uno de los miembros del servicio han intentado convencerla por separado de darse un baño y cambiarse de ropa y se ha negado en rotundo. Dice que «el señor Bast es lo primero».

—¿Le has comentado que tienes treinta sirvientes y eso permite la simultaneidad de atenciones?

—No con esa delicadeza, pero te aseguro que lo he intentado. Parece que te has agenciado una acompañante sorda.

—No la recuerdo sorda, aunque me habría gustado que fuese muda —comentó con sequedad—. Ella también está herida. ¿No la ha visto el médico?

Arian lo miró de hito en hito.

—¿Te refieres a los morados en el cuello? El galeno ha dicho que no se puede hacer nada con eso. Y respecto a ellos... —Carraspeó—. Sé que las

señoritas de ciudad acostumbradas al desenfreno se prestan encantadas a ese tipo de prácticas sexuales, pero voy a tener que señalarte que las muchachas de pueblo pueden no estar muy familiarizadas a que las estrangulen durante el acto.

Acostumbrado a no dar explicaciones y a no querer hacerlo, Bast sonrió sin ganas.

—Tendré presente el contexto de mis amantes antes de estrangularlas. Gracias por el consejo.

No se le escapó la mirada dudosa que le dirigía, una que ignoró sin más. Estaba más que familiarizado con la malsana curiosidad que la gente manifestaba hacia él, y tolerarla no le resultaba difícil.

Esperó con paciencia a que Arian se cansara de especular interiormente sobre si habría sido él —o no— el causante de las heridas de Merry.

—Ahí tienes la cena. Cuando hayas recuperado fuerzas, hablaremos. —Lo apuntó con un dedo—. Del hijo de puta que te ha disparado, y del otro hijo de puta que se fue de aquí hace tres años dejando una discusión sin zanjar.

Naturalmente se refería a él.

—Marcharse antes de zanjar una discusión también es una manera de zanjarla.

Arian entrecerró los ojos. Por un instante pareció recuperar ese aire amenazante del que se había armado durante una década para sobrevivir en la calle.

—Ha pasado más de medio lustro —se defendió Bast—. No me puedo creer que aún no lo hayas superado.

—Yo lo he superado, pero mi mujer no.

—¿Alguna vez te refieres a tu mujer por su nombre de pila, o desde que se casó contigo ha quedado reducida a eso? Simple curiosidad.

—Me he referido a ella como «mi mujer» mucho antes de que nos casáramos. Lo sabrías si te hubieras pasado por aquí para hacer algo más que acosar a sus hermanas.

—No dudo que se puedan emprender muchas otras actividades ociosas aparte de eso. Es evidente que Beltown Manor es una especie de retiro espiritual o de lo contrario no habrías engordado.

Arian miró hacia abajo con el ceño fruncido. Sí que estaba más gordo, aunque no había echado la panza de los cerveceros de turno o los

aristócratas cuarentones de gustos refinados. Estaba en su peso ideal, ese que jamás habría alcanzado si hubiera perpetuado el mester de juglaría viviendo de las propinas del tabernero.

—No he engordado —replicó, molesto—. Y no cambies de tema, maldita sea. Estábamos hablando de que eres un cabrón.

—Reprochar a un hombre postrado no es tu estilo. Ver para creer... Ser conde te ha convertido en un insensible.

—Por supuesto que es mi estilo. Y siempre he sido un insensible, pero no tanto como tú eres un liante: por eso debo aprovechar que estás débil si quiero salirme con la mía.

Bast exhaló simulando una especie de risa. Observó, siendo consciente de su propia expresión serena, cómo se dirigía a la puerta mucho menos tenso de como había estado durante la charla.

—Presenta mis respetos a tu esposa.

Desde la salida, Arian le dirigió una mirada burlona.

—Aún no se los he presentado y ya me ha respondido que no quiere volver a cruzarse con ellos.

—Entonces marca con una cruz esta puerta. Así sabrá dónde hay riesgo de que eso suceda y podrá evitarme de forma deliberada.

—Hecho.

Arian se fue con una sonrisa sencilla.

Eso no significaba que hubieran hecho las paces, solo que su estado era lo bastante preocupante para posponer la discusión a voces. Le sorprendía que Arian no se hubiera enzarzado con él a la primera oportunidad: era un hombre impetuoso y fácil de provocar al que siempre le había costado reconocer sus errores, no tanto por orgullo como por ignorancia. Parecía que en eso también había cambiado, y por una vez, agradecía la influencia que la buena vida estaba teniendo sobre él. A ningún hombre le venía mal limar las asperezas de su carácter, sobre todo cuando era tan temperamental.

Una vez se hubo marchado, Bast se permitió torcer la boca. Dirigió una mirada a la venda y gruñó de desesperación.

No derramaba lágrimas porque no le quedaban; ya las había invertido todas en una causa que lo merecía. Pero el dolor era tan intenso que lo habría hecho de buena gana. Si no fuera por el vendaje, sentiría el aire corriendo por el agujero que le atravesaba la carne desde un extremo al otro. Escocía como solo podía escocer una herida abierta en proceso de

cicatrización. Gracias a los variados recuerdos de pólvora repartidos por su cuerpo, sabía de sobra que el proceso de recuperación supondría una tortura.

Y también que se pondría de un humor inaguantable.

Por encima de sus jadeos entrecortados, le pareció escuchar una discusión acalorada al otro lado de la puerta. Después, esta se abrió, y una pequeña figura femenina se abrió paso como un abanto. Bajo el quicio se quedaron unos cuantos sirvientes con cara de confusión; un grupo heterogéneo que no tardó en disolverse en cuanto vio que Bastian estaba despierto.

—¡Señor Bast! —exclamó una vocecita llorosa.

Él ladeó la cabeza a tiempo para ver cómo Merry se arrodillaba al borde de la cama y lo agarraba de la mano.

—Oh, señor Bast, no se puede imaginar el miedo que he pasado. He visto desfilar a toda clase de sirvientes y especialistas por el pasillo durante la mañana y la tarde, y nadie quería decirme nada. Parece que la herida de la bala es muy profunda, y estaba sangrando tanto...

Bast se fijó en los bordes de las mangas de su vestido y en el escote del mismo. Estaban manchados.

—¿Es mía? ¿Mi sangre?

Ella agachó la cabeza para mirarse. Luego la movió afirmativamente.

—Señor Bast, espero que no le haya importado, pero durante el viaje tuve que taponar la herida para que no muriese desangrado. Peter, el señor al que alquilé la carreta por diez libras, me dijo que solo sobreviviría si lo hacía.

«Espero que no le haya importado».

No, no le había importado en absoluto que le salvara la vida.

Pero eso no fue lo que dijo.

—¿Has dicho «diez libras»? —parpadeó, impertérrito—. ¿Ese tal Peter te ha pedido diez libras por llevarnos a Beltown Manor, a menos de dos millas de Bensham?

—Sí, señor Bast. Me pregunto por qué habrá abaratado el precio. Está claro que es un buen hombre. ¿No se lo parece?

—A mí lo que me parece es que nos ha timado. Se ha aprovechado de ti, Merry.

—No, señor Bast. Fue él quien quiso que le pagara menos. Iba a darle cincuenta, y él dijo que con diez sería suficiente.

Bast se la quedó mirando, inmóvil. Tuvo que contar hasta cinco para no levantar la voz.

—Merry —dijo, muy despacio—, ¿ibas a soltarle cincuenta libras al aldeano para que nos dejara subir en su carreta? ¿Eres consciente de lo que eso...?

Una punzada de dolor le entrecortó la respiración y lo dejó lívido. Ella se dio cuenta y apretó más la mano que sostenía entre las suyas, más pequeñas y endurecidas por el arduo trabajo del campo.

—¿Se encuentra bien, señor Bast?

Él cerró los ojos. Solo atinó a rechinar entre dientes:

—Recuérdame que te enseñe a administrar tus finanzas.

—De acuerdo. Me alegra tanto que esté bien, señor Bast —exclamó en voz baja—. Pensaba que le perdía. Se puso usted a delirar, a llamar a una mujer... Pero es muy fuerte. Muy fuerte.

«A llamar a una mujer».

Descartó ese comentario y continuó con los ojos cerrados.

Bast encontraba desagradable cualquier clase de compasión, y la que venía de ella, en particular, se le antojaba especialmente turbadora. Merry no se alegraba de que estuviera vivo: se alegraba de no haberse quedado sola. Y si Bast llegó a esa conclusión fue porque recordó qué había provocado que Auckland lo pillase desprevenido. Había entrado a la taberna tan fuera de sí por la previa conversación que no lo había visto.

No era su costumbre bajar la guardia cuando tropezaba con granjeras, pero que rogara por un castigo por mentirosa le había arañado el corazón. Uno que no sabía que aún palpitara en su pecho.

«Me merezco que te desquites conmigo».

No había sonado obligada por una costumbre, ni tampoco resignada, sino hecha a la idea. Preparada. Incluso ansiosa porque le quitara el sentimiento de culpa a golpes.

No había visto nada tan desgarrador en toda su vida.

—Si le duele mucho, puede tomar un vaso de agua con una gotita de láudano —explicaba ella—. En principio no hay que cambiarle la venda a menudo, pero si sangra hay que ir a por un repuesto. El caldo de pollo le ayudará a...

—¿Tú has almorzado?

—¿Señor? —Arrugó el ceño.

—¿Has comido algo? —deletreó, tenso.

—Milord ha puesto un plato para mí en la mesa, pero yo no podía alejarme de usted, señor Bast. Tenía que vigilarle por si empeoraba.

Bast fue incapaz de ver su entrega como un halago. Al contrario. Ensombreció su ya de por sí humor oscuro.

Le tomó unos segundos incorporarse, y un tirón en la carne rasgada que le dejó el cuerpo tembloroso.

—Ven aquí.

—¿A dónde, señor?

Bast estiró la mano hacia un pañuelo que habían dejado pulcramente doblado sobre la mesilla de noche. Lo desdobló con un floreo de mago y señaló su regazo con gesto inexpresivo. Merry vaciló un segundo antes de obedecer. Se encaramó al colchón, separó las piernas y se sentó a horcajadas sobre él.

Antes de que pudiera explicar sus intenciones, Merry tomó su rostro entre las manos y acercó sus labios. Bast se retiró con una ridícula sensación de alarma. Se esforzó por sonar indiferente al preguntar:

—¿Qué haces?

Ella pestañeó aturdida.

—¿No quiere mis atenciones, señor Bast?

Una nueva punzada le atravesó el corazón. Estuvo a punto de soltar una maldición que escandalizaría incluso sus propios oídos, acostumbrados a insultos peores.

—No, Merry. Voy a limpiarte la cara.

—Oh. —Se detuvo un segundo a analizarlo. Sus mejillas se pusieron del color de la grana, y se apresuró a cubrirlas con las manos—. Oh... Lo siento muchísimo. Estoy tan sucia... le voy a manchar. No debería haber subido. Voy a...

Bast la inmovilizó sobre su regazo con el brazo sano, y ella no puso mayor resistencia, aunque siguió mirándolo avergonzada.

—Si crees que yo estoy limpio, no te imaginas lo equivocada que estás.

»Quiero que te quedes quieta durante cinco minutos. ¿Puedes hacer eso?

Ella asintió sin mover la boca. Él se dio por satisfecho.

Hundió el pañuelo en la palangana de agua que habían dejado junto al plato de sopa humeante para que se lavara las manos. Merry llevaba tantas horas sin lavarse que el polvo del camino le había agrietado las mejillas.

Tendría que hacerle daño en la herida de la barbilla para rascar la sangre reseca.

No pudo ser tan suave como le habría gustado, pero ella no se quejó. El agua se tiñó de rojo, de un beis blanquecino y de negro conforme fue escurriendo el pañuelo, que deslizó lenta y pacientemente sobre sus cejas cobrizas, su diminuta nariz, su boca de piñón.

Al principio, Merry no se atrevía a pestañear, pero al final del delicado proceso estuvo a punto de conseguir que se relajara. Estaba tan en guardia como él mismo, aunque de forma mucho más sutil, como si no quisiera que nadie lo supiese.

El resultado no fue óptimo. Necesitaba pasar días en remojo y que una horda de criadas le frotaran todo el cuerpo. Pero bastó para que Bast, al amparo de las velas que los rodeaban, se hiciera una idea de quién era Merry Goody.

—Bueno —dijo, muy lentamente—. Aquí estás.

Ella lo miró interrogante.

—¿Señor?

Bast revisó su rostro en busca de una lesión que necesitara atención urgente. Solo tenía unos rasguños apenas perceptibles en el pómulos, una cicatriz en la esquina de la mandíbula y una herida en la barbilla.

De no haber sido por los signos de violencia que tendían a repeler a Bast, le habría parecido una mujer hartamente bonita.

Incluso sin sonreír, unos hoyuelos se intuían en la forma redondeada de sus mejillas, lo que le daba la dulzura infantil que contrarrestaba el brillo opaco de unos ojos que habían visto demasiado. Aun así, lo miraba todo —y a él— con mucho interés, como si estuviese preparada para presenciar el milagro al que se aferraría para alimentar la fe que aún no había perdido del todo. Lo más llamativo de todo era su boca. Una boca pequeña, en la que resaltaban los carnosos y rojizos labios en forma de corazón, permanentemente entreabiertos. Parecía que todo la asombrara, o que estuviera preparada para que la besaran en cualquier momento.

Bast descartó aquella idea al instante. No podía pensar en besar a una víctima, a un pajarillo con las alas cortadas. Eso era ella, incluso si no era consciente de lo que había sufrido: un gorrión que ya nunca más podría alzar el vuelo.

Sin darse cuenta de lo que estaba haciendo, acarició sus mejillas con los nudillos y le retiró un rizo pelirrojo de la cara.

Era una verdadera preciosidad. No había visto una belleza tan inocente jamás.

—Señor Bast —susurró ella.

—¿Mm?

—¿Está enfadado conmigo?

—Si lo dices por mi cara, deberías acostumbrarte. Siempre estoy enfadado *conmigo*.

—¿Por qué?

Él contuvo una sonrisa amarga.

—Porque así puedo ignorarme con una excusa. De eso va estar enfadado, ¿no? Te permite posponer una discusión inacabada que no quieres retomar.

—¿Por qué discute con usted mismo, señor Bast?

—¿Y tú por qué haces tantas preguntas? —Ladeó la cabeza—. ¿Te da miedo que las haga yo?

Ella no contestó. La conocía desde hacía veinticuatro horas a lo sumo, y ya se había dado cuenta de que no le gustaba que la abordaran directamente. Rehuía sus propias opiniones y decisiones como si no merecieran ser escuchadas.

—¿Le duele mucho? —preguntó en voz baja.

—Depende. Como dolor aislado es insoportable. Pero si lo evalúo por comparación con otras cosas, las ha habido que me han afectado más.

—¿Otras? ¿Le han disparado más veces?

Bast sonrió, ladino.

—Mis hermanos dicen que soy un pequeño provocador y un estúpido, lo que casi siempre resulta en que acabe molestando a gente que suele ir armada.

—Pero esta vez usted no provocó a nadie. Fue mi culpa.

Bast arqueó una ceja.

—¿Cómo?

—Si no le hubiera mentido, no habríamos entrado en esa taberna... y usted no habría recibido un disparo.

—No es así como yo lo veo. Creo que tu marido tenía razón: eres la mujer de la buena suerte. Iba buscando a un hombre y gracias a ti lo encontré.

Merry lo miró confundida.

—No iré a decirme que recibir un disparo es un símbolo de buena suerte.

—En algunas culturas estoy seguro de que sí.

Merry esbozó una sonrisa incrédula. Unos pequeños y alineados dientes blancos asomaron entre sus labios.

—Señor Bast, usted se está riendo de mí.

—Teniendo en cuenta que no soy bueno bromeando, eso es improbable. Y no he dicho nada que sea mentira, ¿o tú misma reconoces que no traes suerte?

—En realidad sí que lo hago, señor Bast. —Apoyó las manos en las rodillas, aún a horcajadas sobre él. Sus cuerpos no se tocaban—. El día que cumplí quince años, la vaca de mi padre dio a luz tres terneros en perfecto estado de salud. Pudo sacar un buen dinero por ellos. Cuando me casé, el señor Goody encontró tres guineas detrás de un cuadro de la casa. Y la señora Satterlee asegura que, cada vez que cruzaba el pueblo para ir a bañarme al arroyo, su hijo pequeño, que nació muy débil, encontraba fuerzas para jugar en el patio trasero. ¡Ah! El médico del pueblo vecino siempre iba a buscarme para que fuera junto a las parteras a cada alumbramiento. Ningún niño murió mientras yo estuve allí, señor Bast, y eso que en una noche vi cómo una mujer traía al mundo tres bebés. Uno detrás de otro.

—Sin duda tienes razones para pensar que fuiste señalada por una estrella.

—¿Usted se lo cree? ¿Cree en la suerte?

Bast se sumió en uno de sus circunspectos silencios, aunque le sostuvo la mirada en todo momento.

—Me parece que quien cree en ella vive aliviado porque no tiene que cuestionarse el porqué de las cosas.

—Entonces todos deberíamos creer en ella para ser felices.

—No es tan sencillo. No puedes obligarte a creer en algo a ciegas solo porque sea bueno para ti.

—Entiendo que la gente no crea en lo que no ha visto. Pero todo el mundo me ha visto a mí. Soy de carne y hueso y nunca le he traído mal a nadie... —Torció la boca—. Salvo a usted, señor Bast.

—Me habrían atravesado el hombro tarde o temprano. Tú solo has agilizado el proceso. Aunque sobre todo esto... me ha asaltado una duda.

—¿Qué duda?

—Si das buena suerte —dijo—, ¿por qué tú no la tienes?

La descolocó con esa pregunta. Incluso se dio cuenta de que no le gustó que la hubiera hecho, y no porque le hubiese traído un recuerdo amargo o no quisiera debatir, sino porque nunca se lo había planteado y preferiría no haberlo hecho.

—Supongo que no existe bendición sin maldición. De todas formas, yo me siento muy afortunada, señor Bast. Estoy viva.

Él se reprimió para no contestar alguna barbaridad, igual que lo hizo cuando la oyó decir que Goody era honorable y su matrimonio no había sido un infierno.

Si quería vivir engañada, ¿quién era él para impedirlo? Cada uno gestionaba su sufrimiento como podía.

Aun así, le molestó su resumen.

«Estoy viva».

—Muchas veces he pensado que estar vivo es el mayor castigo de todos —apuntó con suavidad. Dio por concluida la conversación señalando la mesilla de noche con un gesto de cabeza—. Come.

—¿El qué? ¿La sopa? Eso es para usted.

—Quiero que comas delante de mí, para que me asegure de que lo haces, y luego te bañes.

—¿Y querrá que me bañe delante de usted?

Bast la examinó en busca del ligero coqueteo que haría que esa insinuación tuviera algún sentido, pero no lo encontró. Lo preguntaba con inocencia, y quizá por eso le costó no imaginárselo.

Aunque Merry estaba mal alimentada, era una muchacha de constitución rolliza. Dudaba que debajo del burdo vestido hubiera un lío de codos y rodillas puntiagudas. Estaba seguro de que encontraría un par de piernas torneadas por el ejercicio, unos pechos llenos y un vientre plano. Suave y voluptuosa donde debía serlo...

Bast sacudió la cabeza.

—No será necesario.

Merry asintió y se sentó en la silla que había ocupado Arian. Lanzó una mirada dubitativa a la sopa humeante antes de que Bast la instara a comer.

No pretendía iniciar una conversación con ella. Esperaba disfrutar del silencio y organizar sus ideas. Tenía mucho en lo que pensar, empezando

por quién era el bastardo para el que Auckland trabajaba, y terminando por dónde iba a dejar a Merry.

Llevársela con él no estaba en sus planes. No se sentía responsable de ella, pero aunque quisiera su compañía, no se arriesgaría a ponerla en peligro. Y lo estaría si iba con él a alguna parte.

Auckland podría haberla matado, por Dios. Y entonces habría cargado con el peso de otra muerte injusta por el resto de sus días.

Algo que sencillamente no se podía permitir.

—Merry —dijo tras un rato. Ella levantó la cabeza del plato con los carrillos llenos. Él lo pensó un instante antes de continuar, muy despacio—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Merry tragó con dificultad y lo enfrentó. La luz ambarina de las velas la hacía parecer más rubia que pelirroja, y mucho más trigueña de lo que en realidad era.

—Entiendo que sientas que me debes lealtad porque pagué por ti —explicó—, pero has salvado mi vida. Eso hace que esté en deuda contigo como tú pensabas que lo estabas conmigo. A partir de ahora, puedes ir a donde desees y hacer lo que quieras. No tienes que quedarte conmigo.

Merry apartó el plato con lentitud, ceñuda.

—¿No hay algún sitio al que quieras ir? —continuó—. ¿Algún familiar con el que quieras estar? ¿Tus padres, quizá?

—Mis padres murieron de escarlatina, señor Bast. No tengo a nadie... Salvo a ese hermano que le mencioné. Se fue a Londres hace unos años y ya no sé nada de él. Podría buscarlo.

Bast intentó no expresar su contrariedad. No sabía qué edad tendría su hermano ni con qué propósitos habría viajado a la capital; de lo que sí estaba seguro era de que, si llevaba un tiempo viviendo allí, los placeres cosmopolitas lo habrían cambiado por completo. No existía hombre o mujer que no se dejara seducir por las infinitas posibilidades de Londres, y eran muy pocos los que sobrevivían a la ruina económica o no terminaban vendiendo su alma. Apostaba la cabeza a que el hermano de Merry ya no era el muchacho que había conocido, y eso si seguía vivo, lo que dudaba bastante.

Si hubiera prosperado, habría mantenido correspondencia con su hermana.

—¿No hay algo que se te dé bien hacer? Goody decía que eres buena costurera. ¿Te gustaría dedicarte a eso?

—¿Ser modista, señor Bast? Nunca lo había pensado. Coso parches y hago algunos retales, pero no he bordado jamás.

—¿Cocinera?

—Preparo lo básico, señor Bast. Sopas, purés, estofados si dispongo de los ingredientes... Nada más elaborado que eso.

Bast se frotó los ojos cansados. Le picaban. Seguramente empezaran a llorarle. Necesitaba dormir, y si no lo hacía en breve, se desmayaría. Era extenuante actuar como si no hubiera recibido un balazo hacía menos de veinticuatro horas, pero tenía que resolver el problema pelirrojo antes de descansar en paz.

Dios santo, ¿a qué venía esa preocupación? Dentro de que no había hecho nada aún para ayudarla, no recordaba haberse tomado tantas molestias por alguien desde hacía más de un lustro. Apreciaba a sus hermanos, pero Arian odiaba la compasión y no aceptaba consejos, y los otros dos, el experto contable de gran parte de los ricos de Londres y un marinero casado con su oficio, ambos felices en sus respectivas oficinas, no necesitaban niñera. Bast llevaba mucho tiempo preocupándose solo de sí mismo y le gustaba que así fuera. ¿Por qué romper la tradición? ¿Porque una mujer perdida hubiera ido a parar a su camino?

«No fue a parar a tu camino. Tú la compraste. Es tu obligación hacer algo con ella».

Pero ¿quién era él para decidir a dónde iría?

—Merry. —Sonó como un lamento—. Dime qué hago contigo.

Ella levantó la vista del mendrugo de pan que estaba desmigando como un pajarito. Una miga se le había quedado pegada a la comisura del labio.

—Eso es fácil, señor Bast. Solo tiene que llevarme con usted.

—¿Y si me dirigiera al infierno?

—Siempre he sabido que acabaría allí. Prepararía mis vestidos más ligeros y le seguiría; dicen que hace mucho calor.

Bast vaciló. Habló muy despacio al intentar disuadirla.

—¿Y si yo fuera el Diablo?

Merry le sostuvo la mirada con una sonrisa humilde.

—En vista de que Dios me abandonó hace mucho tiempo, puede que el Diablo sea mi mejor opción.

—A lo mejor es la peor de todas —replicó, sombrío.

—Eso lo dudo, señor Bast. Él nunca me dio a elegir. El Diablo, en cambio, está abierto a negociación.

—Puede que el precio a pagar sea muy alto.
Ella encogió un hombro sin apartar la vista del plato.
—Tengo cuarenta libras.

Capítulo 5



Bast desabrochó los botones del chaleco y se quitó el pañuelo del cuello. No era un día especialmente caluroso, pero la herida le ardía y ese calor se propagaba por todo su cuerpo. Estaba cerca de arrepentirse de haber insistido en saltar fuera de la cama.

Tenía por costumbre levantarse antes del amanecer y acostarse a medianoche. Entre medias, recorría los rincones secretos de Londres, intervenía en peleas y persecuciones y se reunía con individuos potencialmente peligrosos. Guardar reposo no disparaba sus emociones, y lo que es más: le hacía sentir un completo inútil. Se había tomado la libertad de ignorar al médico y deshacerse de las asfixiantes sábanas para reunirse con Arian en el despacho. Había tenido toda la noche para descansar y habituarse a su estado. Pensaba que si el dolor no lo había matado a esas alturas ya estaba fuera de peligro. No obstante, si ese punzante dolor seguía atosigándolo, tendría que rehacer sus pasos y darle a Arian la razón, lo que sin duda le satisfaría. Habían pasado veinte minutos de reloj discutiendo sobre dónde debería estar, si en posición vertical u horizontal.

Como siempre, Bast había ganado.

—Tu antiguo yo me habría comprendido —le reprochó—. No hubieras permitido que te recluyeran en una habitación durante más de un día ni aunque te hubiesen agujereado vivo. La vida de casado te ha ablandado.

—No me ha ablandado. Ha hecho que me dé cuenta de que no merece la pena morir por tozudez. Y no quiero que te desangres en mi despacho.

—¿Qué tal en el salón principal? ¿El sótano?

Arian se reclinó en su asiento y esperó con una paciencia impropia de él a que terminara con sus ironías. Bast decidió reservarse que no comprendía qué le importaba ensuciar el despacho; era el primero que le faltaba el respeto a todo lo que se iba a hacer allí poniendo los pies sobre la mesa. Junto a sus botas, que se veían amenazadoras calzadas en unos pies de gigante, reposaba un caballito de madera.

—No hay nadie a quien le sorprenda más que a mí que haya gente que se preocupe por ti, pero la hay, y por cercanía me toca hacerme cargo de su representación. Así que no me toques las narices —advirtió—. En cuanto terminemos de hablar, volverás a tu alcoba y te quedarás ahí hasta que tengas el color de un ser humano.

—Mi abuela era romaní. Encerrarme en una de tus suites de lujo no hará que deje de ser moreno.

Arian se incorporó, ya sin ánimo para bromas, y apoyó los codos sobre la mesa.

—¿Has venido a hacer algo aparte de sacarme de quicio?

—Creo recordar que querías que retomáramos nuestra discusión de hace unos años.

—No, quiero que me expliques quién me ha quitado el honor de pegarte un tiro.

Bast sonrió a sus uñas, que llevaba un rato mirándose con desinterés.

—Hay mucha gente haciendo cola, si no coges turno y desaprovechas tu oportunidad cuando la tienes, ¿qué esperas? Otro acaba reemplazándote. —Chasqueó la lengua—. Es una larga historia y con muchas lagunas.

—Me gustan las historias. Cuéntamela, aunque sea a grandes rasgos.

Bast lanzó una mirada al techo, como si necesitara pensar para relatar los aspectos menos agradables de su rutina.

—Ya sabes que desde hace un tiempo me dedico a rastrear a parientes de particulares desesperados. Así fue como surgió el negocio, al principio; como un servicio privado y restringido a los ricos que necesitaban traer de vuelta a sus hijas enamoradas.

—Tu popularidad como cazarrecompensas ha llegado hasta aquí. Ya me imaginaba que no solo traes de las orejas a adolescentes fugitivas.

—No. También hago encargos para gente de los suburbios.

Arian entrecerró los ojos.

—Ya sé que te relacionas con esa gente, pero ¿qué tipo de encargos?

—Digamos que hay muchos individuos a los que se les olvida que tienen deudas y creen que huyendo quedarán saldadas. He rastreado a unos cuantos como esos para que entregasen lo que debían a Shaw, a corredores de apuestas, a representantes de boxeadores de garitos ilegales... —Movié la mano.

Arian lo miraba con expresión sombría.

—¿Has trabajado para Shaw? ¿Tienes idea de qué clase de demonio es ese hombre?

—No es tan terrible cuando le das lo que quiere. Y yo siempre le doy lo que quiere.

—Hasta que no puedas dárselo.

—Ninguno de los dos contemplamos esa posibilidad.

—¿Y has contemplado el agujero en tu hombro? Porque es bastante visible, y a lo mejor te da una pista de que puedes estar equivocado.

—Somos buenos amigos, Varick. Empezó protegiéndome y ahora yo lo protejo a él. Nos tratamos de igual a igual.

—Insisto. Si está tan satisfecho contigo, ¿por qué te ha disparado?

—Dudo que esto tenga algo que ver con Shaw. El tipo que me estaba buscando para avisarme de lo que me esperaba me explicó que su jefe estaba cabreado por mis trapicheos. Mientras he servido a los peces gordos del East End hemos estado en paz, pero en el último año he hecho alianzas con Scotland Yard.

Arian abrió los ojos.

—¿Te has vuelto loco? —espetó—. ¿Cómo se te ocurre jugar con la policía y con los criminales más buscados a la vez?

—Encuentro el riesgo de lo más excitante.

—Eso no es riesgo. Ni siquiera es temeridad. Te estabas buscando deliberadamente que te apuntaran con una maldita pistola —señaló. Se revolvió en el asiento y lo miró con recelo—. Me extraña que no te hayan matado.

—Admito que he podido poner un poco nerviosa a la picaresca londinense, pero es así como me he posicionado como el rey indiscutible. ¿No lo entiendes? Le doy a la policía la información que me da la gana, y a los delincuentes les entrego lo que a mí me apetece. Controlo ambas facciones. Nadie puede toserme.

—¿Para qué toserte cuando pueden atravesarte? —ironizó.

—Sea quien sea ese hijo de perra, ha mandado a un secuaz al que ya tengo fichado porque no quiere dar la cara. Me tiene miedo.

—Está claro que no te ha visto encorvado en una silla, con la cara cenicienta y medio pecho vendado.

—Lo hará pronto, porque pretendo regresar a Londres lo antes posible. Tengo que descubrir quién es y recordarle con quién se está metiendo.

—Bastian... —empezó, pasándose una mano por la cara.

—No te molestes. —Cruzó las piernas y se reclinó en el respaldo—. Tengo a Shaw, al Irlandés, a O’Hara y a Marcellus de mi parte. En cuanto sepan que me han tocado las narices van a saltar como perros rabiosos. No pueden permitirse romper lazos conmigo. Si me cabrean, los entrego a la policía, les hundo el negocio, o ambas.

—Si te matan, eso que se quitan de encima. Es un complot, Bast. A esa gente no le gustan los traidores, y tú cambias de bando según te conviene. Y tampoco les hace ilusión que les quiten su importancia en el mundillo. Los has visto pelearse por quién mea más lejos.

Bast sonrió de lado.

—Como ya te he dicho, los tratos son beneficiosos, y mucho más para ellos que para mí. Siguen vivos gracias a la víctima que tienes delante. Me respetan porque tengo poder sobre ellos, pero también los mantengo alejados de otros sabuesos que la policía manda para encarcelarlos.

—¿Y qué opina la policía de que le entregues a algunos y otros prefieras invitarlos a tu casa a una copita de brandy?

—La policía no tiene ninguna certeza sobre mí a la que aferrarse para hacerme chantaje o meterme en la trena. Nadie la tiene.

—Tienen la certeza de que eres mortal, algo que es evidente que están empezando a sopesar como vía para resolver los problemas que das.

Bast suspiró, cansado de tanta cháchara. Apoyó los codos sobre la mesa y miró a su hermano a los ojos.

—No me han disparado porque quisieran matarme. No me quieren muerto, Arian. Me quieren dar un escarmiento. Tal vez inhabilitarme. Los secretos son poder y les sería más útil vivo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Un poco más arriba o un poco más a la izquierda y estarías a tres metros bajo tierra.

Bast ignoró el tono preocupado con el que insistió.

—Sigo siendo una buena baza. No van a quitarme del medio mientras lo sea. Lo más probable es que quieran llegar a alguna parte a través de mí, o que sepan que estoy en posesión de información demasiado reveladora para permitir que me mueva a mis anchas.

—Supongo que tomarás medidas.

—Por supuesto. Voy a descubrir quién hay detrás de todo esto y por qué me tiene tanta tirria. —Bast bostezó y apoyó la barbilla en los nudillos—. En el fondo no soy tan terrible. Sí lo suficiente para caerles mal, pero no tanto como para matarme. ¿No te parece?

—Eso es cuestionable —apuntó una suave voz femenina.

Bast ladeó la cabeza hacia la puerta. Una mujer de estatura media y piel pálida acababa de entrar.

«Lady Venetia Varick, condesa de Clarence», exclamó para sus adentros.

—Milady —saludó Bast, con una sonrisa socarrona—. Ya veo que se acuerda de mí.

—¿Cómo podría olvidarlo? —ironizó.

—¿Y a su marido le parece bien que tenga en el pensamiento durante tanto tiempo a otro hombre? A mí me daría qué pensar.

La mujer frunció el ceño.

—Mi marido es plenamente consciente de en qué términos me he estado acordando de usted, señor Carstairs. Muchas veces esos pensamientos se han materializado en voz alta.

—Imagino que mi hermano no ha salido nunca en mi defensa. Tengo entendido que le gusta darle a usted la razón en todo.

—Eso es mentira —dijeron los dos a la vez.

A diferencia de Arian, que le dirigió una mirada apreciativa a su esposa, Venetia no le quitó los ojos de encima a Bastian, como si estuviera segura de que debía tenerlo vigilado para evitar hecatombes. Él no se amilanó, a pesar de que aquella mujer tuviera fuerza de sobra para intimidar a un regimiento.

Cuando la vio la primera vez no le pareció aterradora. De hecho, se le antojó una insípida señoritinga de tantas. Bast se había acostado con muchas de esas por el placer de imponerse a la clase alta. Pero había una diferencia clave entre sus conquistas y Venetia, y era que Venetia no era en absoluto bonita. Ni tampoco encantadora.

No entendía qué había visto su hermano en ella. Y no lo decía porque estuviera resentido por la forma en que lo fulminaba con la mirada. No tenía nada en contra de la mujer. De hecho, podía decir que le divertía lo mucho que lo odiaba, sobre todo porque era un odio fundado y le fascinaba luchar contra sentimientos perfectamente justificados. Sin embargo, había visto la clase de mujeres con las que Arian se había codeado toda la vida y no tenían nada que ver con Venetia. Le gustaban voluminosas, bonitas de cara y con una risa estruendosa capaz de espantar pájaros. Venetia era una delgaducha sin gracia que siempre tenía un reproche en la punta de la lengua.

Bast se preguntaba qué pasaría cuando su hermano se diera cuenta de que esa mujer no era para él. Aunque era obvio que quedaba mucho tiempo para que eso ocurriese, a juzgar por su cara de memo consumado, no dudaba que acabaría sucediendo.

—En cualquier caso, no había pasado a verle a usted —dijo con tirantez—. Milan ha perdido su caballito de madera y llevamos horas buscándolo por toda la casa.

»Gracias a Dios... Aquí está. Empezaba a temer que tendríamos que levantar el suelo para buscar entre los cimientos.

Avanzó hasta el escritorio y rescató el juguete cerca de donde reposaban las pesadas botas. Venetia le dirigió una mirada de censura al conde que no pasó desapercibida, a lo que él arqueó una ceja que significaba «este es mi rincón personal del mundo y me siento como se me canta».

Se giró hacia Bast.

—Se le ve mucho mejor, señor Carstairs. No tardará mucho en incorporarse a su vida laboral en Londres.

En otras palabras... «Lárguese de aquí lo antes posible».

Bast disimuló una sonrisilla frotándose el arco de Cupido. Asintió, distraído, y no exteriorizó su diversión hasta que se hubo marchado. Entonces, Arian suspiró.

Al ponerse en pie, obligó a Bast a poner en riesgo su equilibrio haciendo lo mismo. Hizo cuanto estuvo en su mano por no gruñir al sentir una punzada en el hombro.

—Menos risitas, bufón —le amenazó. Echó a andar hacia la puerta—. Lo que hiciste no fue una travesura, sino una tragedia.

—Tu mujer está enfadada porque gracias a mí, su hermana Beatrice Laguardia es la actriz de teatro más famosa e importante de Londres. ¿Eres consciente del poco sentido que eso tiene?

—Para mi mujer, ser una actriz de teatro es similar a ser una mendiga en el mercado de Covent Garden. Y aunque la muchacha fuera ahora reina de Inglaterra, tu comportamiento seguiría siendo ruin.

—Veo inútil disculparme por algo que ya no se puede arreglar.

—Y yo veo una hipocresía que te disculpes por algo que no sientes, por eso no te estoy obligando a arrodillarte.

—Pensaba que no lo hacías porque estoy herido. ¿A dónde vamos?

—Quiero presentarte a mi muchacho. Va siendo hora de que conozca a ese tío Bast del que todo el mundo echa pestes.

Bast pestañeó, sorprendido.

—Si todo el mundo echa pestes, ¿para qué vas a presentármelo? ¿Pretendes enseñarle lo tradicional que es odiar a alguien de la familia, y sugerirle que me escoja como víctima?

—¿Odiar? Milan te idolatra. Ha desarrollado cierta predilección por los villanos de mis historias, y es posible que a alguno le haya puesto tu nombre.

—Gracias. Siempre he querido recibir un trato prosaico.

—¡Señorita! —exclamó una voz sofocada. Provenía del alto de las escaleras—. ¡Venga aquí!

A pesar de cruzar justamente por delante de la escalinata principal, Arian no se molestó en mirar hacia arriba, lo que denotó que estaba muy acostumbrado a los gritos del servicio. Bast pretendía imitarlo, pero alguien llamó su atención al colgarse de la baranda del piso superior.

—¡Señor Bast!

Él frenó en seco a los pies del último peldaño, a tiempo para ver cómo una figura vestida de blanco y sin zapatos bajaba dando saltitos. Un trío de criadas la perseguían, ahogadas, pero ella no parecía escucharlas: sonreía de oreja a oreja.

—¡Mire qué vestido tan bonito me han prestado!

Bast abrió los ojos de par en par al recorrerla con la mirada.

—¡Señorita, ese no es el vestido!

No, efectivamente no lo era. Era la larga camisola que las mujeres se ponían debajo de los vestidos, una especie de camisón de seda con el que se intuían los contornos femeninos. Como ella era más pequeña de lo normal, le llegaba por debajo de las rodillas en lugar de a medio muslo. Pero Bast apenas se fijó en eso: se prendó del vibrante ondular de sus rizos rojos, que ondeaban libres a su espalda. A simple vista no se le habría ocurrido que Merry tendría la densa melena que imaginaba en los personajes de los cuentos, ni que de alguna forma se las arreglaría para volar como un gorrión escaleras abajo.

Había cogido tal impulso para llegar al recibidor que, al frenar ante Bast, no pudo detener la inercia y él tuvo que abrir los brazos para que no se diera de bruces. Merry no le dio la importancia que tenía al abrazo

inesperado y aprovechó el mudo silencio de Bast para continuar su ilusionado parloteo:

—Nunca me he puesto nada así. ¿No le parece que la moda en Londres es un poco más escandalosa de lo que debería? ¡Se me ven las pantorrillas!

Las criadas, que ya se habían dado por vencidas, se echaron a reír al escucharla. Arian, de pie a su lado, carraspeó para sofocar una carcajada justa.

Bast se debatió entre reprenderla por el escándalo montado y dejarla vivir su ilusión.

—Esta es la moda en algunas zonas de Londres, de eso no cabe la menor duda —convino con prudencia. En lugar de soltarla, la sostuvo contra su pecho con firmeza, evitando así que Arian u otros lacayos curiosos admirasen las transparencias de la tela—. ¿Qué haces revoloteando por ahí?

—Quería que todo el mundo oliera mi pelo —expresó, tan entusiasmada que hablaba con la voz entrecortada.

Bast pestañeó una sola vez.

—¿Cómo?

—Como lo oye, señor —dijo una de las criadas, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Huélalo, señor Bast. Es como si hubiera estado tendida en un lecho de flores. Me han bañado en agua de rosas y ahora mi cabello desprende la esencia de la primavera.

Una sonrisa de incredulidad se abrió paso en sus labios. Pensó que la muchacha se estaba quedando con él. Acababa de presenciar la escena más ridícula y cursi que podía recordar, y, sin embargo, se le ocurrió que sería terrible no inclinar la cabeza y rescatar ese perfume que la había inspirado.

Efectivamente olía a rosas, y no solo eso, sino que se había secado formando las ondas de una Venus renacentista. Era suave como la misma seda que vestía y le pareció tan cálida y femenina que el corazón se le encogió de agonía en el pecho.

De forma irracional, la estrechó más contra su cuerpo.

Ella dirigió una mirada a Arian.

—Milord, acérquese. ¿No huele a rosas?

Bast se cuestionó cómo era posible que una petición como esa pudiera sonar exenta de toda significación. No había conocido a nadie capaz de

hablar sin segundos sentidos, sin dobleces ni suspicacias, sino expresando el concepto para el que fue creada cada palabra.

Arian, con una sonrisa tierna en los labios, se acercó y tomó un mechón al azar. Lo soltó tan rápido como intervino otra voz femenina.

—¡Señora Goody! —exclamó Venetia. Avanzaba desde el corredor paralelo con las faldas agarradas. Su mueca de horror hablaba por sí sola—. Eso que lleva puesto es la camisola interior. Haga el favor de acompañarme arriba.

Merry abrió los ojos como platos. Un rubor inocente no tardó en subirle desde las mejillas hasta la raíz del pelo.

—¿La camisola interior...? —balbuceó, con los puños cerrados en torno a las solapas de la chaqueta masculina. Lo miró atribulada—. Oh, señor Bast. Le he avergonzado.

—Es un error de principiante, no se apure —intervino Arian—. Los he cometido peores.

Bast no podía apartar la mirada de su mueca contraída por la vergüenza. Decir que lo tenía intrigado sería empequeñecer un problema que iba ganando terreno conforme corrían los minutos.

Se cuestionaba todo salvo el pasado y el presente de la gente de su entorno, pero sentía la necesidad de llenarla de preguntas sobre su vida. ¿Cómo era posible que alguien tan triste pudiera transmitir esa vitalidad a la vez? No se le ocurría gesto más inocente que ruborizarse, y ella, que debería haber perdido toda candidez, parecía tan mortificada como una debutante que cometía un error en su primer baile de temporada.

Solo que Merry era mucho más pura. No estaba entrenada para ser agradable o educada. Era un animal salvaje. Como él. La diferencia era que su espontaneidad resultaba deliciosa.

Bastian no fue consciente del brillo interesado que despidieron sus ojos cuando las criadas la ayudaron a regresar al piso superior. No apartó la vista de ella hasta que se perdió, e incluso unos segundos después continuó con la vista clavada en el aire que había rozado su piel.

—Tienes una amiga de lo más simpática. Dime que te la vas a quedar —comentó Arian, con una gran sonrisa en la cara.

Lady Clarence le dirigió una mirada perdonavidas.

—Debería daros vergüenza —les espetó—. Burlaros así de una muchacha que no sabe lo que hace.

—Ni se me pasaría por la cabeza burlarme de ella —acotó Bast quedamente. Hubo un pequeño instante de silencio; la dama se agarró las faldas y subió las escaleras a toda prisa, dejando patente con cada pisotón que estaba muy molesta—. Parece que a la parienta le disgusta tu sentido del humor, Arian. Lo considero un problema teniendo en cuenta que es tu única virtud.

—Por supuesto que no le disgusta. Se ha puesto celosa.

Y lo dijo con una sonrisa triunfante sobre la que Bast prefirió no hacer ningún comentario.

—Insisto en que Meredith me parece encantadora. Me encantaría verla a menudo, y lo que es más: sería bueno para mi salud que la trajeras cada vez que vengas de visita. Serviría para contrarrestar tu presencia oscura.

—Sobre eso tenemos que hablar. Necesito ayuda.

Arian alzó las cejas rubias.

—Esas son dos palabras que nunca pensé que saldrían de tus labios.

—Puedes regodearte lo que quieras mientras vamos a un lugar más íntimo. Temo que milady deje de detestarme si se entera de que soy capaz de hacer buenas acciones. No sé de qué me alimentaría si no es de su odio.

—De tarta de sémola, por ejemplo. Es la especialidad que han servido en el desayuno. —Le hizo un gesto elegante para que siguiera el pasillo—. Acompáñame por aquí.

Capítulo 6



Merry no podía dejar de mirarse en el espejo.

¿Esa era ella?

Le habían prestado un vestido a la moda. Uno verde claro con escote a la barca y un grueso lazo marrón oscuro ceñido a la cintura. Una serie de finos volantes le cubrían el pecho y las mangas hasta el codo. La criada había convenido con ella en que sería mejor no tentar a la suerte poniéndole la famosa crinolina para abombar las faldas; Merry a duras penas sabía manejarse con tantas capas, pero no rechistó cuando le dijeron que «una mujer decente nunca lleva menos de dos enaguas» y ahora hacía malabarismos para no tropezarse con los bajos.

Había tantas cosas que no sabía que debería sentirse avergonzada, o como mínimo intimidada por la situación. Y sin duda esos eran dos de sus sentimientos, pero la emoción sobrepasaba lo demás.

Estaba maravillada con su reflejo. Vestida con ese lujo parecía otra mujer. Una capaz de llevar perlas sin que pareciera que las había robado.

—Tiene muy buen aspecto —comentó alguien a su espalda.

Merry interceptó la mirada satisfecha de unos ojos verdes a través del espejo. Se giró con demasiado entusiasmo, cogiendo aire para deshacerse en agradecimientos, pero la rígida y elegante postura de la condesa la hicieron recular.

«A las mujeres de clase hay que hablarles con respeto», se dijo.

—Muchísimas gracias, milady. —E hizo una torpe reverencia que ella observó divertida—. Y... Siento muchísimo la escena. Lo de la escalera. Yo no sabía...

—No piense en ello. —Aireó la mano—. Ha sido un gesto espontáneo de lo más encantador. Y peores cosas se han visto por aquí.

Merry se sorprendió por la facilidad con la que desvió el tema. Por lo que había oído comentar a los miembros del servicio, Venetia era una mujer muy quisquillosa y que ponía especial atención a los modales de sus invitados. Después de haber atendido a la enumeración de sus manías —la

que los criados hicieron sin el menor afán despectivo—, había imaginado que la reprendería y no volvería a dirigirle la palabra, pero parecía muy cómoda en su compañía.

Al verla cerrar la puerta y dirigirse al fondo de la habitación que le habían asignado, Merry recordó lo que Bast había dicho sobre el dolor: como valor aislado siempre era mucho más grave que si se comparaba con otros. Sospechaba que aplicaba también a la belleza y la sofisticación. Delante del espejo se había visto a sí misma como una auténtica dama de clase, pero al lado de lady Clarence quedaba muy claro que no lo era. Hacía falta mucho más que un vestido para lograr una apariencia tan exquisita. Modales. Educación. Elegancia natural...

—Tenemos que hacer algo con ese pelo —comentó la mujer. Cerró el cajoncito del tocador y tamborileó los dedos contra el cepillo que había extraído—. No puede ir por la casa con esa melena suelta. Se le acabará enredando en alguna parte.

Merry se tocó los bucles con aire distraído. A su señal, tomó asiento tímidamente delante del espejito.

—La verdad es que tengo un cabello muy rebelde, milady.

—Y muy largo. Me recuerda al de mi hermana Audelina. —Su voz se tiñó de un cariño imposible de pasar por alto. Fue a decir algo más, pero Merry dio un respingo—. ¿Qué ocurre?

—Milady, usted... ¿Por qué no llama a la doncella?

Ella sonrió, y Merry se dio cuenta enseguida de por qué todo el mundo la miraba con esa paradójica combinación de respeto reverencial y aprecio familiar. Su rostro se llenaba de luz cuando quitaba el ceño fruncido.

—No se preocupe. He pasado muchos años encargándome de la apariencia de mis hermanas.

—Pero yo soy... una extraña, milady.

—No del todo. La ha traído el medio hermano de mi marido, y eso la hace muy cercana a mí. Y aunque no lo fuera, lo cierto es que nadie peina mejor que yo en esta casa. Por no mencionar que el que trate una melena como esta tiene que tener mucha maña. ¿Lo ha cortado alguna vez?

—Solo una, milady. Me llegaba por los pies y empezó a ser difícil atarlo.

—Santo Dios —rió entre dientes. Volvió a pasar el cepillo por el cuero cabelludo—. Es precioso, señora Goody. Nunca he visto nada igual.

Merry se ruborizó de placer. No podía recordar la última vez o tan siquiera la primera que le habían hecho un cumplido. Porque sin duda la estaba halagando: la dama prestaba una inusual y concentrada atención a su labor, como si tuviese entre manos algo valioso y se hubiera propuesto estar a la altura.

—Gracias, milady. —Dudó—. Llámeme Meredith, por favor. Aún no sé... si sigo siendo la señora Goody.

Lady Clarence intercambió una mirada escueta con su reflejo. Después volvió al cepillado, adoptando una postura y un tono desenfadados.

—Si quiere mi opinión —expresó con suavidad—, y aprovechando que vamos a tratarnos con cierta familiaridad... creo que huir con otro hombre no evita que a ojos de Dios siga casada con su esposo.

Merry abrió los ojos de golpe. Agarró el respaldo de la hermosa silla revestida en terciopelo para girarse hacia la dama.

—Milady, no es lo que piensa. No he huido con el señor Bast. Él me recogió. Me salvó de que nadie pujara por mí. Pero no le digo que he dicho eso. Le pone de mal humor.

Ella arqueó una ceja negra.

—¿De qué cosa podría salvar a alguien el señor Carstairs? ¿De la felicidad? —ironizó—. Es lo más ridículo que he oído en mi vida.

—Mi marido, el señor Goody, contrajo unas deudas con alguien peligroso de la capital. Como no podía pagarlas ni tampoco mantenerme, decidió venderme en la plaza. El señor Bast pasaba por allí y me compró.

La mano de Venetia se quedó suspendida en el aire. Hubo un silencio lleno de confusión.

—¿Pasaba por allí... y la compró? —repitió, incrédula.

Merry asintió con seguridad.

—Él no sabe por qué lo hizo, o eso creo. Estoy esperando a caerle un poco mejor para preguntárselo.

La mujer no daba crédito.

—¿Bastian Carstairs se ha comprado una esposa?

—Según él, ha comprado mi libertad y pretende devolvérmela. Me dio cincuenta libras y me dijo que me buscara la vida, pero yo le mentí para seguir a su lado. No quiero estar sola.

Venetia la observaba con la frente arrugada. Casi parecía en trance. Merry pensó en chasquear los dedos en sus narices para que volviera en sí,

pero ella lo hizo antes con brío. Procedió a trenzarle el cabello, con una expresión extraña en el rostro.

—Debería haberlas aceptado, Meredith. Perdóneme si soy demasiado invasiva y me tomo libertades que no se me han dado, pero creo que habría sido lo mejor. El señor Carstairs no es una buena compañía, y menos para alguien como usted.

—¿Lo dice por su seriedad? —preguntó—. Soy consciente de que no es precisamente divertido, y que puede ser cruel a veces, pero tengo la sensación de que tiene buen corazón.

Venetia bufó y Merry sonrió sin quererlo.

«Las damas también bufan».

—Buen corazón —repitió, sarcástica—. Es evidente que no lo conoce a fondo, y yo no me quedaría a su lado el tiempo suficiente para hacerlo.

—Algo así me dijo él —respondió, distraída—. Pero a mí me gusta el señor Bast, milady. Creo que, aunque usemos términos distintos, hablamos el mismo idioma. Solo hemos conversado un par de veces y me ha sorprendido que consiguiera expresar lo que yo nunca he sabido decir.

Venetia la miraba de hito en hito, como tratando de desentrañar sus sentimientos. Debió intuir algo terrible, porque presionó los labios y apartó el cepillo. Le ató las trenzas con rapidez y se acuclilló a su lado para mirarla directamente a los ojos.

—Meredith —dijo con voz suave—. El señor Carstairs... —Se detuvo y clavó la vista en el techo. Suspiró—. Sabe Dios que detesto las murmuraciones, pero creo que tengo el deber de advertirle que el señor Carstairs es un hombre sin alma.

—Todos tenemos alma, milady.

—En ese caso, la suya es un alma oscura. No tiene presentes los sentimientos ajenos. Toma lo que quiere, cuando y como lo quiere, y después lo abandona sin mirar atrás. Su premeditación es estremecedora. Nunca se arrepiente de sus actos.

—Quizá porque siempre actúa de la forma acertada.

—O quizá porque no teme a las consecuencias, lo que significa que no tiene aprecio por nada —retrucó, severa. Al ver que no estaba consiguiendo el efecto deseado, insistió—: Meredith... Perdona que te tutee.

—Puede hacerlo, milady.

—Intuyo que eres una buena muchacha. Y parece... —Hizo un esfuerzo por no fijarse en los moratones de su cuello. A pesar de llevar un fino pañuelo de seda, una consideración por parte de las doncellas para evitar tensiones innecesarias, no todos podían ocultarse bajo la tela—. Parece que conoces el sufrimiento. Mi moral me impide quedarme quieta mientras te ilusionas por un hombre perverso.

—Él aceptó llevarme consigo a pesar de haber descubierto mis mentiras. No puede ser perverso.

—Yo tampoco entiendo qué le habrá llevado a ayudarte. Me sorprende, teniendo en cuenta quién es. Pero no dudo que habrá un motivo detrás de todo. Uno ruin —susurró.

Merry se mordió el labio inferior. No dudaba de las palabras de la condesa. Había hablado lo suficiente con los criados para saber que era una mujer honorable e íntegra, y no tendría ningún sentido que le mintiera. Además... Ella misma había detectado cierta tensión oscura en el hombre al que acompañaba.

Tras un denso silencio, se decidió a preguntar:

—¿Por qué lo odia, milady?

Ella vaciló un instante antes de responder.

—Hizo daño a alguien que amo. A mi hermana.

—Oh. ¿Le rompió el corazón?

—Algo mucho peor. Por culpa de su egoísmo tuvo que renunciar a una vida prometedor: a la vida que ella quería.

No sonaba tan terrible como un corazón roto. Merry pensaba que no había nada peor que eso. Ella lo había padecido todo excepto el mal de amores, y seguía viva. Si había algo capaz de acabar con una persona, debía ser perder al amado.

Aun así, la advertencia y la frustración de Venetia no caerían en saco roto. Al igual que Merry había conectado con un lado de Bastian Carstairs, era consciente de que poseía un lado mezquino. Sabía que podía llegar a ser cruel, y la pregunta no era hasta qué punto, sino si ella podría tolerarlo.

Apostaba porque sí... A no ser que consiguiera sacar a la luz su sensibilidad, una que Merry sabía que tenía y que protegía de los demás.

Venetia regresó a la tarea que ocupaba. Terminó el peinado en meditabundo silencio: entrelazó las dos trenzas en la parte trasera de la cabeza y, con ayuda de las horquillas, fijó un moño práctico del que escapaban dos finísimos y delicados bucles.

—No te enamores de él —le dijo Venetia de repente—. Seguro que resulta sencillo cuando se muestra encantador, y es innegable que se trata de un hombre muy atractivo. Su fortuna también es algo a ponderar. Pero...

—Espero que estés hablando de mí —interrumpió el conde, asomado a la puerta. Había abierto sin llamar, e iba acompañado del mayordomo.

Venetia esbozó una sonrisa sencilla y se apartó de Merry.

—¿Has olvidado que hay que tocar a la puerta antes de entrar?

—He tocado a seis puertas antes de esta y he llegado a mi límite. La próxima vez marca con una cruz en la que te hayas metido.

—Entonces me confundiría y acabaría entrando en la habitación en la que está afincado tu hermano, y creo que a todos nos gustaría ahorrarnos ciertos horrores.

El gesto cálido y sereno de Arian sufrió una leve transformación en cuanto mencionó a Bast. Frunció el ceño y cambió el peso de pierna.

—Sobre Bast quería hablar.

—¿Qué puedo hacer para que te reserves esa información para ti, sea del tipo que sea?

—Llevaba toda la mañana con fiebre y no me lo ha querido decir —siguió hablando, sin escucharla—. Ahora está encamado. He mandado llamar al médico y no llega. ¿Sabes de otro galeno fiable por la zona?

Alarmada, Merry se puso en pie.

—¿Qué le pasa al señor Bast?

—No es nada grave —intervino Venetia—. El doctor dijo que la herida podría infectarse y que como consecuencia le subiría la temperatura. Dile a la doncella que aplique paños fríos contra su...

—Nesha, no le ha subido la temperatura: está ardiendo, sudando y al borde del delirio, y hace solo dos horas charlábamos en mi despacho. El médico tiene que venir *ya*.

El corazón de Merry se encogió de preocupación.

—Señor Bast —murmuró para sí.

Sin disculparse ni esperar una segunda opinión, pasó entre el mayordomo y el conde balbuceando incoherencias. El segundo intentó retenerla diciéndole que ya estaba siendo atendido por las criadas, pero ella lo ignoró y se recogió las faldas como si fueran un montón de sábanas para correr cómodamente. El eco de la exclamación de Venetia —¡no enseñes los pololos!— le llegó distorsionado, y para cuando pudo

preocuparse por haber vuelto a meter la pata, ya había llegado a la habitación.

Entonces, la preocupación fue otra.

Un par de doncellas salían en ese momento, una con toallas bajo el brazo y otra con un barreño de agua.

En lugar de preguntar si podía pasar a verlo, empujó la puerta y se asomó. Su corazón se detuvo al encontrarlo postrado en la cama, desnudo de cintura para arriba salvo por la venda. Su pecho moreno y lampiño estaba salpicado por las mismas gotas de sudor que se resbalaban por su frente. Estas se perdían en un desordenado y húmedo cabello oscuro.

—Señora Goody, no puede...

—*Shh* —interrumpió la otra criada—. Deja que lo atienda.

Merry se arrodilló al lado de la cama. Entendió a qué se había referido Arian con «su estado» al tomarle la temperatura. Toda su piel estaba ardiendo, y por la forma en que temblaba y siseaba entre dientes, parecía atrapado en una dolorosa pesadilla.

Merry posó delicadamente los nudillos en la herida, el foco del calor. Miró por encima de su hombro a las dos jóvenes, que cotilleaban en voz baja.

—¿Se sabe algo del galeno?

—El médico de la familia está ocupado con otros pacientes. Uriel, que es natural de Saltwell, ha ido a buscar al que conoce. Se dice que allí hay un buen doctor.

—El doctor Orson —puntualizó la pecosa.

—El doctor Orson —asintió.

Merry devolvió una mirada triste al enfermo.

—¿Saltwell está muy lejos?

—Ni a una milla, señora Goody. No tardarán.

—¿Ha oído eso, señor Bast? —preguntó, esperanzada. Sus dedos dedicaron una caricia vacilante al mechón que se le había pegado a la cara. Lo retiró con suavidad—. Ni una milla.

—Te lo dije —susurró una de ellas—. Se quieren.

—¿Qué tonterías dices? —refunfuñó.

—¿No has visto cómo la miró al bajar las escaleras con el camisón? Está loco por ella. Y ella por él.

—Deliras más que Carstairs. Anda, vamos.

Merry no les prestó ninguna atención. Se fijó en que un escalofrío estremecía a Bast de la cabeza a los pies y lo cubrió con la manta. Parecía mentira que tan solo unas horas atrás hubiera estado en plena posesión de sus facultades. Ahora apenas lo reconocía: estaba pálido como un muerto, igual o peor que la mañana anterior, y había perdido ese aire intocable que la sobrecogió al mirarlo por primera vez. Tendido sobre la cama, parecía tan vulnerable y humano como todos los demás.

Merry podía entender que su señor se protegiera tras una máscara de impasibilidad si lo que más odiaba era la compasión. Despojado de sus armas para permanecer a la defensiva era como un niño abandonado, y eso le hacía digno de toda la misericordia del mundo.

Se giró para asegurarse de que las doncellas seguían allí, y en efecto, se habían quedado con los ojos clavados en la escena, cuchicheando sobre asuntos que no le interesaban.

—Traed agua fría, por favor. La necesita para bajar la temperatura —pidió con voz temblorosa—. ¿Hay pasas? ¿Se puede preparar té de salvia con miel y zumo de limón?

—¿Para qué?

—Para la fiebre. Ayudaba al médico de mi pueblo a cuidar de algunos pacientes porque decían que mi presencia daba buena suerte —explicó—. El jengibre y la milenrama también funcionarían. Es lo único que se me ocurre mientras llega el doctor Orson. Tenemos que tratarlo como sea. Se le ve demasiado débil... y estoy segura de que eso no le gustaría.

—Preguntaré en la cocina —aseguró la muchacha—. Ya la has oído, Peony. ¡Muévete!

Peony se movió, y al cabo de unos minutos, cuando Merry ya había empapado el paño que había usado para secar el sudor de sus sienes, las criadas aparecieron con un tazón de té y un barreño de agua helada.

—Incorpórese, señor Bast. Tiene que beber esto. Le ayudará a transpirar y no sentirá la cabeza tan pesada.

Bast gruñó algo ininteligible. Merry deslizó una mano por su nuca empapada. Consiguió que espabilase lo suficiente para entreabrir los labios agrietados y tragar.

—Muy bien, señor Bast. —Agradeció su esfuerzo acariciándole la frente—. Un poco más.

—No es por nada —susurraba la criada—, pero yo no me tomaría tantas molestias con alguien si no lo quisiera.

—Cierra el pico, Peony. Y venga ya. No tenemos nada que hacer aquí.

Merry se encargó de todo. Una vez cómodamente afincada sobre el colchón, hundió el paño en la jofaina de agua y lo escurrió antes de pasarlo por las mejillas.

Él lanzó un suspiro quebrado de alivio que la hizo sonreír.

—Es agradable, ¿verdad? —susurró.

Igual que él hiciera la noche anterior al lavarle la cara sucia, recorrió su rostro desde el nacimiento del pelo hasta la barbilla, y siguió por el cuello y las marcadas clavículas. Y mientras lo hacía con total concentración, se fue fijando en detalles que él, estando consciente, nunca le habría dejado descubrir.

Merry tenía un concepto de hombre que se alejaba muchísimo de lo que veía ahora. Había tratado con granjeros altos y nervudos, más robustos, con más o menos dientes... y también se había cruzado más de una vez con algún forastero encantador, uno de esos caballeros a la moda *dandy* que se dejaban caer por la posada antes de continuar su trayecto. Merry los había admirado por su distinción, por la forma en que movían las manos al expresarse, por su caminar relajado y su tez pálida. Bastian no se parecía en nada a eso, pero tampoco a los aldeanos con los que había crecido. Era una combinación del héroe de la historia, con sus maneras elegantes y su idílico autocontrol, y del villano moreno con músculos de guerrero babilonio. Tenía la boca ancha y masculina, el mentón marcado e insolente, y a la vez, unos pómulos perfectamente marcados y un abanico de densas pestañas oscuras que sería la envidia de toda mujer.

Era equilibrio perfecto entre lo varonil y lo refinado. Era hermoso y salvaje, como las flores silvestres que nacían con espinas o los grandes felinos de las selvas tropicales. Un animal bello al que admirar de lejos teniendo la plena certeza de que dar un paso hacia él o tenderle la mano podría tener terribles consecuencias.

Estaba tan sumida en su fascinación que se sobresaltó cuando él la agarró del brazo.

—¿Señor?

Él no contestó, señal de que no era consciente de lo que hacía. Estaba delirando, y no solo sabía que eso no traería nada bueno, sino que su vida corría peligro. Pensar que el médico no llegara a tiempo para aplicar cualquier otro tratamiento hizo que el corazón se le parara súbitamente.

Su reacción no fue desmesurada. Merry amaba la vida, aunque la vida no la amara a ella. Asistía a los alumbramientos con gusto porque sentía pasión por el milagro de la maternidad, y siempre que podía escabullirse de casa, correteaba por el bosque para observar a los distintos tipos de fauna en su respectivo medio. La empatía le permitía llorar por un gato que había perdido una pata y por un bebé malogrado sin hacer ninguna distinción ni juzgar qué era más importante. Pero no solo temía por Bast porque esa fuera su visión de la vida. Era algo más.

No quería quedarse sola, y si él no se sobreponía a las fiebres, no sabría a dónde dirigirse. Tendría que enfrentarse sin un respaldo, ni bueno ni malo, a las crueldades de un mundo cuyas costumbres apenas le eran conocidas. Y aunque encontrara a alguien a quien aferrarse, aunque tuviera ese golpe de suerte... Sentía que nunca podría deshacerse del duelo acelerado que estaba experimentando en ese momento, y que tan desconcertada la tenía.

¿Era posible tener miedo de perder a alguien que no conocía? ¿A alguien que se presentaba como el Diablo, y al que la gente de su entorno definía del mismo modo? Cualquiera diría que no, pero no la abandonaba la sensación de que, si le pasaba algo malo, ella se perdería algo maravilloso. Algo esencial. Algo que podría incluso llegar a convertirse en su motor vital.

Ni siquiera habían hablado lo suficiente, pero con lo poco que había dicho, Merry estaba convencida de que acabaría entendiéndolo... y de que él la entendería a ella. De que él desentrañaría ese caos de sentimientos al que nunca había prestado atención, y daría sentido a esas preguntas sin respuesta que jamás se atrevería a hacer en voz alta.

Retiró un instante el paño y deslizó la yema del pulgar por la tensa línea de su mandíbula. Notaba la garganta seca, y el furioso latir del corazón taponándole los oídos.

—Tengo el presentimiento de que podría llegar a quererte.

»Bastian...

Él dejó de temblar un segundo, como si se hubiera reconocido en su nombre. Merry se quedó quieta también. Él gimoteó algo sin vocalizar.

—¿Qué pasa?

—Ann... Annelise...

Merry buscó en su memoria más reciente algún rostro que encajara con ese nombre, pero no se le ocurrió nada. Pensó en la hermana de la condesa;

la víctima de la maldad de Bast, cuyo nombre no había dicho.

¿Se referiría a ella?

—Annelise —repitió, jadeante y desesperado. Su voz se quebró cuando lo dijo una tercera vez—. Aquí... Aquí estoy. Ven conmigo. Ven conmigo...

Al ver que se estremecía violentamente, Merry apartó el paño y lo cogió de la mano. Bast intentó incorporarse. Parecía ansioso, asustado por si no llegaba a tiempo a quién sabía dónde. Al principio la llamaba interrogante, inquieto, pero conforme se mecía más y más agitado, su nombre era un lamento lleno de angustia. Decía «Annelise» como último reclamo antes de que se lo llevaran los demonios.

Merry intentó imponerse con un nudo en la garganta.

—Sí, sí. Soy yo —dijo en voz alta—. Soy yo, Annelise.

Bast abrió los ojos de golpe. Ella temió que transformara toda esa tensión muscular en un escarmiento por haberlo engañado, pero no se topó con su mirada fría, ni con la curiosa, ni con esa en la que despuntaba, durante un brevísimo instante, un amago de ternura. En sus ojos vidriosos solo había espacio para la misma sucesión de imposibles que le impedía respirar con normalidad. Seguía soñando aunque la mirase a la cara.

—Mi Annelise —jadeó, aliviado.

Ella sonrió y asintió.

Bast estiró el brazo y envolvió su cuello con la mano. Acarició el lateral de su garganta con el pulgar. El contacto la turbó no solo por lo inesperado, sino porque seguía ardiendo. Intentó conectar con su mirada desenfocada, pero él no estaba en sus cabales. Y pronto descubrió que esas sienes no estaban solo perladas de sudor, sino que unas lágrimas lo habían abandonado en su intención de ser siempre incommovible.

Pasó la mano por la nuca femenina y la trajo suavemente hacia sí. Merry dejó de respirar, asustada por si la besaba, pero no fue lo que hizo. Con un suspiro que lo dejó laxo, la guio a su pecho y la abrazó como si fuera lo más precioso.

Merry no se atrevió a moverse. Parecía que hubiera encontrado la cura para sí mismo. Sintió cómo su corazón, que palpitaba a una velocidad inusual, se iba relajando poco a poco.

No recordaba haber sido abrazada con esa necesidad de reivindicación, como si quisiera hacerle entender que la amaba más de lo que podía soportar. Sin saber por qué, sus ojos se llenaron de lágrimas. Correspondió su abrazo posesivo con manos torpes, con cuidado de no hacerle daño en el

hombro. Él lo tuvo que sentir, porque reaccionó con un jadeo ahogado y un murmullo que sonó a declaración de amor. Merry notó que hundía los dedos en su moño y tiraba con delicadeza, buscando sus labios.

No se pudo apartar antes de que la boca masculina se cerrara sobre la suya con un gemido de liberación.

Algo dentro de su cuerpo cambió de posición, igual que si hubiera activado un mecanismo. Presintiendo lo que quería, Merry se asustó ante lo desconocido.

La estaba besando, pero... ¿Qué era un beso?

¿Le dolería? ¿Le haría daño?

Fuera lo que fuere, pronto se dio cuenta de que no. Se sentía turbadoramente correcto.

Bast la persuadió de entreabrir los labios con caricias de terciopelo, y ella se sorprendió a sí misma accediendo. Un momento estaba avergonzada por su comportamiento libertino, rabiosa consigo por haberle mentido de nuevo, y al siguiente, Bast se introducía en su boca con una lengua dulce y también amarga por la miel y el limón; un ejemplo perfecto de quién era él en realidad, dos hombres contradictorios viviendo en un solo cuerpo. Uno que se movía de forma indecente, obligando al suyo a responder en la misma —aunque más torpe— medida.

Nunca la habían besado. Y nunca pensó que la besarían creyendo que se trataba de otra persona. Pero no podía apartarse. Su beso era tan ardiente que hacía de la temperatura de su piel algo fácil de ignorar, y no podía rechazarlo cuando se sentía tan justo. El contraste de su boca tosca y su delicada intromisión era eso que no sabía que había necesitado hasta ese momento, y enseguida se dio cuenta de por qué el alma se elevaba y se abandonaba a su ternura: porque había buscado desesperadamente durante tanto tiempo la veneración de un amante, que ahora incluso le sonaba familiar. Lo había visto en todos sus sueños; en las pocas veces que se atrevió a fantasear despierta.

El calor que desprendía la fue envolviendo hasta que atravesó las capas de ropa y fermentó dentro de ella. Se dejó arrullar por unos brazos protectores, por ese agarre posesivo que mantenía sus alientos entrelazados. Merry estaba tan perdida en el beso interminable, en la urgencia de Bastian, que pudo hacer oídos sordos a la extraña satisfacción por la que su vientre rogaba.

Quería acercarse más. ¿Y qué era más? ¿Qué podía ser más agradable que eso?

Se abandonó a la locura del momento hasta que la humedad entre sus muslos se ganó toda la atención. Merry jadeó, confusa, y se retiró de golpe. Se quedó inmóvil sobre el cuerpo de Bast, sintiendo únicamente el incómodo y desconocido palpitar de una parte de ella que odiaba.

Él no pareció darse cuenta de su desorientación. Tampoco de que se alejaba. Merry se movió como si tuviera los huesos de cristal, con cuidado de que aquella extraña sensación en el bajo vientre no se intensificara. Apoyó una mano en el abdomen y otra en su pecho. Subía y bajaba como si hubiera sido ella la que había recorrido una milla para ir a por el médico.

Como si lo hubiera invocado, el doctor Orson apareció bajo el quicio de la puerta, escoltado por el conde y la condesa y un par de doncellas.

Antes de que pudieran imaginar lo que acababa de ocurrir, Merry salió de la habitación abrazada al estómago. La culpabilidad la persiguió hasta que se apoyó en la pared del final del pasillo, donde se hizo un ovillo. Juntó los muslos temblorosos, esperando detener la humedad que fluía entre ellos.

Entonces se abrazó las rodillas, esperando que lo que fuera que estaba sintiendo se evaporase lo antes posible.

Capítulo 7



—No sé si has estado realmente cerca de la muerte, pero por si acaso creo que deberías estar agradecido.

Bast le dedicó una condescendiente caída de ojos a su hermano mayor. Llevaba casi media hora de reloj parlotando sin descanso sobre su estado de salud, cómo había tenido en vilo a toda la casa y lo mucho que le asombró que hasta Venetia se preocupase. En lugar de interrumpirlo con la explicación racional —esa gente solo había experimentado un morbo terrible ante la expectativa de que alguien relevante cambiara de barrio tan cerca de sus monótonas vidas—, lo había dejado hablar y desdecirse a gusto. Pero con aquel comentario había traído al presente un recuerdo vivido mientras deliró, y con ello, una actitud renuente a dar las gracias a nadie.

Le habrían hecho un favor si lo hubieran dejado soñar un rato más. Tal vez para siempre.

Era lo bastante orgulloso para obligarse a apreciar su vida, y por eso le costaba tanto reconocer que no se consideraba afortunado. Al abrir los ojos y perder la imagen a la que se había aferrado para encontrar una motivación, había deseado estar muerto. Y lo hizo tan intensamente que algo tan sencillo como cambiar de postura en la cama le había partido el corazón. Estaba débil, exhausto, y de un humor que oscilaba entre la rabia impotente y la más triste de las resignaciones.

—La dedicación de tu amiga fue crucial para que te recuperases. No se separó de ti en toda la tarde, y volvió a dormir a tu lado para asegurarse de que no te subía la fiebre.

—¿Volvió? —repitió.

—La primera noche también rechazó con amabilidad la habitación que le ofrecí. Cuando creí que la había convencido de meterse bajo unas sábanas limpias, fui a verte de madrugada y me la encontré en una postura muy comprometida con la alfombra.

El corazón se le encogió al imaginar a Merry hecha un ovillo al pie de la cama. Odió su reacción irracional tanto como odió esa exagerada

lealtad, igual que las actuales circunstancias de ambos, y sabía cómo operaba cuando el desprecio hacia todo lo desbordaba. Más le valía calmarse y mantener la mente fría. Estaba empezando a mosquearle cualquier cosa relacionada con ella, y la cara de pilluelo de Arian al pronunciar «tu amiga» era la primera culpable.

—No es mi amiga y lo sabes muy bien —aclaró en tono comedido.

Sus ojos se habían perdido en algún punto del paisaje que se atisbaba a través del gran ventanal del salón, una zona recreativa amplia con sillones tapizados en terciopelo azul y una serie de alfombras Wilton. Fuera hacía un día magnífico, uno de esos en los que la brisa se sentía en la piel como el aliento de una amante. El día perfecto para montar a lomos de Turandot y regresar a Londres, lejos de la mirada inquisitiva de un hermano que se creía en el derecho de desentrañar sus extraños sentimientos. Unos que ni él mismo entendía.

—Entonces tenían razón los criados; se alegrarán de saberlo.

—¿Con qué dramática interpretación de los hechos se divierte ahora el servicio de Beltown Manor?

—Comentan que has secuestrado a la mujer de un granjero, con su previo permiso, por supuesto, y que pretendéis vivir en pecado en la capital.

Bastian no cambió de postura.

—Supongo que debo dar las gracias por la especificación; me habría sentado mal que me imaginaran capaz de planificar un secuestro sin el consentimiento de la víctima —ironizó—. Así que esas son tus dos únicas opciones. O la he raptado, o es mi amiga. Parece mentira que fueras narrador de historias con la poca imaginación que demuestras.

—¿Por qué no me pones un ejemplo de posibilidad plausible? Tal vez así me inspire.

Bast retiró la atención de las extensas tierras de Clarence y se concentró en Arian, que manifestaba un serio problema para mantener las plantas de los pies pegadas al suelo. Ahora tenía los talones apoyados en una mesita de café.

Si decidió dar una explicación no fue para limpiar su nombre, sino porque necesitaba consejo para solventar el problema que le ocupaba.

Contó a grandes rasgos la venta de Goody y el único motivo por el que no había abandonado a Merry con cincuenta libras calentándose en su escote: por una mentira que no se creyó ni por un instante.

—Insiste en quedarse conmigo —concluyó—. Creo que piensa que soy Moisés y la llevaré a la Tierra Prometida.

—¿Y por qué no la llevas?

—Porque no sé dónde está esa tierra fértil, y si está prometida a un hombre, es posible que ese hombre me despedazara. Aparentemente todos los maridos y futuros esposos de Londres me tienen manía —ironizó.

—Me refiero a por qué no permites que se quede contigo. Podrías...

—No contemplo esa alternativa —atajó sin discusión.

—Por supuesto que no. Eres un lobo solitario que no se preocupa por nada ni por nadie. —Y puso los ojos en blanco.

—Hace tan solo un día te expliqué que me están buscando para darme una paliza que me deje inválido —expresó con una paciencia que escondía la mayor de las irritaciones—. Incluso si quisiera llevarla a Londres con su hermano, ¿no te parece que ahora mismo no soy una buena compañía, y que lo sería menos si me despedazaran?

—Entiendo. Tu moral y tus férreos principios de caballero te impiden poner en peligro la vida de una pobre inocente —comentó con alto sarcasmo. A Bast se le escapó una sonrisa de desprecio a sí mismo. Él tampoco podía creer lo bajo que había caído—. No me malinterpretes, estoy de acuerdo con lo que dices, pero me sorprende que te tomaras tantas molestias desde el principio.

»La venta de esposas es una práctica justa y beneficiosa para ambas partes. Muy común en las zonas rurales. Sin ir más lejos, la señora Watson fue entregada a un encargado de la administración provincial a cambio de treinta libras, y está mucho mejor con su nuevo esposo. Eso por no mencionar que nunca has sido empático que se diga...

—¿Me estás preguntando por qué la compré? —preguntó con un tacto engañoso. Arian alzó las manos de forma teatral.

—No osaría pedirte explicaciones.

—Soy un hombre de ciudad —respondió, ambiguo—. No estoy acostumbrado a ver cómo se transfiere la esposa de un miserable a otro aún peor.

—¿Te estás despreciando en voz alta? Eso es nuevo. —Arian cruzó los tobillos y se lo quedó mirando con tanta curiosidad que era imposible obviarla—. Sigues siendo Bastian Carstairs. Las mujeres en una situación desesperada te importan un carajo.

Bast acabó por enfocar la vista y dirigirse a su hermano. Solo dio su brazo a torcer por un motivo: no le gustaba que uno de sus pocos seres queridos estuviera tan equivocado en cuanto a algo muy obvio. La cruda verdad era que no había una sola cosa que le importase un carajo. Todas le importaban tanto que necesitaba distanciarse de ellas para no perder la cabeza.

Pero a Merry no pudo dejarla allí, y tal y como Arian insinuaba, eso tenía una explicación. Se expresó con una suavidad que escondía la rabia que nunca terminaría de soltar.

—¿Nunca te he contado que mi madre y yo fuimos subastados?

—¿Cómo?

Se encogió de hombros.

Fue en la plaza del pueblo. El señor Carstairs había tenido la amabilidad de afianzar a su mujer por la cintura, pero él, además de cinco años, tenía *literalmente* la soga al cuello. Si cerraba los ojos, aún podía sentir el escozor en la garganta y un fuerte sentimiento de humillación que ningún otro niño de su edad habría comprendido. Había emociones que un ser humano debería esperar a la adultez para conocer, y a Bast se las habían presentado todas en la tierna infancia.

—¿Ya no te parece una práctica común y beneficiosa para todos?

Arian se quedó mudo.

—¿Qué pasó? —preguntó al fin.

—Los pobres solo pueden divorciarse así. El caso de mi madre fue bastante sonado porque se supone que Carstairs no lo hizo por dinero, sino por despecho. Parece ser que su esposa se había enredado en las sábanas de un conde y su orgullo no pudo soportarlo.

—Desprecio lo que voy a decir ahora mismo, pero comprendo que no le emocionara la noticia. Ahora bien... Hay quienes se toman las venganzas demasiado en serio.

Bast sonrió con sarcasmo.

—Yo también lo habría comprendido si eso hubiera sido verdad, pero lo cierto es que soy escalofriantemente manipulador porque lo he heredado de mis dos padres. Hace tan solo un par de años me enteré de que Carstairs solo buscaba una excusa para casarse de nuevo con una vieja rica, y para ello tenía que quitarse del medio a su familia.

—¿Tus dos padres? —repitió—. Tu padre es Clarence.

Bast le dio la razón aun cuando no era cierto.

Los bastardos de Clarence eran conocidos en toda Inglaterra por la cruzada que él mismo emprendió siendo un adolescente. Estaba hastiado de su soledad y odiaba a su madre con una intensidad que podría haberlo matado; en vista de que nadie parecía por la labor de salvarlo, decidió salvarse a sí mismo saliendo en busca de esos hijos rechazados. Creía que en ellos encontraría a alguien parecido a él, que comprenderían ese vacío en el corazón que los desprecios de la sociedad y de su propia familia le habían dejado... y nada más lejos de la realidad, aunque eso no quitó que hubiera sido el descubrimiento de su vida.

Ubicó en el mapa a Arian Varick. Era prácticamente un animal salvaje cuando se sentaron por primera vez en torno a la mesa. Se definía como un hombre hecho a sí mismo. No había conocido el aprecio y solo por eso congenió con él al primer intento. Le siguió Foxcroft Stubton, un marinero de espíritu inquieto y con un gran sentido del humor que había gozado del cariño de toda una familia de tripulantes desde que llegó al mundo. Con él fue difícil no entablar relación; el trato con Fox era tan sencillo que apenas había que esforzarse. Por último, se las vio con Cassidy Davenport. El esposo de su madre estaba al tanto del *affair* extramarital que había dado lugar al nacimiento del niño, y aun así le hizo entrega de su apellido, su casa y su cariño. Bast dudó antes de tocar a su puerta, creyendo que encontraría a un muchacho reacio a encarar su verdadero origen, pero él estaba conforme con ello. Fue el que aportó un poco de orden y sensatez al cuarteto.

Al principio pasaban desapercibidos. Eran unos cuantos bastardos más de los miles que había desperdigados por Inglaterra. Pero cuando Arian se echó a las tabernas para contar con ironía la historia del encuentro de los hermanos, pronto se extendió por todo el territorio el divertido relato. Ahora eran casi una leyenda. «Los Hijos de la Infamia»; así fue titulado y contado de boca a boca por toda la capital, y así se denominaban a sí mismos. El nombre los presentaba como una unidad, y la plena conciencia de que compartían sangre y la deserción de Clarence como padre, había hecho que se sintieran exactamente eso. Una sola persona.

Bast no admitiría mientras viviera que, en realidad, Clarence no lo engendró. No porque creyera que eso lo alejaría de su verdadera familia, la única que quería y pretendía conservar, sino porque prefería pensar que un noble soberbio lo había rechazado sin conocerlo a que un pueblerino calculador lo vendió en la plaza del pueblo por ambición.

No sabría poner palabras a lo que sintió cuando su madre juró, en el lecho de muerte, que la sangre de Gideon Carstairs corría por sus venas; que le había mentado para protegerlo de la misma decepción que a ella la persiguió toda la vida y para animarlo a buscar a los parientes que merecía.

—¿Quién os compró? —preguntó Arian.

Bast volvió en sí mismo y lo miró sin verlo.

—El duque de Sayre, nuestro patrón. Ella lo avisó de que su marido iba a venderla por falta de efectivo y él, en toda su gloria compasiva, pagó los centavos que valíamos antes de que un comerciante nos montara en su carreta. Éramos una ganga y a un irlandés que pasaba por allí le pareció que podría hacer muchas cosas con nosotros.

—¿Centavos?

Bast cambió de postura en el sillón con aire distraído.

—Supongo que no todos valemos nuestro peso en oro. ¿Quién sabe? Puede que esté tocándole las narices a todos los matones del hampa y a los estúpidos de Scotland Yard para que mi cabeza suba de precio. Un hombre tiene derecho a aumentar su valor.

Arian no se rio. Su rostro era una pétrea máscara de severidad.

—Ya sabes que mi madre y yo trabajábamos en su finca. En Beverly Abbey —concretó Bast—. El duque y propietario le tenía aprecio y no quería perderla. Imagina que hubiera tenido que buscarse otra amante tan diestra... Solo de pensarlo se estremecía. No lo juzgo; a todos nos puede la pereza.

—¿El duque del que hablas es el padre de Nathaniel Blackbourne? ¿Ese *dandy* con el que te llevas como el perro y el gato? —Bast cabeceó afirmativamente—. Nunca me habías contado nada de esto.

—No es una propuesta de conversación apropiada para echar el rato en una taberna, ¿no te parece?

Arian había cambiado de registro. En sus ojos ya no brillaba la acostumbrada burla ni la camaradería que caracterizaba su relación. Por eso no se lo había dicho. Ni a él ni a nadie. Despertar la empatía de sus semejantes no le parecía especialmente tentador.

—Desde luego, explica que perdieras la cabeza en la venta de Meredith —meditó—, pero no irás a decirme que ese es el único motivo por el que te la llevaste. La muchacha no te es del todo indiferente, ¿verdad?

Bast se tomó un segundo para evocar el rostro redondo de Merry. Su desagradable y repetitivo «señor Bast», esas extrañas sonrisas incrédulas que esbozaba al menor atisbo de amabilidad por parte de otros y ese «oh» desencantado con el que creía que podía convencerle de que estaba sorprendida, cuando en realidad era un distractor que ocultaba un sentimiento más complejo.

Se revolvió con incomodidad en el asiento. Pensar en quitarla del medio, como si fuera un estorbo, le dejó un amargo sabor en la boca. Como no entendió esa repentina desazón, decidió ignorarla.

—Es un pajarillo extraviado que nunca encontrará el camino de regreso al nido —explicó con suavidad—. No puedo hacer nada por ella más que desaparecer. No encontrará ninguna satisfacción sustituyendo sus malos recuerdos por los que yo pueda proporcionarle.

»Aunque la llevara a Londres —meditó—, nada me asegura que su hermano esté allí. Ni que se hiciera cargo de ella. Y entonces, la responsabilidad seguiría siendo mía. Se me ha ocurrido que podría contratarla, pero es demasiado ingenua para defender mis dominios, y no comparte los principios que rigen cómo llevo el hogar. Mis criados son la gente más discreta del mundo y todos mis secretos peligrarían si la metiese allí.

—Si quieres mi opinión, no puedo pensar en una sola persona más leal a ti que esa muchacha, y la conozco desde hace unos días —apuntó Arian—. De todas formas, si no te convence esa alternativa...

Un coro de carcajadas femeninas quebró la relativa armonía de la conversación. Bast esperó, con una paciencia que no tenía, a que la revolución cesara al otro lado de la puerta y su hermano resolviera el problema. No obstante, a las risas se unieron unos pasos agitados y varias charlas a viva voz. Arian tuvo que levantarse para llamarles la atención; sin abandonar la estancia, se asomó e intercambió unas palabras con ellas.

Regresó con un suspiro cansado y una sonrisa satisfecha.

—Hoy se celebra la fiesta de la primavera —explicó, volviendo a dejarse caer en el sillón—. Todo el mundo pierde la cabeza a estas horas. Es el evento más esperado del año.

—¿La fiesta de la primavera? ¿Eso es una festividad patronímica?

—Es una costumbre que instauró el trastatarabuelo de Clarence y que he decidido mantener. Me cuesta solo un pellizco de la asignación anual y entretiene a mis empleados, lo que me garantizará que trabajen con más

ilusión. Además; me enorgullece ser embajador del único evento en el que se celebra la vida y las distintas clases sociales no aprovechan para gruñirse. Todos se mezclan con todos.

—Suenan a un día de paz mundial.

—Es mucho menos utópico, aunque llevo asistiendo dos años y debo reconocer que lo pasas tan bien que entras en un trance de irrealidad.

—Sí, debe ser la fiesta lo que te hace entrar en un trance y no que seguramente bebas más que un pirata.

Arian soltó una carcajada socarrona.

—Yo no soy el pirata de la familia. —Dio un golpecito al reposabrazos del sillón y volvió a levantarse—. Peony me acaba de decir que necesita que supervise unos cuantos encargos. Bastante he pospuesto ya mis obligaciones quedándome contigo... Voy a ver qué puedo resolver y qué puedo ignorar.

—Por favor, milord, por mí no se preocupe.

—Cuando vuelva hablaremos de Meredith —prometió, apuntándolo con el dedo—. Creo que se me ha ocurrido una buena idea, pero antes de proponerla tengo que hacer una consulta.

—¿A quién tienes tú que consultarle, si eres el amo y señor de todo a cuanto alcanza la vista?

Arian sonrió con una tristeza fingida.

—Tenías razón cuando hablamos aquella vez antes de que te marcharas, Carstairs; yo solo soy una marioneta en manos de un mayordomo abusón y una esposa que usa su belleza para manipularme. Ah, y un crío que tiene claro que solo sirvo para contar cuentos y hacer el perro.

—No pareces descontento con ello, así que no intervendré —comentó Bast—. No juzgues a tu hijo. Es cierto que son las dos cosas que mejor se te dan.

Arian cabeceó, como si lo estuviera pensando.

—Volveré en un rato —aseguró.

Bast lo invitó a apartarse de su vista con un vago movimiento de muñeca.

A pesar de que quería a su hermano y encontraba su compañía más o menos interesante, llevaba un buen rato ansioso por quedarse a solas. Un mortal no podía fingir por mucho tiempo que no quería gritar por un dolor paralizante, como tampoco que no llevaba un día entero trastornado.

Los recuerdos que la alucinación había rescatado de un rincón empolvado habían estado a punto de volverlo loco, incluso horas después de haber abierto los ojos. Necesitaba soledad y silencio para reconciliarse con el traicionero subconsciente y lidiar con el desengaño de una realidad que detestaba.

Lo malo de tener sueños tan vívidos era que cada vez que despertaba pasaba por un nuevo duelo. Annelise aparecía en sus pensamientos sonriente e inalcanzable, como siempre había sido, pero Bast volvía en sí mismo tan destrozado que era como si la hubiera visto morir otra vez.

Una, y otra, y otra vez.

Durante el delirio había sido incluso peor. La falsa impresión de haberla besado y estrechado entre sus brazos lo había convencido, durante agónicos segundos, de que estaba por fin en el paraíso. Y ahora había regresado a la injusta realidad.

No podía tranquilizarse. Dolía tanto que no había podido cambiar de postura desde que se había afincado en el salón. Estaba convencido de que cualquier movilidad que diera a su cuerpo le recordaría que estaba vivo, y eso lo empujaría a buscar la forma de ponerle remedio.

Bast cerró los ojos y se abandonó al desconsuelo. Dejó que se adueñara de él, que poco a poco fuera calando en sus huesos y le robara un escalofrío. La oleada de impotencia que siempre seguía a la asimilación de la pérdida estuvo a punto de partirlo por la mitad. Y justo cuando pensaba que no podría regresar del agujero por el que se arrastraba, una voz femenina lo llamó.

—¿Señor Bast?

Esperó que Merry no hiciera ningún comentario sobre su mirada vidriosa. Giró la cabeza hacia ella y le desconcertó lo fácil que fue sustituir los ecos del tormento por una agradable sorpresa.

La habían vestido como a una dama de clase y llevaba el recogido trenzado de una niña noble. Pero debajo de las filas de volantes y el corpiño que alzaba sus pechos de forma deliciosamente provocativa, seguía estando la dulce Merry.

Se acercó a él con cautela. Llevaba las manos entrelazadas en el regazo.

—Veo que te han prestado un vestido —dijo él—. Te sienta bien.

Prefirió no pensar en lo mucho que le gustó que ella se ruborizara de placer.

—G-gracias, señor B-Bast. —Carraspeó—. ¿Cómo se encuentra? ¿Le gustaría que le hiciera compañía esta tarde? La verdad es que tiene usted mejor aspecto y casi ha recuperado el color, pero en vista de que debe guardar fuerzas podría buscar un juego de cartas, o un tablero de damas... aunque tendría que enseñarme a jugar, claro, porque nunca he tenido la suerte de aprender.

Bast la estudió intrigado. Quizá fuera su impresión, pero parecía nerviosa; más consciente que nunca de su propia feminidad y de la virilidad de su acompañante.

—No será necesario —respondió tras una pausa apreciativa—. Me gustaría estar solo hoy.

El alivio en su expresión fue tan evidente que Bast empezó a sentir curiosidad.

—En ese caso... ¿Tengo permiso para ir a la fiesta de la primavera? —preguntó de carrerilla. Bast ocultó una sonrisa. «Así que era eso»—. Parece que es el acontecimiento del año y me muero por ir, señor Bast. Habrá fuegos artificiales, música, cientos de razones para bailar... Va todo el mundo, incluso aldeanos de pueblos vecinos. Peony y milady me han dicho que les encantaría contar con mi compañía.

»También encenderán una gran hoguera, se narrarán historias en torno al fuego y... Me han dicho que hay una tradición romántica. ¿Sabía que, durante la fiesta, los hombres tienen la excusa ideal para reclamar a sus mujeres? A partir de medianoche, cuando ya es veintidós de marzo, puedes agarrar a la muchacha de tu elección y ponerle una cinta en la muñeca. Eso significa que es tuya y deberás casarte con ella lo más pronto posible. Siempre que ella acceda, claro; si no lo hace, tienes derecho a un beso, aunque antes tiene que encontrarla, y eso es muy difícil. Cuando dan las doce, todas tendremos que echar a correr y escondernos.

Bast apenas escuchó lo que decía. Era obvio que estaba nerviosa, y lo demostraba hablando por los codos.

Secretamente complacido por su incomodidad, sonrió de lado.

—¿Debo entender con eso que quieres que alguien te bese?

Ella abrió los ojos como platos.

—S-señor Bast... Yo no entiendo... Jamás he... Quiero decir que... —Cogió aire—. Nunca me han besado, así que no me importaría que lo hicieran, pero... no es esa la razón por la que deseo ir a la fiesta. Solo quiero ver los fuegos artificiales.

«Nunca me han besado».

Todo rastro de sonrisa se evaporó al comprender el mensaje. Ese cerdo de Goody la habría tomado como los animales, sin molestarse en seducirla antes ni proporcionarle ningún placer.

Se obligó a respirar hondo.

¿Por qué demonios le importaba tanto? Era una mujer insatisfecha de tantas. Si le pagaran por cada viuda desatendida para la que había descubierto las mieles del amor, no tendría que volver a trabajar en su vida.

—Bueno —masculló—, sin duda es una fiesta con su justa poética.

—¿Justicia poética, señor?

—¿No conoces el mito de Dafne? —Arqueó una ceja—. Apolo, el dios griego de las artes entre otros títulos, cometió el error de pavonearse delante del dios del amor y este se vengó disparando dos flechas: una dorada a él, que lo haría enamorarse, y una de mercurio a la ninfa Dafne, que la convencería de que lo odiaba con todo su corazón. Esto provocó que Apolo iniciase una persecución exhaustiva detrás de Dafne, que corría en el sentido contrario. Al final, Dafne suplicó convertirse en laurel para huir de él, y así fue como se creó el árbol sagrado de Apolo.

»Me he fijado en que en el jardín hay varios laureles en flor. Si lo sumas a la persecución de la que has hablado, tiene su semejanza.

Merry lo había escuchado sin parpadear.

—¿Cómo sabe todo eso, señor Bast?

—Tuve un tutor versado en mitología y otras disciplinas en las que un hombre rico puede malgastar su tiempo —respondió quedamente—. En cuanto a lo de la fiesta... No tienes que pedirme permiso para ir a ninguna parte, Merry. Eres tuya y de nadie más. A dónde quieras ir depende solo de ti.

Merry asintió embelesada.

Cuando pensó que se marcharía, ella lo pilló con la guardia baja exhibiendo una sonrisa con hoyuelos. No podría haber previsto que eso serviría de anestésico, y que le impediría apartarse cuando se abrazó a su cuello.

El suave tacto de sus labios le calentó la mejilla.

—Gracias, señor Bast. ¡Es usted tan bueno!

Bast arrugó la frente.

¿Era un buen hombre por no obligarla a velarlo mientras una fiesta se desarrollaba en el jardín? Por Dios... ¿Qué clase de vida había tenido?

Observó su caminar bailarín hacia la puerta interiormente horrorizado.

¿Sería posible que hubiera sido sincera cuando dijo que seguir al Diablo al infierno no sería su peor opción?

Capítulo 8



Para adelantar el trabajo que le esperaba en Londres, Bast dedicó la tarde a la elaboración de una lista de nombres. Su intención era llegar a la capital con una idea más o menos clara de quién era el hijo de perra que andaba detrás de él para encontrarlo en cuestión de horas, enfrentarlo, y luego dedicarse a sus negocios como si nada hubiera sucedido.

Un hombre como él no tenía tiempo para lamentaciones o inútiles venganzas. En los suburbios las cosas funcionaban así y tuvo que hacerse a la idea en cuanto terminó su primer trabajo. Todos estaban expuestos a una puñalada traperera, y el que aún no había sufrido un ajuste de cuentas no podía considerarse nadie en la zona.

Aunque lo llamaban «el Intocable», Bast no había permitido que lo convencieran de que era la excepción. Conocía sus límites y por eso sabía mejor que nadie hasta qué punto era temerario, pues podría haber evitado las balas que recibió en otras ocasiones. Ahora era distinto, porque no lo había buscado, y aun así no le daba mayor importancia. Él siempre supo que tarde o temprano tendría que vérselas con un cliente descontento.

Así había sido.

Para cuando los farolillos iluminaron el jardín como luciérnagas de colores y las risas empezaron a hacerle compañía, Bastian ya había rellenado unas cuantas columnas. Gracias a su mente privilegiada había podido recordar a cada uno de sus clientes, aunque estos los descartó casi de inmediato. Tenían mucho que perder.

Los criminales más afamados tampoco habían pasado la criba: gente como Malone o el Irlandés no mandaría a nadie a dar un aviso. Hacían el trabajo ellos mismos. Otro grupo al que no prestó mucha atención fue al de los aliados más recientes. No eran ningunos estúpidos. Si quisieran cometer un delito sin ser muy evidentes dejarían correr más tiempo.

Pensó en lo que Arian le había dicho.

¿Podría ser Shaw? Ese bastardo era brillante. No se había topado con alguien tan inteligente en toda su vida. Empezó como ladrón de guante

blanco para amasar una fortuna que no tenía comparación ni siquiera en la nobleza, y ahora se dedicaba a administrar préstamos y hacer concesiones a los negocios ilegales que de ninguna otra forma obtendrían financiación. Todo el mundo sabía lo que Shaw hacía, pero por mucho que habían registrado su casa, nunca consiguieron encontrar ni una sola prueba. No insultaría su mente privilegiada suponiendo que había mandado a un matón con la cara rajada. Era bastante más elegante que eso y conocía de sobra sus métodos para saber que no arriesgaría su imperio para ver correr la sangre de un socio necesario.

Malone era harina de otro costal. Mataría con sus propias manos a un traidor. Estaba acostumbrado; llevaba toda la vida abatiendo a sus contrincantes en el cuadrilátero. El Irlandés, por otro lado, parecía haber desaparecido de escena. Se rumoreaba que quería retirarse y todo el mundo sabía que, una vez se entraba en el círculo peligroso del East End, ya no se podía salir. Quizá, para asegurarse de que nadie le seguía la pista, hubiera sido hacerle desaparecer. Su última obra como contrabandista de licores.

Desde luego, nadie se atrevería a buscarlo después. Si mataban al rey, el reino se veía absorbido por la anarquía. Y él era el rey, porque tenía mucho más que dinero o una presencia amenazante; tenía secretos de cada uno de los londinenses de renombre, y un pie en cada mundo.

Después de meditar sobre el Irlandés y otros conocidos a los que había provocado deliberadamente —O'Hara, Marcellus—, se puso en pie para estirar los músculos entumecidos. Le vino a la cabeza una de las muchas recomendaciones de su hermano Cassidy: «Si vas a tocarle las narices a alguien, primero asegúrate de que no va armado». Parecía una obviedad, pero hubo una época en la que Bast hacía justo lo contrario: hasta que no veía que el tipo cargaba un revólver, no desataba su lengua. Gracias al cielo, el tiempo le había enseñado —y por las malas— que no habría ningún honor en morir agujereado por niñato. Por supuesto, en aquel entonces no le importaba cómo morir. Solo quería hacerlo, y que otros se encargaran del trabajo sucio en su lugar.

Aturdido por las horas inclinado sobre el papel y dolorido por la postura, se dirigió al ventanal para echar un vistazo a la estampa de felicidad. Necesitaba distracción.

Ya era primavera. Otra vez.

Una melancolía insoportable lo envolvió como un halo gélido.

Había pasado un año más. «Uno menos», pensaba él.

Apoyó el hombro en el cristal y escrutó la masa de gente que danzaba alegremente. Las mujeres iban vestidas de blanco y llevaban flores en el pelo. Algunas se habían quitado los zapatos. Otras agitaban las cintas desatadas de la cinturilla del traje. Parecían hechiceras paganas invocando a algún dios de la naturaleza... salvo una de ellas, que tenía todo el aspecto de una ninfa.

Bast no quiso fijarse en Merry. No quiso seguir mirando. Había algo en las escenas de jolgorio que le ponía el vello de punta. Activaban la tristeza que dormía dentro de él. Pero no se podía ignorar a la Merry bailarina y traviesa.

Se preguntó si se habría divertido tanto alguna vez. Si conocería la alegría de vista o sería una vieja amiga que la visitaba con frecuencia.

Bast siempre había pensado que las personas que brillaban con luz propia no eran de ese mundo. Merry no lo parecía con el pelo suelto lleno de lirios. Incluso en la distancia podía apreciar su sonrisa.

Tal vez el pajarillo aprendiera a remontar el vuelo, a pesar de todo. O quizá no volaba porque no la habían enseñado, no porque ya no pudiese.

Sacudió la cabeza, molesto con el rumbo de sus pensamientos, y se apartó de la ventana.

Regresó al sillón y se sentó, por primera vez incómodo con el silencio.



Bast fingía entretenerse con las figuritas de ajedrez cuando un conjunto de risas le llegó desde el pasillo. Era más de medianoche. Tenía los ojos enrojecidos por haber permanecido despierto, los hombros hundidos por el cansancio existencial, y para colmo se le había dormido una pierna. Se imaginaba a sí mismo con un aspecto lamentable y le importaba un ardite que alguien lo encontrara acompañado de la autocompasión, pero prefería ver amanecer a solas. Por desgracia, no iba a tener esa suerte: las risas se evaporaron, y la última nota de una de ellas fue sofocada por el sonido de unos pasos.

Merry se tomó como una invitación que la puerta estuviera abierta, aunque antes se detuvo un momento en el umbral.

El vestido que llevaba no era mucho más elaborado que el camisón que había confundido con «el último grito en moda londinense». Una sencilla

túnica blanca, ceñida a la cintura por una cinta plateada, caía sobre sus curvas con la misma insinuante dejadez que un camisón de seda. Su cabello ondulaba como una bandera de sangre sobre los delgados hombros. Parecía una sacerdotisa medieval a la que le habían robado los zapatos... o que los había entregado a cambio de una noche de ensueño.

Bast examinó sus mejillas arreboladas y la sonrisa que le cruzaba la cara. Si le hubieran preguntado qué era la felicidad, habría respondido señalándola.

—Parece que te has divertido —comentó, sin moverse.

—Vengo a llevarle conmigo a ver los fuegos artificiales, señor Bast — anunció con seguridad. Arrastraba un poco las eses, y parecía incapaz de pronunciar la «t». Quedó claro que había vivido la experiencia al completo cuando se tambaleó al avanzar hacia él—. A las...

Aun con las articulaciones resentidas por la postura, Bast logró ponerse en pie a tiempo para evitar que Merry cayera de bruces. Había tropezado con el borde de la alfombra.

—¿Se puede saber qué te han dado?

Ella lo miró con los ojos vidriosos y una sonrisa bobalicona.

—No lo sé, señor Bast, pero sabe... muy dulce.

Él la apartó con cuidado.

—Yo ya he visto muchas veces los fuegos artificiales. No me generan ninguna emoción. Puedes volver..

Merry no prestó atención. Se había quedado dando vueltas alrededor de la mesilla donde descansaba el tablero de ajedrez. Sus finos dedos acariciaron la superficie distraídamente.

Aunque una parte de él ardía en deseos de que se diera la vuelta y desapareciera, otra no pudo evitar seguirla con la mirada como un cazador. Su melena dibujaba ondas perfectas que cortaban el aire, y rozaba un escote cuadrado al que él no era inmune.

No lo era, por mucho que quisiese.

—¿Qué juego es este?

—Ajedrez.

—¿De qué trata?

—De ser el mejor estratega. Gana quien derrote al rey.

Ella lo miró alarmada.

—¿Su Majestad permite que se juegue a esto?

Bast sonrió con su inocencia.

—Debería ser la primera en permitirlo. Aunque hay que echar al rey del tablero, yo diría que la reina es la pieza clave. Sin ella, un jugador principiante está perdido.

—¿Me enseñaría a jugar, señor Bast?

—¿Y qué hay de los fuegos artificiales?

—Aún queda una hora para eso. Podemos pasar aquí un rato, y luego... podría acompañarme —propuso con timidez—. ¿Le gustaría, señor Bast?

No podía pensar en nada que le gustara menos. O, siendo honesto consigo mismo... no podía pensar en nada que le produjera mayor contradicción. Un hilo invisible y casi premonitorio tiraba de él en dirección a la muchacha, mientras que sus propias convicciones, pesadas e inflexibles, le obligaban a echar el ancla muy lejos de ella.

«Solo es un poco de compañía», se dijo. Pero ¿lo interpretaría Merry de la misma forma? Estaba lo suficientemente vulnerable para ver cualquier gesto amable como una declaración de amor. Y Bast no estaba dispuesto a dar impresiones equivocadas a alguien que quizá no pudiera soportar la verdad.

Aun así, cedió.

Merry tomó asiento delante del tablero como si nunca hubiera visto nada así; como si nunca hubiera estado en un salón, ni hubiera gozado de la compañía de un hombre. Se movía igual que si estuviese bajo el agua, o sumida en un sueño, lo que la hacía parecer aún más ajena el mundo terrenal. Parecía un ángel que se había perdido camino a casa. Solo que ella no tenía casa, pero quería encontrarla de su mano. Era tan evidente que Bast no podía fingir que no se daba cuenta.

—¿Es un caballo? —preguntó ella, alzando una pieza. Se la acercó tanto a la cara que pareció que se la quisiera comer—. Qué bonito. ¿Qué se puede hacer con él?

Bast le explicó las reglas que trazaban los caballos. Después, Merry agarró un alfil, una torre y un peón, y tras hacer sus apreciaciones —los peones le parecían adorables y no tenía del todo claro qué era un alfil—, Bast le explicó sus respectivos papeles en el juego. Ella absorbía el reglamento como había absorbido el relato de Apolo; más interesada en la forma que tenía de explicarlo que en la información en sí misma.

Concluido el recital de normas, Merry se mostró ansiosa por comenzar una partida.

—¿Qué pasaría si le ganase, señor Bast?

—¿Qué te gustaría que pasara?

—¿A qué se refiere?

—Cuando se juega, normalmente cada una de las partes apuesta algo de valor. Así la partida se hace más interesante.

—Yo no tengo nada de valor, señor Bast.

Él contuvo un estremecimiento traicionero, asqueado por lo equivocada que estaba respecto a sí misma, y más aún por las ideas que se le pasaron por la cabeza. Se le ocurrían unas cuantas cosas que podría ofrecerle a cambio de la victoria, pero que él no tomaría ni aunque las pusiera en bandeja.

—Pero si ganara... —continuó ella. Con la barbilla pegada al pecho, le dirigió una mirada de soslayo—, me gustaría que me contase por qué le hizo daño a la hermana de milady.

Aquello lo pilló con la guardia baja.

—¿Quién te ha contado eso?

Ella se mostró reacia a contestar.

—¿Me lo dirá?

—Yo no hice daño a esa mujer. No tengo que hacerme cargo de las decisiones que toma una adulta.

Merry ladeó la cabeza.

—Entonces... ¿Usted no fue mezquino con ella?

—¿Por qué me lo preguntas? —Arqueó una ceja con ironía—. ¿Vas a inmiscuirte en los asuntos del señor Bast? ¿Crees que mereces conocer su pasado?

Con su ligera provocación no consiguió la respuesta deseada, que habría sido un ceño fruncido y una réplica mordaz. Al contrario; Merry agachó la cabeza y asintió. Viendo que abriría la boca para darle la razón, y más irritado de lo que le gustaría admitir, Bast suspiró.

—No necesitas ganar la partida para que te explique algo que podría contarte cualquier criado de esta casa.

—Oh, ellos no hablan de usted, señor Bast. Es un tema prohibido.

—No me extraña. La gente siempre ha demostrado una mojigatería insufrible hacia los asuntos de cama —comentó, distraído. Estiró un brazo hacia el peón negro de su fila y lo adelantó dos casillas. Después miró a Merry, que con torpeza repitió la jugada.

—Entonces le rompió el corazón —dedujo ella—. La sedujo.

Bast ladeó la cabeza.

—Eso es muy distinto a hacer daño a alguien, ¿no te parece?

—No, señor Bast —respondió llanamente, con la vista fija en las figuras. Él pestañeó una sola vez.

Se esforzó por no buscar el trasfondo a su sincera respuesta.

—Yo nunca hago daño a las mujeres cuando las toco... a no ser que me lo pidan. Cualquier perjuicio que pudiera sufrir después de nuestro encuentro, no es mi asunto y me eximo de toda culpa.

Merry le sostuvo la mirada con las mejillas coloradas.

—Milady dice que usted nunca se arrepiente y ahora veo que tenía razón —susurró—. ¿Es verdad que lo calculó todo? ¿Lo hizo por maldad y no por... placer?

Bast movió la siguiente pieza con aire pensativo. Evocó el rostro moreno de lady Brenda Marsden, que había cambiado su nombre a Beatrice para actuar en los grandes teatros de la capital.

Cualquier hombre en edad de amar se habría abalanzado sobre ella a la mínima oportunidad. Era una de las mujeres más sensuales, descaradas y atractivas con la que se había tropezado. Pero Merry tenía razón. No buscaba placer cuando la guiaba a un lugar privado. Que lo acabara encontrando en su cuerpo fue una casualidad que no le satisfizo. Al contrario. Le molestó disfrutar de la experiencia por algo más que por haber cumplido sus propósitos.

—Utilicé a lady Brenda para hacer daño a otra persona —cabeceó—, con el pequeño inconveniente de que ella tuvo que pagar parte de las consecuencias. No siento el menor deseo de defenderme puesto que no creo que deba. Dos personas no se besan si una no quiere. Milady estaba en plena posesión de sus facultades y quería acompañarme a la biblioteca. Debería haber previsto que podrían encontrarnos en una postura comprometida.

—Lady Brenda —repitió en voz baja—. Pensaba que se llamaría... —Sacudió la cabeza ante la mirada inquisitiva de Bast y ejecutó su siguiente movimiento—. No importa.

—En general desprecio las debilidades de los demás —expresó, inmerso en la partida y en la forma en que Merry se retiraba el pelo de la cara—, pero me saca especialmente de quicio esa cobardía de muchos de culpar al resto por una decisión que ellos mismos tomaron.

—Pero usted acaba de decir que sus intenciones no eran buenas.

—No, no lo eran. Y ella podría haberse asegurado antes de darme la bienvenida con los brazos abiertos.

Merry lanzó fuera del tablero un alfil negro que Bast había descuidado.

—Está haciendo lo que acaba de decir que odia: culpa a lady Brenda de haber caído en una trampa que usted decidió tenderle —repuso con suavidad—. Es injusto que la desprecie por no haber sido capaz de anteponerse a sus pasos. Una persona no es idiota por no pensar lo peor de quienes se acercan con una sonrisa.

La mano con la que Bast iba a borrar del mapa un peón blanco quedó suspendida en el aire. Por supuesto, no había reflexionado nada que a él no se le hubiese pasado por la cabeza, pero le sorprendió que en un par de frases hubiera puesto palabras a los que todo el mundo pensaba y nadie sabía cómo expresar.

—No es idiota —aceptó—, pero es ingenua.

—Es humana —corrigió ella, examinando la distribución de sus piezas con una interesante mirada calculadora—, y era feliz. Solo la gente que ha sufrido está acostumbrada a desconfiar de las intenciones ajenas. Me apena que lady Brenda descubriera el dolor porque alguien pensó que debería haber sido más avispada.

Bast pensó en defenderse con un sencillo «lady Brenda es mucho más que avispada», pero se había quedado mudo. Seguramente tuviera que ver con que estaba algo perjudicada por el vino que habría consumido, porque en general, Merry no tendía a dar su opinión sobre las cosas. Al contrario, la rehuía o fingía que no la tenía. Pero había acertado de pleno.

Decidió hacer algo que nunca antes se le había ocurrido: pedir el consejo de alguien.

—¿Crees que debería disculparme? —preguntó con suavidad.

—Solo si lo siente, señor Bast. Si no, bastaría con que asumiera que lo que hizo no estuvo bien. Siempre he pensado que no es tan terrible obrar movido por la venganza cuando se es consciente de ello; mucho peor es ser malo y creerse bueno —dijo con sabiduría. Después de que Bast moviera una torre al azar, ella sacó del juego al segundo alfil oscuro—. ¿A quién quería hacer daño, señor Bast?

—A un viejo amigo.

—¿Y por qué haría daño a sus amigos?

Él lo pensó antes de contestar.

—Solo hago daño a los que no estuvieron a la altura del título. Por suerte, el caballero en cuestión cuenta con otro que le reporta muchos más beneficios que el de amigo de Bastian Carstairs —comentó con una sonrisa fingida—. ¿Por qué todas estas preguntas? No dudo que seas curiosa, pero me da la impresión de que quieres conocer mi lado oscuro para prevenirte en el futuro. Un futuro que no vamos a compartir, como ya te he dejado claro varias veces.

Merry retiró del tablero al caballo negro. Murmuró un «adiós, Turandot», y le pidió disculpas a Bast por haberse «comido» su montura antes de mirarlo directamente.

—Si vamos a apostar... —empezó, dudosa—. Me gustaría que, si gano, cambiara usted de opinión al respecto.

—¿Respecto a qué? ¿Sobre llevarte conmigo?

Ella asintió.

—No voy a disputarme tu destino a una partida de ajedrez.

—Acabo de aprender a jugar y no me gusta comerme sus piezas. Me siento culpable —reconoció—. Seguro que gana usted.

—De ninguna manera. Pide cualquier otra cosa y me lo pensaré, pero esta no es discutible.

Bast no tenía una moral definida, pero sabía que a ojos de cualquiera estaba siendo injusto. La muchacha había dormido a los pies de su cama y había rechazado un almuerzo, un baño y unas sábanas limpias para velarlo. No andaba sobrado de conocimientos sobre medicina, pero era obvio que gracias a ella estaba vivo. Solo por eso debía darle todo lo que le pidiese: porque no hacía falta que se fuera a una cultura lejana para reconocer la tradición de pagar por una vida salvada con un favor de la misma importancia.

No dudaba que un hombre feliz con su segunda oportunidad le habría bajado la luna. El problema era que él aún deliberaba si Merry le había hecho un favor o lo había vuelto a condenar.

Jugaron en silencio durante los siguientes minutos. Notaba sus miradas furtivas, y rogaba porque ella no sintiera las suyas. Merry balanceaba los tobillos entrecruzados bajo la mesa, se mordisqueaba el labio inferior y retiraba los rizos de su rostro con resoplidos que sonaban al suspiro melancólico de una amante satisfecha. Ella no podía ser más sencilla, pero Bast se sentía en el ojo del huracán a su lado; a punto de ser absorbido por

una fuerza natural que por mucho que jugara a ser inofensiva, no lo era ni por asomo.

—Mi hermano me ha dicho que me has estado velando —dijo para romper el silencio. Con ella no parecía tan cómodo—. Gracias.

Merry levantó la mirada y le dedicó una sonrisa sincera.

—No me las dé, señor Bast. Y menos ahora, que acabo de hacerle *maque jate*.

—Jaque mate —corrigió, con el ceño fruncido—. Y eso no es...

Sí que era posible. Merry había efectuado una jugada perfecta.

No había forma de salvar al rey.

—No me lo puedo creer —murmuró.

—Podría haberme comido a su reina, señor Bast, pero he decidido dejársela por si la necesitaba.

—Muy amable por tu parte —masculló. Sus ojos revisaban las piezas, por si pudiera escabullirse a alguna otra casilla.

—La próxima vez protéjala mejor. Es lo mínimo que puede hacer si es lo más importante en su juego.

Bast se preparó para espetarle que no tenía que darle clases de ajedrez, pero al cruzar miradas con ella, se le olvidó lo que iba a decir. Era imposible que hubiera hablado con un segundo sentido. Ella no sabía nada, y no necesitaba recurrir a sarcasmos o suspicacias para darle un escarmiento, pero Bast sí era lo bastante retorcido para sacar la doble lectura.

Sí... Debería haber protegido a la reina mucho mejor de lo que lo hizo. Y su descuido era imperdonable porque eso era lo que ella fue: lo más importante para él. Debió haber estado a la altura.

Bast agachó la barbilla hacia las piezas que había jubilado.

—Muy bien, pajarillo. Has ganado. —La miró de reojo. Plantó el codo sobre el tablero, y sin querer lanzó al suelo al caballo negro—. ¿Qué quieres de mí?

Merry se remangó las faldas y se arrodilló para coger la figurita. Tuvo que arrastrarse hasta donde Bast estaba sentado, con las rodillas separadas y la espalda reclinada hacia atrás. La muchacha sostuvo el caballo entre los dedos y se lo ofreció sin levantarse de la alfombra.

—Ya sabe lo que quiero de usted —murmuró.

Bast se inclinó hacia delante. Apoyó los antebrazos en los muslos y se acercó lo suficiente a ella para que las puntas de sus narices estuvieran a

punto de rozarse. Con el índice y pulgar, cogió por la cabeza al caballo. Merry no lo soltó: se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos y la respiración contenida.

—¿Y no quieres nada más? —inquirió con voz ronca. Ladeó la cabeza como si pretendiera encajar sus labios en los de ella.

Ese acercamiento la puso nerviosa.

—¿Qué más podría querer?

Bast acarició con el índice la crin del caballito de madera pintada. Lo fue deslizando hasta rozar los dedos de Merry. Se detuvo cuando llegó a su muñeca.

Pensativo y con la respiración agitada por alguna misteriosa razón, cerró la mano en torno a su fino grosor.

No era tan delicada en el aspecto físico. Estaba hecha para aguantar las adversidades del tiempo sin despeinarse y tolerar el trabajo duro. Ni siquiera lo que había dentro, su corazón o su forma de ser, eran ni remotamente frágiles... o ya se habría quebrado.

Entonces, ¿por qué tenía la sensación de que era de cristal? ¿Por qué ese impulso de protección?

Bast observó un momento el círculo que su falda había trazado alrededor. Luego se fijó en el suave sonrojo de sus mejillas.

—Recuerdo que hace unos días me preguntaste cuál era mi color favorito —musitó. Con el pulgar de la mano con la que no la sujetaba, trazó una «C» desde su pómulo arrebolado hasta la comisura del labio—. Siempre he sentido debilidad por el rubor de las mujeres inocentes. Es una especie de rosa rojizo encantador.

—Hay unas rosas llamadas «rubor de doncella», señor Bast.

—Y hay lirios en tu pelo. —Retiró uno que estaba a punto de resbalar por un rizo rojo. Las puntas de los bucles rozaban el suelo en esa postura; parecían remolinos de fuego.

Una aguda punzada de necesidad le atravesó la espalda. Sabía lo que significaba; tenía hambre de esa mujer. Quería que su aliento le templara los labios. Quería que siguiera mirándolo con esa irritante fascinación. Llevaba toda la vida disfrutando del arte de corromper a las mujeres cándidas, pero ella se aferraba a su inocencia como un escudo. No se le ocurriría pervertirla con sus atenciones. Ahora que sabía que no tenía ni idea de lo que era un beso, de lo que era sentirse deseada, era consciente

de que besándola podría darse cuenta de que todo lo que sucedió antes fue una injusticia.

Bast no quería que supiera que la habían torturado... pero quería tratarla bien.

Qué contradicción tan terrible.

Bastian entornó los ojos sobre la boca femenina y se acercó un poco más. Ella vaciló antes de rozar sutilmente la suya, no más que la caricia de una mariposa que con solo batir sus alas provocó un huracán dentro de él. Sentía cómo se iba quedando sin saliva y los labios se le agrietaban con el correr de los segundos.

—No quiero hacerte esto —susurró.

—¿Señor? —balbuceó, interrogante. Estaba tan inmóvil como él, ambos respirando el aliento del otro. El de Merry olía a vino tinto. Quería averiguar si le sabría tan dulce como a ella.

—Si te trato bien no podrás dejarme nunca. Tampoco querrías.

—Puede tratarme mal. No se lo reprocharé.

Bast cerró los ojos y presionó la mandíbula.

Entonces sintió el roce de sus labios en la mandíbula. Bast no se movió; un sinfín de emociones lo sacudieron cuando su piel absorbió el tierno contacto. Ella lo besó cerca de la barbilla, en la comisura de la boca... y al final cubrió el espacio que sus labios entreabiertos había dejado para encontrar su encaje. Bast apretó la mano que tenía atrapada su muñeca para desahogar la lujuriosa frustración. Debería ser un pecado desear a un animalillo perdido, a una víctima despistada, pero lo hacía porque en el fondo sabía que Merry no era solo eso.

No tenía ni idea de besar, y sin embargo, sus tiernos intentos lo despojaron de toda voluntad. Quedó a merced de lo que ella quiso hacer: tentarlo con su tímida exploración. No había nada de lengua, nada de dientes, solo una serie de castos besos, propios de una niña inexperta que anhelaba algo que no alcanzaba a comprender. Con cada roce presionaba más sus labios, como quisiera dejar su sello, y cada uno de ellos estaba aderezado con la ansiosa necesidad de averiguar qué había detrás de eso.

El caballito de madera cayó entre los dos cuando Merry usó las manos para abrazarle las mejillas.

Bast no pudo soportarlo.

Se retiró de golpe y le apartó la mirada.

—No —jadeó, notando el rastro del vino en los labios.

Al ver que se ponía en pie y rodeaba la mesa para marcharse, Merry intentó llamarlo.

—Señor...

—No —interrumpió. La miró por encima del hombro—. Soy malo, Merry, pero no tan cruel como para hacerte esto.

Capítulo 9



Bastian Carstairs le había arruinado los fuegos artificiales y era cada vez más evidente que no pretendía hacerse cargo. Ella tampoco se atrevería a reprochárselo, ni interior ni exteriormente. Desde lo sucedido la noche anterior no se atrevía a acercarse a él, ni mucho menos para increparle que por su culpa se perdió un festival de luces y colores.

Qué desastre. Desde el principio hasta el final. Había bebido suficientes chatos de vino para que se le arrebolasen las mejillas y se atreviera a decirle cómo debía actuar. Incluso le había contradicho cuando reivindicó que cómo viviera ahora lady Brenda no era su problema. Para colmo, se había aferrado a él y había intentado besarlo.

En vista de su reacción, era evidente que el amor no se le daba demasiado bien.

Iban a dar la una de la tarde del día siguiente y no lo había visto por ninguna parte. Merry tenía el presentimiento de que se iba a marchar sin avisarla. No esa noche, pues el conde le había hecho prometer que guardaría reposo un poco más, pero sí en un futuro cercano. Y entonces ¿qué haría ella?

Esa mañana lo había oído discutir con lord Clarence en su despacho. La puerta cerrada le había impedido discernir cuál era el tema, pero la intuición le decía que tenía mucho que ver con ella.

Estaba histérica por la decisión que hubiera tomado. Le aterraba que él pudiese haber cambiado de opinión por las confianzas que se tomó tras la partida de ajedrez.

Debería haberse quedado quieta, pero ¿cómo? Bastian despertaba en ella la imperiosa necesidad de descubrir placeres que solo conocía por intuición.

—Dorothy —insistía lady Clarence—, solo es una temporada, cariño.

Merry llevaba todo el día replegada a una esquina de la sala. Por lo visto, eso era lo que hacían las damas durante su tiempo libre; holgazanear en un diván con un libro entre las manos, un bordado por finiquitar o un abanico en el caso de los días más calurosos. Merry no sabía leer y con suerte hacía retales, así que no le había quedado otro remedio que asistir como oyente a la conversación de la condesa y su hermana menor.

Se sentía ajena a la escena no solo porque estuvieran debatiendo un asunto personal, sino por lo que representaban: una nobleza que la impresionaba. Nunca había estado tan cerca de personas de esa importancia, y debía decir que, aunque no terminaba de acostumbrarse — ni llegaría a hacerlo—, la habían decepcionado. Los aristócratas no eran tan especiales como para pronunciar sus nombres o bien como si fueran el título de una obra teatral o como si se tratase de dioses y fuera una blasfemia nombrarlos en vano. Eran personas de carne y hueso con mucho estilo para vestir y unos modales impecables, pero en lo que respectaba a Merry, no había necesitado ninguno de esos dos valores para desempeñar sus tareas en la granja. Lo que no quitaba, por supuesto, que no pudiera evitar imitarlas al coger la taza de té con suavidad, abanicarse con la mano o simplemente sentarse en un sofá.

—¿Es que no te tienta conocer la capital? —insistía la dama—. ¿No te gustaría acudir a bailes, picnics, carreras de caballos y carruajes...? Hay todo un sinfín de actividades que hacer en Londres y miles de caballeros con los que podrías congeniar.

Dorothy Marsden tenía más o menos la misma edad que Merry. No había hablado mucho con ella porque pasaba el día entero dando paseos por las proximidades, montando a caballo o reunida con su grupo de amistades, formado en su mayoría por trabajadores de las tierras de Clarence. Aun así, sabía que era muy agradable; una chica sencilla con la que podría entenderse mucho mejor que con la condesa.

—Todo lo que quiero está aquí —dijo Dorothy con franqueza—. Solo me faltan Frances, Rachel y Florence, y por lo que tengo entendido no van a encontrar marido en su tercera temporada, así que es cuestión de tiempo que volvamos a estar juntas en Beltown Manor.

A continuación, tomó la taza de té y le dio un sorbo delicado. Merry la observó con fijeza y la imitó: tomó la fina porcelana con el mismo aire señorial y cuadró los hombros antes de llevársela a los labios. Copió también su expresión entre serena y distante. Se concentró en todo menos en el detalle de beber, y cuando inclinó la pieza, la mitad del té se derramó sobre su escote.

Dirigió una mirada aterrada a las damas. Aprovechando que no se habían dado cuenta, se apresuró a limpiar la mancha con la propia falda, lo que solo hizo que se extendiera más. El olor a finas hierbas le taponó las

fosas nasales. La verdad era que nunca le había gustado el té, pero pegado al pecho menos aún.

Fue a retirar la tacita a la mesa auxiliar, pero el dedo se le había quedado atascado en la diminuta asa. Merry se mordió el labio e intentó sacar el anular agarrando la base con la otra mano. El recipiente aún ardía tanto como el contenido y se quemó la palma.

Ahogó un jadeo de dolor y se escondió la mano dolorida entre los volantes de la falda. El dedo retorcido empezó a molestarle.

—Me pasa con mucha frecuencia —expresó una agradable voz masculina.

Merry alzó la vista y se topó con la expresión divertida del conde. La vergüenza no la mató porque se estaba reservando el golpe definitivo: Bastian también había presenciado su numerito. La miraba, inexpresivo, un par de pasos detrás de Clarence.

—Oh, milord... No sabía que estaba ahí.

—No será porque no hayamos saludado, pero entiendo que estaba muy ocupada con lo que se traía entre manos. No se irrite. Recuerde: es una mujer mañosa contra una estúpida taza de porcelana. Tiene usted todas las de ganar.

El conde la ayudó a liberar el dedo. Un par de gotas de té se derramaron sobre la alfombra, pero no pareció importarle.

—A mí siempre se me encaja el meñique. —Lo agitó como si no supiese qué dedo era.

—¿Y cómo lo saca?

—Depende de mi estado de ánimo. Alguna que otra vez he terminado estrellando la taza contra la pared. —Dirigió una mirada a la mancha líquida—. ¿Quiere ir a cambiarse?

—Oh, no, no. —Dirigió una mirada culpable a Dorothy, que acababa de darse cuenta del problema—. Le he arruinado el vestido. Lo siento.

Ella negó con la cabeza dulcemente. Era una de esas muchachas con ángel que ganaban atractivo cuando sonreían.

—Las manchas de té salen con facilidad, no ha arruinado nada. Haré que le suban otro a la habitación. ¿Quiere que la acompañe?

Merry se puso en pie de un salto. No sabía cómo era posible, pero notaba que los ojos de Bast la seguían, igual que los de lady Clarence; la condesa la observaba con una mezcla de preocupación y lástima.

—Oh, no, no es necesario, usted... —Carraspeó—. usted debe quedarse aquí. Yo me encargaré.

—Use la campanita para que una doncella vaya a ayudarla —dijo Venetia con suavidad. Merry asintió frenéticamente y salió disparada. Solo bajo el umbral recordó que debía hacer una reverencia y se detuvo para doblar las rodillas.

El conde le devolvió el gesto con una sonrisa tierna en los labios.

—Estúpida —se dijo en voz baja, mientras recorría el pasillo apresurada.



Merry no había querido molestar a la doncella para hacer algo tan sencillo como cambiarse. Llevaba toda la vida vistiéndose y desvistiéndose sin ayuda de nadie, y pensó, en su maravillosa ingenuidad, que no le sería tan difícil una vez más. Pero no había contado con la cantidad de peripecias que formaban un traje de mujer de clase. Tenía tantos accesorios que no sabía por dónde empezar. Por lógica, se dijo que las medias y los pololos irían primero, y que la tela de estampado floral del vestido sería lo último, pero no sabía si el corsé iba por dentro o por fuera, y aunque supiera el orden, ¿cómo iba a ajustarse las prendas sin otro par de manos? Jamás había tenido que llevar algo así.

Sin saber muy bien por qué, unas inmensas ganas de llorar la invadieron. Se mordió el labio para controlarlas, aún dando vueltas alrededor del vestido tendido en la cama, igual que si quisiera invocar a un dios. Ella no necesitaba deidades para que le echaran una mano, solo a una criada, pero se imaginaba lo que estas estarían pensando; tener que vestir a alguien muy por debajo de su propio estrato social debía ser un insulto. En Beltown Manor incluso las mujeres del servicio le parecían elegantes.

Después de cuarenta y cinco minutos bloqueada, se rindió. Tomó asiento en el borde de la cama y se entretuvo acariciando las arrugas de la colcha. Nunca había tocado algo tan suave, salvo quizá, el pelo de Bastian Carstairs.

«Soy malo, Merry, pero no tan cruel como para hacerte eso».

Hacerle ¿qué?

Como si pensar en él bastara para invocarlo, Bast se personó en el dormitorio sin tocar antes a la puerta. Cualquiera mujer se habría cubierto casi inconscientemente, pero Merry se quedó paralizada al ver que cerraba tras de sí y se acercaba.

Interpretó el arqueado de su ceja como un interrogante.

—No sé ponérmelo —confesó con tristeza.

—Nadie sabe ponérselo, pajarillo. —Pausa—. Ven.

Merry se levantó, dubitativa, y caminó hacia él. Se le pasó por la cabeza que aquello fuera inapropiado; lady Clarence le había hecho un resumen detallado sobre ciertos comportamientos fuera de lugar, y parecía que una mujer no podía quedarse a solas con un hombre. Pero ella no era tan honorable como una soltera en su debut, y además de en ropa interior, lo que sin duda haría que la condesa se desmayara del disgusto, estaba casada. O lo estuvo.

Aun así, se ruborizó como una colegiala cuando vio que Bast tomaba el corsé y la rodeaba para ponérselo por encima de la camisola. Merry colocó las manos sobre las finas varillas verticales y observó, inmóvil, cómo él las iba ciñendo a su vientre.

Le oía respirando profundamente.

—¿Te aprieta mucho? —susurró. Su aliento le llegó como una brisa. Olía a miel y café, y de pronto se le hizo la boca agua.

Merry negó. Cerró los dedos en puños crispados para que no fuera evidente el repentino temblor. Se concentró tanto en no parecer alterada por su cercanía, que apenas se dio cuenta de cómo abrochaba las enaguas, solo cuando le dio la vuelta para ponerle el vestido por la cabeza.

Antes de cubrirla con lo que parecía casi una tonelada de algodón, intercambió una breve mirada con ella.

—¿Cómo lo hace tan bien, señor Bast? —preguntó en voz baja—. ¿Ha ayudado a vestir a muchas mujeres?

—De hecho, es la primera vez que les pongo el corsé en lugar de quitárselo. Lo bueno es que uno aprende la disposición de las prendas de tanto que las ha visto.

Merry no supo si sentirse halagada por ser la excepción o lamentar no formar parte del grupo de seducidas. Enseguida se decantó por lo primero.

No era ninguna estúpida. Sabía muy bien con qué propósito desvestían los hombres a sus señoras, y Merry era muy consciente de que la experiencia posterior tenía bastante poco de agradable. Aunque Bastian

fuera hermoso como una pantera y hubiera demostrado que sabía hacer de las caricias algo delirante, Merry no dudaba que le haría daño.

Bast cerró los broches delanteros del vestido y dio paso atrás.

—¿Cómo ha sabido que tenía problemas, señor Bast?

—No lo sabía. Había venido para hablar contigo.

Merry levantó las cejas un segundo. Luego intentó reproducir la regia postura de la condesa. Enderezó la espalda y entrelazó los dedos sobre el regazo.

—Adelante —dijo, modulando el acento.

Bast no debió darse cuenta de sus esfuerzos, porque dirigió una mirada rápida a la mesilla de noche, ahí donde Merry había dejado su pequeña fortuna.

Se humedeció los labios y luego volvió a ella.

—He tomado una decisión.

El corazón de Merry se aceleró. Lo siguió con la mirada en su lento paseo hasta la mesa en cuestión. Cogió una moneda y la examinó como si nunca hubiera visto una.

—Mañana regreso a Londres —anunció, inexpresivo—. No puedo posponer ni un minuto más mis obligaciones. Tengo un asunto que resolver y un par de encargos pendientes.

—Pero aún no está del todo recuperado, señor Bast.

—He trabajado en peores condiciones —resolvió. Con impulso del pulgar, lanzó la moneda hacia arriba y la agarró en el aire. Cerró el puño y le lanzó una mirada indescifrable—. El conde y yo hemos coincidido en que lo mejor será que te quedes aquí.

—¿Que me quede aquí? —repitió, paralizada.

—La muchacha que se encargaba de las chimeneas, entre otros menesteres, se marchó hace unos meses a la capital. Su puesto de criada ha quedado libre, y si bien en esta época del año no se necesita encender fuegos, estoy seguro de que podrán encontrarte otras tareas que hacer. Quizá podrías ayudar a las señoras a acicalarse, o...

Merry lo miró espantada.

—Pero si no sé ni ponerme un vestido como este, señor Bast. ¿Cómo voy a ayudar a nadie?

—El conde te pagará un buen salario —continuó, como si no la hubiera oído—. Ocho libras al año. Lo normal son seis; deberías considerarte muy afortunada.

Merry lo cogió de la manga de la chaqueta.

—Pero señor Bast —balbuceó—. ¿Cómo quiere que me quede aquí? Esto es una casa muy... Aquí viven condes, y... Señor Bast, yo soy muy maleducada. No haría nada bien.

Bast tomó su mano temblorosa y le acarició el dorso con el pulgar.

—Lo harás de maravilla, Merry. El conde te tratará muy bien, y la condesa, por muy desagradable que parezca, tiene un gran corazón. Estarás protegida.

No supo si fue por el nudo que llevaba cargando desde la noche anterior, el hecho de que pretendía abandonarla o el tono afectuoso con el que le habló; Merry no cuestionó el motivo antes de romper a llorar.

—Protegida ¿de qué? A mí nadie quiere hacerme daño.

—Querrán hacértelo si vienes conmigo.

—Aun así quiero ir con usted.

—No sabes lo que estás diciendo. No soy la clase de compañía que deberías tener, y una vez llegáramos a Londres no podría hacerme cargo de ti.

—¿Por qué no?

—Has visto cómo me disparaban, Merry. —Sonó grave—. En el propio trayecto hasta la ciudad estaré corriendo peligro.

—Yo le protegeré.

Bast examinó su rostro contraído en busca de un amago de burla.

—Solo eres una niña, Merry —dijo, con un rastro de risa amarga. Aun así, sonaba como si quisiera convencerse a sí mismo—, y has vivido muchos horrores. Preferiría ahorrarte los que te quedan por conocer.

—Señor Bast, se lo ruego. Lléveme con usted. Sé que en realidad no quiere dejarme aquí.

—Es la mejor opción. No cualquiera puede trabajar en un sitio como este. Vas a vivir como una reina, Merry...

—No quiero vivir como algo que no soy.

Bast miró para otro lado. Un músculo palpitaba en su mandíbula.

—Puedes aceptar la oferta de empleo del conde, o puedes dedicarte a vagar por los alrededores en busca de otro. Tienes cientos de opciones, pero yo no soy ninguna de ellas.

»No quiero que vengas conmigo, ¿de acuerdo? —atajó con sequedad. La miró a los ojos—. Te compré porque yo pasé por lo mismo que tú, y tocaste... Removiste la parte de mí que se levantaba ante las injusticias,

pero igual que despertó, volvió a su letargo. Ya no tengo nada que hacer contigo. No me eres útil.

Merry lo escuchaba con el alma en vilo.

—Señor Bast... —empezó, al ver que tenía intención de marcharse.

—No me hagas decirte algo peor —amenazó, impasible—. Soy capaz de romperte el corazón para que dejes de rogarme.

—Soy capaz de aceptar que me lo rompa si con otro ruego estoy más cerca de usted.

Bast se detuvo abruptamente junto a la puerta. Hubo un prolongado silencio en el que ella aguantó la respiración.

—Dame una sola razón por la que tenga sentido que quieras acompañarme —dijo con voz queda.

Merry ni siquiera lo pensó.

—Soy la única persona que permite que se preocupe por usted.

Él tampoco respiró por un instante.

—Respuesta equivocada —murmuró—. Esa solo es otra razón para apartarte de mi camino.

Capítulo 10



Merry no había pegado ojo en toda la noche, y sabía que no tenía ningún sentido albergar tanta preocupación. Lord y lady Clarence la habían reunido en el despacho la tarde anterior para preguntarle si estaba de acuerdo con su futuro contrato indefinido. A ella no le había quedado otro remedio que asentir, aunque tuviera el estómago descompuesto, y escuchar durante casi una hora una detallada descripción de sus labores. La voz se corrió tan rápido que, el resto de la tarde, las criadas revolotearon a su alrededor para darle consejos. Parecían entusiasmadas con el hecho de que sustituyera a la antigua fregona, tanto que, durante unos escasos segundos, Merry se dejó contagiar y aplaudió su suerte en la misma medida.

Pero no estaba contenta, y era consciente de su falta de lógica. Había pasado la noche flagelándose por desagradecida.

Ciertamente nunca soñó con ser la criada de una gran casa, pero Bast no mintió cuando dijo que era una oportunidad magnífica a la que no cualquiera podía aspirar; ni mucho menos una granjera mediocre como ella, que no tenía la menor idea de cómo funcionaba, vivía o se comportaba la clase alta. Respecto a eso, lady Clarence la había tranquilizado prometiéndole que la ayudaría en todo lo posible.

Estaría rodeada de gente generosa y paciente que ya sabía quién era ella y estaba conforme con sus orígenes. ¿Qué más podía pedir? ¿Por qué se sentía como si le hubieran sacado el corazón del pecho...?

La marcha de Bastian estaba programada para las nueve de la mañana. A las siete, Merry ya había desayunado junto al resto de los criados, con su recién estrenado uniforme blanco y negro. A las ocho, como no tenía ninguna tarea pendiente, había salido a conocer los alrededores.

Esa era también una gran razón para quedarse: las propiedades de Arian Varick se extendían más allá de donde alcanzaba la vista, y todo lo que se veía era de ese verde brillante y primaveral que le recordaba lo bonito que podía ser el mundo. Merry siempre se había sentido parte de la

naturaleza, casi un animal más. Dar un paseo entre las cuidadas rosaledas, donde el intenso perfume de las flores se le pegaba a la ropa, ayudó a mejorar su ánimo marchito.

Un par de jardineros saneaban las ramas secas con sus podaderas. Merry observó la labor sentada sobre la hierba, abrazada a las rodillas.

Uno de ellos se dio cuenta y le sonrió antes de hacerle un gesto para que se acercase.

—¿Se pueden coger flores? —preguntó ella.

—No. Pero si quiere una, puedo hacer una excepción.

Merry acarició los suaves pétalos de las violetas.

—¿Podría ser una de estas?

—Por supuesto.

El hombre cortó un par con las tijeras y se las ofreció con una divertida reverencia. Merry le sonrió y dio las gracias con un espontáneo beso en la mejilla.

Cuando volvía a Beltown Manor, ya en la distancia se fijó en que los sirvientes estaban preparando la fila para despedir al visitante. El corazón se le detuvo súbitamente antes de volver a latir como si quisiera correr detrás de él.

Merry no era supersticiosa ni mística, ni había creído nunca en nada que no fuera el dios cristiano, pero desde que había conocido a Bast, una serie de intensos presentimientos la habían convencido de que nunca lo olvidaría.

No tenía nada que ver con que fuese atractivo. Peony, entre otras doncellas, habían bromeado la noche anterior con que no les habría importado que Bastian las comprometiese, teniendo así una historia de leyenda que contar a sus hijos. Y Merry era consciente de su encanto oscuro; reconocía que la intimidaba como mujer, quizá porque la hacía desear en su fuero interno una clase de acercamiento que siempre había encontrado desagradable. Sin embargo, sus sentimientos iban más allá.

Era algo relacionado con la resistencia que ponía a hechos que ya habían sucedido; a sentimientos que ya estaba experimentando. Bastian parecía vivir atormentado porque quería evitar lo inevitable. Y eso a ella le causaba una fuerte curiosidad, además de preocupación. Era un hombre temerario que tenía aprecio a sus peores cualidades y despreciaba las positivas hasta el punto de ocultarlas. Necesitaba que lo cuidaran, y Merry,

en su inocencia, pensaba que la única manera que había de protegerlo, era exponiéndolo a esas cosas a las que se oponía.

Pero ella ya no podría hacerlo.

Siguiendo las órdenes del ama de llaves, el único miembro del servicio que no terminaba de caerle gracioso, se colocó la última en la fila.

Observó que el mozo de cuerdas aparecía tirando del orgulloso Turandot. Verlo de nuevo le formó un nudo de congoja en el estómago. Unos minutos después, Bastian emergía de la entrada acompañado del conde y el vizconde, un pequeño de cabello oscuro. Merry había tenido la oportunidad de tratar con él: era un niño encantador y travieso, aunque con un exagerado sentido de la responsabilidad para tratarse de alguien tan joven. Parecía que ya supiera dónde estaban sus límites, aunque le encantara tontear con ellos. Resultaban curiosos sus contrastes. Le recordaban a Bast, del que Milan Varick se despidió con una sonrisa tímida.

Como si hubiera sentido sus ojos sobre él, Bastian alzó la barbilla en su dirección. Merry ya se había resignado a despedirse, y en lugar de responder con una mueca desdeñosa, sonrió sin enseñar los dientes. El gesto pareció atraerlo como un péndulo de hipnosis.

Fue hasta su lugar con un paseo lento y vacilante, y cuando paró delante de ella, ambos supieron que no tenía ni la menor idea de qué decir.

—Mire, señor Bast —susurró—. Estas violetas son de las que le hablé. Son del mismo color que sus ojos. El jardinero me ha dado dos... Esta — Se señaló la cabeza, donde había enganchado la florecilla— y esta... que quiero que se la lleve usted.

Bast la miraba sin parpadear.

—No sobrevivirá.

—Durará todo el camino hasta Londres... O a lo mejor se marchita unas horas antes. Cuando llegue, puede secarla y meterla en algún libro que le guste. En la tarde de ayer vi que lady Dorothy lo hacía y me pareció un detalle muy bonito. Dice que así se conservan para siempre, y... Yo no espero que se acuerde usted de mí tanto tiempo, señor Bast, pero seguro que quedará bonita.

Levantó la barbilla para sonreírle. Vio que tragaba saliva al tomar la flor por el tallo.

—Me temo que yo no tengo nada para ti.

—Me dio cincuenta libras, señor Bast.

—Es verdad —murmuró—. No las regales por ahí, ¿de acuerdo? Es mucho dinero.

—Se lo prometo.

Hubo un momento de silencio en el que solo se miraron a los ojos. Ella no tenía nada más que decirle, pero parecía que a él lo abrumaran todas las cosas que necesitaba expresar.

Merry supo antes de que se diera la vuelta que nunca las escucharía.

—¡Señor Bast! —lo llamó en un arrebato, preocupada por si pensaba que iba a guardarle rencor. Bast la miró por encima del hombro—. Le deseo toda la alegría de este mundo.

Él encajó la mandíbula como si quisiera evitar darle una respuesta inapropiada. Asintió con aire huraño y marchó hacia su caballo, envuelto en esa desoladora soledad que le hacía sombra. Merry observó, ridículamente emocionada, que guardaba la violeta a buen recaudo en el bolsillo de la chaqueta. Solo sus pétalos asomaban.

Montó a Turandot, intercambió unas breves palabras con el conde, y cuando este palmeó el lomo del animal, la desesperación más aguda se derramó dentro de Merry.

Se marchaba de veras. El caballo trotaba lejos de la amplia recepción de Beltown Manor, y los sirvientes ya rompían filas para regresar a sus quehaceres. El hecho de que Lady Clarence no se hubiera molestado en despedirlo le había quitado al acto la solemnidad que solía tener.

Merry no despegó la vista del jinete. No se movería de allí hasta que se perdiera en el horizonte. Y si pudiera, no entraría en la casa hasta que se desmayara de cansancio o se muriese de hambre.

De repente, Turandot frenó. Merry se convenció de que la mente le estaba jugando una mala pasada cuando creyó que Bast rehacía sus pasos para volver. Pronto asimiló que estaba sucediendo; Turandot galopaba hacia la entrada. El sonido de los cascos golpeando la tierra y luego la grava alertaron a las doncellas que quedaban por pasar al recibidor. Se detuvieron, asombradas, a tiempo para ver cómo Bastian desmontaba de un salto ágil y caminaba hacia el portón.

Merry permaneció inmóvil un segundo. No había forma alguna de malinterpretar el brillo furioso de sus ojos, como tampoco a quién iba dirigido. Al verlo avanzar hacia ella, decidido y más enfadado de lo que solía permitirse, Merry se recogió las faldas y echó a correr hacia él. Fue una carrera larga y desesperante porque pensó que no llegaría nunca.

Cuando aterrizó en sus brazos, las lágrimas corrían por sus mejillas.

Bast la sostuvo con una firmeza que le hizo daño. Sus ojos refulgieron como los de una bestia entre las sombras de una cueva.

—Me vas a arruinar la vida —gruñó antes de tomar su rostro entre las manos y besarla con agonía.

Sus dedos siguieron las patillas pelirrojas y se hundieron en la suave melena; la violeta que había enganchado al moño resbaló por su espalda cuando le echó la cabeza hacia atrás. Él emitió un gemido ansioso, y ella un suspiro que se le metió bajo la piel.

Merry se agarró a sus antebrazos hasta clavarle las uñas en la carne. Bast se abría camino en su boca y bebía de ella como si supiera que sería la última vez. Sus lenguas se enredaron febrilmente en un abrazo que envió un soplo de fuego hasta sus huesos. Ya no sentía el frío que la estremeció al verlo salir, sino una devastadora pasión que la derritió entera.

Bast se separó con la misma imprevisión con la que la había tomado. La cabeza de Merry daba vueltas y sentía que su cuerpo pesaba menos que una pluma cuando la alzó por la cintura y la acomodó al frente de la silla de montar.

Merry se tuvo que abrazar a la suave crin de Turandot para no caerse. El peso de Bast, sentado tras ella, la equilibró y robó una sonrisa nerviosa que nacía de la expectación.

—Ahora dime que no se quieren —oyó que decía Peony, en tono petulante. Su amiga y compañera puso los ojos en blanco y entró sin dejar de negar la cabeza, repitiendo una y otra vez «qué escándalo».

Merry miró por encima de su hombro, temblando. Él había clavado la vista al frente. Parecía tan perdido como ella.

—¿Qué va a hacer conmigo, señor Bast?

—No lo sé. ¿Se te ocurre alguna idea?

—No.

—Entonces tendré que improvisar.

Capítulo 11



Merry no tenía ninguna culpa de la impetuosidad que lo llevaba a cometer locuras, pero fue ella la que sufrió su mal humor hasta que cayó la noche.

Durante el viaje evitó deliberadamente la conversación. También toda esa cantidad de preguntas sobre temas que no deberían interesarle, y que, sin embargo, ahora le concernían más de lo que a él le gustaría. «¿Dónde vive?» y «¿Cuántos criados tiene?» entre otras. Si no le soltó un impertinente «¿Y a ti qué te importa?» fue porque sabía que debía importarle bastante.

El entusiasmo de la muchacha por su cambio de opinión debería ser un consuelo, pero el humor de Bast se ensombrecía cada vez que la veía sonreír. Estaba claro que no tenía ni la más remota idea de a lo que se estaba enfrentando.

Desde que salieron de Beltown Manor hasta que se detuvieron a las puertas de una posada en las cercanías de Birmingham, Bastian había estado dando vueltas a qué andaría pensando. ¿Creía que la vida en Londres sería vino y rosas? ¿Que vivir con el temible villano la protegería de todos...? No, claro que no. Eso era lo que Bast desearía que estuviese pensando, pero la realidad era muy distinta. Merry se alegraba de estar con él porque *creía* que lo apreciaba. Y se lo tenía bien merecido por haber actuado como un estúpido galán.

Bast se daba asco a sí mismo. Se estaba aprovechando de una pobre desgraciada, una jovencilla ansiosa por sentirse parte de algo o importante para alguien. Y lo peor era que no sabía con qué propósito futuro, porque no iba a ponerle la mano encima. Tampoco encontraba motivo alguno para tomarse tantas molestias salvo su retorcida fascinación por ella.

¿Acaso era posible sentirse atraído por una granjera sin modales? ¿Una con el mismo acento que los posibles compradores que se rieron de él y de su madre en la venta, ese que lo persiguió en pesadillas durante toda la infancia? Él, que tanto se había esforzado por afinar sus gustos metiéndose en la cama de las ricas de Londres, había acabado aceptando la compañía de la clase de esposa que le habría deparado el futuro si hubiera permanecido en Durham. Dios se superaba a sí mismo encontrando

maneras de burlarse de él. Pero ¿qué importaba que Merry representara ese pueblo y sencillez de los que había huido? Ese era el mal menor comparado con que su candor lo había conmovido.

«Le deseo toda la alegría de este mundo», le dijo. Y lo único en lo que pudo pensar fue en que solo había una alegría que quisiera: la suya. A Merry^[1] la precedía su nombre más incluso de lo que precedía a Bast su pésima reputación.

Maldita fuera. No tendría que haberlo dicho. No tendría que haber abierto la boca. Lo máximo que le deseaban con la esperanza de que lo encontrara más pronto que tarde, era la muerte. Y ella había tenido que romper el molde, haciéndole ver a la vez que si la dejaba se arrepentiría durante el resto de su vida.

Sumido en un silencio ominoso que no auguraba nada bueno, ayudó a Merry a desmontar para hacer la primera y última parada. Si hubiera viajado solo no habría perdido ni tiempo ni dinero, pero había notado que estaba tan cansada que no podía mantenerse despierta.

Al apearla, tuvo que sostenerla por la cintura mientras ella intentaba obligar a las piernas a realizar su función. Se esforzó por no mirarla ni soltar una inapropiada carcajada al ver que pretendía convencerlas a base de ruegos en voz baja.

—Por favor.. —susurraba, mirándose los muslos—. Hacedme caso.

Para sorpresa de la muchacha y del mojigato posadero, Bast pidió una sola habitación. Para cuidarse tanto de no dar las impresiones equivocadas, no le molestó demasiado ponerla nerviosa por lo que significaría compartir cama. Sin embargo, supuso que no habría mejor manera de dejar claro en qué punto estaban que siendo capaz de dormir a su lado sin rozarla.

Entre los obsesivos pensamientos por lo que Merry estaría imaginando, a veces surgía una chispa de culpabilidad. Sabía que acabaría volviéndola loca con sus contradicciones. No podía besarla y luego ignorarla, pero tenía que intentar quitarle importancia de alguna manera. Dudaba que su actitud indiferente la hiciera olvidar el deseo anterior —Dios sabía que él no lo olvidaba—; aun así, no se le ocurría ninguna otra forma de solventar el lío sentimental en el que se había metido de repente.

Si se tratara de otra mujer, la habría mirado a la cara y le hubiera dicho sin el menor remordimiento que solo quería echar un rato de pasión. Que no significaba nada para él. Pero no podía decirle eso a Merry, y no porque

no se sintiera correcto o se le diera mal mentir, sino porque era plenamente consciente de que, tarde o temprano, se llevaría la contraria a sí mismo volviendo a tomarla.

No podía fingir que ese impulso no estaba ahí. Besar a Merry parecía una obligación vital en momentos críticos, y era su deber obedecer... aunque después se lo llevaran los demonios. A su pesar, debía reconocer que ningún remordimiento posterior borraba la certeza de que había merecido la pena.

Sin detenerse a examinar la habitación, Bast dejó el macuto a los pies de la cama, dolorido y mosqueado, y se puso cómodo para sacarse la camisa. Debía revisar que la herida estaba intacta y cambiar el vendaje.

Fue una odisea examinarse y seguir a Merry con la mirada a la vez.

—¿Y este libro? —exclamó, alzando un volumen que reposaba sobre una silla coja—. ¿En las posadas caras regalan novelas, señor Bast?

—No en las que suelo frecuentar, y no creo que esta sea especialmente privilegiada. —Sostuvo el extremo de la venda entre los dientes—. Se la habrá dejado el que pasara aquí la noche de ayer.

—Oh... —Siguió curioseando—. ¿Qué pone, señor Bast?

—¿No sabes leer?

Ella le lanzó una mirada extraña.

—Yo no tengo por qué saber leer —le dijo, como si fuera lo más obvio. Después clavó la vista en el libro, algo deteriorado en las esquinas por el uso. Le costó un mundo admitir, en voz baja—: pero me gustaría aprender.

—Se te daría bien. Si puedes ganarme al ajedrez en tu primera partida, tardarás unas horas en memorizar el abecedario.

Bast hizo una mueca de dolor al despegar la parte de la venda que se había adherido a la herida. Esta llevaba todo el viaje provocándolo para que gritase de agonía. Había temido el momento de descubrirla por si estuviera infectada, lo que retrasaría sus investigaciones otro día más, pero comprobó con alivio que había sido una falsa alarma.

—¿Quiere que le ayude con el vendaje, señor Bast?

Él asintió. No sería muy mala idea hacerle pensar que se la había llevado consigo para que hiciera de enfermera. Sería mucho menos comprometedor que la verdad, una que ni él mismo estaba preparado para afrontar.

«Aprovechado», le gritaba una voz. «Abusador».

Bast se quitó la mano de Merry de encima en cuanto lo tocó. Ella retrocedió, dudosa.

—¿Le he hecho daño?

—No —masculló con voz gutural.

Se sintió tentado de dejar caer la cabeza entre las manos, sobrepasado por las emociones. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿A dónde pretendía dirigirse con Merry? Sabía que era cruel tan bien como que no pretendía llegar al extremo de anhelar sus atenciones. No quería que Merry pagara el alto precio de sus caprichos. Porque aquello había sido un capricho. Se la había echado al maldito hombro porque quería tenerla al lado un poco más.

Si le hacían daño por su culpa...

—Dios santo, señor Bast —murmuró ella—. Ha debido ser usted muy malo.

Bast alejó todos los malos pensamientos y se giró para mirarla. Merry se había dirigido a la palangana de agua de la que proveían las habitaciones, situada a sus espaldas, para empapar un paño con el que limpiar la herida. Tenía los ojos clavados en sus omóplatos.

Todas las mujeres encontraban hipnotizador el dibujo de las cicatrices que surcaban su piel, pero ella no parecía ni horrorizada ni tampoco sentía lástima por él. Más bien estaba... maravillada.

Bast nunca había tenido el menor reparo en hablar de la crueldad del capataz de Beverly Abbey. En ese caso lo mencionó orgulloso de poder llevarle la contraria a Merry.

—Sé de sobra que no soy un ángel de la caridad, pero créeme, eso que estás viendo no es el resultado de mi maldad, sino de la de otros.

Ella se sentó con gesto serio y pasó los dedos por las líneas de sus hombros. Bastian se tensó para reprimir un escalofrío.

—¿Qué es lo que hizo mal? —inquirió, curiosa—. Son muy profundas.

Parecía tan familiarizada con esa clase de marcas que le invadió un mal presentimiento.

—Yo no hice nada mal.

Merry arrugó suavemente la frente.

—Puede decírmelo, señor Bast. Yo nunca le juzgaría. —Hizo una pausa. Con curiosidad infantil, dudó—: ¿Aprendió la lección?

—¿Qué lección?

—La que querían enseñarle.

—¿Qué lección quieren enseñarte cuando te golpean, salvo la del dolor? —espetó de mal humor.

Merry se puso rígida, igual que si la hubiera insultado.

—Quieren sacar lo mejor de nosotros mismos —replicó, a la defensiva—, y recordarnos que haciéndolo tan mal, damos la espalda a nuestros principios y decepcionamos a nuestros seres queridos. Nos recuerdan que estamos hechos para ser mucho mejor de lo que hemos demostrado.

Bast se quedó de una sola pieza. Sabía cuándo alguien mentía y cuando alguien decía la verdad, y estaba seguro de que Merry no bromeaba.

Así fue como entendió muchas cosas: que no quisiera abandonar al señor Goody, que se ofreciera a un castigo físico por haberle tenido dando vueltas antes de tropezar con Auckland... incluso que no le molestara en lo más mínimo que su marido la atizara en público. Esa era su forma de defenderse de un pasado que podría hundirla en la miseria: convencerse, con las palabras que otro seguramente le hubiera dicho, de que aquello era lo que merecía. De que lo hacía por su bien.

O quizá ni siquiera tuviera que convencerse. Tal vez había crecido en un entorno violento y había asimilado cualquier trato agresivo como lo habitual. Era muy probable que sus padres la educaran de la misma forma que su despreciable marido, teniendo en cuenta las costumbres de las aldeas norteafricanas.

Bast cerró los ojos para no verla.

«Puede tratarme mal. No se lo reprocharía».

Santo Dios. ¿Qué podía hacer por alguien así? ¿Por cuánto tiempo podría dejarla vivir en su oscura fantasía antes de estallar? En general, a Bastian le parecía que la gente que actuaba como si el maltrato fuera una parte más de una relación patrón-empleado, hacía muy flaco favor a la justicia igualitaria: esa que tanto él como su hermano Arian habían perseguido durante sus primeros años en las calles de Londres. Ambos insistían en que abrir los ojos a las víctimas era primordial. Solo así se levantarían contra sus tiránicos jefes y empezarían una revolución, similar a la que emprendieron los franceses en su día. Pero estaba seguro de que despertar a Merry de su letargo sería contraproducente, y empezaba a comprender que antes que hacerle el menor daño se cortarían un brazo.

Precisamente por importarle de esta forma tan absurda debía quitarla del medio. Gracias al cielo, una parte de él siempre supo que había una alternativa factible.

—¿No piensa como yo?

—No quieres saber lo que pienso. —Desvió la mirada al libro que sostenía y lo dejó a un lado—. Préstame atención. Voy a necesitar que me hables de tu hermano. Su nombre, su apellido, con qué propósito fue a Londres... Tienes suerte de que me dedique a rastrear fugitivos. Dependiendo de la información que tenga tardaré unas horas o unos días.

Merry se humedeció los labios resecos. Estaba cansada, despeinada y el polvo del camino se le había metido en los ojos, ahora colorados por el cerco y las esquinas. Parecía haberse dado un paseo por Cable Street. Estaba tan plagada de antros de opio que el aroma se condensaba incluso en el aire de la calle.

—Mi hermano... Se llama Sam.

—¿Y tu apellido de soltera?

—Darvin.

—¿Se parece a ti?

Ella pareció dudosa.

—En realidad... Señor Bast...

—¿Qué?

Lo miró mordiéndose el labio.

—No tengo ningún hermano.

Bast le sostuvo la mirada sin mover una sola pestaña.

—¿Que no tienes ningún hermano, dices?

—Sí. Quiero decir que sí, eso digo, pero no, no tengo ningún hermano.

—Negó con la cabeza para darle más énfasis—. Le mentí para que me llevara con usted, igual que con Auckland. Habría hecho y dicho cualquier cosa para que no me abandonara.

Y así, de un simple plumazo, se desvanecía la única posibilidad factible de darle el hogar que merecía.

Dudaba bastante que su supuesto hermano hubiera tenido algo que ofrecer, incluso que estuviese vivo, pero que no existiera definitivamente arruinaba sus planes desde el punto de partida. Y eso debería haberlo irritado. Sin duda lo estaba. Estuvo tan cerca del estallido furioso que creyó que no viviría para contarlo. La sangre se le había evaporado y Merry sabía muy bien que acababa de meter la pata. Pero su reacción la pilló con la guardia baja, tanto a ella como a él mismo: en lugar de prorrumpir en voces y maldiciones, o apiadarse de su carita de pena, rompió a reír.

Las carcajadas burbujearon en su garganta como el mejor champán.

—¿Señor Bast? —balbuceó Merry—. ¿Por qué se ríe?

Bastian se cubrió la cara. La risa lo había golpeado con tanta fuerza que le costaba respirar. Merry debió interpretar su falta de aliento con que se ahogaba, porque forcejeó con él para retirarle las manos. Él se dejó caer de espaldas sobre la cama, aún presa del ataque. Por inercia, Merry cayó sobre su pecho, y sin querer, le dio un codazo en la herida a medio vendar.

Bastian soltó un gemido de dolor que cortó las carcajadas un segundo. Poco a poco, estas se fueron extinguiendo hasta que suspiró y enjugó una lágrima.

—Soy un auténtico estúpido —reconoció, con una gran sonrisa en los labios—, pero tú eres la mujer más peligrosa que he conocido en mi vida. ¿Cómo puede mentir tan bien alguien con esa cara?

Merry era un bloque tenso sobre él, y estaba lo bastante cerca para poder contarle las pestañas.

—¿Qué le pasa a mi cara, señor Bast?

La sonrisa de él se fue desvaneciendo, y con ello perdió parte de su determinación a mantener las manos quietas. El dedo índice escapó del puño cerrado para trazar la línea de la nariz femenina, desde el entrecejo hasta la punta. Siguió por el arco de Cupido y se detuvo en el espacio vacío de sus labios separados.

Su aliento le calentó la yema.

—Tu cara... —musitó. Sacudió la cabeza antes de decir una estupidez—. Has tenido mucha suerte en la vida para la cara que tienes, pajarillo. No te han hecho ni la mitad de lo que hacen a las mujeres bonitas sin una dote con la que hacerse respetar.

»Las jóvenes como tú suelen ser víctimas de los caprichos de los hombres poderosos... aunque ahora que lo pienso, yo tengo cierta autoridad para considerarme uno más del grupo. Puede que al final sí seas una víctima —concluyó suavemente—. *La mía.*

—¿Qué le hacen a las mujeres bonitas?

El dedo de Bast seguía investigando los contornos de su rostro. Acarició la barbilla puntiaguda y luego subió hasta la esquina de una ceja caoba.

—Las hacen muy infelices.

—¿Eso es lo que teme, señor Bast? ¿Hacerme infeliz?

Ahucó su mejilla con la mano. Ella se rozó con la palma como un gatito en busca de afecto.

—Estás en un punto en el que sería más peligroso hacerte feliz.

—¿Por qué?

—Hay gente que ha sido tan desgraciada durante toda su vida — intentó explicar— que no conoce otra cosa. A veces, cuando enseñas a estos individuos la realidad alternativa, una más agradable, la abrazan y se acostumbran. Pasan el resto de sus días profundamente agradecidos. Pero la mayoría carece de ese poder de adaptación, y para ellos supone darse cuenta de que han pasado toda su existencia sufriendo. ¿Recuerdas lo que te expliqué sobre el dolor como valor absoluto y el dolor por comparación? Cuando no hay con qué comparar, no tienes de lo que quejarte. Pero saber que podrías haber tenido algo mejor, y en cambio sufriste hasta puntos insoportables... te destruye.

—Yo no podría haber tenido nada mejor —insistió ella.

Bast reconoció el impulso de contradecirla que vino junto a la rabia. Odiaba que se considerase tan afortunada, y odió más aún querer demostrarle que se equivocaba.

¿Era eso lo que lo había empujado a llevarla consigo? ¿Enseñarle que había otras formas de vida? No era como si Bastian Carstairs fuese el mejor compañero, ni de viaje ni de ningún tipo. Pero comparado con Goody, parecía un maldito ángel custodio. Y él, de pronto, no quería ser bueno si se equiparaba con un villano. Quería ser el más bueno, independientemente de quién fuese el otro ejemplo.

Apretó la mandíbula, molesto con el rumbo de sus pensamientos.

—Por eso que dices es imprescindible que encuentres tu camino. En el fondo no quieres tener nada mejor, pajarillo. No quieres descubrir lo que de verdad significan tus cicatrices. Y si te quedas conmigo, o si encuentras a alguien que te adore, acabarás dándote cuenta.

—¿Significa eso que nos separaremos cuando lleguemos a Londres?

—Si te digo que sí, es probable que para cuando amanezca ya te hayas inventado una historia para seguirme. ¿Me equivoco?

—No, señor Bast.

Su sinceridad le hizo sonreír con amargura.

—En ese caso tendré que obrar con astucia. No quiero que te antepongas a mis pasos.

—Me las arreglaría para hacerlo.

Bast arqueó una ceja.

—¿Me estás amenazando?

Merry se puso pálida y lamentó haber hecho ese comentario.

—No osaría, señor Bast.

La había turbado de tal forma que solo se le ocurrió acariciarle la cara para tranquilizarla. Estaba seguro de que la desconcertaban sus propias contradicciones, pero ella no se quedaba atrás. Dios había volcado sus adjetivos favoritos en un cuerpo bien formado, y poco le importó que fueran antónimos unos de otros. A veces parecía sensible y a veces casi inmovible, como si nada de lo que él pudiera decirle tuviese el poder de hacerla pensar. Era testaruda y también daba la impresión de ser manipulable.

Nunca lo sabría; no tenía la menor intención de manipularla.

Bastó con hacer ademán de incorporarse para que Merry se echara a un lado, arrobada por la inapropiada postura y también preocupada por su insinuación, y volviera a buscar la palangana para curarlo. Bast la observó hasta que le surgió una duda.

—¿Me has mentido en alguna otra ocasión? —quiso saber.

Merry le lanzó una mirada atormentada.

—No.

—¿Estás mintiéndome ahora?

Ella se mordió el labio.

—Yo... Si quiere que sea sincera... —Tragó saliva—. Solo una vez, señor Bast. Pero fue sin pensar.

—Es un alivio. Tendría que verte con otros ojos si todas tus mentiras fueran premeditadas para buscar una reacción de mi parte. ¿Qué me dijiste? ¿Cuándo fue?

Ella no respondió.

—Merry —insistió—. Si quieres venir conmigo, tendrás que ganarte mi confianza. Yo no acepto bajo mi techo a mentirosos, traidores y semejantes.

—Fue una tontería —farfulló—. La noche de la fiesta de la primavera le dije que nunca me habían besado. Esa fue una afirmación deshonesta. Sí que lo hicieron.

Bastian respiró hondo, aliviado.

Entonces sí que la habían besado. No era tan ingenuo como para pensar que eso significaba que Goody la trató bien en la cama, pero él sabía lo

que era dormir con mujeres cuyo disfrute era realmente indiferente, como también lo que señalaban los besos en ese contexto: aprecio, por insignificante que fuera. Lo más probable era que no la hubiesen mimado tanto como merecía... pero sí lo suficiente para que Bastian no tuviera que temer que la hubiesen forzado toda la vida.

Pero entonces ella elevó las pestañas para mirarlo de soslayo, y añadió, con un hilo de voz:

—Solo una vez... y apenas una noche antes.

El corazón se le quedó suspendido en algún lugar del pecho.

A su mente acudió un recuerdo velado y atravesado por el dolor. Los labios de Annelise en medio del delirio. Al abrazarla había pensado que estaba gritando por su derecho a morir, a irse con ella... cuando en realidad se estaba aferrando a la vida. A Merry.

Bast no se movió durante un segundo. No le costó tanto gestionar que la mente le hubiera jugado una mala pasada como lo que Merry hubiera sentido. Levantó la barbilla, asustado por lo que pudiera encontrarse, y se topó con el rostro pálido de la muchacha.

La había asaltado estando dormido. Y antes de eso nadie la había besado; quizá tampoco la acariciaron. El estado en el que se encontraba podía justificar su arrebató, pero no le dejaría la conciencia tranquila.

La asustó. De hecho, y a juzgar por su expresión, no solo no fue mejor que Goody, sino considerablemente peor.

Con su marido ya sabía a lo que atenerse, mientras que con él...

—¿Señor Bast? —murmuró—. ¿Está enfadado? Siento haberle mentado. Me salió sin querer. No se lo dije porque pensé que... Usted estaba alucinando y no sabía lo que hacía.

Bast resistió la tentación de taparse los oídos. Aquello debía ser lo peor de todo; que Merry fuera incapaz de ver lo que había hecho. Lo más probable era que hubiera respondido a sus besos posteriores por obligación. Porque ya había interpretado que eso era lo que quería de ella, y haría cualquier cosa que le pidiera por tal de no quedarse sola.

La temblorosa voz femenina penetró en sus pensamientos.

—¿Va a dejarme aquí a modo de castigo?

«Debería hacerlo. Pero para castigarme *a mí*».

—No, Merry. No voy a abandonarte.

Incluso sin mirarla de forma directa, supo que había aplacado de un plumazo todos los demonios sobre sus hombros, que eran más de uno.

Se alegraba de quedarse con él. Con un aprovechado.

No sabía cómo decirle que corría peligro incluso cerca del único hombre que quería respetarla, pero que dentro de todos los malos que se tomarían libertades con ella, él, cruel y ruin, no era ni de lejos el peor.

Si tuviera una mínima vergüenza la dejaría volar sola, pero ya era demasiado tarde y estaba cada vez más claro que jamás emprendería el vuelo.

Por fortuna, ese era el momento perfecto para marcar una línea entre los dos y enmendar la situación.

—Iré a preguntar al posadero por otro dormitorio —anunció.

Solo esperaba que la distancia bastara.

Capítulo 12



Merry observaba atónita el imponente edificio de tres plantas.

Después de haber disfrutado de la hospitalidad del conde de Clarence, nada debería haberla impresionado, pero el ladrillo blanco y el patio de columnas central de la vivienda de Bastian no le parecieron mucho menos regios que la arquitectura de Beltown Manor. Y eso ya era decir teniendo en cuenta que, a diferencia de las tierras de Gateshead, el número once de Chesterfield Street no pertenecía a un noble.

—Señor Bast —musitó—, su casa es enorme.

Bast la miró por encima del hombro después de usar el tirador para llamar.

—Se supone que esta es la única que me ayuda a pasar desapercibido.

Contestó sin ningún tipo de regodeo o altivez, como si solo quisiera informarla de que tener unas cuantas propiedades repartidas por Inglaterra era algo que formaba parte de su personalidad.

—¿Cuántas más casas tiene? ¿Y para qué querría varias?

—Para que nadie sepa con certeza en cuál pasaré la noche. No duermo más de un par de días en el mismo dormitorio.

—¿Por qué?

—Me hace predecible, y esta no es la primera vez que alguien quiere hacerme daño. Siempre hay gente buscándome. Así que, si me encuentran, prefiero que sea por una fatal casualidad, no porque yo no sepa esconderme.

—Entonces... ¿A dónde le envían el correo?

Los labios de Bast se curvaron en una de esas sonrisas que mezclaban la ternura y la diversión; esas que solo le dedicaba a ella cuando hacía una pregunta tan lógica que resultaba tan extraño como evidente por qué nadie la había hecho antes.

—Al despacho de mi hermano. Es contable pero también tiene nociones de Derecho. Él atiende mi correspondencia porque casi siempre me envían pagarés a cobrar y mensajes de odio que se pueden archivar.

—No sabía que tuviera otro hermano, señor Bast.

—Tengo tres, y cada uno peor que el anterior.

—Si es contable debe ser muy decente —meditó.

—Eso es lo que se cree él. Pero a mí no me engaña.

La puerta se abrió antes de que Merry pudiera preguntar una inconveniencia, como si había alguna posibilidad de que lo conociera algún día. Una señora regordeta y con unos diminutos anteojos sobre la nariz asomó la cabeza. Su semblante afable mudó a un gesto de sorpresa mal disimulado.

—Señor Carstairs —saludó el ama de llaves. Enseguida se retiró a un lado para abrirles paso—. Qué sorpresa verle... y más aún recibirle en la puerta principal.

—Pensé que por pasearme por el pasillo del servicio con estos andrajos me acabarían encajando un sartenazo. Me conozco de sobra los reflejos de Johnny y su obsesión con los ladronzuelos.

—No puede decir que no sea infundada, señor. Hasta hace poco venían con mucha frecuencia a robar... —Examinó con ojo crítico a su patrón, deteniéndose en el hombro más hinchado por la densidad del vendaje. Este fue visible cuando Bast se quitó la chaqueta y la arrojó al sillón de la esquina de la antesala—. Con ese aspecto ni siquiera parece usted, señor, pero todos le esperábamos de esa guisa.

Bastian le lanzó una mirada burlona.

—¿De veras? Sois los sirvientes más optimistas que tengo. Cada vez que salgo por la puerta de la casa de Berkeley Square, el mayordomo me despide como si tuviera la certeza de que regresaré en caja de pino.

—No bromeé con eso señor. Y si eso es así, debería mantener una charla con ese mayordomo —refunfuñó—. En este caso se lo decía porque ha llegado a nuestros oídos lo que sucedió.

—¿Que ha llegado a sus oídos que...? En primer lugar, señora Lambert, no me parece que el umbral de la puerta sea el lugar más adecuado para discutir este asunto. Y en segundo lugar... ¿Quién diablos ha podido difundir que he recibido un...? —Se quedó un momento en silencio—. Auckland. Maldito hijo de perra. Se habrá pavoneado por todo el barrio.

El ama de llaves compuso una mueca de compasión, tan poco sorprendida por el juramento como Merry, que se mantenía en la estacada para no llamar la atención.

—No se preocupe. Todo el barrio sabe que siempre deja a sus enemigos mucho peor de como termina usted.

—En este caso no ha sido así. Imagino que llegaría a Londres con dos o tres días de ventaja si no hizo ninguna pausa. Cuando dice «el barrio», ¿a

quiénes se refiere?

—Lo saben el señor Shaw y el señor O'Hara. Han estado viniendo desde que lo supieron para hablar con usted. Estaban muy preocupados.

—Estoy seguro de eso —ironizó.

—¿Quiere que les envíe una nota? Parecían ansiosos por citarse con usted. ¡Qué cosas las mías! —se regañó—. Lo primero debería ser un baño... *Oh*.

Se interrumpió nada más ver a Merry bajo el umbral de la puerta.

El ama de llaves no pudo reprimir su curiosidad. Era una mujer en extremo expresiva, como también diligente y bien educada. Sin hacer preguntas, aunque se notaba que si no las hacía pronto acabaría estallando, la saludó cordialmente e invitó a pasar.

Merry saludó tímidamente antes de acceder al recibidor.

—Ella es Meredith —dijo Bast, entretenido con los puños de la camisa. Parecía ansioso por desvestirse—. Va a trabajar aquí como doncella. Sustituirá a Olivia. Se le pagará el mismo salario y defenderá las que eran sus tareas. Si no hay una habitación libre para ella en el ala del servicio, habilítala una en el segundo piso. Usted será la encargada de hacerle de guía durante el periodo de adaptación.

Mientras Merry se ruborizaba por el placer de que la hubiera presentado con ese nuevo nombre, la señora Lambert empalidecía.

—¿Va a echar a Olivia, señor Carstairs? Pero está embarazada, y...

—Precisamente por eso no quiero que trabaje los próximos meses —repuso, muy despacio. Merry sabía que se preocupaba de masticar cada sílaba cuando no quería irritarse—. Preferiría no sentirme culpable si se cae por las escaleras y pierde a la criatura.

—Estoy segura de que preferiría trabajar para no perder la parte de su...

—No le retiraré el sueldo mientras descansa.

Bastian desabotonó el chaleco y se dirigió al fondo del pasillo con esa seguridad de la que solo podría fardar el dueño de la casa. Merry interrumpió el distraído examen a la antesala y se centró en lo sorprendente que encontraba su actitud. Era la primera vez que lo veía tan cómodo en su propia piel.

—¿A qué inquilino tenemos por aquí en el día de hoy? —preguntó a la señora Lambert desde el salón. Bast solo abrió la puerta para asegurarse de

que no había nadie. A continuación, lanzó una mirada interrogante por encima del hombro.

—A la señorita Sutton, señor Carstairs.

Una melancólica sonrisa suavizó su expresión.

—Conque la señorita Sutton.

—¿Quién es la señorita Sutton? —quiso saber Merry, intrigada por su tono de reconocimiento. Bast no la escuchó; seguía abriendo y cerrando puertas. Ansiosa por una respuesta, se giró hacia el ama de llaves, que pareció muy complacida con la pregunta.

—Malorie Sutton es una de las inquilinas más frecuentes de las casas del señor Carstairs.

—¿Inquilina frecuente? ¿Qué significa eso?

—El patrón nunca se afianza en una vivienda por mucho tiempo. Procura evitarlo para no ser localizable. Pero no le gusta que las casas queden vacías, así que permite que algunos viajeros, parejas de luna de miel o trabajadores con problemas económicos pasen algunas noches bajo su techo. Pagan un mínimo alquiler y deben ceñirse a la única regla: que él pueda dejarse caer por la casa cuando lo desee y ocupar el dormitorio principal, el único que no se puede tocar. Nunca deja nada personal y los criados protegen con celo sus pertenencias, tales como la ropa, así que no se corre el menor riesgo.

»Aunque la señorita Sutton pasa muy breves temporadas en Chesterfield Street, no más de tres o cuatro días, la recibimos con tanta frecuencia que es casi de la familia. El señor Carstairs es un buen amigo suyo.

Merry observó que Bastian dejaba abierta la puerta de una de las salitas anexas al principal. De perfil a ella, sonrió con todos los dientes e hizo una reverencia a quienquiera que estuviese al otro lado del umbral.

—¿Todas esas tazas de té se las ha bebido usted sola? —preguntó Bast con suavidad.

—Me ofende que piense que el contenido sería algo tan anodino como el té —respondió una briosa voz femenina.

—En ese caso imagino que acaba de recibir a todos los miembros de la Armada Británica en mi salón.

—Si hubiera tenido el placer de estrechar las manos de los caballeros de la Armada Británica, tenga por seguro que los habría recibido en el piso superior.

La sonrisa de Bastian se ensanchó.

—¿Y por qué servir el brandy en una taza? ¿Sigue en guerra con los vasos de cristal?

—Sigo en guerra con las normas del decoro —corrigió—. Bebiendo de un juego de porcelana de Sèvres una no pierde el estilo ni la decencia, sin importar si es brandy, agua o vino.

—Sé de unas cuantas mujeres que cuestionarían eso.

—Serán las mismas mujeres a las que decidí no presentarme.

Bast soltó una sola carcajada y desapareció en el interior del salón. Todo lo que Merry alcanzó a escuchar, pues no se molestó en cerrar la puerta, fue algo parecido a «no he estado aburrida (...) el señor Shaw es una criatura encantadora» y «solo alguien temerario podría decir algo así de Shaw. O eso, o alguien demasiado aburrido».

Merry se quedó inmóvil en medio del recibidor, justo en el centro de una alfombra con dibujos arabescos. El asombro y la nerviosa expectación iniciales fueron rápidamente sustituidos por una extraña soledad. Esa que la llevaba acechando desde que Bast la dejara para dormir en otra habitación apenas una noche antes.

—Bueno, Meredith. ¿Qué te parece si empezamos?

Merry lanzó una mirada vacilante a la sala donde dos voces se entrelazaban en una conversación amistosa. Después se dirigió a la señora Lambert.

La mujer debió darse cuenta de que no sabía muy bien qué hacía allí, y de que su nueva posición como miembro del servicio la había sorprendido tanto como a ella misma, porque esbozó una sonrisa tranquilizadora y le ofreció su brazo en un gesto informal.

Merry se mordió el labio antes de aceptarlo, no muy convencida.



Apenas unas horas después, Merry empezaba a hacerse a la idea de que aquella iba a ser su nueva vida. Estaría permanentemente rodeada de otros sirvientes vestidos de forma parecida; gente humilde y discreta que hacía su vida cuando acababa el turno, y durante, actuaba como si no tuviera ojos ni oídos.

Sus tareas como doncella eran sencillas. Se encargaría de la limpieza y el cuidado del hogar, además de servir a los invitados y proveerlos de lo que necesitaran, desde toallas limpias hasta un aperitivo. No le sonó tan extenuante como las jornadas de sol a sol en la época de cosechas, pero sí mucho menos entretenido. Y en vista de la situación en la que se había estancado de golpe con Bast —una que no comprendía—, tener tiempo para pensar no iba a ser práctico en lo absoluto.

Mientras la señora Lambert le explicaba, anonadada por su falta de preparación para el puesto, el orden habitual en que se servía el té, Merry no dejaba de preguntarse qué importancia tendría Bastian en su día a día.

Si no pasaba más de un par de noches en el mismo dormitorio y no disponía de tiempo libre para relajarse, ¿cada cuántas semanas se cruzaría con él? Por lo que la señora Lambert había contado, la mayoría de veces ni se enteraban de que el patrón había dormido en Chesterfield Street hasta la mañana siguiente, cuando ya se había marchado. Y no porque dejara la cama sin hacer o un vaso de brandy medio lleno, sino porque escribía una nota avisando de que había arreglado el tablón del suelo del sótano, reparado el innovador sistema de cañerías o recortado las ramas secas del modesto jardín.

—El señor Carstairs es el hombre más exigente cuando se trata de contratar a alguien nuevo. No permite que cualquiera duerma bajo su techo —le había explicado Lambert—. No solo somos sus empleados, porque no solo nos encargamos del mantenimiento de la casa ni de administrar sus visitas; también guardamos sus secretos e ignoramos lo que vemos. Y he de decir que no es una tarea complicada. El señor Carstairs raras veces da explicaciones o nos hace partícipes de sus misiones, por lo que si nos preguntaran si sabemos algo, no sabríamos qué contestar. Además, premia generosamente la discreción, y eso siempre es un gran incentivo para mantener la boca cerrada.

Después de la enumeración de obligaciones, la extensa y tediosa descripción de futuros quehaceres y una dinámica excursión por toda la casa, Merry se enfrentó al uniforme de doncella con las ideas más claras.

Bastian le había dado trabajo para que se ganara la vida en la capital. Debía sentirse agradecida, y sin duda lo estaba, e iba a defender su puesto del mejor modo posible. Había contemplado su viaje a Londres como una gran oportunidad, y no olvidaba que había alternativas mucho peores de

las que se había salvado. Sin embargo, no podía ignorar la punzada de decepción.

Una parte de ella rehusaba aceptar que Bast hubiera resuelto su vida y su futuro sin siquiera plantearse formar parte de estos. Ni había pestañeado ni tampoco dudado al apartarla de su camino. A fin de cuentas, trabajar en su casa no era, ni mucho menos, una excusa para tenerla cerca, sino todo lo contrario: la forma más sutil de deshacerse de ella. Y eso la afectaba más de lo que podía llegar a entender, sobre todo porque no comprendía del todo qué era lo que esperaba. ¿Que la incluyera en sus aventuras? ¿Que la dejara dormir en su cama?

«Ingenua».

Ya vestida y preparada para ejercer sus labores, decidió dar un paseo por la casa.

Se hacía una idea de a qué clase de negocios se dedicaba Bast, pero no habría imaginado que le darían suficiente dinero para permitirse una vivienda de esa magnitud. En su humilde criterio, no le parecía que faltase de nada. Los suelos estaban vestidos por amplias y caras alfombras de apariencia persa, y contaba con cuadros al óleo firmados por el que la señora Lambert había descrito como «el genio de la pintura», Emerick Longstaff. Dependiendo de la habitación, el revestimiento variaba entre paneles de palisandro, papeles de pared con motivos de ataurique y suelos de mármol macizo o madera pulida. Las velas e inciensos eran el último toque para dar un aire exótico, ese mismo que tenía Bastian.

Merry se preguntó si cada una de sus propiedades representaría una de sus diferentes y diversas caras. Y en realidad, ¿un hombre podía dejar su huella en un lugar en el que no había convivido de forma permanente?

Mientras bajaba las escaleras, distraída con sus pensamientos, la señora Lambert atendía la puerta. Un hombre alto y rubio se quitó el sombrero al pasar a la antesala.

—¿Se encuentra el señor Carstairs por aquí?

Merry se asomó por encima de la barandilla y entornó los ojos para verlo bien. El tipo iba vestido con un uniforme azul, que supo que era el de la Policía Metropolitana cuando la señora Lambert lo llamó «detective Archer». Debía rondar los cuarenta años, y se trataba de un señor bien parecido con el porte elegante de un caballero.

Sus miradas se cruzaron de forma casual. Ella, sin saber muy bien cómo actuar, se dio la vuelta y subió las escaleras corriendo. No tuvo

tiempo para reprenderse por su estúpida reacción: la voz de Bastian llenó todo el pasillo, ganando todo protagonismo.

—¿Qué hace usted aquí?

—Señor Carstairs, me alegra verle de una pieza. Hace unos días llegó a mis oídos que había sufrido un pequeño percance durante su misión.

—¿Y eso a usted en qué le afecta?

—Era mi deber venir a verlo para averiguar si he de pasar el encargo a otro agente, entre otras cosas.

Merry arrugó el ceño.

¿Agente?

Recordaba haber charlado con Bast sobre las particularidades de su trabajo. Decía ser cazarrecompensas... y también ayudante a tiempo parcial de Scotland Yard.

Merry hizo memoria y poco a poco cobró sentido la visita: el detective debía tener la intención de hablar sobre Auckland.

Se asomó de nuevo, esta vez con cuidado de no ser descubierta. La señora Lambert había desaparecido, y Bastian estaba en mangas de camisa.

Por su postura, Merry dedujo que no se trataba de una visita agradable.

—¿Por qué no ha venido a vernos a las oficinas?

—He llegado hace unas horas.

—Debería haberse pasado antes de ponerse cómodo —insistió Archer, acariciando los bordes de su sombrero de fieltro—. Tiene que prestar declaración sobre lo sucedido. Estaba todo el mundo revolucionado por la posibilidad de que ese criminal lo hubiera capturado.

—Pues ya ve que me encuentro de maravilla. Puede dar parte de eso usted mismo sin necesidad de que me persone en ningún lado, lo que por cierto prefiero ahorrarme. Como comprenderá, no le tengo mucho aprecio a las oficinas.

El detective sonrió con un rastro de melancolía.

—Si no quiere que hablemos allí, tendremos que hacerlo aquí. Nos han llegado rumores escalofriantes y tenemos que zanjar lo antes posible la situación con Auckland. Sobre todo ahora que amenaza su vida.

—¿De veras? Siempre he pensado que lo único que la policía y yo tenemos en común es el poco valor que le damos a mi vida —se burló—. Acompañeme.

Con el corazón en un puño, Merry siguió con la mirada al detective hasta que desapareció de su campo de visión. Por fortuna, a los pocos minutos, Bast hizo sonar la campanilla.

Merry se levantó de un salto y bajó corriendo las escaleras para intervenir. Tocó a la puerta antes de entrar y permaneció bajo el quicio a la espera de una orden.

Archer se había afincado en un enorme diván tapizado en terciopelo azul marino; Bast no le quitaba ojo de encima desde su sillón de cuero. No lo hizo ni siquiera cuando le pidió a Merry que fuera a por té y café. En sus palabras, unas que nunca pensó que podrían sonar irónicas, «el caballero quería un refrigerio».

—Enseguida, señor Bast.



A Bastian no se le escapó la mirada que Archer le dirigió a Merry. A simple vista, solo se podía sentir un tipo de curiosidad por una mujer como ella; una que él encontraba particularmente repulsiva en cualquier caso, pero sobre todo cuando era dirigida a la muchacha. Sin embargo, ya había sopesado aquello como un problema antes de contratarla. Por su casa desfilarían toda clase de hombres con apetitos sexuales de lo más variados y no podría defenderla de su lascivia.

Aun así, Bastian sopesó arrancarle los ojos como una posibilidad muy viable. No sería la primera ni la última vez que se le revolvió el estómago delante de un policía. Si no era por la forma de tratar a las mujeres que no fuesen nobles, sería porque, simple y llanamente, los agentes de Scotland Yard eran una despreciable pandilla de matones que disfrutaba ejerciendo su poder contra los más débiles. Algunos tenían permitido ir armados y eso solo recrudecía el problema que ellos mismos representaban. Bast le había preguntado, nada más sentarse, si era necesario que hiciera una visita de cortesía con un revólver en el cinto.

—¿Ha desarrollado algún tipo de aversión hacia las armas después de lo ocurrido?

—Que lleve una pistola bajo mi techo es más una falta de educación de su parte que una fobia por la mía. En cuanto al asunto de la aversión, yo diría que la que siento hacia los policías alcanzó su pleno desarrollo hace años.

Archer sonrió.

Todos sonreían con esa mezcla de condescendencia y rigidez cada vez que Bastian abría la boca. Que se hubiera dejado contratar no significaba que tuviera una buena relación con otros agentes, ni mucho menos que aceptara la superioridad de los detectives. Bast no estaba subordinado a nadie; trabajaba por libre. Por ese motivo, entre otros de carácter ético y personal, no le gustaba que se presentaran en su casa cuando se les cantase.

Bastian no tenía que responder ante ese rubicundo patán, al que odiaba especialmente por su lealtad a la patria y su deplorable tendencia a lamerle las botas al inspector...

—Venga, Bastian —lo azuzó con confianza—. No me digas que sigues molesto por aquello. Solo fue un pequeño error.

...y eso por no mencionar sus múltiples intentos por entablar una relación amistosa con él. Bast no podía ni quería imaginar qué le había hecho pensar que estaría interesado en su camaradería.

Sostuvo su mirada sin pestañear.

—Un pequeño error es confundir la «b» con la «v», no encarcelar a alguien por un asesinato que no cometió.

Archer palideció.

—Bueno... —Cambió de postura. Volvió al trato cortés, visiblemente avergonzado—. Al final le soltaron. No estuvo ni una semana en Newgate.

—Cierto. Estuve tan poco tiempo que pudieron considerarse unas merecidas vacaciones. ¿Por qué no se toma el fin de semana libre y echa una cabezadita entre rejas? Le aseguro que es un destino de viaje encantador, siempre y cuando le guste el olor a heces y ser acosado por hombres que le doblan en tamaño.

Archer carraspeó.

En realidad, Bast no pensaba mucho en ello. Fueron los seis días más difíciles y duros de su vida, lo que ya era decir en una vida en la que los instantes de felicidad brillaban por su ausencia. Pero no por los motivos que uno podría imaginarse, y no porque no hubiera pasado la noche en sitios más incómodos. El fuerte hedor a orina y la amenaza de los matones fueron un mal menor comparado con tener que pasar solo y privado de libertad por un doloroso duelo.

Nunca lo olvidaría, y haría todo cuanto estuviese en su mano para que la policía tampoco lo hiciera.

—¿Qué rumores son esos que ha mencionado antes? —preguntó al fin.

Ya lo incomodaría con su verdad cuando tuviera tiempo. Por lo pronto le urgía bastante que aquel bastardo desapareciera de su vista.

Se notó el alivio de Archer al cambiar de tema.

—Auckland asegura que no parará hasta quitarlo del medio —dijo con voz fúnebre—. Dice que alguien lo manda.

—Eso ya lo sabía. Tuvo la amabilidad de explicarme por qué me disparaba. Es un tipo educado, no se puede decir lo mismo de todos los delincuentes.

Archer puso esa cara que ponían todos los de su gremio. No entendía cómo podía hablar de sus enemigos como si fueran personas y no monstruos. Así era como operaba Scotland Yard, partiendo de la creencia de los «buenos y malos». Para ellos no había medias tintas. Los malos eran bestias, y los buenos, ángeles que merecían acumular medallas en sus despachos.

En opinión de Bastian, ese era el mayor error que cometían: considerar a los villanos animales sin conciencia. Él mejor que nadie sabía que bastaba con apelar a los principios de uno para retirarlo de una conspiración.

—No tiene de lo que preocuparse, Carstairs —le prometió—. Nosotros averiguaremos de quién se trata. Ya estamos trabajando en ello. Hemos movilizado a nuestros mejores agentes, y yo seré el detective al mando.

Bastian se reclinó en el respaldo con una sonrisa burlona.

—Si mi vida depende de la buena gestión de Scotland Yard, tendré que ir redactando mi testamento —comentó con malicia—. No se moleste, ni usted ni ninguno de los de su tropa. Soy muy celoso de mis problemas; detesto que otros pongan sus manos encima de ellos.

Archer arrugó el ceño.

Era tan rubio que, salvando las distancias, le recordaba a su hermano Arian; las finas cejas casi se confundían con la piel pálida, con la diferencia de que Archer tendía al rubor y se le transparentaban las venas en las sienes y la frente. Era un tipo anodino sin ninguna presencia que había aprendido sus modales por imitación. Ese grandilocuente gesticular suyo, incluso la forma en que levantaba la barbilla, estaba milimétricamente calculado... y era una copia barata del inspector, quien podía ser, con facilidad, el único hombre de Scotland Yard al que respetaba.

—No era una petición, Carstairs. La Policía Metropolitana de Londres vela por el bienestar y la seguridad de sus ciudadanos. Usted es uno de ellos, y esas amenazas que ha recibido lo...

—La Policía Metropolitana de Londres vela por su asignación anual, su reputación de cara a la sociedad y porque el culo de su superior siempre tenga un lugar cómodo donde reposar; y no por solidaridad, sino porque quien más le regale los oídos será quien le suceda —interrumpió.

»Además de que prefiera que me represente y proteja alguien con unos principios similares a los míos (y no hay nadie mejor para eso que yo mismo), le recuerdo que Auckland es tarea mía. Se me encomendó su captura y pretendo cumplir mi contrato.

—¿Y cree que podrá hacerlo? Casi lo deja inválido la última vez. Se le nota en la forma de moverse que aún le duele el hombro.

—Porque soy mortal, Archer; mortal, pero muy mañoso. ¿Cuántos de los suyos se creen inmortales y meten la pata hasta el fondo por sus torpezas? Haga el favor de no meterse en mis asuntos y no volver a pisar mi casa sin previa invitación.

La puerta se abrió, y Merry, como el ángel que venía a poner un poco de paz y concierto, apareció cargada con una bandeja. Bast entendió, gracias a la forma en que la sostenía, por qué había tardado tanto. Estaba tan concentrada en que no se cayera nada que se había dejado rojo el labio inferior de tanto morderlo.

Un ramalazo de ternura suavizó sus músculos tensos. Aunque solo verla relajaba sus nervios, se preocupó de no mirarla demasiado. En su lugar se concentró en Archer, quien no se cortó a la hora de repararla de arriba a abajo.

Merry dejó la bandeja sobre la mesilla y sonrió como si hubiera ganado una carrera: orgullosa de su hazaña y con la frente perlada de sudor. Se incorporó para secarla con el antebrazo y miró a Bast a la espera de una orden.

—Eres la muchacha que me vigilaba desde las escaleras, ¿no es verdad? —preguntó Archer de pronto. Merry se giró hacia él con el rostro pálido. No supo qué responder y el detective se rio—. No te preocupes, preciosa, no tiene trampa. Es mera curiosidad. Me había parecido verte antes de sentarme aquí.

—Sí, señor. Era yo. Siento si se ha sentido... violento.

Archer tomó una de las manos que tenía entrelazadas en el regazo. Bastian contuvo el aliento al ser testigo de la suave caricia de sus dedos.

—En absoluto. Me he sentido halagado.

Merry pestañeó, aturdida. Más por cortesía que porque quisiera, forzó una sonrisa y le dio las gracias.

—Tiene usted una piel muy suave. Demasiado para tratarse de una doncella.

—Es gracias a las mezclas de avena, miel y té de manzanilla, señor.

—Suenan deliciosos —susurró con voz ronca.

—¿Es costumbre entre los agentes lo de flirtear con las sirvientas? — interrumpió antes de pensarlo. Ambos miraron con desconcierto a Bast, quien claramente no se había oído a sí mismo.

Archer soltó la mano de Merry muy despacio. Se disculpó con ella con una leve y encantadora sonrisa.

—No era mi intención importunarla.

—Entonces permita que se limite a hacer lo que ha venido a hacer — ladró Bast.

—Por supuesto —cedió Archer, sin apartar su mirada brillante de la muchacha—. Le iba diciendo que, si necesita algún tipo de ayuda durante su búsqueda, Scotland Yard estará siempre dispuesta a colaborar. De hecho, habíamos pensado en ponerle escolta.

—Ponerme escolta —repitió—. Como si fuera yo al que deben vigilar. Sus ofrecimientos me resultan bastante sospechosos. ¿Desconfían de mí? —inquirió sin rodeos.

—¿A qué se refiere?

—Me da la impresión de que creen que me he compinchado con Auckland y ahora pretenden tenerme vigilado hasta hallar pruebas que lo confirmen.

Archer no apartaba la mirada de la hacendosa Merry. La conversación había quedado en segundo lugar.

—Tiene usted una mente de lo más retorcida, pero puede que cuente con su parte de razón. Nosotros tampoco olvidamos el pasado, Carstairs... Ni mucho menos un presente tan cercano y significativo como el suyo. Tiene contacto con gente que nosotros esperamos capturar. Sabemos que no merece nuestra plena confianza.

—Es recíproco.

Merry levantó la mirada.

—Pero el señor Bast no miente —lo defendió—. Yo vi con mis propios ojos cómo ese hombre aparecía de la nada, lo amenazaba y después disparaba. Estaría dispuesta a ser su testigo si no lo cree, señor.

Archer la atendió con interés.

—Conque usted fue testigo. —Ella asintió frenéticamente—. En ese caso tendré que darle un voto de confianza a Carstairs. Dudo que una criatura como usted mintiera a un hombre como yo.

Bastian reprimió las ganas de vomitar mordiéndose la lengua, igual que el irreverente impulso de soltar una carcajada. «Una criatura como ella» resultaba de grandes virtudes como la inocencia y la belleza, pero también era una mentirosa compulsiva y sería divertido estar presente si «un hombre como él» alguna vez lo descubría.

«Un hombre como él»...

Dios santo, ¿quién se había creído que era?

¿Y qué demonios hacía ella allí?

—Meredith —la llamó, en tono seco—. Márchate.

—¿He hecho algo mal, señor Bast?

Él apretó la mandíbula. No había hecho nada mal... salvo revelar que había sido testigo de cómo un maleante cuya cabeza tenía precio hacía su mejor esfuerzo por enviarlo con la Parca. Y delante de un hombre en quien no confiaba.

—No.

—Pero el té...

—Yo me encargaré de eso. De todos modos, Archer estará yéndose en unos minutos. Dudo que tengamos tiempo para disfrutar del tentempié.

—Es porque he tardado mucho, ¿verdad? —lamentó—. Lo siento, señor Bast. No estoy acostumbrada a...

—Vete. —Y señaló la puerta con la cabeza.

Ella juntó los labios en lo más parecido a un gesto de disconformidad que le había visto nunca, y obedeció.

—Encantada de conocerlo, señor —dijo. El detective volvió a tomarla de la mano, en esta ocasión para depositar un beso en el dorso.

—Llámame Archer para la próxima vez.

¿Próxima vez? Ese hombre había perdido el juicio. No permitiría que volviera a poner un pie en su casa ni un dedo sobre su Merry ni aunque su vida dependiera de ello.

Bast cerró los puños de golpe.

«¿Tu Merry? ¿Te has vuelto loco?».

Como si quisiera castigarse por haber pensado inconscientemente tamaña extravagancia, no miró a Merry en su camino hasta la puerta, y se prohibió de manera tajante pensar en ella. Pero su olor corporal flotaba en el aire, y veía su propio embrujo en la laxa y agradable expresión de Archer.

—Una mujer de lo más encantadora —comentó—. ¿De dónde la ha sacado?

—Atrévase a... —«Atrévase a tocarla o a volver a dirigirse a ella y lo mataré con mis propias manos»—, volver a flirtear con cualquier miembro del servicio y tendrá que responder ante mí. Sobre todo si se trata de ella.

Archer ladeó la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque está casada —atajó.

—Vaya. Una lástima. —Chasqueó la lengua y se sirvió una taza de té—. Solo será un sorbo para darme fuerzas. Le haré las preguntas de rigor y me marcharé.

»¿Tiene alguna idea de cuál puede ser el motivo detrás de la fijación de Auckland por usted?

—La avaricia y la ambición. Suelen ser esos dos motivos, juntos o por separado.

—¿Y se imagina quién sea el jefe ante el que Auckland responde? En Scotland Yard tenemos una lista de posibles candidatos. Me he tomado la libertad de hacer una copia, por si quisiera empezar su búsqueda por ahí...

—Con torpeza, sacó un papel doblado del bolsillo de la chaqueta—. Aquí tiene.

Bastian estuvo a punto de quedarse donde estaba, reclinado en su sillón, y espetarle una vez más que no necesitaba su ayuda envenenada. Pero por tal de echarlo lo antes posible, le arrebató la lista de las manos y la ojeó por encima.

Si no comentó en voz alta que tenía tratos muy beneficiosos con la mayoría de los que respondían a esos nombres, fue por mero sentido común, aunque fuera un secreto a voces que estaba involucrado en los negocios de la mayoría.

—Algunos de estos están en la cárcel.

—Son criminales que usted mismo encerró —corroboró Archer—. Y reciben visitas con frecuencia, por lo que es posible que mandaran a

Auckland a hacer el trabajo sucio desde su celda.

—Si ya es improbable que alguien que ha estado en la cárcel vuelva a darse paseos por la zona, que lo haga alguien que se ha fugado varias veces y anda en búsqueda y captura es directamente imposible. ¿Ve como no le vendría mal pasar una temporada en Newgate? —retomó con sarcasmo—. Le da perspectiva a uno.

—Pero es evidente que se trata de una venganza —insistió Archer—. ¿Por qué si no iban a querer matarlo?

—Las venganzas se caracterizan por la pasión que hay detrás. Los vengativos quieren ver morir al enemigo con sus propios ojos. No mandarían a alguien en su lugar.

—¿Entonces? ¿De qué cree que puede tratarse?

—De información. Siempre es por los secretos.

Bastian se puso en pie.

—Como ve, tengo mucho trabajo pendiente y una investigación por comenzar. No me sobra tiempo para andar perdiéndolo.

Archer también se levantó. Le dirigió una mirada cautelosa.

—¿Sabe? Le convendría ser más humilde y tratar con respeto a sus superiores. De no ser por las indulgencias del inspector, y por el valor que le da a su capacidad estratégica, habría pasado más de una semana en la cárcel. Todos sabemos quién es usted.

Bastian sonrió para sus adentros. El gesto terminó aflorando a la superficie.

—Que diga eso denota justo lo contrario. No tiene ni la menor idea de con quién está hablando. —Dio un paso hacia él—. Le animo a buscar razones para encarcelarme. No encontrará ni media.

Archer vaciló, como si en el último momento se hubiera dado cuenta de que tenía la razón.

—Encubrir a un delincuente es razón sobrada para pagar una multa.

—¿Y a quién estoy encubriendo? —Ladeó la cabeza—. Hasta donde sé, echar una partida de póquer de vez en cuando con unos cuantos tipos de moral cuestionable no es un delito. Pero si eso fuera así, estoy convencido de que antes me atraparían por haber tomado el té con usted.

Si lo acompañó a la salida no fue por educación, sino para asegurarse de que se largaba y no buscaba a Merry por ninguna parte. Tuvo la suerte de no cruzársela hasta que hubo bloqueado la puerta de entrada. Entonces,

como si hubiera estado al acecho para saltar a la mínima oportunidad, prácticamente le cayó encima en su regreso al salón.

Antes de que dijera nada, Bast la cogió por los hombros y se ocupó de ocultarla de cualquier mirada curiosa.

—No vuelvas a abrir la boca delante de mis invitados, y menos para jurar que fuiste testigo de un crimen. Archer no es como el ama de llaves o el cartero. Es un hombre que sabe qué hacer con la información.

—Pero el señor ha venido porque quería saber cómo estaba —se defendió—. Solo le estaba ofreciendo su ayuda y yo quería colaborar.

—Archer no estaba preocupado ni quería ayuda. La policía es mi aliada temporal, no mi amiga. Con ellos tengo un pacto de no agresión que cuenta con algunas particularidades que no pretendo explicar a nadie. Una vez eso se disuelva, seremos el perro y el gato.

Merry lo miraba espantada.

—Parece que está usted rodeado de gente que quiere hacerle daño, señor Bast.

—Y mucha gente pensará que puede conseguirlo a través de ti si demuestras que te he confiado mis secretos. Así que, si no quieres pasarlo mal, sé discreta y mantente al margen. ¿Me has entendido?

Ella asintió algo renuente.

—Quiere... que me limite a ser su sirvienta.

—Así es.

—¿Nada más?

Bast tragó saliva, consciente de cuál era la verdadera respuesta a esa pregunta.

—Nada más —se oyó decir, con voz queda.

La decepción de ella fue tan aplastante que le cayó encima como una ola, y por un tenso segundo pensó en contradecirse dándole un beso en los labios.

Pero no se lo podía permitir.

Ni ahora, ni nunca.

Capítulo 13



El tiempo pareció ralentizarse durante las primeras dos semanas en el número once de Chesterfield Street. Merry achacaba la continua sensación de desarraigo a que aún tenía que acostumbrarse a las nuevas circunstancias, al hogar y a la gente con la que convivía, pero se conocía lo suficiente para saber que no tenía que ver con un proceso de aclimatación.

Cuando murió su madre no tardó en acostumbrarse a realizar cada una de sus tareas. Y cuando se casó, apenas unos años después, se tomó tan en serio sus obligaciones laborales y conyugales que nunca tuvo tiempo para meditar si aquello no encajaba con su carácter o echaba de menos lo anterior. Se adaptaba muy rápido a las situaciones.

Tenía que ver con Bastian.

Se había dado cuenta de que la mayor parte de sus pensamientos giraban en torno a él. Qué estaría haciendo, a dónde se dirigiría esa noche, si le dolería el hombro, por qué la había mirado de aquella forma tan rara...

Mientras cuestionaba cualquier pequeño paso que daba e intentaba averiguar por qué había puesto distancia entre los dos, los criados se preguntaban el motivo por el que el patrón había dado la espalda al nomadismo. Porque, si bien pasaba la mayor parte del tiempo fuera, Bast llevaba quince días durmiendo en el dormitorio de la casa, algo impropio de él.

Cuando Merry puso voz a las dudas generales, Bast solo contestó que «esa también era una forma de despistar a la gente», y que «debía estar funcionando porque muy pocos llamaban a la puerta».

La señora Lambert, que parecía tan convencida como Peony de que tenía alguna fijación por ella, no dejaba de insistir en que su motivación no era otra que permanecer a su lado. Merry lo negaba con rotundidad. La conclusión a la que llegó después de su brusco cambio de actitud, fue que

la odiaba por mentirosa, y que le asqueaba haberla besado mientras deliraba. Pero esto no se lo comentó a la señora Lambert —solo habría servido para dar alas a un romance inexistente que parecía inspirarla—: en contraposición a su teoría, reivindicaba que a quien quería acompañar era a la señorita Sutton. Cosa por la que Merry no podría culparlo en absoluto, pues era una mujer excepcional.

Por lo poco que sabía, Malorie Sutton era la hija de Daniel Sutton, el arquitecto que había ayudado a remodelar el viejo Hotel Palace, ahora llamado Hotel Astori por el cambio de dueño. Era más rico que Creso gracias a la asociación con James Astori, y gozaba de una reputación sorprendentemente buena para tratarse de un hombre que había amasado una fortuna con sus dos manos desnudas... y del descendiente por tercera generación de una gitana.

Malorie no tenía nada que ver con su padre. Se trataba de una joven de veinticuatro años que no se resignaba a su papel de solterona — languidecer, vestida de santera, en una esquina de los salones—. Por el contrario, llevaba los trajes más vistosos que Merry hubiera visto, y su actitud poco convencional se había ganado el aprecio y admiración de todo el servicio.

—Quieren que vaya por el mundo como si debiera pedir disculpas por no estar casada —comentaba—. Ni que fuera mi culpa que ningún hombre esté a mi altura.

Malorie se había movido con tribus de gitanos, con cantantes y titiriteros de teatro ambulante, con actores y actrices de Drury Lane, incluso con videntes y prostitutas. Juraba adorar a todo el mundo mientras viviera su vida sin hacer daño a los demás. Merry se quedaba embelesada y quieta como una estatua cuando la mujer empezaba a narrar sus aventuras, pero parecía que no todo el mundo la escuchaba con la misma ilusión.

Una de esas tardes de historias, risas y pastas espolvoreadas con azúcar, Bastian se asomó al salón. Cuando Merry lo miró por curiosidad, le sorprendió toparse con su gesto sombrío.

—Malorie no es una atracción de feria —le dijo en cuanto se quedaron solos—. Es una pobre desgraciada. Admirarla es lo peor que podrías hacerle.

—¿Por qué dice eso de ella? ¿Porque está soltera? No es justo. A mí me parece encantadora, y...

—¿No te extraña que pueda ir y venir a su antojo siendo tan joven y teniendo el padre que tiene? —inquirió—. Malorie y yo somos amigos porque he pasado los últimos años rastreando sus huellas para devolverla al señor Sutton.

—¿Quiere decir que Malorie se escapa de su casa? —murmuró, asombrada—. Yo creía... Pensaba que vivía sola y quería un poco de compañía. ¿Por qué no la lleva de regreso?

—Porque no quiere. Como ves, tenemos un conflicto de intereses, pero me gusta considerarme un buen negociante y creo que llegamos a un pacto beneficioso para ambos.

—¿Qué pacto?

—Es sencillo. Yo la dejo tranquila y ella me da las gracias.

Esa pudo ser la conversación más larga que Merry mantuvo con Bast en esas semanas. El resto del tiempo él andaba poniendo en orden sus asuntos, y ella manteniendo la casa habitable: nada más y nada menos que aquello para lo que la había contratado. Pero parecía que Bast no estaba de acuerdo con lo que había propuesto. Más de una vez la había visto arrodillada en el suelo, cepillo en mano y cubo de agua al costado, y la había cogido del codo para levantarla y mandarla a atender otra tarea. Tampoco le gustaba que se subiera a las escaleras para limpiar los zócalos superiores, ni que se metiera en la chimenea para deshollarla.

—De eso puede encargarse otra persona —decía.

—¿Y por qué yo no? —le preguntó una vez, aún arrodillada sobre el suelo a medio fregar—. ¿Es que no lo hago bien? Sería un poco decepcionante, dado que llevo encargándome de esto toda mi vida.

Siempre se escudaba en la misma pésima excusa —«otros pueden hacerlo por ti»—, y ella siempre la desmontaba con alguna obviedad. No era la primera vez que limpiaba, y no lo encontraba especialmente complicado o extenuante. Lo que sí se lo parecía, por otro lado, era la actitud de Bastian.

Los primeros días, Merry se mantuvo ojo avizor por si apreciara algún cambio en su actitud. Después lo observó en profundidad, buscando una explicación a su extraño comportamiento. En la actualidad, ya cansada de analizarlo en secreto, solo estaba preocupada: la noche anterior, Bast había regresado de sus misteriosas correrías —por las que tenía prohibido preguntar— con la camisa manchada de sangre y un golpe en la mejilla.

Merry se lo había cruzado de casualidad cuando iba en busca de un vaso de agua.

—No es nada —la tranquilizó—. He estado en el pub hablando con Marcellus y... Por allí siempre hay una pelea. He intentado separar a los dos imbéciles y además de bañarme me han soltado un puñetazo. Son cosas que pasan.

—¿Por qué debería creerle?

Bast la había mirado a los ojos con esa intensidad que la hacía encogerse. Bajo la luz ambarina de las lamparillas, cruzada con la impenetrable oscuridad de la medianoche, era mitad ángel y mitad demonio. El lila vibrante de sus ojos refulgía como dos piedras preciosas.

—Porque yo nunca te miento —susurró.

Merry se mordió la lengua. Entendió lo que quería decir: ella era una mentirosa y él no, y no podía perdonar ese terrible defecto.

—Está enfadado porque le mentí, ¿verdad? —le dijo en el mismo tono—. Y usted no quiere bajo su techo a gente que no es de fiar. En ese caso, no se lo guarde para sí. La rabia se le pudrirá en el corazón y hará que un día le cueste mirarme a la cara. Desahóguese conmigo. Sé que si me castiga se sentirá mejor

En medio del pasillo, Merry se quitó el batín que llevaba sobre el camisón. Apoyó la trenza sobre un hombro y tiró de las mangas cortas para enseñar una porción de piel.

Justo cuando iba a darle la espalda en un ofrecimiento sumiso, Bast la agarró firmemente por la cintura.

Ella dejó de respirar al mirarlo a la cara.

Si le pidieran que se describiese, Bastian daría una cantidad de adjetivos que no se ajustaban a la verdad. No diría que era expresivo porque lo consideraba una forma de debilidad... pero lo era. Su rostro le habló más que todas las palabras que hubiera escuchado a lo largo de su vida.

Merry entendió, en esa combinación de rabia pujante y vulnerabilidad, por qué le dolía que la ignorase: porque les unía una complicidad casi irreal relacionada con las miserias que él estaba asumiendo por ella. Se hacía cargo de desgracias que aún no estaba preparada para asumir, y eso lo estaba consumiendo tan rápido como hacía el fuego con las cerillas.

—No estoy enfadado —dijo en voz baja.

Merry abrió la boca para preguntar por qué se comportaba así, pero él se adelantó.

—Estoy *furioso* porque no puedo besarte.

»Que Dios o el Diablo me perdonen, pero si algún día permito que te quites el camisón delante de mis narices, no será para hacerte daño.

—No me haría daño. Me haría muy feliz que se desquitara conmigo, señor Bast —le prometió, mirándolo esperanzada—. Sé que dejará de estar enfadado conmigo si lo hace y no hay nada que desee más.

Bast apartó la mirada y ella aprovechó su debilidad para insistir poniéndole las manos en el pectoral. Él, en lugar de apartarla, le rodeó la nuca con la mano y la acercó para que apoyara la mejilla sobre su pecho.

—Merry, créeme. No estoy enfadado contigo.

Ella titubeó.

—¿Está... enfadado con usted?

Él asintió.

—¿Y por qué me ignora? No ha vuelto a acercarse a mí desde que confesé que había mentido. —Hizo una pausa, inquieta por lo cierto que era el deseo implícito en lo que estaba a punto de admitir—. No ha vuelto a besarme.

Hubo un breve silencio, alterado solo por el aleteo nervioso de su corazón.

—No voy a volver a besarte hasta que me lo pidas. Y no quiero que me lo pidas como un castigo, ni que me ofrezcas tus labios porque estás agradecida... sino porque me desees. Porque necesites sentirme.

No se quedó a esperar a que Merry respondiera, e hizo bien porque no habría sabido qué decirle. La separó con delicadeza y se encerró en su dormitorio sin dar siquiera las buenas noches.

Merry se quedó allí, como un pasmarote, intentando encontrarle sentido a lo que acababa de decir.

«Porque necesites sentirme».

Un día después seguía sin sacarse la frase de la cabeza. Cada vuelta que daba por sus pensamientos la crispaba más aún.

Ella no necesitaba «sentir» nada. Ni mucho menos eso a lo que hacía referencia. No le gustaba cómo se sentía nada parecido a lo que sucedía después de los besos. ¿Por qué iba ella a necesitarlo o rogar por algo así?

Bastian no parecía darle la misma importancia. Después de esa conversación casi críptica, había anunciado a la hora de la cena que iba a

salir al East End en busca de información sobre el Irlandés; lo había oído hablando con Malorie al respecto. Merry estaba preocupada hasta el mismo extremo que el mayordomo de su residencia en Berkeley Square: temía que una noche no volviera. Y no tenía demasiado sentido desde una perspectiva práctica, porque, a fin de cuentas, se sentía más acompañada por la señora Lambert y el resto del servicio que por él, además de que su desaparición no la pondría de patitas en la calle. Eso fue lo que Bast le dijo para tranquilizarla, con tanta ironía que Merry no pudo evitar fruncir el ceño.

—No le des más vueltas. Si por casualidad alguien me matara, la casa pasaría a manos de mi hermano Cass, quien se encargaría de que ningún personaje del servicio pasara hambre. Servirías a otro patrón, pero harías exactamente lo mismo.

Entre que aún no conseguía entender a qué se refirió la noche anterior y que él reaccionaba con sorna a la idea de enfrentarse a la muerte, Merry estaba desorientada. No ayudaba que Bast se armara de una actitud u otra dependiendo de las circunstancias. La descolocaba. Pero no iba a permitir que le sucediera nada malo, así que esa noche, después de asegurarse de que nadie la necesitaba, se vistió con el uniforme limpio —el único estilo de prenda que tenía— y esperó a que Bast se marchara para salir en pos de él.

Gracias a su talento para escuchar detrás de las puertas, sabía que no había conseguido hallar pistas relevantes respecto al jefe de Auckland. Sus amigos de los bajos fondos no parecían estar al corriente de nada, lo que ya extrañaba teniendo en cuenta que se les conocía por saberlo todo. Había sobreentendido en las conversaciones que Bast mantenía con Malorie, que sospechaba de sus propias amistades, precisamente por lo rara que era su desinformación. No era creíble que a nadie le sonara que Auckland trabajara para alguien. Su sospechoso principal era el único que estaba ilocalizable, un contrabandista que se hacía llamar El Irlandés. Merry sabía que esa noche pretendía dedicarla a preguntar sobre su desaparición, y no iría a la policía, sino a la boca del lobo. Lobos aún más feroces que él.

Había tan poca gente en la calle que fue fácil para ella seguirlo. A pesar de ir de negro y camuflarse con las sombras, su figura y su caminar felino eran inconfundibles. Se mantuvo a unos cuantos pasos de distancia de él durante los primeros quince minutos. Conforme se fueron adentrando en los suburbios, se acercó más.

Las zonas ricas habían estado desiertas, pero por el East End paseaban prostitutas, borrachos, mendigos y delincuentes de poca monta. Merry no temió tanto perderlo de vista como que la asaltaran, pero pronto, Bast se desvió por un callejón vacío. Le dio un tiempo de ventaja antes de seguir sus huellas, pero para cuando quiso retomar la marcha, ya se había desvanecido en el aire.

Merry caminó unos cuantos pasos, vacilante, mirando a un lado y a otro. El barrio estaba mal iluminado, se oían llantos y carcajadas diabólicas y a veces el sonido de unos cristales rotos. Todo estaba sucio y en el aire se entremezclaba un sofocante olor a chamuscado, brea y orín que la obligaba a cubrirse la boca.

Iba a rehacer sus pasos cuando alguien se cernió sobre su espalda. La agarró de un brazo y lo dobló en un ángulo doloroso a la vez que la cogía por el cuello.

Merry sintió un dolor agudo ahí donde un tendón se tensaba.

—Tienes tres segundos para identificarte —pronunció Bastian, con una fría serenidad escalofriante—. Si no respondes, te romperé el cuello. Si no me satisface la respuesta, te partiré el brazo. En tus manos queda.

Merry vibró de miedo. Nunca le había hablado de esa forma. Pensó que aquel debía ser el Bastian Carstairs que la gente temía y odiaba a partes iguales, el mortífero y peligroso capaz de cometer los peores crímenes sin que le temblara el pulso.

Abrió la boca para manifestarse, pero el tendón se resintió algo más y solo dejó escapar un gemido.

—¿Merry? —musitó Bast. La soltó enseguida y le dio la vuelta para sacarle la capucha; a pesar de la falta de luz, Merry percibió sus contornos y el brillo casi antinatural de sus ojos. Le oyó mascullar una blasfemia—. Maldita seas, te lo juro por lo que yo más amo.

—¿Y qué sería eso? —balbuceó, temblorosa.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Le dije... le dije que estaba preocupada por usted.

—Y para vengarte, decides que vas a preocuparme a mí poniéndote en peligro. ¿En qué estabas pensando? Podrían haberte hecho daño de mil formas diferentes solo cruzando Wentworth Street.

—¿Cuál era Wentworth Street? ¿Cómo ve los letreros? —Se mordió el labio para contener un sollozo al sentir que el tendón tiraba con crueldad—. Señor Bast... Me ha hecho mucho daño.

Bastian reaccionó inmediatamente. Tomó su cuello entre las manos y le movió la cabeza con cuidado antes de usar los dedos para hacerle un suave masaje en la zona. Casi por arte de magia, los músculos se relajaron y el tendón volvió a su lugar.

Merry se sorprendió a sí misma mirando a Bast con la respiración contenida y el estómago retorcido. Lo tenía tan cerca que su aliento era un calor muy bienvenido en una noche de primavera más fría de lo habitual.

No tuvo tiempo para darle las gracias. Bastian la cogió de la mano con decisión y tiró de ella hacia la salida del callejón; justo por donde había entrado.

—¿A dónde vamos?

—A casa. Tendré que escoltarte para que no se te ocurra otra estupidez.

—¿Se quedará conmigo? —preguntó, esperanzada.

—No. Tengo un criminal que encontrar, Merry.

Ella clavó los talones en el sitio. Sabía que ni toda la fuerza de su determinación podría haber detenido el andar de Bastian, y por eso agradeció para sus adentros que hubiera tenido la gentileza de pararse.

—Entonces me quedo con usted —zanjó.

Incluso en la oscuridad percibió su exasperación. En lugar de regañarla, reírse de ella por su proposición o explicarle por qué era una ingenuidad, dijo:

—Estaría más pendiente de lo que estés haciendo que de lo que me dirían los muchachos, y así harías muy flaco favor a mi investigación.

—Entonces yo escucharé lo que digan los muchachos y luego se lo diré.

—Merry, los «muchachos» son gente peligrosa.

—Si son tan peligrosos como usted, señor Bast, seguro que al final resultan inofensivos.

Él suspiró.

—No serían tan indulgentes contigo como yo tengo por acostumbrado.

—Insisto en acompañarle.

—De ninguna manera.

—Entonces esta noche ninguno de los dos irá a ninguna parte.

Bast se tomó un segundo para meditar en silencio. Después ladeó la cabeza y la miró con curiosidad.

—¿Me estás llevando la contraria?

Cualquier atisbo de seguridad desapareció después de la pregunta. Merry se encogió sobre sí misma, y preocupada por si lo había disgustado, conectó sus miradas en busca de un detalle que revelara su verdadera reacción. Se topó con su infranqueable y habitual semblante.

Aunque no le pareció que hubiera rastro de irritación, se apresuró a pedir disculpas.

—Tiene razón, debería obedecerle. No sé muy bien... No entiendo por qué... Era evidente que usted no habría querido que le siguiera —balbuceó, nerviosa—. No sé por qué lo he hecho.

Sus líneas tensas se suavizaron.

—Habías dicho algo sobre que estabas preocupada por mí.

—Sí, lo sé, pero... Yo soy muy obediente, señor Bast. Tiene que creerme.

—Te creo. —Fue a decir algo más, pero se calló en el último momento—. No temas a tus impulsos. Son el único gesto natural que le queda al hombre domesticado.

Merry asintió, confusa. A cada segundo que pasaba, estaba cada vez más incómoda con la idea de haberle llevado la contraria. ¿Qué clase de demonio la habría poseído? Lo más probable era que estuviese pensando en cómo la castigaría al regresar, aunque había demostrado en innumerables ocasiones que no le gustaba mortificarla. Y no solo no parecía por la labor de darle un escarmiento, sino que por lo que pudo percibir al lanzarle una mirada de soslayo, parecía sorprendentemente contento.

Durante el camino de regreso, Merry no pronunció palabra. Estaba tan desorientada que se tropezaba cada dos por tres, y ni siquiera esos tropiezos le sacaban de la cabeza que había retado a Bastian.

Él debería castigarla. ¿Por qué no lo hacía? ¿Es que acaso no le importaba que perdiera su virtuosismo y se convirtiese en una bestia perversa? ¿Le daba igual que fuera mentirosa y rebelde?

Se sumió de tal manera en sus pensamientos que no se dio cuenta de que no volvían por el mismo camino hasta que, gracias a la iluminación de las zonas más ricas del West End, pudo ver el sereno rostro de Bastian.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella, perdida.

—Bueno, has dicho que o nos vamos los dos a casa o no nos vamos ninguno. Así que he decidido que podría llevarte a conocer el Londres nocturno. El relativamente inocente —agregó, con una nota de risa en la

voz—. Es un sacrilegio que lleves dos semanas aquí y no hayas salido más que para hacer recados. La capital es fascinante.

Merry lo escuchaba con los ojos abiertos como platos.

—¿Va a hacerme caso? —Pestañeó—. ¿Por qué?

—¿Por qué no? —replicó—. ¿Has oído hablar de alguna atracción londinense interesante, o has estado aquí alguna vez?

La tentó sacudir la cabeza para cerciorarse de que aquello estaba sucediendo de veras.

Bastian había cambiado de planes.

—No —se oyó responder—. Pero mi marido sí. El señor Goody es natural de Londres, pero se fue al pueblo, a la casita de sus abuelos, porque perdió todo su dinero.

—No me sorprende. Ven conmigo. Seguro que puedo improvisar una ruta.

—¿Una ruta? Señor Bast...

—Ni una palabra. Te debía unos fuegos artificiales.

Capítulo 14



Cuando Bastian le prometió fuegos artificiales, no le dijo que tendría que esperar a la última parada para disfrutarlos. Conforme se dirigían a un negocio de alquiler de carruajes, Bast fue inventando un itinerario para no perder ni una de las deliciosas formas de entretenimiento de la noche londinense.

—Pero no vamos vestidos apropiadamente. Yo llevo el uniforme —se quejó Merry, aunque con la esperanza de que aquello no le hiciera cambiar de planes.

—Con el capote nadie te lo verá. Prometo que pasaremos desapercibidos. Y si no, puedes estar segura de que nadie se atreverá a decirte nada.

—¿Por qué no? ¿Porque tiene usted reputación de vengativo?

—Además de una mirada fulminante —agregó.

Debía alquilar carruajes con frecuencia y devolverlos en pésimas condiciones, porque al rentista no le hizo la menor ilusión hacerle un préstamo por la noche. «Tráigalo de regreso tal y como se lo dejé, y no me arruine la reputación paseándolo por donde no es de Dios», le advirtió. Bastian le pagó un par de libras de más para cerrarle el pico, indicó la dirección al cochero de préstamo y emprendieron la marcha.

—¿Ha dicho al teatro? —exclamó, ilusionada—. ¿Al famoso *Dudry Lane*?

—*Drury Lane* —corrigió—. No, me temo que *Drury Lane* no está pasando por su mejor momento. Tiene mejores y peores épocas, y durante toda esta década, *Miranda's Grace* le ha robado el protagonismo. Creo recordar que esta noche recuperaban una comedia sentimentalesísima de los tiempos de la Restauración. *Amantes Conscientes* del irlandés Richard Steele. —Le dedicó una sonrisa que le hizo un nudo en el estómago—. El señor Shaw me ha insistido en acudir; la noche del estreno fue ayer y dicen que Beatrice Laguardia es la mejor Lucinda que se ha interpretado jamás.

—Beatrice... Me suena su nombre.

—En otra vida se hacía llamar lady Brenda Marsden.

Merry se quedó boquiabierta. Un aluvión de preguntas estuvo a punto de salir disparado de sus labios, pero se contuvo a tiempo.

—¿Lady Brenda ahora es actriz?

—Y su oficio la hace muy feliz, por lo que se cuenta.

—¿La ha visto actuar alguna vez?

—No. Jamás. Pero ya que demostraste sentir cierta curiosidad por ella, quizá sea la excusa perfecta para hacerle una visita.

No se le ocurrió ninguna excusa para cambiar el rumbo, y tampoco quiso. Jamás había visto una obra de teatro, y las únicas que le sonaban eran las que Shakespeare firmó en el siglo dieciséis. Además: debía admitir, aunque fuera para sí, que la imagen de lady Brenda la había atormentado. Era la prueba viviente de la maldad de Bastian Carstairs, algo que, si bien cada vez le preocupaba menos, seguía rondando su cabeza con frecuencia. Verla no solo satisfaría su deseo de averiguar cómo era, sino que, si tenía la suerte de coincidir con ella durante una pausa o después, podría confirmar o desmentir esa perversidad de la que la habían advertido.

El Teatro *Miranda's Grace* era un impresionante edificio que recreaba la arquitectura de los templos clásicos. Subiendo unas monumentales escaleras de mármol blanco se accedía al patio columnado, lo bastante amplio para albergar a cientos de damas y caballeros que se entretenían conversando mientras empezaba la función. Ya en el interior, y salvo por las esculturas de quienes Bast presentó como viejas glorias del teatro, se perdía esa evocación griega; allí todo era tan recargado y colorido como el barroco en su definición. Merry observó el elegante artesonado del alto techo absolutamente fascinada, igual que el pesado cortinaje escarlata que cubría el escenario. Allí podían caber con facilidad...

—Dos mil quinientas criaturas —susurró Bast en su oído—. En Drury Lane casi se llega a las dos mil. En el teatro de Haymarket solo caben ochocientas.

—Dos mil quinientas y yo soy una de ellas —musitó—. ¿Dónde nos sentaremos?

Bast la guio a una de las filas de butacas traseras. Le explicó que, a diferencia de Drury Lane, los asientos se habían dispuesto de manera escalonada para que aquellos que se sentaran los últimos no se perdieran la función por culpa de los recargados tocados de los delanteros. Contó

también que esa idea de teatro provenía de las gradas de la Antigua Grecia, posteriormente imitadas por los romanos.

—No me gusta demasiado el teatro —confesó Bast—. Me parece muy exagerado, y los guiones bastante simplones. Pero si quisieras venir con frecuencia, mi hermano Cass tiene un palco para él solo. Dudo que le importara cederte algún asiento.

Merry se giró hacia él con una sonrisa.

—¿De veras?

—Incluso diría que se alegrará de tener con quién ir. Sus amistades no siempre cuentan con el tiempo, ni tienen el interés.

—Nunca he visto una representación teatral, pero debe ser precioso.

Apenas media hora después, y cuando Bast ya le había contado el reciente origen de *Miranda's Grace* y de qué iba el argumento, corrieron las cortinas de terciopelo. Merry estaba tan ansiosa por la aparición de Beatrice que le sudaban las manos, y más de una vez, los prismáticos se le escurrieron de los dedos. Unos minutos después, cuando el protagonista ya había contado su desventura amorosa, Beatrice llenó el escenario caracterizada como Lucinda.

Tenía el pelo negro como una noche sin luna. Los rizos del tocado salpicaban un rostro divino. En su tez coloreada por el sol destacaban lo que parecían un par de ojos pardos, gatunos y expresivos, y unos labios firmes y femeninos que sabían cómo curvarse para encandilar al público. Era más alta que menuda, delgada pero voluptuosa, y su carisma desbordaba de tal manera que incluso llegaba a las últimas filas, donde Merry se revolvía, víctima de una incómoda desazón. Era tan bella que no comprendía cómo era posible que Bast no se hubiera enamorado.

Un pensamiento demoledor la dejó repentinamente sin respiración.

Si tuvo entre sus brazos a semejante beldad y después se marchó... ¿Qué no sería capaz de hacer con una mujer corriente? ¿Y con una mediocre?

¿Y con ella?

Merry bajó un momento los anteojos y tragó saliva. Se sentía fuera de lugar, pequeña e insignificante. ¿Qué era o valía cualquiera que se comparase con Beatrice? Agarró de nuevo los prismáticos y no le quitó la mirada de encima hasta que la obra terminó. Era hipnotizadora, brillante, divertida... Era *perfecta*. Tanto, que Merry acabó enamorada de forma irremediable de su manera de moverse y actuar.

Cuando hizo su saludo final, se levantó y la aplaudió hasta romperse las manos.

—¡Ha sido maravilloso! —exclamó—. Ella es maravillosa.

—¿Te gustaría conocerla? Por lo que me ha contado Shaw, que adora coquetear con ella, es de las que acepta las flores de sus admiradores, pero no permite que pasen a saludar. Aunque me apuesto cualquier cosa a que conmigo haría una excepción.

Un pinchazo de celos le impidió responder enseguida. Se frotó el pecho, ahí donde la envidia le había dejado un vacío, y asintió sin tenerlas todas consigo.

Bast la llevó del brazo hasta la zona de los camerinos. Ella apenas se dio cuenta de por dónde la llevaba: todo el mundo los estaba observando como si fueran seres de otra raza. Merry no se importunó por ninguna de esas miradas, en su mayoría sorprendidas y curiosas, pero sí le pareció reconocer al detective Archer entre los asistentes. Pretendía asegurarse de que se trataba de él cuando llegaron a su destino: a los pies del hombre más grande que hubiera visto.

—¿Y usted quién es? —ladró el guardia—. No puede pasar a ver a La Duquesa. Necesita privacidad para cambiarse.

Merry vio brotar en los labios de Bastian una sonrisa genuina.

—Dígale que Bastian Carstairs ha venido a verla. Le apuesto tres libras a que me deja pasar. Tranquilo, solo las apostaré yo —añadió—: no será necesario que usted pague nada si pierde.

El guardia entrecerró sus impresionantes ojos.

—Váyase con sus apuestas y su dinero a otra parte.

La puerta se abrió y una mujer de aspecto angelical asomó su pálido rostro.

—Demo, ¿crees que podrías decirle al señor...? —Su delicada voz se extinguió al cruzar miradas con Bast—. Vaya, ¿quiénes son ustedes? ¿Han venido a ver a La Duquesa?

—Bastian Carstairs —se presentó.

Merry tuvo que reconocerle a la actriz secundaria el talento para ocultar su expresión. Se mantuvo serena e imperturbable aun cuando un chispazo de reconocimiento surcó sus ojos verdes.

—Déjalo pasar, Demo —pidió con suavidad. Demo frunció el ceño, no muy seguro, pero ella le dirigió una mirada convincente y se apartó de la puerta.

El corazón de Merry palpitaba muy deprisa cuando se adentraba en el camerino. Era un enorme salón decorado al estilo bizantino, con grandes mosaicos dorados y púrpuras vibrantes. Sin duda iba con la personalidad de La Duquesa, que se admiraba a sí misma en el monumental espejo de marco veneciano. Estaba entretenida canturreando una canción hasta que cruzó miradas con Bastian.

Merry se mantuvo al margen y no respiró mientras Beatrice, como si Bastian no fuera ni remotamente importante, terminaba de aplicarse unos polvos. Después se levantó y lo miró de frente.

Era preciosa. Tenía la belleza exótica de una gitana y, a la vez, elevaba la delicadeza inglesa a la categoría de lo excepcional. Y no parecía molesta. Ni irritada. Tampoco furiosa. Todo lo contrario: le dio la impresión de que estaba muy divertida.

—Siempre pensé que traerías flores —habló, con esa sensual voz de contralto que ponía vellos de punta—. Creo que era lo mínimo.

Beatrice le tendió una mano que Bastian besó como en la perfecta pantomima. Hizo una reverencia perfecta sin perder la sonrisa taimada, lo que sin duda resultó toda una contradicción.

—Con la venia, excelencia —pronunció—. Pensé que cualquier símbolo de arrepentimiento te parecería de lo más irónico, por eso me lo he ahorrado.

—Sí que me parecería de lo más irónico, pero las ironías me parecen la forma más inteligente de hacer humor... y resulta que adoro reírme. Aunque no se me ocurriría castigarte por no conocerme lo suficiente —expresó. Se dio la vuelta, como si acabara de toparse con un viejo amigo, y volvió a sentarse en el tocador. A simple vista, Merry no hubiera imaginado que había ocurrido algo terrible entre ambos—. ¿Qué te trae por aquí, Bastian?

—Es la primera vez que vengo a ver una de tus actuaciones y se me ocurrió que quizá debía presentar mis respetos.

—¿Querías cerciorarte de que detrás de mi puesta en escena no había una llorona desgraciada? —inquirió con delicadeza.

—Nunca se me pasó por la cabeza que pudiera haberte convertido en una llorona desgraciada, aunque tu hermana por poco me convence. La vi hace unas semanas y aún me detesta. —Ladeó la cabeza—. ¿Qué hay de ti? ¿Me odias con la misma intensidad?

Beatrice se entretuvo cepillándose el pelo. Parecía pensárselo, pero incluso Merry supo que era puro teatro. Acabó apoyando la barbilla en el hombro y esbozando una sonrisa ligera.

—Mi vida actual demanda toda mi energía. No tengo tiempo para atormentarme por un pasado que los dos construimos. —Arqueó una ceja—. ¿De veras creías que no asumiría mi parte de culpa?

—Es evidente que lo has hecho. Las víctimas suelen esperar a que vengan a recomponer los pedazos rotos; los pecadores con un poco de conciencia, en cambio, saben cuándo y cómo reconstruirse.

—Porque se conocen mejor —concluyó—. De todos modos, y como he dicho antes, no sabes ni sabías de mí lo suficiente para estar seguro de que, en cierto modo, me arreglarías la vida. Saber que no me arruinaste no debería eximirte de admitir que eres un bastardo, ni quitarte la culpabilidad que evidentemente no sientes.

Merry no apartaba la vista de las reacciones de Bast. Se mostraba muy comedido, quizá incluso risueño, pero no apreció ningún tipo de lamento o nostalgia en la forma que tenía de mirar a Beatrice.

No la había amado. Aunque ella siempre podía equivocarse... y él siempre podía empezar a amarla. En cualquier momento.

Las ganas de salir de allí estuvieron cerca de animarla a fingir un desmayo. Por suerte, la propia Beatrice dio por zanjado el asunto al terminar de acicalarse. Se puso en pie y se acercó a Bast. Merry, en segundo plano, se reclinó más a la esquina para no entorpecer la comunicación.

—A pesar de todo, tardé un tiempo en hacerme a la idea de mi nueva situación. Y nada podría borrar esos días tan aciagos —continuó—. Teniendo en cuenta también que soy actriz dramática, creo que solo hay una forma justa de despedirnos para siempre.

Merry se sobresaltó cuando Beatrice le soltó una bofetada. Fue lo bastante contundente para girarle la cara. El sombreado de la creciente barba de Bastian disimuló un tanto la rojez, pero apostaba porque le palparía la zona durante un rato. Eso era algo que ella jamás se atrevería a hacer; antes se dejaría matar. Algo que la horrorizó profundamente y que hizo que, a su manera poco efectiva, odiara a Beatrice. Pero otra parte de sí, una oscura y rebelde que empezaba a ganar terreno, se puso de rodillas ante la actriz y la alabó silenciosamente. Ese mismo lado indisciplinado se

imaginó a sí misma dándole ese trato por haberla ignorado durante semanas, y todo el vello se le erizó.

¿Era esa satisfacción morbosa y prohibida lo que sentía el señor Goody cuando la escarmentaba? Jamás lo averiguaría.

—¿Quién soy yo para criticar la forma de otros de hacer justicia? — comentó Bast.

Beatrice se acarició la melena con los dedos.

—Nadie. Nunca has sido nadie.

»¡Demo! —llamó—. Puedes escoltarlos a la salida.

Capítulo 15



Bastian no solía recibir bofetadas. Era una reacción pasional de mujeres con el corazón roto, o bien una manera que tenían de defenderse de un agravio, y Bastian jamás hizo falsas esperanzas a nadie ni tampoco se divertía siendo un grosero. Así pues, la de Beatrice había sido la primera. Y estaba orgulloso. No dudaba que cualquiera que la recibiera se la tuviese merecida; las mujeres no acostumbraban a alzar la mano por cualquier nimiedad. Pero aquella había sido incluso bella de tan justa, y estaba convencido de que la afamada actriz no se ensañaba con cualquiera. Eso le convertía en alguien especial.

Pero no era en lo que pensaba cuando abandonaba el Teatro *Miranda's Grace* y guiaba a Merry hasta el carruaje, sino cuál sería la siguiente parada. A diferencia de lady Venetia, no había pasado los últimos tres años pensando en su error, y no le daría mayor importancia al asunto de Beatrice. Le era tan indiferente, de hecho, que debía admitir, aunque fuera para sus adentros, que solo se había animado a tocar a la puerta de su camerino para demostrarle a Merry que no era un monstruo. Y por lo desorientada que parecía, apostaba porque la había convencido.

Lo siguiente que se propuso fue empaparla con la alegría festiva de un sábado en Londres. La alta sociedad disfrutaba de sus costosos y aburridos bailes mientras la burguesía con gustos asequibles, la clase media que no aspiraba a más y los trabajadores tenían conversaciones a viva voz entre los tenderetes de las ferias ambulantes. Sin ir muy lejos, en Covent Garden seguía montada la feria mensual, donde podían conseguirse desde loros y otras bestias enjauladas hasta aperitivos famosos de gastronomías orientales. Las luces de los farolillos arrojaban distintos colores sobre las mesas de joyería —la mayoría de baja calidad— y de artilugios y cachivaches para aquellos estancados en otro tiempo. Había telas para vestidos de noche, botas, juguetes, libros, material de escritura, cuadros de artistas locales... Algunos ilusionistas, manipuladores de fuego y zancudos paseaban por allí esperando intercambiar una pequeña muestra de sus talentos por unas monedas. Hasta las videntes se habían trasladado a

Covent Garden, cuando lo habitual era verlas aprovechándose de la superstición de los marineros plantando su consultorio en los muelles.

Los niños no eran los únicos impresionados por el fuego y las cartas que desaparecían bajo las mangas; Merry detenía su paseo cada vez que tropezaba con algún artista. Todas las emociones del mundo surcaban su rostro al atender a un truco de magia. No solo era inocencia, entendió Bast, sino desconocimiento. Merry nunca tuvo la suerte de disfrutar de espectáculos como aquellos. Para ella todo resultaba nuevo, y afrontaba lo desconocido con la curiosidad y pura ilusión de un alma cándida. Sus ojos brillaban como luceros y aun así no podían hacer sombra a una sonrisa que llamaba la atención hasta de los padres que paseaban a sus hijos. Cuando un zancudo se inventó una peripecia casi mortal para hacerle una reverencia a Merry, Bast se dio cuenta de que no solo era irresistible para él. Su ternura y vivacidad era uno de esos focos de largo alcance que prendían en las grandes salas de teatro. Eran pocos los que quedaban sin iluminar, y casi ninguno el que lograba escapar de esa momentánea y encantadora ceguera que producía.

No se separó de ella ni un segundo, y no solo para no perderla entre el gentío, sino porque sentía cierto orgullo y satisfacción reivindicando que era él quien la acompañaba.

Era curioso, porque nadie debería haberse fijado. Había mujeres muy hermosas y bien vestidas dejándose engatusar por los comerciantes de joyas. Merry no se parecía nada a ellas. Era sencilla. Llevaba un capote oscuro y sin gracia para ocultar el uniforme. Pero aun así, todos se morían por averiguar quién era. Todos querían la oportunidad de hacerla reír. Era la felicidad en su estado más puro y solo por eso Bast le dio todo lo que le gustó sin que tuviera que pedirlo; una bolsita de almendras dulces, unos trozos de pollo frío, varias copas de malvasía, ciruelas rojas, un ramo de rosas blancas... incluso tuvo que dejarse dos libras en una pareja de ninfas enjauladas, porque a Merry le dio una pena terrible verlos histéricos por el ruido.

Le habría comprado hasta un esclavo en contra de todos sus principios. Las luces arrancaban destellos azulados a sus ojos mágicos, y el vino y las frutas había teñido de un rojizo tentador su boca sonriente.

—¿Cuándo vienen los fuegos artificiales, señor Bast? —preguntó, entusiasmada.

—Corren de la cuenta de unos caballeros a los que conozco, pero no he traído las invitaciones y me temo que para esa fiesta sí hay una rigurosa etiqueta. Aun así, podremos verlos desde Hyde Park.

—¡Oh, eso sería estupendo...!

Merry se cortó a sí misma cuando una de las videntes, sin permiso, la tomó de la mano. No tuvo que vomitar su presentación de rigor para convencerla de que le contase cuál sería su destino.

—¿Usted no quiere averiguarlo, señor Bast?

—La verdad es que no. Prefiero que el futuro me pille por sorpresa.

—¿Y si le da una mala sorpresa?

—Me quedará el consuelo de no haber pasado toda la vida condicionado por el miedo de que llegara ese momento.

Ella pareció pensárselo. Demostró ser más valiente que él pidiéndole a la gitana que leyera su mano.

La ilusión de la que había contagiado a la mujer se disolvió tan rápido como el azúcar en el agua. Nada más echar un vistazo a su palma, perdió la sonrisa y dirigió una mirada sombría a Merry, que no se dio cuenta. Quien sí lo hizo fue Bast, que, a pesar de no creer en esos relatos baratos y reciclados, se vio en el deber de intervenir. Sostuvo la mirada de la vidente con una obvia advertencia, y sacó del bolsillo un par de monedas más. Con solo reconocer el brillo del dinero, la vidente cambió el gesto y le sonrió de oreja a oreja.

—Tiene usted dos líneas del matrimonio —le dijo—. Una bastante corta y otra que se alarga por toda la palma. La segunda vez que se casé será muy feliz, señorita.

—¿Ha oído eso, señor Bast? —exclamó—. ¿Y qué más? ¿Dice cómo será él?

—No, pero la línea del amor abre un surco igual de profundo en su mano. Eso significa que lo amaré, y una marca tan notable como esta solo puede significar que será correspondida.

Bast disimuló una sonrisa condescendiente y lanzó al aire la moneda que se había ganado. En cierto modo le parecía admirable la capacidad que tenía esa gente para decirle a sus clientes lo que querían oír; no todo el mundo era lo bastante perspicaz para mirar al fondo de los ojos de alguien y averiguar el deseo de su alma. Suponía que en el caso de Merry no era tan difícil. Llevaba escrito en la cara que ansiaba ser amada por encima de todas las cosas... o, quizá, solo una compañía agradable. Dudaba que

supiera reconocer lo que era el amor y fuera además tan ambiciosa como para anhelarlo, cuando era bien sabido que muy pocos lo merecían. Y eso resultaba sin duda paradójico, porque toda ella representaba el amor más genuino, hacia la vida y hacia la naturaleza, y Bastian no podía pensar en nadie a quien quisiera llenar de toda la dicha imaginable.

Volvieron a subir al carruaje para marchar a Hyde Park. Merry había estado tan ansiosa por devorar las luces y el espectáculo que no había pestañado en toda la noche, y la oscuridad del coche fue lo bastante tentadora para que cerrarse los ojos. No iba a dormir porque la malvasía había causado estragos, porque tenía que sostener la jaula y la expectativa de ver los fuegos artificiales la mantenía despierta, pero apoyó la mejilla en el hombro de Bast y no se movió en todo el trayecto. Bastian la sostuvo por la cintura para que no se escurriera, agradeciendo tener la excusa perfecta para tocarla sin comprometerse.

Podía recordar la última mujer a la que habría matado por sentir, aunque fuera a través de una virginal caricia en la mejilla. Pero hasta Merry no había vuelto a experimentar en sus carnes los estragos que causaba. Gracias a —o por culpa de— ella estaba recuperando sentimientos que, francamente, hubiera preferido mantener en un rincón remoto del alma para siempre. Esa clase de emociones desgarradoras y pasionales podían llevar a un hombre a la locura. Él estuvo a punto de perder la cabeza, y por su bien y el de ella misma, sería mejor que no volviera a suceder. Pero ¿cómo evitarlo? Los anhelos de ese tipo eran peligrosos porque iban ganando terreno en el corazón sin que uno se diera cuenta. Era fácil saber que alguien tenía predisposición a conquistar a otro alguien. Bast supo, desde que vio a Merry sucia y modesta con una pequeña fortuna en el cuenco de sus manos, que pensaría en ella todas las noches, estuviera donde estuviese... Pero nadie podía predecir con toda certeza en qué clase de amor podría derivar esa pequeña llama. Bast estaba convencido de que un hombre amaba hasta viajar al mundo de los muertos y regresar solo una vez en su vida. Y él ya lo había hecho. Pero si pensaba en alguien infligiéndole el más mínimo daño —y lo había pensado porque su preocupante situación podría ponerla en riesgo—, Bast se sorprendía ideando maneras de matar al desgraciado con sus propias manos.

Cuando vio bajar del carruaje a Merry, entretenida hablando con los pajarillos, se preguntó qué clase de desquiciado querría hacerla infeliz. Bast, que se jactaba de meterse en la mente de los peores criminales,

ponerse en el lugar de cualquiera y comprender hasta lo incomprensible, aún no acertaba a asimilar las razones por las que Goody pudiera haber intentado destruirla. Y la verdad era que no quería descubrirlas.

Como si quisiera compensar toda esa pena que ella aún no se permitía sentir, entrelazó los dedos con los suyos y la guio a orillas del lago Serpentine. Merry suspiraba y sonreía como una niña satisfecha cuando se sentó cerca del borde, y después de abrir la puertecilla de la jaula, dando libertad a las aves, se tendió sobre la espalda. Lo miró desde su postura cómoda y lo invitó a imitarla.

—Espero que no me hagas comprar todos los pájaros del mercado —comentó mientras se tumbaba—. No dudo que sería interesante repoblar Inglaterra con aves poco comunes, pero mi fortuna tiene un límite.

—¿Por qué querrían encerrarlos en una jaula?

—Los mediocres saben demasiado bien que solo pueden darse valor teniendo en su poder cosas raras y hermosas. Puede ser una ninfa, puede ser un caballo, o puede ser una mujer.

Ella arrugó la nariz.

—Eso es injusto.

—El mundo es injusto, pero podríamos ignorarlo por unas horas.

Bast se empapó los pulmones del aire fresco de la naturaleza. Olía a hierba cortada, a la humedad de los charcos residuales de una tormenta, a flores que se cerraban para dormir cuando la luna se asomaba... Esa luna brillaba, llena y redonda, en lo alto del cielo. Era la clase de espectáculo romántico del que habría huido no hacía demasiado tiempo.

—Ahora entiendo por qué vive aquí, señor Bast. Londres es el lugar más bonito y divertido del mundo.

—No vine por decisión propia —confesó—, pero supongo que, al margen de mis circunstancias, Londres siempre ha tenido un encanto innegable.

—¿Por qué vino en primer lugar?

Bast entrelazó los dedos sobre el estómago. Apenas pensó en que podía ser la primera vez que se relajaba en años, sin contar las veces que, por salud, estuvo obligado a guardar reposo.

—Porque mi vida se rompió, y como no pude arreglarla... no me quedó otro remedio que irme. Antes vivía en un pueblo norteño. A las afueras de Durham —concretó—. No sé si has oído hablar de la finca del duque de Sayre, Beverly Abbey.

—Por supuesto, señor Bast. Es el hombre más rico de Inglaterra. ¿Usted trabajaba para él?

—Y no solo eso, sino que el caballero me apreciaba como si fuera su propio hijo. Richard Blackbourne... Rich —pronunció—. Fue quien me contó todos los relatos mitológicos que conozco, quien me enseñó a leer y a escribir, quien me hizo memorizar el afán bélico y los tratados de paz del ejército inglés a lo largo de la historia... Me habló de mujeres —añadió, con una media sonrisa—, me explicó qué era el amor, curó mis heridas con sus propias manos y me obligó a prometer que jamás permitiría que el rencor me carcomiera el alma.

«Si me viera ahora...», pensó.

—Suenas como si fuera un hombre magnífico. ¿Qué pasó para que lo abandonara?

—Me abandonó él a mí. Murió y todo cambió. Su hijo, el actual duque de Sayre, era demasiado joven para ostentar el título y llamaron a un familiar cercano para que se encargara de la burocracia mientras cumplía la mayoría de edad. Era un villano, y como pasa cuando metes una manzana podrida en un frutero, las demás también se echan a perder. Fue lo que ocurrió con todo el mundo en Beverley Abbey.

»Nate, el hijo de Richard, solía ser mi mejor amigo. Nos pasábamos el día jugando, riendo, contándonos confidencias... Hablábamos también de nuestras inquietudes, que eran muchas. Pero con la llegada de ese tutor despreciable, nos convertimos en enemigos acérrimos. Durante un año entero, se dedicó a hacer travesuras con las que luego señalarme para que me azotaran.

»Años después me enteré de que el duque había dejado algo para mí y para mi madre en su testamento; una mansión, tierras y una pequeña fortuna en una caja fuerte que no tenía nada que ver con el ducado. Nate no quiso dárme las. Hasta ese punto llegó su desprecio.

—¿No podría usted haberlas reclamado de alguna manera?

—¿Para qué? Para cuando lo supe, ya no lo necesitaba. Me estaba labrando mi propio negocio. Y supongo que yo siempre tuve algo que a Nate le faltaba, lo que en su momento hizo que sintiera lástima por él. Su padre siempre me quiso más, y eso empezó a corroerle con la llegada de Hughes. Siempre me he preguntado por qué. No parecía importarle antes de eso. Ni a mí tampoco. Pero a raíz de su obsesión con el trato preferente que Richard me daba, empecé a cuestionarme muchas cosas.

—¿El qué?

—Cuando era un crío no me parecía raro que un hombre de la importancia de Rich perdiera el tiempo con un mozo más. Luego, cuando me llené de rabia y me fui, me envenené pensando que solo lo hizo porque creía amar a mi madre y yo formaba parte de su trato. Ahora... —Suspiró—. Ahora me cuesta verlo con malos ojos. Fue demasiado bueno conmigo; no se merece que lo recuerde con rencor.

—Creo, señor Bast, que fuera cual fuera el motivo de su devoción por usted, ese hombre le quería. Y eso debe bastarle.

Bast ladeó la cabeza hacia ella.

—¿Crees que cualquier amor es válido, nazca de donde nazca? ¿Incluso si es una prolongación del amor que se siente por otra persona, como le pasaba a él con mi madre? ¿Incluso si surge de la villanía y el desprecio?

—¿No hay personas que empiezan odiándose y se terminan amando?

—Hay infinitas formas de odiar; y sobre todo, pajarillo, hay muchas maneras de demostrarlo. Algunas son tan dañinas que nunca podrían transformarse en amor.

—¿A qué se refiere?

—El amor de mi hermano y su esposa, los condeses de Clarence, surgió de un mutuo y visceral antagonismo, pero jamás buscaron acabar el uno con el otro. —Fue suave al continuar—: No creo que alguien que te haga sufrir y disfrute con ello pueda llegar a quererte nunca.

Merry clavó la vista en el cielo.

—No siempre nos amarán bien. —Bast alzó la barbilla, sorprendido por su tranquila afirmación—. Pero mientras nos amen, hay que agradecerlo y celebrarlo. No importa si es un amor oscuro, o retorcido, o mágico o único. No somos nadie para decir quién nos quiere justamente y quién no, porque la justicia es relativa. Depende de quien la imparte.

Bast rodó para tenderse sobre el costado. Atendió, obnubilado, el chato perfil de la nariz de Merry. Con los labios rojizos y los rizos sueltos extendido sobre la hierba, parecía un hada perdida. Y él había tenido la suerte de encontrarla.

—Claro que no somos nadie para establecer una definición de amor y justicia universal, pero estamos sobradamente autorizados para decidir cuál es el amor que merecemos en nuestra propia vida.

Merry ladeó la cabeza hacia él.

—¿Cómo quiere usted que le amen?

Él rozó la punta de su nariz con la yema del dedo.

—No me importa el cómo, pero quiero que sea genuino. Que no esté manchado de dependencia, agradecimiento o culpa. Para mí solo hay una manera de querer a alguien... y es por lo que es.

Ella sonrió con su respuesta. Alargó una mano y acarició la barbilla masculina con el pulgar.

—Usted es... contradictorio —empezó, en voz baja. Bast lo aceptó con un «hm»—. Es negativo, analítico y calculador. Descortés, porque no hay manera de ser sarcástico sin perder la educación...

—Prefiero pensar que soy honesto.

—Pero no lo es. Al menos, no consigo mismo. Vivir con honestidad no se trata solo de ser consciente de lo que pasa alrededor, sino de ser capaz de vivir con ello. Usted no reniega de sí, pero rechaza muchas partes de su personalidad, muchos de sus sentimientos. No vive en la piel de otro, pues eso le haría falso, pero sí con solo la mitad de lo que en realidad es.

—¿Y en qué me convierte eso? ¿En un cobarde?

Ella se lo pensó mientras dibujaba círculos en la mejilla de Bast.

—Es un cobarde —asintió—, pero uno muy inteligente, porque huye de lo que le atormenta metiéndose en problemas que aterrarían a cualquier ser humano. Así consigue despistar a los demás y hacerles pensar que es valeroso.

»También es usted desconfiado. Independiente. Rencoroso. Tiene su orgullo, aunque no tanto como para que le arrastre. Distante por necesidad.

»Pero también es impulsivo —continuó en voz baja—, lo que desmiente algunos de los adjetivos que he mencionado. Se compadece de los demás, aunque no quiere admitirlo. Tiene mucha ternura dentro y vastos sentimientos. Es usted bueno, le guste o no. Y es... es hermoso.

Bastian besó los dedos de Merry cuando cruzaron sus labios. Deseó con todas sus fuerzas que el mundo se detuviera en ese momento, y así él pudiera pasar el resto de una vida que preveía terrible admirando sus mejillas sonrosadas.

La deseaba y no había nada ni lujurioso en ello. Lo hacía como resultado de una veneración platónica que había echado raíces demasiado profundo. Necesitaba su cuerpo porque la necesidad por su corazón era tan inmensa que había inundado todos los planos de la realidad posibles, y

ahora quería sentirla humana y vital para asegurarse de que su mente no la había inventado.

—¿Y qué te transmite esa belleza que dices? ¿Quieres admirarla... o quieres sentirla?

Ella se humedeció los labios.

—Me costó entender lo que quería decir ayer sobre... eso —musitó—. Pero creo que por fin lo he captado.

—¿Y bien? —inquirió, ansioso.

—Quiero que me bese... —confesó, con un hilo de voz— porque soy muy feliz ahora mismo y deseo compartirlo con usted. Quiero... que me bese porque... sus labios hacen que me sienta...

—¿Cómo?

Ella cerró los ojos.

—Siento que es lo que deberían darme cada vez que hago algo bien. Haría cualquier cosa para merecerme... un beso más. Buena o mala. Y no sé en qué me convierte eso.

—En una mujer humana, pajarillo. Nada más y nada menos.

No necesitó que volviera a pedírselo. Con el pulso acelerado y un sofoco que iba apoderándose de sus templados nervios, se incorporó sobre las dos manos y, en cuestión de un segundo, estuvo encima de ella. Bast le separó las piernas con cuidado para encajar una rodilla y, dándole tiempo para cambiar de opinión, se acercó a sus labios. Acarició la pequeña nariz con la punta de la suya. Rozó las pecosas mejillas con la boca entreabierta. Calentó su barbilla redonda al respirar sobre ella. Bastian se regocijó al comprobar que podía ponerla nerviosa con atenciones que a primera vista no parecían nada del otro mundo. Su pecho subía y bajaba y jadeaba con la garganta seca.

Era increíble que, después de todo, no hubiera perdido la capacidad de desear a un hombre. Una vida de miseria podía despojar a un individuo de anhelos tan vitales como ese. Pero Merry los mantenía. Y no anhelaba sus besos por agradecimiento, como él había pensado; ni tampoco porque fuera su héroe. Merry lo veía tal y como era, con más defectos que virtudes, y aun así quería protegerlo. Eso podía significar que estaba cegada por la necesidad de vivir acompañada... o que la cegaba ese amor corriente que suavizaba el carácter de cualquiera que lo sintiese. Bastian no podría soportar ninguno de los dos casos. Y quizá tampoco pudiera soportar besarla otra vez, pero lo hizo.

Tomó su boca con el propósito de derretirla, y fue él quien casi perdió el dominio de sí mismo cuando ella suspiró y lo abrazó por el cuello.

¿Sería posible que de verdad lo quisiera? ¿Cuántos problemas podía darle si eso fuese cierto? Aunque no estaba del todo seguro de lo que estaba haciendo, esas dudas eran más firmes que ninguna decisión que hubiera tomado tras una larga meditación. Ladeó la cabeza y se sumergió en ella, absorbiéndola y succionándola con besos que parecían líquidos. Merry se retorció bajo su cuerpo, deliciosamente femenino y tan ávido de amor como tenso por la inevitable oleada de lujuria. No había nada inocente en la forma en que jugaba con su lengua y se arqueaba para rozarse con él, ni tampoco justo para su autocontrol. Bastian intentó mantenerse en cierto margen de caballerosidad, pero cuando tocó su pecho por tercera vez y pronunció su nombre como un ruego, se rindió. La besó de nuevo, arrebatado por el calor que iba nublándole el juicio, y tiró de sus faldas hacia arriba para apretarse entre sus piernas. Merry no se movió por un instante, como si hubiera recordado algo desagradable, pero el fuego del instinto la arrasó antes de tomar una decisión racional: separó las rodillas temblorosas y facilitó que Bastian se encajara.

Cerró los ojos y siseó una maldición mientras intentaba tenerse sobre las palmas de las manos. Merry estaba caliente y se sacudía como querría que lo hiciese si estuviera dentro de ella. Y quiso estarlo. Su mente se inundó de imágenes de la muchacha desnuda, cubierta por una fina película de sudor, con el pelo desparramado sobre los almohadones... diciendo su nombre, una y otra vez. Bastian se aferró a esa fantasía y se frotó contra ella, primero a un ritmo soportable, y pronto desenfrenadamente, como si quisiera rasgarle los pololos con sus furiosas embestidas. La tela entre los dos era insuficiente para contener el calor. Esa fricción lo estaba destrozando, pero en lugar de detenerse, se movió más, sin dejar de responder a sus besos húmedos.

—Gime para mí —jadeó, ronco. Hundió las uñas en la tierra—. Solo estamos tú y yo, Merry. Quiero escuchar cómo disfrutas.

Merry hizo un ruido de lo más erótico con la garganta. Convulsionaba, jadeante y sudorosa, en busca de un placer que intuía que estaba por llegar. Bastian recorrió su cuello con los labios hasta dar con el nudo del capote. Se deshizo de él y, de un par de tirones seguros, suavizó la compresión del corsé lo suficiente para liberar sus pechos. Bastian inhaló con fuerza, pero ningún aire llegó a sus pulmones. Miró a la Merry de expresión velada por

la pasión solo un momento antes de tomar un pezón entre los dientes. Su cuerpo le pedía introducirse en ella de manera despiadada, pero se obligó a seguir tentándola con sus envites superficiales y con el convincente calor de la lengua. Bastian succionó y mordisqueó la tierna carne de sus pechos hasta dejar una serie de rojeces en torno a la cima rosada. Ella empezó a gimotear. Un espasmo la sacudió entera y la dejó paralizada un segundo después, presa de un dulce temblor que acabó dejándola relajada.

Bastian no se perdió ni un solo detalle de su cara durante el orgasmo arrollador. Y aunque él estaba desesperado por más, aunque su cuerpo se sacudía espasmódicamente rogando por ella, se quitó de encima y se obligó a calmarse. Respiró hondo sobre el costado y cerró los ojos, muy consciente de que su entrepierna palpitaba reclamando atención.

Cuando volvió a abrirlos, se topó con el rostro satisfecho y determinado de Merry. El agradecimiento la desbordaba, y Bast pensó que podría aceptarlo hasta que se acostumbrara a que la atendieran con la dedicación que merecía. Algo que debía ocurrir pronto.

—Señor Bast...

—Bastian —corrigió, demasiado débil para mirarla—. Solo Bastian.

Ella se humedeció los labios hinchados. Él había hecho eso. Su entrepierna se hinchó aún más si cabía.

Vaciló un segundo antes de susurrar, como si fuera pecado:

—Déjame... complacerte.

Bastian se estremeció con algo tan simple como el tuteo, y solo después comprendió la promesa implícita en su ruego.

—No...

—Por favor —pidió. Alargó la mano hacia la erección y usó los dedos para abarcar su envergadura. Bastian se estremeció brutalmente.

Había olvidado que a Merry no le era desconocida la mecánica del acto, solo las emociones que despertaba y lo placentero que podía llegar a ser para una mujer. Se le ocurrió que sabría muy bien cómo suavizar ese doloroso ardor, y por un segundo, le tentó animarla.

Antes de que el sentido común se impusiera, se vio a sí mismo asintiendo boca arriba.

Esperaba que Merry usara sus manos para apaciguarlo. No necesitaba más. No se lo habría pedido. Y si bien ella liberó su erección con pleno conocimiento sobre el cierre de los pantalones masculinos, no fue el roce de sus dedos lo que sintió. Bastian abrió los ojos apenas una rendija, a

tiempo para ver a Merry pasando la lengua por el dolorido prepucio. Su corazón dejó de latir cuando, antes de poder decirle que se detuviera, casi toda su longitud desapareció en su garganta.

Bastian descolgó la cabeza hacia atrás. Sentía cómo los músculos de Merry lo comprimían, cómo lo embadurnaba su densa y cálida saliva. La morbosa curiosidad le impidió mantener los párpados cerrados, aun cuando su forma de engullirlo luchaba por volcarle los ojos. Merry se movía de forma seductora, alternando ritmos y lamidas como una condenada profesional. Estaba colorada por el esfuerzo y no temía las arcadas, que toleraba con estoicismo. Bastian sintió que crecía, que se hacía enorme y engordaba en su boca, y cuando supo que iba a arrasarlo un orgasmo desmedido, retiró a Merry y se abandonó a la liberación. Contuvo a la muchacha contra su pecho mientras se vaciaba, tembloroso, y la mordió en el cuello para acallar un grito. Después, exhausto, apoyó la mejilla entre los pechos desnudos de Merry y dejó que fuera el latir de su corazón quien marcarse el ritmo del suyo.

—Pensaba que solo los hombres podían sentir eso —susurró ella mientras lo abrazaba—. ¿Cree...? ¿Crees que podría sentirlo de nuevo?

Bastian acarició su piel con la nariz, incapaz de hacer nada más.

—Te juro que te haré sentir todos los placeres al alcance de mi mano. Pero ahora solo quiero dormir... aquí, contigo —murmuró, adormilado—. Piel con piel.

—¿Piel...? ¿Quieres que me desnude?

—Así es. Quiero dormir *desnudo* contigo. Por lo menos hasta que empiece a llegar gente. ¿Qué quieres tú, pajarillo?

Merry se incorporó y se bajó del todo las mangas del vestido. Bastian la admiró con un nudo de congoja en el pecho.

—Siempre me ha gustado dormir desnuda sobre la hierba.

Se lo imaginó y su entrepierna dio una nueva sacudida, pero trató de ignorarla. Lamentaba que su veneración platónica se hubiera convertido en algo más humano y experimental, porque no era eso lo que pretendía, pero siempre sospechó que no podría evitarlo. Merry conocía cientos de maneras de hacerse irresistible, y él era vulnerable a cada una de ellas.

—¿Me ayuda con el corsé?

Bastian le pidió que se diera la vuelta. Con la maña de más de una década de experiencia, deshizo el nudo y fue separando las corchetas del sencillo vestido. La imaginación le jugó una mala pasada y la vio

disfrazada como las mujeres de clase alta; con prendas y sedas dignas de una reina. ¿Le gustaría a ella vestir algo así? ¿Cómo podría él proporcionárselo sin dar la imagen equivocada?

Como estaba a punto de amanecer, muchas de las sombras que habían hecho del encuentro algo clandestino se habían disipado. La relativa claridad permitió que Bastian apreciara, al quitarle las prendas, un espectáculo de horrores en forma de cicatriz. Bastian se había mirado las marcas de la espalda en un espejo y las había repudiado: cada una de ellas. Pero las que surcaban la piel sedosa de Merry hasta endurecerla e incluso levantarla, representaban una crueldad a la que él jamás estuvo expuesto. Estaba convencido de que había perdido la sensibilidad en esa zona. De que si la besaba no notaría ni siquiera unas tristes cosquillas.

Bastian no pudo moverse. La rabia impotente y una sed de sangre solo una vez experimentada lo paralizaron. No fue lo bastante fuerte —o tal vez frío— para quedarse mirándolo. Volvió a cubrirla con rapidez, deseando injustamente no haberlo visto nunca; no haberlo imaginado jamás.

—¿Bastian? —llamó ella, intentando mirarlo por encima del hombro—. ¿Qué ocurre?

Él tragó saliva y negó con la cabeza. Las lágrimas le quemaban en los ojos.

—Nada —contestó con voz estrangulada—. Está amaneciendo y estaríamos arriesgándonos a que nos vean. No quiero que nos roben nuestra intimidad.

Ella no se lo creyó. Era imposible hacerlo cuando le temblaban los dedos y su expresión satisfecha había sido reemplazada por un ceño oscuro. Pero no hizo preguntas; su prudencia la avisaba de cuándo no era buena idea hacerlas.

—¿Volvemos a casa?

«A casa». A su casa.

Bastian asintió, mareado. Las arcadas acechaban en el fondo de su garganta, y no lo abandonaron en todo el camino hasta el carruaje. Sentía la mirada interrogante de Merry sobre él y quería atizarse por su cambio de actitud, pero la brutalidad que había marcado su cuerpo lo había trastornado.

Merry pareció sobreentender que se había terminado la tregua, porque regresó al trato cortés.

—¿Sabe, señor Bast? A veces pienso que vino usted al mundo con límite de minutos felices.

Probablemente aquella fuera la primera vez que Merry hacía lo más parecido a un reproche, pero Bastian no pudo disfrutarlo.

Porque tenía razón.

Capítulo 16



Las cicatrices tuvieron la culpa. Estaba segura. Lo que ya no entendía era por qué verlas le había producido semejante rechazo.

Quería pensar que era porque no suponían una visión agradable, pero él mismo estaba marcado por los azotes: Bastian mejor que nadie debía tenerlo naturalizado. Sin embargo, después de haberla visto tal y como era, había vuelto a poner distancia.

Solo hacían unos días desde que regresaron de la noche más mágica de su vida. Merry había echado una cabezada en el carruaje y después se metió en la cama, satisfecha por un lado y preocupada por lo que el gesto ominoso de Bastian pudiera significar. Se tuvo que alegrar de haberlo malpensado, porque a la mañana siguiente él no estaba allí, y no regresó hasta esa noche. Apenas picoteó la cena antes de marcharse otra vez, y entonces no volvió hasta la madrugada. Las veces que Merry y él habían tropezado en el pasillo, Bastian se mostró cordial, pero también ajeno a ella. Era como si el simple hecho de mirarla le produjera una mortificación asfixiante.

Merry no tenía la menor idea de qué estaba sucediendo. Le sobraba iniciativa e interés por preguntar abiertamente, pero Bast solo pasaba por Chesterfield Street para dormir.

Algunas ideas locas habían pasado por su cabeza; se le ocurrió esperarlo sentada en su habitación y abordarlo antes de que se pusiera cómodo. Pero eso sería una crueldad. Veía lo cansado y frustrado que volvía por haber pasado horas y horas recorriendo Londres en busca de pistas, y todo en vano. Merry quería ayudarlo y no sabía cómo.

Era una suerte que contara con la compañía puntual de Malorie Sutton, que seguía ocupando una habitación en el piso superior. Solía recibir visitas a diario y a diferentes horas del día, así que Merry había tenido muy escasas oportunidades de volver a sentarse a escucharla. Pero una

tarde, cuando ya estaba anocheciendo, la llamó para que la ayudase con el equipaje.

—¿Se marcha, señorita Sutton?

Ella terminó de encajarse el sombrerito de viaje y la miró con una ligera sonrisa de resignación.

Para Merry, la señorita era una belleza sin igual. Tenía el cabello ondulado y del color de la miel; lo sabía porque acostumbraba a llevarlo suelto cuando bajaba a desayunar, ataviada con esas extrañas túnicas con estampados orientales. Tenía un estilo muy peculiar al vestir, a juego con sus ojos ámbar y su piel bruñida por el sol. Desprendía un magnetismo imposible de obviar, y olía tan bien que Merry había pensado en cientos de ocasiones que le daban ganas de comérsela. «Vainilla y canela. Son especias dulces y exóticas no muy conocidas», le dijo una vez.

—El señor Carstairs y yo tenemos un trato —explicó, con los brazos en jarras—. Ya he abusado bastante de él quedándome casi un mes. Mis familiares me habrán dado por muerta a estas alturas; no acostumbro a desaparecer por tanto tiempo.

»Ven, chiquilla.

Siempre la llamaba «chiquilla». No solo a ella, sino a todas las doncellas. A cualquier mujer, y no tenía por qué ser menor. Merry tenía la sensación de que no era una coletilla habitual, sino que la usaba porque se veía a sí misma mucho más mayor, mucho más experimentada... y mucho más sufrida.

Malorie la cogió de la mano y le puso un pequeño frasquito en la palma.

—Es para ti. Sé que te encanta mi perfume. No es una gran cantidad, pero confío en que podrás ponértelo en algunas ocasiones especiales.

—Señorita Sutton... Es todo un detalle —murmuró, tan emocionada que se le atascaban las palabras—. Nunca me habían hecho un regalo.

Malorie sonrió con dulzura.

—Las puertas de mi casa están abiertas si alguna vez quieres venir a visitarme. Y me encantaría que lo hicieras; detesto profundamente el silencio de un salón vacío. Seguro que encuentro algo más que regalarte si te pasas por mi dirección, aunque solo sean unos minutos de mi tiempo.

—Eso es lo más valioso de todo, señorita Sutton. Ojalá no tuviera que irse —lamentó—. ¿Qué pasaría si no lo hiciera? ¿El señor Bast la devolvería de todos modos?

Malorie suspiró y tomó asiento en el borde de la cama.

—No lo creo. Aparte de porque Bastian dejó de perseguirme hace mucho tiempo, creo que está cansado de llevarme de vuelta a rastras. Y debería estar cansado de mí, también. Ha tenido que vérselas con toda clase de problemas y llevarse algún que otro golpe por mi culpa.

»La primera vez que mi padre lo contrató para encontrarme, me «rescató» de un lupanar del East End donde andaba escondiéndome. Otra de las veces tuvo que embarcarse en un velero con destino a Irlanda. En otra ocasión detuvo una función teatral y se ganó el abucheo del público... Llevábamos años así cuando por fin pactamos ese acuerdo, uno beneficioso para los dos.

—Años —repitió—. No me sorprende que le tenga tanto aprecio al señor Bast, ni que él la quiera tanto a usted. Deben conocerse muy bien.

—Es una de las pocas personas que me conocen, y yo puedo decir con orgullo que sé muy bien quién es él —cabeceó. Sostuvo la mirada de Merry con un brillo especial en los ojos—. Por eso sé que no podrá resistirse a ti si te pones ese perfume. Es afrodisíaco, ¿sabes? A los hombres les encanta. Se les hace la boca agua.

Merry pestañeó rápidamente.

—Señorita Sutton... Yo... No sé qué habrá podido pensar, pero...

—No es un pensamiento, sino una realidad. Os he visto caminar en círculos, el uno alrededor del otro, durante todo este tiempo... y creo que ambos os merecéis una pequeña tregua. Si es cierto lo que dicen por ahí, Bastian te hará disfrutar.

Merry abrió la boca para negarlo: tenía un firme recuerdo de lo poco que se disfrutaba durante los encuentros sexuales. Pero también recordaba a la perfección cómo su cuerpo contorsionó y se oxigenó movido por las caricias de Bast. Y no podía sacarse de la cabeza que aquella noche fue la única vez que Merry de verdad deseó dar placer a un hombre. Quiso hacerlo por voluntad y se regocijó con sus expresiones, guardando cada jadeo y palabra en el corazón.

No obstante, dentro de ese placer, había un vacío inmenso y desconocido. Un agujero oscuro. Una sensación negra que le dejaba un sabor amargo en la boca cada vez que pensaba en ello. Lo que hacía con Goody era lo mismo que lo que hizo con Bastian, pero que se sintiera tan diferente la desorientaba. Cada beso que Bastian le había dado esa noche, había abierto una grieta en ese gigantesco muro de piedra que separaba su

vida matrimonial de su vida actual. Con el primer beso, Merry había descubierto que podía desear. Con el segundo, supo que una mujer podía disfrutar. Con el tercero, entendió que nunca lo había hecho con Goody. Y si hubiera seguido... Merry tenía miedo de averiguar qué otras verdades escondía su subconsciente. No sabía si era tan fuerte como para enfrentarlas.

Miró a Malorie a los ojos. Ella la estudiaba con una mezcla de curiosidad y alarma, como si hubiera leído sus pensamientos.

—Creo que eso a lo que se refiere... esa clase de relación... —Tragó saliva—. La encuentro muy desagradable. El señor Bast es atractivo, y... Él me ha besado —reconoció, sin estar segura de que fuera correcto—, y sus besos fueron... Me gustó. Pero eso que sigue... Eso que sucede entre hombres y mujeres... —Ocultó el temblor de sus manos entrelazando los dedos—. Si pudiera, señorita, no volvería a hacerlo nunca más.

Su último susurro se extinguió y sobrevino el silencio. Malorie la estaba mirando sin el menor rastro de amabilidad o ternura, pero Merry sabía que ni esa repentina seriedad ni la rabia que chisporroteaba en sus ojos iban dirigidas a ella.

—En ese caso, no lo hagas nunca más.

—Una gitana me dijo que me volvería a casar. Sé que tendré que hacerlo de nuevo.

—Niégate. No dejes que nadie te diga cuándo y cómo has de entregarle tu cuerpo. Sabe Dios que esto no es lo que te habrán dicho cuando eras más joven; no es lo que me dijeron a mí, y me costó años aprender a respetar mis decisiones... Pero ahora soy adicta a tomarlas por mi cuenta, y nada me produce tanta alegría como ser castigada o gratificada por algo que elegí yo.

»Sigue mi ejemplo, Merry. Escoge en base a tus criterios, a tus deseos.

—¿Mis deseos? —repitió con la boca seca—. ¿Cómo sabré cuándo deseo algo?

—Simplemente lo sabrás. Tu corazón latirá muy deprisa, no te quedará saliva en la garganta, te temblarán las manos... A veces deseas algo tan intensamente que te sientes igual que cuando estás asustada —dijo en voz baja—. Y por eso, a menudo, nos cuesta distinguir lo que es bueno para nosotras de lo que es perjudicial. La mayoría de las veces, y por desgracia, no sabemos que era agradable hasta un tiempo después.

»Si piensas en esos besos, Merry... ¿quieres más?

—Sí, pero... ¿Y si luego duele?

Malorie le sonrió.

—Es cierto que los buenos besadores no siempre son buenos amantes, pero un hombre que te quiere de verdad nunca va a hacerte daño.

Merry no sabía explicar por qué, pero ese sencillo comentario le atravesó el corazón. Sus palabras se quedaron atrapadas allí, en la herida abierta, y el dolor fue tan intenso que pensó que se moriría. Los ojos se le llenaron de lágrimas que, por fortuna, no llegó a derramar.

—Ya sabes dónde encontrarme —dijo Malorie, poniéndose en pie—. Dile a Bastian que no le molestaré hasta, quizá, dentro de seis meses.

Acompañada de la turbia impresión de infarto inminente, siguió a Malorie hasta la puerta principal cargada con su pequeña maleta de viaje. El único lacayo de la casa se encargó de acomodarla en el carruaje. Ya había caído la noche, y de no haber sido por la iluminación de la entrada de la vivienda, se habría perdido la despedida de Malorie. Todos los criados prometieron echarla de menos e ir a visitarla, y la señora Lambert incluso la abrazó.

Unos minutos después, los criados regresaban a sus quehaceres quejándose del hambre que tenían. Merry se quedó donde estaba, junto a la puerta, con la vista clavada en el lugar donde solo un rato antes había estado el coche de Malorie. La desazón le había dejado un regusto desagradable bajo la lengua, igual que la melancolía y un extraño sentimiento de traición que no sabía de dónde salía.

Cuando se hubo recompuesto, cuadró los hombros y fue a entrar en la casa. Pero justo antes de darse la vuelta, captó por el rabillo del ojo el movimiento de uno de los arbustos del jardín de entrada. Merry entornó los ojos y un nuevo sonido la distrajo; alguien había pisado y partido una rama.

Aunque la prudencia le dijo que no le diera mayor importancia y se resguardara bajo techo, Merry bajó las escaleritas con una de las lámparas de aceite del pórtico en la mano. El movimiento volvió a producirse, y unos segundos después, Merry escuchó con total nitidez los pasos apresurados de alguien que se acercaba.

Alzó la luz y reconoció, horrorizada, la silueta oscura de un hombre. Este debió darse cuenta de que lo interceptaba, porque se giró y clavó en ella sus pupilas dilatadas. Merry dio un respingo, pero no se movió. Y

cuando fue a preguntar quién diablos era, la sombra se cernió sobre su cuerpo y le cubrió la boca con la mano.

Merry sintió que trataba de arrastrarla fuera del perímetro de la casa. El corazón martilleó con fuerza en su pecho y la impulsó a buscar alguna solución, aun cuando el pánico le había atenazado los miembros. Sentía los tobillos flojos y la inexorable fuerza con la que el hombre intentaba manipularla en la dirección conveniente. Forcejeó y gruñó, e intentó arañarlo, hasta que recordó que tenía la lámpara en la mano. En un arrebató guiado por el instinto de supervivencia, mordió su mano con tal ímpetu que el hombre la soltó con un alarido, y acto seguido, asiendo con seguridad el candil, lo estampó contra su cabeza.

La luz se apagó y los cristales llovieron en todas direcciones, al tiempo que el hombre se desplomaba. Merry gritó todo lo que el inconsciente no pudo, y de esa manera alertó al ama de llaves, al lacayo y a una doncella. El muchacho se asomó a la ventana mientras las otras dos, desde la puerta principal, intentaban averiguar qué había sucedido.

—¡Meredith! —exclamó la señora Lambert. Se agarró las faldas y corrió hacia ella—. ¿Qué ha pa...? ¡Madre del amor hermoso! —Se santiguó con la mano con la que no sujetaba la lamparilla. Esa fue toda la sorpresa que exteriorizó; después de coger aire, relajó los hombros y llamó a Johnny y a Sarah respectivamente—. Hay que meterlo en la casa. Ahora mismo.

—P-pero...

Johnny y Sarah lo cargaron sin hacer preguntas. Merry estaba asustada y no descartaba que fuera a desmayarse. Notaba en la boca la sangre del hombre que había mordido. Porque era un hombre, un humano, y ahora...

Cuando logró poner sus piernas en funcionamiento y vio, bajo la luz de la salita donde lo recostaron, lo que su impulso había provocado, Merry lanzó una exclamación ahogada.

—¡Dios mío! ¡He matado a un hombre!

—No has matado a nadie. No digas tonterías.

—Mire cómo sangra... Mire cómo...

—¿Dónde está el señor Carstairs? —cortó Lambert—. Tenemos que informarle ahora mismo de esto.

Merry la miró horrorizada.

—¿Qué?

—Quizá es el hombre que anda buscando.

—Pero yo... Pero le he... El señor Bast no puede enterarse de esto —
balbuceó.

—¿De qué se supone que no puedo enterarme?

Capítulo 17



Esa mañana, Bastian había encontrado una nota de su hermano exigiendo que se presentara en su despacho en los próximos cinco días hábiles. De eso hacía ya una semana. Y Cassidy no perdonaba ni la impuntualidad ni las faltas de educación, así que Bast sabía lo que le esperaba una vez llegara a Hill Street. Nada de regañinas o miradas de reproche, pero sí su decepción, lo que siempre era terrible viniendo de un hermano mayor.

No tenía excusa. Cassidy mandaba siempre la misma nota a todas las casas que tenía en la ciudad para asegurarse de que se daba por enterado, estuviera donde estuviese. Ya sabía lo que deletrearía cuando pusiera una excusa barata: «Correo certificado». Así que había decidido que no se escudaría en estúpidos pretextos, y en su lugar diría la verdad, que no era otra que su falta de interés.

No tenía ni tiempo ni ganas de atender sus finanzas, y si había tenido la deferencia de visitar al barrio burgués por excelencia, no era porque quisiera charlar sobre el estado de su economía. Tenía más que ver con temas de mujeres, algo de lo que sospechaba que Cassidy sabría lo suficiente para dar un buen consejo.

Hill Street era la calle más habitada del distrito central de Mayfair. Recorría el suroeste desde Berkeley Square hacia Park Lane, las zonas dominadas por la aristocracia más caprichosa. Desde que iniciara el siglo, todo el que tuviera dinero para permitírselo, estaba dispuesto a llegar a las manos por una propiedad en el barrio. No cabía duda de que vivir en la zona dignificaba al susodicho, y desde que los nuevos ricos habían entrado en acción, apoderándose de las mejores viviendas, la nobleza sentía una gran presión por demostrar que aún podía mantenerse. A Bastian le parecía de lo más divertido que despreciaran a los burgueses y se afincaran en Mayfair por tal de que no lo hicieran ellos, pero luego dieran las manos de sus hijas en santo matrimonio a esa «subclase codiciosa».

Su hermano Cassidy no formaba parte de la burguesía, pero era el máximo exponente de ese adorable grupo gremial que abarcaba los «nobles empleos». Tenía el despacho de contabilidad en casa, desde donde también ofrecía asesoramiento legal. Esta era, con toda seguridad, la única

propiedad que no destacaba por su monumentalidad en el barrio de los orgullosos despilfarradores. Al igual que el propio Cassidy, su hogar y oficina eran sobrios y austeros por fuera, y ricos y sofisticados en el interior. Tenía solo dos sirvientes y los llamaba «empleados» o «trabajadores», porque para él, todo eso de tener a la gente «sirviendo» le parecía muy «del siglo pasado». Sus vecinos lo miraban con curiosidad y recelo porque, a pesar de tener dinero para comprar un palacio, se vestía él solo y no le importaba abrir la puerta en persona. Necesitaba ayuda únicamente para la cocina, de la que se encargaba la señora Welles; para la limpieza, que corría a cuenta de la jovencísima hija de la cocinera; y para organizar su agenda y anunciar las visitas, cargo que corría a cuenta de la señora Findlay. Cassidy era el único hombre que conocía que vivía rodeado de mujeres y no les prestaba la menor atención. Y eso le convertía en el hombre indicado para hacer su propuesta.

—Señor Carstairs —saludó Findlay—. ¡Qué curioso! El señor Davenport me dijo que tenía la corazonada de que lo recibiríamos hoy.

Bastian pasó al recibidor. Echó un vistazo como si fuera la primera vez que entraba. Todo seguía tal y como lo recordaba. Tan pulcro y ordenado que resultaba desquiciante.

—Con ese talento para la adivinación no sé cómo no se plantea dejar las finanzas y dedicarse a leer manos.

La señora Findlay le dedicó una sonrisa. Era una agradable y pequeña cuarentona tan cortés y distante como el propio Cass. Se llevaban tan bien que parecían un matrimonio.

—Ya sabe dónde está su despacho. ¿Quiere que le anuncie?

—No es necesario, creo que recordará mi cara.

Cruzó el estrecho pasillo a paso ligero y tocó una sola vez con los nudillos antes de empujar la puerta.

A diferencia del corredor, al que le faltaba luz, el despacho estaba permanentemente iluminado gracias a un ventanal con doble acristalamiento. Las paredes estaban cubiertas por paneles de nogal y forradas en papel beige. Encima de una enorme alfombra en tonos parecidos, había un escritorio de la misma madera oscura que el revestimiento, y tras él, el anodino y taciturno Cassidy Davenport.

Levantó la cabeza de sus anotaciones y enseguida retiró la estilográfica a un lado. La esquina de la pluma apuntaba a la esquina superior del cuaderno, y esta, a su vez, a la esquina de la mesa. Como prácticamente

todo en Cassidy Davenport, esa perfecta alineación había sido premeditada.

—¿Estás de buen humor? —le preguntó antes de nada.

Bastian fingió pensarlo mientras tomaba asiento.

—No especialmente.

—Nada nuevo bajo el sol, pero me alegro. Así no te arruinaré el día.

Por lo que se contaba, Cassidy era el vivo retrato del fallecido conde de Clarence, el padre que supuestamente compartían los cuatro bastardos. El cabello rubio caía como volutas de oro sobre una frente lisa. Tenía la nariz grande y recta, lo que le daba un aire de severidad, y la boca ancha y poco expresiva. Poseía el don de la persuasión, pero como era un ahorrador nato y cualquier cualidad le parecía cuantitativa, prefería no usarla a no ser que fuera necesario. Mientras no lo requiriese, solía convencer a los obtusos con su voz de hipnotista, de la que no le quedaba otro remedio que abusar.

Bastian se había relacionado con algunas admiradoras de su hermano y podía ver lo que decían: poseía los rasgos aristocráticos que conformaban el canon de belleza actual, pero había algo más en él que lo diferenciaba del resto, y no se trataba de la bastardía. Era más bien un atisbo de ferocidad a resguardo. La sospecha de que, presionando la tecla adecuada, el hombre aburrido de tan perfecto se transformaría en un animal salvaje. Su hermano Arian era más bestia que humano y era incapaz de verlo, mientras que Fox, al ser de los que hablaban claro y no se preocupaban por las sutilezas, le pasaba igualmente desapercibido. Pero Bast había sobrevivido a los terrores del extrarradio gracias a su perspicacia, y reconocía en Cassidy un escollo. Su verdadera esencia era como uno de esos peñascos a flor de agua que ocultaban la mitad de su masa material. Bast estaba convencido de que escondía su lado menos civilizado bajo toneladas de virtudes socialmente aceptadas; que, para sobrevivir era un hombre, y para disfrutar, otro distinto.

—Resulta que hace unos días...

—No he venido a hablar de dinero —cortó Bast—. ¿No es eso una vulgaridad según los aristócratas?

—Tú y yo no somos aristócratas. Podemos permitirnos todas las extravagancias y groserías que se nos canten.

—¿Y cuál sería la que te permites tú? Siento curiosidad.

—Muy a menudo me tienta mandarte al infierno, como ahora mismo. He pasado la última semana atendiendo tus asuntos, y han sido gran menester, así que vas a escucharme con mucha atención.

Bastian entornó los párpados ante su tono tajante.

—¿Qué ha pasado? ¿El tipo que quiere matarme también ha robado todo el efectivo que poseo?

Cassidy ni siquiera pestañeó mientras abría el archivador por la letra «B».

—He oído algo sobre eso. —Lo miró de soslayo. Se humedeció la punta del índice para pasar la página—. ¿Es tan desagradable como parece?

—¿Auckland? Mucho peor.

—Me refiero al disparo. Siempre me he preguntado cuál es el grado de dolor.

—Acuéstate con alguna casada y lo sabrás.

—Me arriesgaré cuando me tope con alguna interesante. ¿Y bien? ¿Del uno al diez?

—No puedes medir el dolor numéricamente, Cass. Pero cuando me dispararon en la pierna lo pasé bastante peor —respondió con la vista fija en la densa documentación—. ¿Por qué no me dices de una vez qué ocurre? ¿He acertado? ¿Lo he perdido todo?

—Al contrario. Eres más rico que antes.

—No estoy interesado en tener más dinero.

—En ese caso te ayudaré a invertirlo en causas humanitarias, pero antes deberías saber de dónde procede y de qué se trata.

Cassidy alisó un par de cartas adjuntadas junto al resto de documentos a su nombre.

—Parece ser que Richard Blackbourne, duque de Sayre, te dejó en herencia unas cuantas propiedades a lo largo y ancho de Inglaterra... además de una poco desdeñable cantidad de efectivo.

—En teoría. El capataz y tutor de su hijo se encargó de que no recibiera nada. Imagino que destruiría el testamento.

—Así es. Pero el actual duque de Sayre ha restaurado la última voluntad de su padre redactando un documento en el que se te cede lo que debiste recibir. Imagino que no querrás leer la carta, pero parece que su excelencia abandona Inglaterra. Pretende irse a vivir a Francia, donde lleva afincado ya tres años, y no regresar a no ser que haya una urgencia o

una cuestión política le requiera para su resolución. Esto último es poco probable ya que pretende renunciar a su asiento en la Cámara y no tiene deberes para con Su Majestad.

Bastian no daba crédito a lo que estaba escuchando. Apretaba los puños sobre los muslos tensos.

—¿Qué diablos dice ese lunático? ¿Abandona sus responsabilidades sin más, su patria y su título, y se larga a Francia? ¿Y me carga a mí sus malditas propiedades?

—Te está dando algo que siempre te perteneció, no el título ni las obligaciones y terrenos anexionados a él. No puede entregarte Beverly Abbey a no ser que te conviertas en el duque de Sayre, y eso es bastante improbable. Lo que has recibido en herencia no está vinculado al ducado. Richard Blackbourne lo adquirió por su cuenta y por eso se te puede entregar.

Bastian esbozó una sonrisa irónica.

—¿Ese canalla se cree que voy a quedarme sus sobras?

Cassidy cambió de postura en el asiento. Su exasperación era notable.

—Santo Dios, otro testarudo reacio a aceptar su herencia —lamentó, con la vista clavada en el techo—. Espero que cuando a Fox le toque recibir una fortuna de un pariente o medio amigo, como estoy viendo que sucederá en vista de esta racha que llevamos, sea algo más agradecido.

Bastian apoyó las manos en el escritorio y se inclinó para quedar más cerca de su hermano. Cassidy se lo tomaba con filosofía. Alguien debía ser objetivo de los dos. Pero Bast estaba trayendo de vuelta unos recuerdos que llevaba años intentando alejar.

—Dile a ese hijo de perra que no aceptaría nada suyo ni aunque estuviera muriéndome de hambre en las cloacas del East End.

—Me imaginaba que esa sería tu reacción. Por desgracia, como tardabas tanto en responder y había que dejar este asunto zanjado, ya he realizado todos los trámites. Esta es la lista de bienes a tu nombre, en el caso de que sientas curiosidad...

Bastian cogió a Cassidy de la corbata y lo zarandeó. A su hermano no pareció agarrarle por sorpresa. Su única reacción fue entornar los ojos.

—Maldito seas. Deshazlo.

—No se puede deshacer a no ser que quieras venderlo. Estaré encantado de ayudarte a formalizar cualquier venta. El inventario ya está completo.

»Dios santo, Bast. —Lo apartó de un movimiento firme y se arregló la corbatilla—. Parece que esta familia de cuatro locos no termina de entender que los inmuebles no merecen semejante odio. Sayre te ha entregado un par de casas que engordan tu patrimonio, no su corazón en bandeja.

—Ese hombre me revocó el derecho que ahora me da cuando más lo necesitaba. Por no mencionar que mi espalda estuvo sangrando durante meses por su gracia. —Su mirada se oscureció—. Y si quieres que hablemos de algo más reciente, hizo que Annelise...

Cassidy alzó la mano.

—Te sugiero que le quites el valor sentimental a esas propiedades, y que no mezcles venganzas con arquitectura. —Dejó caer el brazo y suspiró—. Distinto es que tu amargura acabe manchándolo todo irremediamente, incluido lo que no tiene nada que ver.

—Claro que tiene que ver. Conoces la historia, Cass. Ese hombre es un bastardo.

—Tiene numerosos defectos, y no olvidemos que es duque —apostilló—, pero como amigo suyo, puedo decir que esta rencilla entre vosotros podría solucionarse si pusieras un poco de tu parte.

Bastian soltó una carcajada irónica.

—Nathaniel Blackbourne ha arruinado mi vida de todas las maneras en las que se puede arruinar a alguien. Me arrebató el recuerdo de mi familia, me traicionó como amigo, y por su culpa perdí a la mujer que amaba.

Cassidy volvió a sentarse, esta vez como si le pesaran los huesos.

—Sabe Dios que ni él mismo lograría hacerte cambiar de opinión. Pero siempre hay dos versiones en la historia, Bastian. E igual que el duque ha tenido este gesto, podría habérselo ahorrado. ¿Eso no te dice nada?

—Me dice que tiene un sentido del humor de lo más retorcido, uno que por cierto me conozco bien. Ya era taimado y sarcástico cuando tenía doce años —masculló—. Y ahora, haz lo que tengas que hacer para arreglar lo que has hecho. Por lo pronto se me ocurre una forma de compensación.

—Vaya, ahora he de compensarte. ¿Cómo piensas castigarme?

Bastian fue presa de un escalofrío desagradable al oír esa palabra. «Castigarme». «Castigar». «Castigo». En sus labios casi había perdido toda su sonoridad, pero en los de Merry se convertía en su peor pesadilla.

Tragó saliva y miró a su hermano a los ojos. Le costó sacar de su cabeza la imagen del duque y su estúpido gesto generoso, que no era otra

cosa que una manera de irritarlo.

—Quiero que contrates a una mujer en tu casa —le dijo, tratando de sonar indiferente—. No quiero que esté en la mía, donde trabaja actualmente.

Cassidy levantó las cejas.

—¿Por qué no busca ella un empleo por su cuenta?

—Lo haría si se viera en la necesidad, pero nada me asegura que el que la contrate no se aprovechara de su inocencia. Quiero tener la certeza de que su patrón la cuidará y respetará, y tú eres el único hombre honorable que conozco.

Cassidy ocultó una sonrisa irónica bajo la nariz.

—Me repiten eso tan a menudo que voy a empezar a tomármelo como un insulto —comentó en voz alta—. Lo siento, Bast. En principio no necesito ayuda en casa. Nos apañamos bien los que estamos aquí. E intuyo por lo que me cuentas que es analfabeta o no muy avispada, y si eso es así no podría contratarla como ayudante.

—No sabe leer, pero no es en absoluto estúpida —respondió a la defensiva—. Te pido por favor que la contrates.

—Conque «por favor», ¿eh? Eso es nuevo. —Apoyó la barbilla en la mano y lo miró de hito en hito—. ¿Por qué no quieres tenerla en tu casa?

—Porque nuestra relación es complicada.

Cassidy parecía cada vez más intrigado, y cada vez más cerca de deducirlo por sí mismo.

—Define «complicada».

Bastian lo miró a la cara.

—Como pase una sola noche más bajo mi techo, voy a acostarme con ella.

Estaba tan desesperado por solucionarlo que se arrastraría y se haría la víctima si fuera necesario. Si se hubiera tratado de Arian, habría hecho el esfuerzo de inventarse una historia, pero a Cassidy nadie podía mentirle.

—¿Por qué te preocupa acostarte con ella? Todo el mundo se acuesta con sus sirvientas.

—Tú no.

—Porque mis empleadas tienen catorce, cuarenta y dos y cincuenta años, respectivamente.

—¿Me estás diciendo que si contrataras a una de veinte te acostarías con ella?

—Por supuesto que no.

—Entonces he demostrado mi punto.

—Como dices, soy el único hombre honorable de Londres —ironizó—. No deberías ponerme de ejemplo. Responde: ¿por qué te preocupa?

—En primer lugar, no me acuesto con empleadas, así que puedo disputarte el puesto de honorable en ese sentido. Y en segundo lugar... Ella es especial.

Bastian le contó la historia desde el principio hasta el final, comenzando cuando la vio con la soga al cuello y concluyendo con una descripción breve y terrible de sus cicatrices. No se había dado cuenta de lo mucho que necesitaba desahogarse hasta que lo soltó. Y tuvo que hacerlo con Cassidy, como siempre.

Desde que se encontraran teniendo catorce y veinte años respectivamente, Cass había sido la figura paterna que le faltó tras la muerte de Sayre. Era el único de los cuatro que lo había visto llorar, el único que conocía su lado vulnerable. El que intentó apartarlo de la vida del cazarrecompensas y estabilizarlo ofreciéndole un empleo honrado. El que se peleó con los altos cargos de Newgate y con media Scotland Yard para sacarlo de la cárcel. Y antes de eso, Bastian le había presentado a Annelise, confesando a su vez, en un arrebato de esperanza posteriormente frustrada, que su vida cambiaría cuando fuera su esposa.

Pero eso jamás sucedió.

—Parece una criatura muy especial —fue todo cuanto dijo—. ¿Por qué querrías apartarla?

—Porque es una víctima, y yo un aprovechado.

—Estoy convencido de que hay mucho más que dolor o miedo en esa muchacha para que la definas de esa manera tan simple. Y no serías un aprovechado por darle algo que quiere. —Negó con la cabeza, casi divertido—. Es de las excusas más pobres que me has dado para intentar justificar por qué no dejas que nadie te quiera.

Bastian le retiró la mirada.

—Me querría porque represento la salvación.

—Tal y como cuentas, ella nunca ha pensado que debiera ser salvada de nada. Por tanto, no te veía como un héroe, sino como un compañero de destino. Te usó para no estar sola, y parece que ha aprendido a apreciarte.

—Está agradecida.

—Has dicho antes que no es estúpida. No confundiría el agradecimiento con el amor —replicó—. Por Dios, Bastian. Es evidente que su forma de querer y ver a los demás ha sobrevivido a la adversidad y se ha mantenido tan pura como la de un ángel. Te querría tanto y tan bien que desearías que su amor te absorbiera, te envolviera; incluso te poseyera. ¿Por qué no dices la verdad?

—¿Qué verdad? —farfulló, en tono desdeñoso.

—¿Por qué te da tanto miedo que haya un lazo entre vosotros? ¿Por qué vuelves loca a la pobre criatura?

Bastian lo enfrentó directamente.

—No podría corresponderla. Mi corazón ya tiene dueña.

Cassidy se quedó un momento en silencio, y cuando habló, lo hizo con suavidad.

—En mi experiencia, cuando el propietario de un bien fallece, este deja de ser suyo y pasa a otras manos.

—El corazón no es una casa. No se rige por una estúpida ley de herencia. Si Merry llega a quererme, no podré darle lo que merece.

—Lamento decirte que ya te quiere. Y nadie en este mundo es lo bastante listo para deshacer un vínculo de ese tipo. Podrías intentarlo obrando con crueldad, esperando que eso la desencante, pero tú no quieres ser cruel. Y aunque quisieras... Puede que ella lo aceptara sin reservas. ¿No es así como la educaron?

Una rigidez que seguramente le dejaría secuelas se había adueñado de su cuerpo. Le dolía hasta pestañear, porque solo de imaginarse a Merry desviviéndose por él sin que lo mereciera, se le caía el alma a los pies. Quería que fuera feliz y ambiciosa, que no se conformara con el que la amara y se quedase con quien se mataría si se lo pidiese. Y aunque él era egoísta de sobra para retenerla a su vera por satisfacción, placer y aprecio, no olvidaba que representaba lo último que quería para ella: el hombre que jamás le daría el amor que le habían negado.

—Nunca la querré.

—Creo que nunca has estado tan equivocado como ahora —continuó Cassidy—. ¿Cuándo fue la última vez que te preocupaste tanto por alguien?

Bast se quedó mirando un punto fijo de la pared.

—No lo sé.

—¿Y no te parece que la preocupación sea un síntoma del amor? —Lo fulminó de un simple vistazo. Cassidy se encogió en son de paz—. Sé que te parece un sacrilegio que insinúe que puedas superar a Annelise y enamorarte de otra mujer, si es que no lo has hecho ya... Pero me gustaría que abrieras los ojos y vieras que no es imposible. Y que sería bueno para ti.

—¿Qué demonios sabes tú de amor? —espetó a la defensiva—. Te pasas el condenado día dando lecciones a los demás y no sales de tu despacho.

—Salgo lo suficiente para tener una ligera idea. Y, de todos modos, el sentido común es algo con lo que se nace, no algo que se aprenda. Es una lástima que, de los cuatro, Clarence solo me lo transmitiera a mí.

—Te crees muy listo, pero no lo eres.

—No me creo listo. Solo algo más avisado que tú, aunque estoy viendo que, gracias a tu testarudez, no es muy difícil superarte.

—Vete al infierno.

—¿Y salir de mi despacho? —ironizó—. Eso sería una fatalidad.

Bastian se largó con un humor de perros. Su hermano ya había manifestado antes una opinión no pedida respecto a sus sentimientos por Annelise. Por lo visto, nunca dejaría de abanderar que nunca la amó, sino que se obsesionó con ella. Bastian ignoraba las insinuaciones, pero siempre que decía sin tapujos que su muerte le hacía sentir culpable más de lo que le producía tristeza, perdía los estribos. Por supuesto que sentía que podría haberla salvado. Por supuesto que sentía que, al no actuar a tiempo, fue él quien en cierto modo la mató. Pero eso no significaba que su amor no fuera real.

Cuando regresó a Chesterfield Street ya era de noche. No había llegado a ningún acuerdo respecto a Merry con su hermano, ni tampoco en cuanto a la envenenada generosidad de Sayre. Y necesitaba dejar resuelta al menos una cuestión, así que decidió en el momento que se sinceraría con Merry en cuanto llegara.

Pero en cuanto entró en casa, se topó con una serie de criados revolucionados. El lacayo le hizo señas con el rostro pálido y lo guio a la salita, donde Merry y la señora Lambert cuchicheaban.

—El señor Bast no puede enterarse de esto.

—¿De qué se supone que no puedo enterarme?

Merry se giró hacia él con el aliento contenido. Mirarla a los ojos lo devolvió a la realidad de una bofetada.

Tierna y frágil como una flor en medio de la tormenta. Aunque él fuese esa furiosa tempestad... ¿cómo demonios iba a deshacerse de ella?

Estaba a punto de ponerse a gritar de desesperación cuando, de pronto, Merry rompió a llorar. Corrió hacia él y lo abrazó.

—Señor Bast... ¡He matado a un hombre! —exclamó entre hipidos.

Bast frunció el ceño y miró al ama de llaves en busca de una explicación algo menos apocalíptica. Antes de dirigirse a Lambert, tropezó con el cuerpo inconsciente de un hombre alto y espigado. Bast se puso pálido y temió lo peor hasta que la criada, más tranquila, negó con la cabeza. «Respira», parecía decir.

Bastian se relajó.

—Lo siento muchísimo... No era mi intención... Yo no pretendía... Él estaba... Quería llevarme... —sollozaba sin parar—. M-me defendí como pude, se lo juro, y-yo...

Bastian la separó con cuidado, agarrado a sus finas muñecas. Tuvo que agachar el cuello para poder mirarla a los ojos.

—¿A qué te refieres con que quería llevarte? ¿Qué ha pasado?

—Y-yo... Iba a despedir a la s-señorita S-Sutton, cuando vi que... Era ya d-de noche y m-me pareció que un arbusto s-se movía, y... Había un hombre, un espía, y... Cuando lo cacé, m-me cogió y me arrastró, me... Intentó... No sé qué quería, señor Bast, y no d-dijo nada, pero creo que...

Bastian no escuchó nada más. Se le cayó el alma a los pies al extraer el mensaje principal: había intentado secuestrarla un miserable que acechaba en la puerta de su casa.

Fue como si le golpearan con una maza en medio del pecho. Tal y como supo que pasaría desde el principio, la había puesto en peligro. Y aunque su impulso fue acudirle y decirle que de eso quería protegerla, no pudo: ella temblaba entre sus brazos y lo miraba con un ruego silencioso. «Abrázame». «Confórtame».

Sorprendentemente, su mirada velada por las lágrimas le caló lo bastante hondo para obedecer. Por un instante, fue manipulado por alguien tan pequeño que parecía insignificante. La estrechó contra su cuerpo como si quisiera absorber todo su calor; como si fuera una muñeca rota y tuviera que evitar que se le saltaran las costuras... Pero también porque una parte

se había desprendido de él. No le tenía el menor miedo a la muerte o a las emboscadas como esa, y sin embargo el pánico lo estaba haciendo temblar.

Tomó su rostro entre las manos.

—No pasa nada —susurró. Besó los rastros que sus lágrimas habían dejado en las mejillas; su pequeña nariz, la esquina de su frente, su barbilla... Incluso su boca, en un dulce descuido—. Te has defendido. Me alegro de que lo hayas hecho.

—Yo le estaba defendiendo a usted, señor Bast —hipó—. Sabía que quería hacerle daño.

Él la miró, sorprendido, y ella lo hizo a su vez con los ojos bien abiertos. Tenía el labio inferior hinchado de habérselo mordido, y las pestañas se le habían pegado por culpa del agua.

No había nada erótico o hermoso en una mujer llorando, y Bast huía desesperadamente de las sensiblerías, pero su confesión y el furioso deseo que vibraba en él cada vez que la miraba lo desarmaron por completo. Fue el nudo de congoja, tensado por el miedo, el que le dio el último impulso para besarla en la boca.

No pensó en la señora Lambert ni en el miserable que dormía sobre el diván; cuando entraba en una habitación, solo existía ella. Y ahora eran ella y sus tiernos labios, ella y su entregada pasión, ella y su curvilínea figura. Había algo delicioso y adictivo en aquella mujer, algo que iba mucho más allá de la atracción sexual o su adorable carácter. Había alguna cosa dentro de Merry que estaba hecha para él; un sabor favorito, un estilo de besar adaptado a su medida... No sabía qué era, pero lo necesitaba. Lo necesitaba a todas horas.

Maldita fuera por poseer ese irresistible misterio, y maldito él por no saber ni cómo separarse de ella ni cómo entregárselo todo.

Cuando recobró el juicio, Merry respiraba por la boca y había dejado de temblar.

Bastian se alisó la ropa y agradeció llevar una prenda con la que no era demasiado evidente su excitación.

—Bueno —carraspeó—. Averigüemos qué tipo planes le has frustrado a este cabrón.

Capítulo 18



Con ayuda de un lacayo, Bastian cargó al turulato maleante a una de las habitaciones de invitados. Merry lo siguió muy de cerca, escondida detrás de su espalda. Había estado avergonzada por su reacción, por lo cerca que estuvo de matarlo, pero después de que Bast la tranquilizara, ahora solo sentía una enorme expectación por descubrir quién era. Miraba por encima del fornido hombro de Bastian esperando atisbar un movimiento, como si fuera el nuevo animal salvaje reclutado para el zoo de Bristol.

Merry hacía preguntas y Bastian las contestaba con toda naturalidad, concentrado en la tarea de apoyar la cabeza malherida sobre la almohada.

—¿Morirá? —susurró ella.

—No lo creo. Por ahora parece solo dormido.

—¿Y si se ha vuelto estúpido del golpe?

—No podrá quedarse más estúpido de lo que ya ha sido intentando infiltrarse en mi casa.

—¿Qué opinarán sus parientes sobre esto? Me odiarán.

—Espero que, si llegan a enterarse, como mínimo le dejen sin postre durante una semana.

—¿Y si pierde la memoria?

Bastian arqueó una ceja en su dirección.

—Una vez, el doctor del pueblo atendió a un señor que se golpeó tan fuerte la cabeza que ya no recordaba a su esposa —explicó.

—Quizá tuviera una esposa de lo más irritante.

El lacayo soltó una carcajada y Bastian le guiñó un ojo. Ambos parecían cómodos con la situación. Merry no entendía nada: ¿cuántas veces habrían tenido que vérselas con una visita parecida? Apostaba porque Bastian forcejeaba con malhechores a menudo, pero dudaba que fuera común que penetraran sus dominios.

—¿Recordará que fui yo la que le dio? No quiero que me deteste, señor Bast. Yo no tengo nada en contra de él. Solo quería defenderme.

Bastian terminó de acomodar la cabeza del tipo y se incorporó para mirarla con seriedad. Su magnético atractivo le robó el aliento. A veces sucedía; estaba tan acostumbrada a verlo caminar por esos pasillos, a intercambiar unas palabras con él, que olvidaba la tentación que representaba. Y muy de vez en cuando, su cerebro le lanzaba un llamado de atención para que nunca terminara de ser inmune a su aspecto.

Ahora tenía el cabello revuelto, y su intensa mirada descansaba sobre ella.

—Si eso te preocupa, descuida. No me importa que me odie por los dos. Johnny —llamó—. Ve a por el médico. He visto heridas peores que han resultado ser meros rasguños, pero no quiero que nadie me acuse de ser poco hospitalario con mis agresores.

—Enseguida, señor. ¿Quiere que avise a la policía?

—No. Ya sé quién es este hombre —dijo, mirándolo con circunspección—, y creo que le tentará hablar si le prometo dejar a la policía fuera del asunto.

—¿De veras lo conoce? —inquirió Merry—. ¿Quién es?

—Estuvo en la cárcel por robo. De hecho, debería seguir en la cárcel —meditó en voz alta—. Su condena terminaba en el cincuenta y seis, si no recuerdo mal. Está claro que el tipo que me está buscando anda reclutando gente con razones para destruirme: yo mismo lo puse entre rejas hace solo unos meses. Se llama Owen.

Se sentó en el borde de la cama, sin apartar los ojos del adormecido. Parecía a punto de despertar. Balbuceaba incoherencias y le temblaban los párpados.

Merry se apiadó de él. Debía cargar un dolor de cabeza terrible.

—No me sorprendería que lo hubiesen soltado a cambio de acecharme —continuó Bast—. O bien su jefe es alguien que conoce la cárcel y sus pasadizos, o es lo bastante poderoso para demostrar su inocencia y sacarlo por la vía legal. Pero creo que me habría enterado si alguien hubiese respondido por él. O quizá no. La policía limita mucho el contacto conmigo, y son ellos los que tienen acceso a esa información.

Merry se sentó a su lado, pensativa.

—¿Tiene algún sospechoso en mente, señor Bast?

—Tengo nuevos frentes en los que buscar. Si hubiera acertado con el primer caso, bastaría con revisar la lista de fugados de las prisiones londinenses desde hace una media de cinco años. Es lo que llevo

ejerciendo como cazarrecompensas, y no creo que nadie anterior al reconocimiento popular de mis talentos quisiera hacerme daño. Y para conocer bien la cárcel uno debe haber estado en ella, o trabajar como centinela. También tendría que buscar entre esos, aunque no recuerdo haber cabreado a ningún empleado —decía, pensativo.

»En cuanto al segundo caso... Hay muchos hombres capaces de sobornar a un agente de la ley. Es muy común. Pero solo sé de uno con poder de sobra para sacar a convictos como Auckland de la cárcel... porque es evidente que Auckland no se escapó cuando yo salí a buscarlo, sino que lo liberaron. Incluso es posible que lo liberaran solo para sacarme de Londres y pillarme en el norte con la guardia baja.

—¿Y quién es ese hombre del que habla?

Bastian la miró sin verla, sumido en sus pensamientos.

—Ethan Shaw. También estuvo en la cárcel... aunque fue en Marshalsea, y la cerraron en el cuarenta y dos. Tendría que ser alguien de Newgate, o bien Shaw, como te digo.

—¿El señor Shaw no es amigo suyo? —dudó.

—El señor Shaw no es amigo de nadie. Y empiezo a pensar que acumula tanto poderío que no me necesita para nada. Quizá Arian tuviera razón y quisiera quitarme del medio para que nadie desafiara su monarquía absoluta en el East End. Algunos atrevidos han comentado que yo podría llegar a ser el nuevo Shaw, y dudo que eso le sentara bien.

Merry observó que se levantaba.

—¿Señor Bast? ¿A dónde va?

—A por Shaw. Es un cabrón muy listo, pero desgraciadamente para él, sé cuándo miente y qué preguntas exactas hacerle.

Merry lo siguió con un mal presentimiento cuando salió de la habitación. Se quedó en la entrada a su dormitorio, donde vio que rebuscaba entre los cajones antes de sacar un revólver que escondió en el interior de la chaqueta. Justo donde los hombres de bien debían llevar su tabaquera.

—Señor Bast, no vaya —rogó con voz temblorosa—. No quiero que le pase nada.

Bastian ladeó la cabeza hacia ella. Su mirada indescifrable insinuó tantas cosas que Merry no supo con cuál quedarse. Fue hacia él y se cobijó entre sus brazos.

—Sé que no me va a pasar nada mientras estés aquí. —La tomó por la nuca con la mano y besó su frente.

—Tengo miedo.

—Y no sabes cuánto lo siento. No debería haberte expuesto. Pero créeme cuando te digo que no te pasará nada mientras yo pueda protegerte.

—No tengo miedo por mí, sino por usted. No quiero insultar a sus amigos, señor Bast, pero creo que se rodea de gente que deja mucho que desear... y estaría a salvo si cambiara sus correrías nocturnas por un baile. ¿No le parece que también podría ser divertido? Música, bebida, gente agradable...

Bastian esbozó una ligera sonrisa.

—¿Sabes bailar, pajarillo?

—¿Yo? ¿El vals? No, señor Bast.

—Entonces ya tienes algo que hacer. Solo dejaré de correr detrás de los malos cuando pueda bailar contigo.

El corazón de Merry aleteó emocionado, aunque los nervios no la abandonaron. Se abrazó a él con todo el cuerpo vibrando como un diapasón. Él la estrechó contra sí durante diez, quince, veinte segundos... y después se marchó.



Media hora más tarde, Merry había arrastrado su sillón favorito del dormitorio para vigilar al malhechor. Dudaba que se estuviera dando cuenta, o que le importase en lo más mínimo en el caso de hacerlo, pero practicaba con él su mirada fulminante.

—¿Cómo se atreve a atentar contra la vida de Bastian Carstairs? —le reprochó en voz baja—. No será el hombre más agradable del mundo, ni tampoco muy divertido, pero es generoso y tierno. Y aunque fuera malvado, nadie tiene derecho a irrumpir en su casa con el objetivo de matarle, robarle, o... O lo que sea que se hubiera propuesto.

Después de dejar bien claro que no le despertaba la menor simpatía, bajó a las cocinas para preparar un aperitivo que servirle cuando abriera los ojos. Se seguía sintiendo culpable por el golpe, sobre todo cuando Sarah le dijo que podría haberle quemado la cara. Así pues, se presentó en

la habitación con una bandeja llena de galletitas saladas, bollos rellenos de crema y otras ricas viandas que habían sobrado de la merienda.

Cuando llegó, casi se le cayó al suelo. Bastian y Johnny habían sido lo bastante previsores para atarlo de forma que no pudiera moverse. Owen hacía todo lo posible por liberarse y salir huyendo. No había conseguido nada aún, pero se sacudía frustradamente.

—No se mueva —le ordenó Merry, no muy segura—. Tiene una herida muy grave en la cabeza y cualquier gesto brusco hará que sufra una apoplejía.

Sus palabras obraron magia: se quedó inmóvil, con los ojos abiertos por la preocupación.

Era cada vez más evidente que sus mentiras tenían una efectividad del cien por ciento.

—Así me gusta. No queremos que le pase nada —le aseguró. Se acercó con la bandeja en las manos y la dejó a su lado—. ¿Quiere algo de comer?

Owen la observaba sin miedo ni recelo, sino como si quisiera ubicarla en algún lugar de su memoria. En vez de aceptar la galleta, pidió que le alargara el vaso de agua.

Merry le dio de beber y confesó su crimen.

—Fui yo la que le propinó ese golpe tan feo. Quiero que sepa que lo lamento, pero si hace daño al señor Bast, me lo hace a mí... y parece que tenía toda la intención de importunarlo. —Carraspeó y cuadró los hombros, preparada para interpretar su papel—. Dígame. ¿Qué estaba buscando? ¿Qué pretendía?

Él contestó con otra pregunta.

—¿Merry?

Ella pestañeó, asombrada.

—¿Le conozco? No lo creo. Nunca he tratado con nadie que estuviera en la cárcel.

—Salvo tu marido —corrigió con un amago de sonrisa—. Gerry, ¿eh? Aunque ahora se hace llamar Goody.

Ella arrugó el ceño.

—Disculpe, pero mi marido no estuvo en la cárcel.

—Sí que lo estuvo. En Fleet, por deudor —contestó—. Era adicto a las carreras de caballos y apostó más de lo que tenía. Cuando llegó la hora de pagarle a O'Hara, tuvo que recurrir a un préstamo; el señor Shaw se lo

entregó esperando que le devolviera el doble pasados seis meses, y como no pudo pagar, acabó en la cárcel.

»Pero es fácil salir de Fleet si tienes los contactos adecuados. Se largó al norte y ya no supieron nada más de él... hasta hace poco, cuando Shaw lo localizó.

El corazón de Merry latía muy deprisa.

Debía ser cierto. Sabía que Goody se endeudó y que por eso regresó al pueblo natal de sus abuelos.

—¿Shaw es su jefe? ¿Es el que quiere hacerle daño al señor Bast...? ¿Por qué me cuenta todo eso?

—Porque me aseguraron que ayudarías.

—¿Ayudar? ¿Yo?

Owen entornó los ojos oscuros.

—¿No te han dicho nada?

—¿Qué me iban a decir?

Observó, confusa, que lanzaba una mirada a la puerta antes de volver a centrarse en ella.

—Carstairs no iba muy desencaminado cuando meditaba en voz alta. Sacaron a Auckland de la cárcel para que no le quedara otro remedio que ir tras él. Llenó el camino de pistas para que llegara hasta el pueblo. Ahí, Goody iba a estar el veintiuno de marzo subastando a su esposa, justo cuando Carstairs pasara por la zona. Él te compraría y así tendríamos a alguien lo suficientemente cerca para averiguar la información que necesitamos.

Merry sacudió la cabeza, sin entender.

—¿Goody...? ¿Él esperaba que el señor Bast me comprara? ¿Y cómo sabía que lo haría? No entiendo de qué está hablando, señor.

Él encogió un hombro.

—Todos aquí en Londres saben que el duque de Sayre pagó unos peniques por él y por su madre no hace mucho tiempo. Mi jefe pensó que eso le tocaría la vena sensible, y tuvimos suerte: lo hizo. Pero si no hubiera picado, habríamos encontrado otra manera de sabotearlo.

—¿Sabotearlo? ¿Por qué? ¿Quién?

—Tú —respondió—. Cada uno está cumpliendo su parte para que todo salga bien. Goody ya se ha librado de la deuda con Shaw al sacrificarte, y a mí me han sacado de la cárcel para ponerte al corriente. Auckland fue libre después de hacer el aviso. Eres tú la que queda por mover ficha.

«Goody ya se ha librado de la deuda con Shaw al sacrificarte».

Entonces era Shaw quien estaba detrás de todo. Y Bastian iba a su encuentro.

—¿Mover ficha? —La cabeza le daba vueltas—. ¿Qué es lo que esperan de mí?

—Tienes que averiguar el punto débil de Carstairs. Ese que bastaría con presionar una vez para quitarle del medio. Es lo único que quiere mi jefe: sacarlo del tablero.

Merry tragó saliva.

—¿Quiere que descubra con qué podría hacerle daño y que se lo cuente para...? —Negó—. No sé por qué piensa usted que voy a colaborar. Yo no le conozco y el señor Bast es mi patrón... y mi amigo.

El hombre bufó.

—Goody preveía que te enamorarías del muy bastardo, y ya veo que no se equivocaba. Pero el jefe pensó que una mujer llamaría menos la atención. Que no sospecharía nada. —La miró de hito en hito—. Conque tu amigo, ¿eh?

—Sí. Y jamás lo traicionaría.

—Esperemos que solo sea tu amigo, entonces, porque si se convierte en tu amante... —Torció la boca—. Te auguro un futuro preocupante.

Merry se estremeció.

—¿Por qué dice eso?

—¿Por qué crees que queremos acabar con Carstairs? Es un hijo de perra sin corazón. Un ladrón. Una bestia... y un asesino.

Merry dejó de respirar.

—¿Un asesino?

—¿No lo has oído? Seguro que encontrarás algún recorte del periódico donde se publicó el crimen. Carstairs ahogó a lady Annelise Longstaff en el Támesis. Lo encontraron encima de ella con las manos sobre su cuello.

Si bien su mente rechazó aquella sórdida descripción, sí retuvo el nombre que llevaba unas semanas dando vueltas por la cabeza. *Annelise*. No podía ser casualidad que hubiera elegido a esa misteriosa mujer para culpar a Bastian de un crimen... Ni tampoco una simple coincidencia que él gritara su nombre con ansiedad, como si hubiera tenido algo que ver con lo que le sucedió.

«Porque no sé cuidar a las mujeres», dijo una vez. «Porque no soy un santo... ni un señor».

Merry se negó a creerlo, pero una parte de ella, crédula e impresionable, la obligó a dar unos pasos hacia atrás. Recordó cuando la agarró por la espalda en las frías y vacías calles del East End. «Identifícate. Si no me gusta tu respuesta, te romperé el cuello».

—Eso no es cierto —repuso con voz temblorosa—. Bastian es un buen hombre. Nunca haría algo así.

—Si no me crees, busca esos periódicos. Fue un escándalo muy sonado porque cuando el doctor la revisó, se descubrió que no era virgen. Carstairs la violó antes de acabar con ella.

—¡Él jamás haría algo así! —repitió a voz en grito, con los puños apretados.

Y, sin embargo, recordó cómo lady Clarence había hablado de Bastian. Recordó la historia de Beatrice, lady Brenda: de cómo la deshonró y arrojó a la vida de una actriz sin reputación. Recordó también que Bastian no se mostró ni remotamente arrepentido después.

—Nadie quería creerlo —siguió hablando—. Lady Annelise era una muchacha muy joven y muy querida. Y la esperaba un futuro prometedor: decían que iba a casarse con el duque de Sayre.

El duque de Sayre.

Aquello fue el golpe fatal. Merry sabía que Bastian había deshonrado a lady Brenda para vengarse de un hombre que fue su amigo en el pasado, uno con título: la noche a orillas del Serpentine había mencionado al hijo del duque como alguien que lo traicionó.

¿Y si hirió a Annelise para herir al duque, del mismo modo que ocurrió con Beatrice? ¿Y si ese daño se le fue de las manos y acabó convirtiéndose... en un asesinato?

—Seguro que fue un accidente —murmuró. Se apretaba los nudillos crispados contra el dolorido pecho.

¿Podía acaso sentirse cómo un corazón se quebraba?

—La ahogó. Una terrible forma de morir... ¿No le parece?

Merry no se movió. Esperaba ser más fuerte que lo que estaba escuchando; que su lealtad hacia Bastian superase esa prueba de fuego. Pero no podía negar que poseía un lado oscuro. Que una parte de él no era del todo buena. ¿Lo hacía eso capaz de violar y matar a una mujer? A ella no la había violado. Pero quizá eso solo significara que no entraba en sus planes de venganza.

—Desátame —le dijo él—. Luego di que me he escapado. Nos veremos el domingo que viene en Whitechapel y me contarás lo que has descubierto.

—Yo no... No quiero hacerle daño. Ni que ustedes se lo hagan.

—No se lo haremos. El jefe solo quiere acorralarlo para que no le quede otro remedio que abandonar el juego, como cuando un conjunto de piezas ejecutan un jaque mate perfecto. No sufrirá el menor daño, Merry. Te lo prometo.

—Dígame quién es su jefe —demandó.

—Me temo que no puedo hacer eso. Debe quedar en el anonimato.

—Es el señor Shaw, ¿verdad?

Owen no contestó.

—Si no va a responder, olvídense de mi ayuda. No voy a traicionarlo por muchas... mentiras que me cuente.

—No te va a servir de nada conocer su nombre. Si te atrevieras a decírselo, te mataría, y luego lo mataría a él.

»Merry... Si no colaboras, mi jefe contratará a otra persona para que lo haga en tu lugar —la amenazó—, y esa no será tan agradable. Esa, tal vez, corte por lo sano optando por la vía más rápida. ¿Es eso lo que le deseas a tu señor Bast?

La barbilla de Merry tembló.

—Solo tienes que averiguar por dónde podríamos pincharlo, Merry. Con eso le chantajearíamos. ¿Qué es un chantaje al lado de un disparo directo al corazón? Nada.

Merry reprimió un grito ahogado al imaginar a Bastian siendo atravesado por una bala mortal. Se le doblaron las rodillas y estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Es evidente que lo quieres mucho —continuó en tono meloso—. He oído que estabas preocupada por él... Seguro que no te gusta su peligrosa forma de vida. Créeme, con este trato todos salimos ganando. Mi jefe se libra de un personaje molesto, Carstairs no volverá a arriesgar la vida por la noche, y tú dejarás de estar asustada por la temeridad del hombre que amas.

Si hubiera empezado por ahí, pensaba Merry, habría aceptado sin dudar. Bastian era fuerte y estaba curtido; un chantaje no significaría nada para él y, a cambio, podría vivir como una persona decente. Una normal y corriente. Pero conociéndolo como lo hacía, era lo bastante

testarudo, orgulloso e inteligente para no ceder a las exigencias o amenazas de nadie. Acabaría encontrando una fuga por donde salirse con la suya.

Desgraciadamente, ella no encontraba ninguna en esa situación, y debía actuar antes de que regresara.

«Esa persona, tal vez, corte por lo sano optando por la vía más rápida».

No estaba segura de que la historia de Annelise fuera verdad, pero no iba a arriesgar su vida. Así que se secó las lágrimas con manos temblorosas, y se inclinó para deshacer el triple nudo que habían echado a sus muñecas.

Capítulo 19



Bastian regresaba de la vivienda de Ethan Shaw algo menos confuso, pero mucho más preocupado.

El delincuente —el sobrenombre más halagador que podía utilizarse para referirse a él— había levantado un palacete en la zona Este de Theaterland, comúnmente conocido como West End. Su centro de poder constituía el punto cero de la capital; desde allí se tardaba lo mismo en llegar a Piccadilly Circus, como a Trafalgar Square, como a Tottenham Court Road o a Covent Garden. Y no era un lugar que pasara desapercibido. A él no le bastaba la monumentalidad del neoclásico; prefería que nadie fuera capaz de ignorarlo inspirándose en el colosalismo de las pirámides de Egipto, una civilización que le obsesionaba hasta el punto de organizar fiestas con temática oriental.

Cuando Bastian había irrumpido en sus dominios, estaba celebrándose una de esas. Las prostitutas llevaban coronas de las que pendían tintineantes y brillantes abalorios, además de esas túnicas sedosas e insinuantes que se imaginaban en el irresistible cuerpo de Cleopatra VII. Los caballeros que respondían a un título más o menos importante cubrían sus identidades agachando la cabeza cada vez que pasaba por su lado algún conocido. En los orígenes de los eventos celebrados allí, habían llevado antifaces y máscaras, pero Shaw no perdonaba que la gente se avergonzara de relacionarse con él. Estaba muy orgulloso de haberse conocido, y quien no lo acompañara en el sentimiento, no tenía derecho a disfrutar de sus magníficas *soirées*. En cuanto a él mismo, si bien negaba los delitos que lo habían llevado a la cima, uno podía ver en su sonrisa taimada que estaba mintiendo. No tenía por qué molestarse en sonar convincente. Aunque gritara a los cuatro vientos que había matado a un ejército de hombres, nadie se atrevería a toserle. Podía permitírsele todo, desde soltar patrañas a la cara de un agente de la ley, hasta desvestir a una mujer decente en público. Nadie iba a censurarlo. Si era lo bastante poderoso para vivir en un palacio en medio del Londres aristócrata habiendo sido un vulgar ladrón, ¿quién podría pararle los pies?

Bastian no, desde luego. Creer lo contrario sería mucho más que una ingenuidad: un insulto que Shaw podría tomar como excusa para

destruirlo. Por eso rogó para sus adentros, mientras esperaba que lo atendiera en el despacho, que no se tratara de él.

Shaw había aparecido a la hora que consideró oportuna. Por cómo lo miró, no esperaba que se le reprochara lo más mínimo.

Iba vestido con la exquisitez habitual; las mejores telas para el pañuelo de cuello, camisas de seda que eran como una caricia a la piel, chalecos con botones de oro... Solía decirse que Shaw estaba tan poco seguro de su valía que debía reivindicarla invirtiendo todo su dinero en formas de darse gloria, pero la verdad era que tenía un gusto tan refinado que incluso resultaba excesivo. Era un caballero barroco con la figura de un campeón de esgrima que se movía como un gran felino y miraba a través de los ojos del Diablo. Shaw personificaba los cuatro elementos y los siete pecados, y aun habiendo quebrado los diez mandamientos, se las arreglaba para que hombres y mujeres lo mirasen con admiración y lujuria.

Tenía los ojos del mismo azul desvaído que el océano bajo un cielo encapotado, y la piel inmaculada de una escultura renacentista. Se peinaba el largo y lacio cabello rubio oscuro hacia atrás, pero los dos mechones más largos siempre enmarcaban su rostro anguloso.

—¿Vienes en busca de información para encontrar a tu perseguidor? —inquirió con voz lánguida—. Porque me temo que a esta fiesta solo están invitados los aburridos y devotos de la fe cristiana. Dudo que haya sido alguno de estos.

—Yo también lo dudo. ¿Te diviertes entre tanta virtud?

—Me la bebo a sorbos como el mejor de los vinos. Es encantador ver a las mujeres sonrojarse y a los hombres creyendo que meter la cabeza entre las piernas de una fulana es pecado, ¿no te parece, Carstairs? —Le hizo un gesto para que pasara al despacho. Él se acomodó en el asiento presidencial, un enorme butacón vestido de terciopelo rojo—. Sé rápido. Me gustaría regresar al aburrimiento lo antes posible.

—Alguien ha intentado entrar en mi casa con, imagino, la intención de matarme.

—¿Es tu primera vez? —Shaw esbozó una sonrisa perezosa y levantó la copa de vino, elegantemente sostenida por dos dedos enguantados—. Relájate y disfruta. Las siguientes te gustarán más.

—Tengo mis sospechas sobre quién lo ha mandado.

Shaw se humedeció los labios.

—¿Y crees que he sido yo? Supongo que me he ganado a pulso ser sospechoso. A fin de cuentas, me encanta apuñalar por la espalda. Me halagas —juró, con ese rastro de sonrisa sobrada tan característica suya—, pero últimamente estoy tan aburrido que, si quisiera matar a alguien, creo que me encargaría yo mismo.

—El tipo era Owen Bennett.

—¿Bennett? ¿El ladronzuelo de poca monta? Se puso de rodillas para que le enseñara un par de trucos. —Negó con la cabeza—. Detesto a los aficionados.

Eso era cierto. Shaw no habría contratado a alguien de la cárcel por dos curiosos motivos que no había contemplado antes: el primero era que, aunque no tenía miedo a las rejas, le parecía un lugar demasiado sucio para meter sus impolutos guantes blancos, que llevaba como chiste privado. El segundo, que para ser un ladrón de alta categoría, no sentía el menor respeto por los de su clase. Shaw jamás reclutaría a simples carteristas. Prefería a los niños que se morían de hambre. Llamaban menos la atención y la necesidad les agudizaba el ingenio.

—Siento haberte molestado.

Shaw aireó la mano.

—Estoy acostumbrado a que llamen a mi puerta para acusarme de delitos. Me alegra que tú por lo menos me acuses de uno del que sería capaz. El otro día, un lord rubicundo se presentó en el vestíbulo retándome a duelo por acostarme con su mujer.

Bastian arqueó una ceja.

—¿Y de eso no eres capaz?

—Sería más probable verme disparándome en la pierna que metiéndome en la cama con una mujer espantosa.

Escondió una sonrisa irreverente.

—Celebro entonces que el duelo no siga en pie.

—Claro que sigue en pie. Le molestó muchísimo más que afirmara que su esposa es fea como una blasfemia y no la tocaría ni bajo amenaza. La citación es para el jueves a las seis.

—Señor Shaw —interrumpió un adolescente tras llamar a la puerta—. Lady Mably le está buscando.

—Muy bien, Kevin. Déjala que continúe con ello. Con suerte tropieza con algo más interesante que yo y tengo la fiesta en paz. —Esperó con paciencia a que el muchacho asintiera y cerrase la puerta de nuevo.

Mantuvo los ojos clavados en los modernos trazados de la madera—. ¿Ese bulto de tu chaqueta es un revólver? ¿Has metido una pistola en mi casa?

—Confíaba en no tener que usarla.

Shaw chasqueó la lengua, fastidiado.

—Bastian, Bastian... De donde yo vengo, eso es una falta de respeto. He escarmentado a amigos por mucho menos. Pero qué más da, estoy de buen humor. —Aireó la mano—. Y tengo mejores cosas en las que pensar. Creo que Kevin me está traicionando.

Bastian, que ya se había levantado, lo miró con curiosidad.

—¿Kevin? ¿El criado? ¿Traicionándote? —repitió—. ¿Y por qué no lo echas?

—Porque antes quiero estar seguro de que lo hace. No soportaría que me acusaran de mal patrón.

—¿Qué vas a hacer?

—Esperar. —Dio un delicado sorbo—. Lo mismo que deberías hacer tú.

—¿Esperar a que me maten? —ironizó.

—Esperar a que ellos mismos se dejen en evidencia. Mandar a alguien a tu casa... —Ahogó una carcajada tras la copa—. Solo un puñetero inepto haría algo así.

»Darán un paso en falso, créeme... si es que no han dado ya varios y no te has dado cuenta.

Nadie entendía a Shaw cuando se ponía místico, pero todo el mundo había acordado fingir que aceptaba sus consejos. Bastian no era la excepción.

Antes de salir, se tropezó con tantos conocidos que pensó que nunca llegaría a la puerta. Lograrlo supuso toda una odisea. Justo allí, un sirviente se le acercó con una caja de trufas de chocolate.

Dentro había una nota que decía «Gracias por pensar siempre en mí. E. S».

De no ser porque conocía bien el humor de Shaw —y porque sabía que no regalaba su carísimo chocolate a cualquiera—, se habría estremecido de pavor. Le dio las gracias con un asentimiento de cabeza en la distancia; uno irónico porque ambos eran conscientes de que odiaba el chocolate y de que lo arrojaría a la basura. O lo habría hecho si no se hubiera acordado de la temblorosa Merry, a la que había dejado sola y asustada en Chesterfield Street.

Allí se dirigió con la caja bajo el brazo y toda la intención de disculparse por haberla abandonado en plena crisis. Ella no estaba acostumbrada a esa clase de situaciones y debería haber sido algo más comprensivo.

Encontró a Merry sentada en el salón principal, con la mirada perdida en un punto de la pared y los dedos entrelazados. Estaba tan rígida que Bast sintió una punzada en el pecho; una doble cuando ella se percató de su presencia y no pudo componer su habitual sonrisa de bienvenida.

—Te he traído algo —anunció—. El otro día descubrí que parece sentir predilección por los dulces. Esto te encantará.

Ella se levantó con una actitud taciturna que no iba con su personalidad, y se asomó con curiosidad temerosa, como si no estuviera segura de que debiera confiar en él.

—¿Ha pasado algo? ¿El tipo ha despertado? ¿Y el médico lo ha revisado? —Merry murmuró algo—. ¿Qué has dicho?

—Digo que... se ha escapado.

Bastian selló los labios, sin nada que decir. Le dio un momento para retractarse, para confesar que bromeaba, pero esa aclaración no llegó.

—¿Cómo demonios va a escaparse un hombre encadenado en una casa en la que hay varios sirvientes vigilando? Estaba atado de pies y manos.

—Pues... lo hizo.

Bastian apretó la mandíbula.

—No, no lo hizo. Alguien lo ayudaría a escapar.

Merry le retiró la mirada.

—No creo que eso...

—Me sorprende lo caprichosa que es tu habilidad para hacer creíbles las mentiras. A veces eres una maestra del engaño, y otras parece que es tu primera vez —interrumpió, de mal humor. Dio un paso hacia ella—. ¿Por qué lo has hecho?

Merry retrocedió varios. Él frunció el ceño.

Actuaba como si le tuviera miedo. La desconfianza daba un brillo acerado a sus ojos que no le gustaba ni un pelo, pero estaba tan fuera de sí que no le prestó atención.

—¿En qué diablos estabas pensando, Merry? —insistió—. ¿Intenta secuestrarte y lo sueltas sin más? ¿Has perdido el juicio?

—Yo... —Se mordisqueó el labio—. Me sentía culpable.

—Te sentías culpable —repitió—. Pues gracias a tu sentimiento de culpa, ahora hay un maldito criminal más en la calle. Un ladrón. Te dije que ese hombre estaba en la cárcel. Si te importaba un carajo el propósito con el que se metió en el jardín, que sin duda era cargar contra mí, por lo menos podrías haber pensado en los demás.

Merry lo miró horrorizada.

—Claro que me importa que carguen contra usted.

—¿De verdad? ¿Por eso has liberado la única prueba que tenía para averiguar quién está detrás de todo esto? ¿Qué tienes en la cabeza, Merry? ¡Él era el único hilo del que podía tirar! ¿No ves que no tengo nada más?

Merry se mordió el labio para controlar el temblor de la barbilla.

—Pero él... Estaba herido. Me prometió... que no haría nada malo. Que no volvería a meterse con usted.

—¿Y te lo creíste? —En un impulso, la cogió por los hombros y la zarandeó—. ¿Tienes la menor idea de lo que podría haberte pasado? ¡Podría haberse lanzado sobre ti!

La mirada que Merry le dirigió fue suficiente para que se diera cuenta de que había perdido los estribos.

Era la primera vez en años que se veía incapacitado para dominarse. Estaba tan furioso que solo sentía el músculo tenso del cuello. Para no pagarlo con Merry, se dio la vuelta y marchó hasta la puerta sin dejar de pasarse las manos por la cara.

—Lo siento —balbuceó, pálida.

Bastian la miró por encima del hombro.

—¿«Lo siento»? ¿Te crees que eso va a solucionar algo?

—Señor Bast...

—No quiero escucharte, Merry. —Sacudió la cabeza y se retiró el pelo de la cara—. Te juro que a veces parece que estás contra mí.

Aquello pareció sentarle como una patada en el estómago.

—Castígueme —dijo en voz alta—. Le he decepcionado, he sido... he cometido un error muy grave y por mi culpa seguramente acabarán haciéndole daño. Hágame pagar por ello.

La propuesta solo le revolvió más el estómago. Como cada vez que Merry se ofrecía, Bastian tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no ponerse a gritar, a llorar o a lanzar patadas al aire a diestro y siniestro. Pero normalmente sabía controlarse. Esa noche, en cambio, no pudo poner barreras entre lo que pensaba y lo que iba a decir.

Bastian la miró desde una distancia absurda.

—¿Así es como solucionas las cosas? —le espetó, con todo el cuerpo en tensión—. Cualquiera diría que estás deseando que te haga daño. Que te equivocas y me decepcionas adrede para que levante la mano.

—Yo no...

—¿Quieres que lo haga, Merry? —insistió—. ¿Te gusta que te golpeen? ¿Te gusta que te hagan sufrir?

—No es una forma de hacerme sufrir, es...

—Es una forma *terrible* de hacerte sufrir —interrumpió. Masticó cada sílaba, esperando de corazón que entraran en su cabeza. Merry le sostenía la mirada sin pestañear—. ¿O te morías de emoción cuando Goody te ponía de espaldas? ¿Adorabas cómo se sentían los moratones, y cómo te ardía la piel cuando intentabas curarla? ¿Pensabas en lo afortunada que eras al no poder moverte después de una paliza?

Merry parpadeó varias veces.

—Él me quería. Por eso lo hacía.

—¿Qué demonios dices?

—Me quería. Y si usted me quisiera también lo haría, pero no le importo —espetó—. No le importa lo que sea de mí... y por eso me ignora. Por eso no me castiga cuando hago las cosas mal.

Bast respiraba artificialmente cuando se acercó a ella muy despacio.

—¿Quieres que te pegue, Merry? ¿Quieres que te arranque la piel como ha hecho él? ¿Así es como quieres que te demuestre mi amor?

Ella vaciló solo un instante antes de asentir, y fue a ese ligerísimo titubeo al que Bastian se aferró para no caer en la desesperación.

La miró a los ojos directamente.

—No eran castigos —deletreó—, era crueldad. Ensañamiento. Una injusticia. No eras su esposa. Eras su saco de boxeo. No te quería. —Se le quebró la voz—. Pero puede que tampoco te odiara. Solo eras insignificante para él. Ni siquiera te veía como un ser humano.

Merry se perdió en algún punto de su explicación.

—Tú no te mereces eso... ¿Me oyes? —sollozó. Intentó llamar la atención perdida de Merry tomándola de la barbilla, pero sus ojos no enfocaban—. ¿Entiendes lo que te digo, pajarillo?

Ella solo prestó atención cuando se dio cuenta de que Bastian estaba llorando. Pestañeó una, dos veces, y salió del trance para rescatar la lágrima que se había quedado al borde de su mentón.

—¿Por qué llora, señor Bast? —preguntó, como si no lo entendiera.

—Te juro que si vuelves a pedirme eso... Si tú... —Sintió que se ahogaba y cerró los ojos—. No puedo soportarlo. Si quieres seguir haciéndote eso a ti misma, si quieres... seguir pensándolo... Te ruego que no me hagas partícipe de ello. No puedo verlo. No soy tan valiente.

—Señor Bast...

Él se retiró antes de que pudiera abrazarlo. Se dio la vuelta, aturdido y atormentado, y prácticamente se echó sobre la puerta.

Lejos, pensaba. Cualquier lugar valdría mientras estuviera lejos de ella. Uno donde pudiera desprenderse de ese puño opresor que quería destruir el poco corazón que le quedaba. Pero por desgracia, estuviera donde estuviese, estaría queriéndola.

Y de eso no se podía huir.

Capítulo 20



Merry llevaba una hora comiendo compulsivamente.

La primera trufa le supo amarga; la segunda, un poco mejor. En la tercera empezó a intuir el verdadero sabor, dulce y a la vez amargo. La cuarta inundó su paladar de sensaciones placenteras que la estremecieron entera.

Las demás ya no sabría decirlo.

Había trufas para alimentar a toda la casa, y quizá en otras circunstancias las habría compartido con la señora Lambert, con Sarah y los demás... pero su mente se había perdido en algún lugar donde no alcanzaban los remordimientos o la racionalidad.

Desde que Bastian desapareciera en medio de una furiosa tormenta, Merry se había sumido en una pseudo consciencia. Nada podía afectarla en el sillón en el que se había sentado, con las piernas colgando por el reposabrazos y la caja medio vacía sobre las rodillas.

No sabría decir en qué momento se había afincado allí, ni cuándo se puso el camisón y la bata encima, ni cómo llegó hasta su habitación. Tampoco cuánto hacía desde la desaparición de Bastian. Merry se había ensimismado en esa burbuja, e inconscientemente, repelía todos los malos pensamientos de las últimas horas. Ni Bastian, ni las lágrimas de Bastian, ni Bastian «el asesino», ni el chantaje o el peligro que Bastian corría. Solo existían las trufas que se iba metiendo la boca y tragaba sin masticar, con la mirada perdida en algún rincón del dormitorio.

Los minutos se solaparon unos con otros, y el tiempo se estiró tanto que el amanecer podría haberla descubierto de esa guisa sin que le sorprendiera. Pero en tiempo real solo pasaron setenta y cuatro minutos exactos. La manecilla del reloj apuntó acusadoramente la medianoche cuando alguien se abrió paso en su habitación.

Bastian presionó lo suficiente para que la inercia, sola, empujara la puerta por él. Se quedó un instante bajo el umbral.

Fuera lo que fuese lo que vio, debió conmoverle, porque perdió parte de la resignada pero determinada decisión con la que había aparecido. Con

cautela, pero también aplomo, esperó a que Merry le dirigiera una mirada para avanzar hacia ella. Estaba empapado y en mangas de camisa; la tormenta nocturna le había alcanzado y calado hasta la camisa, que se adhería a su piel morena. Llevaba el pelo negro pegado a la cabeza, y algunos mechones más cortos cubrían el misterio de sus ojos.

Merry no supo qué decir. Se quedó sin aliento.

Sabía que era humano, pero se sentía irreal y excepcionalmente intenso todo lo relacionado con él.

Bastian se arrodilló ante ella. La miró en respetuoso y pensativo silencio antes de lanzar un suspiro inaudible y pegar la mejilla a su regazo. La mano de Merry viajó sola a esos mechones húmedos con la intención de ordenarlos.

—Siento tanto haberte hablado así —murmuró.

El miedo a aceptar que tuviera razón, ese que la acechaba, estuvo a punto de adueñarse de la situación. Desesperada por alejarlo, arguyó:

—Pensaba que usted nunca decía que lo siente.

Bastian alzó la barbilla y clavó en ella sus excepcionales ojos violetas. Sí que era humano... Mortal, vulnerable y a veces muy cobarde. Pero junto a esa normalidad suya convivía armónicamente cierta fantasía. Bastaba con mirarlo a la cara para saber que una parte de él estaba fuera del plano de la realidad.

—Porque estos últimos años no he sentido nada por nadie de carne y hueso. Ni culpabilidad, ni remordimientos, ni amor, ni pasión... Pero por ti no hay nada que no sienta. Así que lo siento —susurró. Tomó su mano y la besó en la palma—. *Lo siento todo.*

Ella probó a sonreír. No hubo grandes resultados.

—No se preocupe. Venga, le ayudaré a quitarse toda esa ropa mojada. Está tiritando.

Él negó con la cabeza.

—¿No quiere que le ayude?

Bastian se incorporó y retiró de su regazo la caja de trufas. Después pasó el pulgar por la comisura de la boca femenina para limpiar un rastro de chocolate. Lamió la yema antes de inclinarse, en medio de ese vibrante y erótico silencio, y la besó en los labios.

Merry se estremeció antes de seguir el baile que la diestra lengua hizo en torno a la suya. Fue tan dulce y a la vez sensual que no supo si sonreír tiernamente o sonrojarse.

Bastian la tomó en brazos con tanta facilidad que ella casi ni notó que volaba. Salió de la modesta habitación del primer piso y recorrió el pasillo hasta el dormitorio principal. Cuando la depositó sobre la suave colcha de la enorme cama doble, Merry estaba mareada por el beso, y se apretaba las manos contra el pecho para que el corazón no se le escapara.

Él la observó durante unos segundos, con las manos apoyadas a cada lado de sus hombros. Respiraba por la boca y sus ojos habían adquirido ese brillo eléctrico que le servía para anticipar una serie de caricias enloquecedoras.

—Sabes a chocolate —susurró, antes de depositar un beso en su nariz. Había algo en su cadencia al hablar, en sus lentos movimientos, que hicieron que Merry cayera en una ensoñación.

—Tú sabes a lluvia, a tierra y a tormenta.

Bastian se tendió sobre ella muy despacio. Una sonrisa secreta se adivinaba en sus labios.

—¿Cómo sabe la tormenta?

—A humedad... a picante... —Merry cerró los ojos y se rio con suavidad cuando su nariz le hizo cosquillas en el cuello—. Señ...

—Bastian —corrigió con voz gutural.

—Bastian —susurró. Encontró tal placer diciéndolo de nuevo que lo repitió en una letanía.

Se enderezó nada más apoyarse en las rodillas, cada una franqueando las caderas femeninas. Merry se encogió ante su intimidante postura. Pero no podía temer nada cuando sus ojos derramaban sobre ella una dulzura conmovedora.

Claro que era inocente. No había nada malo en ese hombre, o por lo menos, nada más malo que lo terrible que él mismo quería parecer ante el resto.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —se atrevió a preguntar.

Bastian no vaciló mientras desabotonaba el chaleco empapado y lo dejaba a un lado de la cama. Ella siguió sus movimientos con un nudo en la garganta. La excitación ganaba terreno en su estómago, y estuvo a punto de explotar cuando anunció:

—Voy a hacerte el amor, pajarillo. El de verdad.

Bajo su atenta mirada, se sacó la camisa por la cabeza y la arrojó a un lado de la cama. Algunas gotitas de agua escaparon de la prenda y de su pelo.

Le lanzó una mirada entre retadora y confiada.

—¿Crees que podrás soportarlo?

Merry había temblado de frío y de miedo, pero nunca por la necesidad de un hombre. Quizá porque nunca había visto a uno que respondiera a una definición tan cercana a la perfección. Ya había visto su torso desnudo, pero salpicado de agua y a la luz del caprichoso cimbreo de los candiles, sus músculos parecían esculpidos en bronce y su piel relucía con el fulgor dorado de un dios sol. Solo una línea de vello oscuro se adivinaba bajo su ombligo.

Ella asintió con los ojos cerrados.

—Mírame. Quiero que lo veas todo. Que veas... y que *sientas*... todo lo que te hago.

Merry atendió, casi sin pestañear, cómo Bastian convertía la tarea de desvestirla en una excusa para acariciarla. El algodón de la bata y el camisón se transformaron en pura seda besando su piel. No tuvo que bloquear los pensamientos habituales porque él se encargó de que no pudiera pensar en otra cosa que en los labios que la tocaban; una vez desnuda, estos volaron por cada rincón de su cuerpo.

No había prisa. No había intención de marcarla. Se sentían como el reposo de una mariposa, como el roce de la brisa en las mejillas. Merry suspiraba, enamorada de los distintos matices de cada beso; de las manos que resbalaban por su cintura como si fuera un material precioso.

Bast la llamaba. Decía su nombre y le preguntaba qué quería. Si le gustaba. Y, mientras, iba descendiendo con la tranquilidad de alguien que sabía que estaba invirtiendo el tiempo en la obra de su vida.

Merry se tensó un instante antes de que le separara las piernas. Bast dibujó caricias en su rodilla y la cara interna de los muslos, donde los besos siguieron una diagonal antes de detenerse en la ingle. Ella abrió los ojos como platos y se incorporó para decirle que no la besara allí, pero la imagen con la que se topó la dejó sin palabras. Nunca habría imaginado que la cabeza morena de Bastian se adentraría entre sus piernas, y ni mucho menos ronronearía al rozarla con la nariz.

Se puso colorada hasta la raíz del pelo cuando él levantó la barbilla un segundo. Esa sencilla mirada de «confía en mí» le fundió hasta la férula de los huesos. Apenas un instante después, Bastian la besaba como lo habría hecho en la boca, y ella jadeaba de incredulidad aferrada a las sábanas.

Abrió la boca para decir su nombre, para pedirle que se detuviera, pero solo se oía gimotear conforme la humedecía con el líquido calor de su saliva. Bastian fijó sus tobillos a la cama y profundizó acariciando los pliegues que ofrecía para sí separándole las piernas. Merry no sabía qué estaba haciendo, solo que mandaba pequeños y agradables escalofríos por todo su cuerpo. No podía controlar sus caderas ni su respiración, ni tampoco el ritmo creciente con el que su boca la torturaba.

Cuando Bastian supo que había ganado y que no pondría impedimentos a su labor, la soltó y usó los dedos para estimular ese punto que la hacía jadear irremediablemente. Las emociones se dispararon y de pronto se vio arrugando los dedos de los pies y arqueando la espalda, sobrepasada por un largo espasmo que la dejó sin aliento.

Mientras ella intentaba recuperarse, Bastian recorrió su bajo vientre con la lengua y se enredó en su ombligo antes de entretenerse endureciendo y masajeando las sensibles cimas de sus pechos. Merry lo abrazó desesperadamente por el cuello para que no se moviera, para que se quedara ahí siempre.

—Ya está bien —murmuró—. No tienes que... No tienes que seguir.

—Aún no he acabado contigo.

—Pero puede acabar ya. No hace falta que... que... que llegemos hasta el final.

—Yo siempre llego hasta el final. —Dudó—. ¿De verdad quieres que me detenga?

¿De verdad quería que se detuviera? Merry temía que el dolor posterior arruinase las sensaciones que la embriagaban en el presente. Pero al mirarlo a los ojos tuvo el mismo fuerte presentimiento que al conocerlo, uno que la impulsaba a confiarle incluso su propia vida.

Una vez hubo sacudido la cabeza, Bastian se dispuso a separar de nuevo las piernas. La convenció de relajarse con caricias en los muslos, con roces provocadores a la húmeda hendidura. Ella suspiraba y movía las caderas casi para el disfrute de él, que la admiraba sin perderse un detalle de su expresión.

—Mira qué tierna eres aquí —murmuró sobre sus párpados cerrados. La besó debajo de la ceja.

Merry estaba tan entregada a sus halagos, a esos pequeños besos que significaban un mundo, que no vio cómo deshacía el nudo de los pantalones y acercaba la caliente erección. Sus dedos fueron reemplazados

por el delirante roce de un suave saliente. Merry abrió los ojos y miró hacia abajo. Entre la excitación que había nublado sus sentidos, reconoció al pánico que esperaba su momento para devorarla, pero por encima de eso, se le presentó una nueva certeza. Una que la dejó pasmada.

Quería que la poseyera.

Alzó las caderas para rozarse con descaro con el duro miembro. Se sentía tan vital y prominente que, instintivamente, su cuerpo ansiaba engullirlo. Él pudo reconocer ese anhelo en la forma en que los músculos de su vientre se encogieron, ansiosos. Empezó introduciéndose muy poco a poco, con la mandíbula apretada y un brillo de sudor en la frente. Merry se dio cuenta a la vez de que estaba haciendo un gran esfuerzo por no hacerle daño.

Sus miradas coincidieron un segundo; ese en el que Bastian se encajó hasta las caderas. Merry emitió un débil gimoteo que él se bebió al coger aire de golpe. Un calor sofocante le envolvió la nuca y el punto en el que estaba unidos.

No había dolor.

Había una dicha indescriptible que estuvo a punto de hacerla llorar.

—Necesito... —siseó Bastian. Rotó las caderas y se movió sinuosamente para volver a penetrarla. Suspiró de alivio y apoyó la frente sobre la de ella—. Merry...

Sabía qué necesitaba porque su cuerpo también se moría por él. Se estiró para besar su cuello tensado.

—Hazme el amor —susurró.

Él no esperó que se lo pidiera de nuevo. Con un gruñido gutural que se le metió bajo la piel, se separó y volvió a empujarse dentro de ella. El aliento de Bastian parecía haberse mezclado con el fuego; le quemaba en la garganta, donde había hundido la cabeza. Merry notaba el ondular de los músculos de su espalda. Ahí se agarraba para tolerar un ritmo que iba subiendo, que pasaba de ser lento y certero para convertirse en una serie de furiosas embestidas que rompían el silencio.

—Grita para mí —gimió con voz ronca—. Quiero escucharte.

Ella no se contuvo. Dejó de morderse el labio y soltó un gemido entrecortado que él cubrió con la excusa de un beso húmedo. Merry se estremecía hasta los dedos con cada penetración. Se deslizaba con tanta facilidad que parecía que estuviera hecha para él; que él estuviera hecho para ella. Lo sentía firme y masculino, creando una fricción tórrida que no

tardó en ruborizarla entera. La magnífica e inigualable sensación que ya conocía la sacudió; esta vez acudió despacio, tomándose su tiempo para estremecerla desde los pies hasta la cabeza. Cerró los ojos y abrió la boca para lanzar un grito de liberación que él secundó vaciándose dentro de ella.

Merry se abrazó a Bastian como si temiera perder el equilibrio, y no lo soltó ni cuando recuperó la conciencia.

Bastian se desplomó sobre ella solo un segundo: enseguida giró sobre su espalda, cambiando posiciones. Sostuvo a Merry contra el cálido y duro pecho y acomodó su cabecita en una postura cómoda para el cuello.

Ella no aflojaba el agarre. Seguía aferrada a él como si alguien fuera a arrebatárselo. Y quizá no fuera un miedo irracional, sino muy bien justificado.

El corazón le latía tan rápido que pensó que se moriría.

—No te separes nunca de mí —rogó en un arrebató.

—Nunca, pajarillo.

Capítulo 21



Un escalofrío sacó a Bastian de un sueño cálido. Se incorporó abruptamente, rígido y con los vellos como escarpías.

No sabía cuándo se había quedado dormido; suponía que entre el momento en que se ponía los pantalones y en el que regresaba a la cama para arrullar a Merry. Había descubierto que acariciar su pelo lo tranquilizaba mucho más de lo que la calmaba a ella.

Pretendía volver a recostarse cuando captó un sollozo entrecortado. Se enderezó de nuevo y barrió la habitación con los ojos entornados. Estaba tan oscuro que, de no haber sido porque el camisón de Merry era tan blanco que relucía como un espectro, no la habría localizado en una esquina del dormitorio.

Bastian se levantó tan rápido que se mareó. Fue hacia ella muy despacio, temiendo sorprenderla.

Merry lloraba amargamente abrazada a las rodillas. Sus ojos volvían a tener dificultad para enfocar, pero Bast sabía muy bien que ahora sí estaba viendo, igual que sabía qué tipo de imágenes reproducía su caprichoso cerebro.

Se acuclilló ante ella, en silencio, y la trajo hacia sí.

Merry no se resistió a que la protegiera entre sus brazos.

—Pensaba que había hecho todo lo posible para evitártelo —susurró Bast contra su pelo—. Ahora sé que podría haberme esforzado un poco más... Pero soy demasiado egoísta, pajarillo.

Ella no encontró las palabras, y aunque lo hubiera hecho, se habría ahogado intentando expresarlas. Se pegó a él como si quisiera que sus cuerpos se fundieran en uno solo. El miedo la hacía temblar con violencia.

—Cuando él me... —balbuceó—. Cuando él me sujetaba... cuando me... No estaba siendo amable.

No era una pregunta, pero necesitaba que lo confirmase.

—No, corazón. —La estrechó contra sí.

—Y cuando... cuando me c-castigaba... c-cuando me hacía d-daño... N-no estaba bien. N-no lo hacía p-por mí.

Él negó con la cabeza y la besó en la sien, en el lateral de la nariz, en la barbilla. Intentó separarse para secarle las lágrimas, pero nada ni nadie podría haberlo movido de donde estaba mientras ella lo hubiera agarrado de esa manera.

—Eso n-no era... no era hacer el... no era amor. —Se le quebró la voz—. Él no me abrazaba ni... Ni... Dolía mucho.

Bast apretó la mandíbula con el aliento contenido. Sabía que, si separaba los labios para respirar, el aire rompería el bloqueo de la garganta y lloraría con ella. Y no podía hacer eso. Alguien tenía que mantenerse sólido para transmitirle entereza.

—Lo siento muchísimo, pajarillo —logró articular.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hacía? —tartamudeó, pegada a su cuello—. Yo no soy mala.

—Claro que no lo eres. Ven aquí... No lo eres en absoluto.

—No me lo... no me lo merecía.

—Te mereces todo lo hermoso que hay en esta tierra. ¿Me entiendes? Solo cosas buenas. Solo cosas bonitas.

—¿Cosas bonitas?

—Sí. —La besó en los labios—. Como tú.

—¿O como tú? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Te merezco a ti?

Cerró los ojos e hizo acopio de todas sus fuerzas para que el dolor no le fragmentase el corazón.

—Yo soy muy poco para ti, mi vida. No valgo mucho más que ese otro amago de hombre.

Se incorporó, aprovechando que había aflojado los dedos, y la levantó en vilo para llevarla a la cama. Ella no dijo nada. Se dejó cargar totalmente exhausta. La metió bajo las sábanas y la cubrió con la colcha hasta la barbilla.

Planeaba marcharse a otra habitación en cuanto se calmara. Darle la intimidad que necesitaba, incluso si no sabía cómo pedirla. Pero la vio tan frágil que se acabó tendiendo a su lado.

Merry seguía temblando cuando se enroscó a su cintura.

—Nadie va a volver a hacerte daño jamás —le prometió—. No mientras yo viva.

Ella lo miró en la oscuridad.

—Para eso tendrás que vivir para siempre. ¿Me prometes que no te morirás nunca?

Muy a su pesar, Bastian exhaló emulando una especie de risa.

—Puedo prometerte que moriré el mismo día y a la misma hora que tú. Así podré cuidarte toda la vida y durante toda la muerte.

Merry apoyó la mejilla en su pecho. Parecía mucho más ligera que cuando la había recogido, hecha un ovillo de nervios tirantes.

—Te quiero —murmuró.

Bastian se quedó inmóvil.

Bajó la barbilla, aun sabiendo que no vería nada. Y tampoco había nada que ver: las palabras eran invisibles, aunque aquellas parecieran haberse hecho sólidas para sacudirlo con la fuerza de un huracán. Incluso tumbado, sintió que perdía el equilibrio y caía en una espiral de angustia. Y casi a la vez, el cielo se abría ante él con la promesa de una nueva oportunidad.

Fueron dos sentimientos tan contradictorios que no supo a cuál mirar antes. Y por fortuna, no tuvo que pensar en qué contestar. Merry se había dormido sin esperar una respuesta. Quizá porque amarlo era extremadamente agotador... o quizá porque sabía tan bien como él que la respuesta no le gustaría.

—Ya lo sé —dijo con voz queda.

Capítulo 22



A pesar de haber dormido en la cama más cómoda del mundo, Merry se despertó con la sensación de que la habían estado apaleando toda la noche.

Hacía ya casi un mes y medio desde la última vez que alguien le había puesto la mano encima, pero de pronto era como si todos los malos tratos hubieran cobrado efecto. Todos los moratones y heridas habían reaparecido y le hacían más daño que nunca. Y por si no fuera suficiente con el intenso dolor físico de heridas que debería haber olvidado, nada más abrir los ojos, su cabeza empezó a dar vueltas a todos esos temas que la preocupaban y que había alejado por supervivencia.

Sentía que había llorado todas las lágrimas. El nudo de angustia se había convertido en la incómoda resignación de saber que no podía cambiar nada. Que no podía dar marcha atrás. Que tendría que vivir con esos recuerdos sabiendo ahora lo que significaban.

No sabía cómo enfrentarlo con optimismo. De momento se consolaba a través de las palabras de Bastian, en las que la noche anterior había encontrado otras tantas verdades que nunca se le ocurrieron.

No se lo merecía.

No se lo merecía...

Igual que él no merecía que le ocultara información.

Podía pensar en Goody sin que se le revoliera el estómago, pero el mero hecho de haber cedido a las amenazas del secuaz le dejaba mal cuerpo.

No tuvo elección.

Tal vez la estuviera cegando el eco de sus caricias y el afecto que, aún horas después de hacer el amor, seguía flotando en el ambiente... pero después de haber sido acariciada, consolada y amada por Bastian, le era imposible confiar en el testimonio de aquel rufián.

Él nunca habría hecho daño a nadie. Y ni mucho menos a Annelise, que seguía atormentándolo despierto y dormido. Merry sabía algo que se le escapaba a ese compinche, y era que Bastian amó —quizá aún lo hiciera—

a esa mujer. Y él no era como su marido. Él jamás haría desgraciado a alguien por quien tuviera sentimientos...

¿...O sí?

Merry se incorporó lentamente. Estaba llena de dudas. Él no había sido malvado con ella, pero eso no tenía por qué significar que no hubiera involucrado víctimas en sus delitos. A lo mejor el Bastian pérfido existía. Al fin y al cabo, había muchos testigos de su crueldad. Demasiados. Y no todos ellos penetraban en viviendas ajenas e intentaban secuestrarla. Algunos vivían en mansiones georgianas y tenían hijos muy felices.

Nunca pensó que llegaría a cuestionarse si alguien merecía o no su amor, pero de pronto, Merry se sorprendía a sí misma aturdida ante la idea de querer a la persona equivocada. Sus principios eran los justos y no solía preguntarse si amar a una persona sería una decisión sabia o, por el contrario, un acto temerario. Los amaba y punto. Sin vacilar. Pero Bastian...

¿Cómo podían acusar a un hombre tan paciente y cariñoso de un crimen como ese? ¿De verdad lo veía capaz de ahogar a una mujer para hacerle daño al duque de Sayre?

Bastian apareció de pronto en el dormitorio. Estaba preparado para salir: llevaba una camisa con las mangas anchas, un sencillo chaleco oscuro y una chaqueta colgada del antebrazo. Al acercarse a ella, inundó el aire de un agradable olor a jabón de afeitar.

Se le aceleró el pulso cuando se inclinó para besarla en la frente.

—¿Has dormido bien?

—Sí, señor... —Carraspeó al ver su ceja alzada—. Bastian.

Él asintió con una media sonrisa distraída. Aunque parecía que tenía prisa, se sentó primero en el borde de la cama y escrutó su rostro en busca de algún rastro de emoción que debiera ser rápidamente erradicada.

Merry se humedeció los labios de forma involuntaria, llevando toda su atención a la zona.

—Sarah ha preparado la bañera para ti, y te he dejado un vestido de Malorie sobre la cama de tu dormitorio. Esperaré a que termines de asearte. Quiero que conozcas a alguien.

Merry pestañeó.

—¿A quién, señor Bast?

—A mi hermano Cassidy.

—Oh. —Tragó saliva—. El contable.

—El responsable, el amable, el honorable... Y todos los adjetivos positivos que terminan en «able».

—Eso descarta «abominable» —meditó en voz baja.

Bastian asintió, algo más serio, y se inclinó sobre ella para darle un beso en los labios.

Un sinfín de sensaciones explotaron dentro de Merry. Tuvo que contenerse para no enredar los brazos alrededor de él. No habría hecho falta, porque Bastian se quedó muy cerca de ella, a una sola tentación de volver a devorarla.

—¿Cuáles son tus flores favoritas? ¿Las lilas?

—¿Mis flores favoritas? Me gustan todas, señor Bast. Las margaritas, los lirios, las amapolas, las violetas, las... —Pestañeó al darse cuenta de que la miraba fijamente—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Para tu ramo.

—¿Mi...?

Bastian recorrió la línea de su mandíbula con el dedo índice.

—Vas a casarte conmigo —anunció con tranquilidad.

Ella no se movió.

—¿Cómo?

—Anoche te dije que yo siempre llego hasta el final.

—Sí que lo dijo, pero... —Arrugó la frente—. ¿Se ha casado con todas las mujeres con las que ha hecho el amor?

Su mirada se aclaró.

—Me gusta cómo suenan esas palabras en tus labios. Las purificas. «Hacer el amor» —repitió—. Haces que me arrepienta de haberlo llamado así con otras mujeres.

Ella se ruborizó.

—Señor... Señor Bast... Sobre lo de casarme... con usted... Eso no... No ha sonado a propuesta, y... No sé si... ¿Por qué...? ¿A qué viene todo eso?

Él ladeó la cabeza sin la menor preocupación.

—¿No quieres casarte conmigo?

Merry guardó silencio. Se forzó a recordar que un matrimonio no tenía por qué conllevar castigos y la incómoda obligación de atender a su esposo en el lecho. La dicha de haber estado en brazos de Bastian no tenía nada que ver con nada que hubiera sentido durante su relación anterior. Aun así, la mera pronunciación de esa palabra la puso en guardia.

«Casarte» era un problema.

«Conmigo», por otro lado... Hizo que casi sonriera de emoción.

Pero sobre todo prevaleció la confusión.

—¿Por qué iría usted a casarse conmigo?

—Anoche me acosté contigo —explicó con suavidad. Retiró un mechón de pelo de su cara; parecía que no pudiera parar de tocarla—. Podría haberte dejado embarazada.

Merry lo miró con tristeza.

—Yo no puedo quedarme embarazada, señor Bast. ¿No ve que cumplí cuatro años casada y jamás estuve encinta? —Vaciló antes de susurrar—: Podría acostarse conmigo cuantas veces quisiera sin correr ningún riesgo porque soy... estéril.

Hubo un breve silencio.

—No me acostaría contigo «cuantas veces quisiera», como si fueras una vulgar prostituta —repuso, serio—. Eres importante para mí, Merry.

—Pero... —balbuceó—. En un matrimonio... en un... debe haber hijos. Usted debería tener hijos. Es muy joven y no pasarían hambre porque...

—Pasarían penurias mucho peores y correrían peligro. No estoy interesado en traer niños al mundo, pajarillo. Me darían tantas preocupaciones que no podría vivir en paz.

—Tampoco vive usted en paz ahora mismo, señor Bast.

Él esbozó una sonrisa amarga, dándole la razón.

—¿Los únicos motivos por los que no quieres casarte conmigo... tienen que ver con que temes no darme lo que se debe dar en un matrimonio? ¿O está relacionado con algo más? ¿Te da miedo casarte de nuevo, Merry?

Ella desvió la mirada a sus dedos, que se aferraban a la colcha en un gesto de lo más mojigato. Ya la había visto desnuda; habían retozado en una nube de sudor durante parte de la noche. No tenía ningún sentido que se ocultara, y eso él debió pensarlo también, porque retiró el conjunto de sábanas.

—Dime —pidió.

Merry lo miró a la cara; a esa cara de pecado y sombras. Todo en su rostro gritaba peligro. Una belleza de esas proporciones no sería sana ni justa en ninguna circunstancia. Pero no podía negar que, cuando era ella la que estaba en su campo de visión, a sus ojos asomaba un sentimiento limpio e inocente gracias al que podía hacerse una idea de quién fue cuando era niño. Incluso su manera de desearla era tan respetuosa que de ningún modo podría relacionarla con la violenta lujuria de Goody.

A pesar de todo lo que sabía y todo lo que aún la hacía dudar, se sinceró.

—Usted es el único hombre sobre la tierra con el que me casaría de buen grado. Tal vez sea ingenua, pero creo que nunca me haría daño. Aun así...

Bastian la interrumpió con un beso. Atrapó su labio inferior entre los dientes y tiró suavemente hasta que ella emitió un gemido. Entonces se zambulló en su boca con esa lenta exploración que le ponía el vello de punta. Tenía un regusto amargo a café y un toque de menta. Delicioso y exótico.

—Lo que ocurre es que... —intentó de nuevo.

Bastian la cortó de nuevo, esta vez tendiéndose sobre ella como hiciera la noche anterior. El olor a limpio la envolvió en un abrazo. El envite de su lengua se volvió más demandante. Bastian la sujetaba por la nuca para ladearle la cabeza según pidiera el beso.

—Pero... P-pero... —balbuceaba Merry—. Creo q-que usted...

Merry observó, con los ojos velados por la pasión despierta, que Bastian separaba los corchetes delanteros del camisón.

—Señor... ¿Está manipulándome para que le diga que sí?

Él le dirigió una mirada divertida.

—Estoy poniendo un ejemplo de lo que recibirás cada noche si me aceptas.

—Pero no es de noche. Son las... Son las nueve de la mañana.

—Para mí siempre es de noche. ¿No ves que nunca pierdo la oportunidad de cometer los pecados que se atribuyen a la oscuridad?

Trazó un semicírculo con la lengua en torno al pezón hinchado antes de metérselo en la boca. Ella suspiró y hundió los dedos en su pelo.

—Yo le quiero, señor Bast —murmuró—, pero si no le puedo hacer feliz... Es mejor que sea solo su criada.

No pudo decir nada más. Se le secó la garganta, y como cada vez que él la tocaba, todo el líquido de su cuerpo se concentró muy cerca de su entrepierna.

Merry rozó las caderas con las de Bastian.

—Yo no voy a ser feliz nunca, pajarillo —le dijo, antes de depositar un beso a la altura del esternón—, pero sospecho que tú sí podrías serlo conmigo.

Ella lo abrazó por el cuello.

—A mí me hace feliz estar con usted.

—Eso es lo que importa.

Merry camufló un escalofrío de temor al estremecerse con sus caricias. ¿Le importaría lo mismo si supiera que había soltado al maleante después de hacer un trato con él? No podía dejar de pensar en que era su deber averiguar cuál era el famoso punto débil y venderlo a sus enemigos. Solo por eso debía seguir resistiéndose a aceptar, aunque no pudiera pensar en nada que deseara más y fuera terriblemente persuasivo.

Merry era consciente de que no se merecía a ese hombre. Él podía ser un criminal, pero ella era una víctima humillada. No podía negar que le necesitara, pero Bastian debería buscar a una compañera valiente. Una que no pusiera la otra mejilla. Merry era débil, y así se sentía. Débil, insegura... patética. Era carne de cañón para los hombres tan poderosos como él.

Pero no quería apartarse de su lado. Lo amaba. Adoraba cómo la trataba y cómo se dirigía a sus empleados, con camaradería y compasión; le fascinaba la desenvuelta facilidad con la que manejaba asuntos delicados. Podía ser un hombre torturado con un pasado turbulento, pero ocultaba de ella todos esos tormentos y en su lugar se mostraba paciente. Valoraba a sus enemigos tanto como a sus amigos, era observador y analítico, y, a su manera, se ocupaba de proteger a todo el mundo de las tinieblas que oscurecían su vida. Merry se sentía halagada porque no quisiera preocuparla, pero también la decepcionaba que no confiase en ella lo suficiente para trasladar su amargura.

—¿En qué estás pensando?

Ella lo miró con tristeza.

—En que merece usted algo mejor que yo, señor Bast.

—Si hay algo mejor, Merry, créeme... aún no lo he encontrado. Y si no lo he encontrado siendo el mejor rastreador de Inglaterra, debe ser porque no existe.

—O porque no se ha molestado en buscarlo.

—¿Por qué me molestaría en buscar a nadie teniéndote a ti?

Merry se mordió el labio inferior.

—Porque cualquiera se adaptaría mejor a su forma de vida y a sus virtudes. Debería casarse con alguien valiente y fuerte.

—Eres la mujer más fuerte y valiente que he conocido en mi vida. Mucho más de lo que yo lo soy —insistió él. Merry no supo qué decir—.

Si mis palabras no lo hacen... tal vez esto te convenza.

Merry lo soltó para que pudiera incorporarse. Se tomó un segundo para volver a cubrirla, y entonces se agachó para rescatar un cofre alargado. Lo primero que Merry vio cuando lo abrió, fue el acolchado de terciopelo; después, el flamante collar. Por asociación a descripciones que le fueron referidas, reconoció las pequeñas esferas que centelleaban a la luz de la mañana.

—¿Son perlas? —preguntó, impresionada.

—A no ser que me hayan timado, eso creo.

—Oh, Dios mío... —balbuceó. Se llevó una mano temblorosa a los labios—. ¿Me ha regalado...? ¿Es para mí?

—Sería un poco descortés enseñártelo si fuera para otra, ¿no crees?

—Bueno, señor Bast, no sé si soy su segunda opción. A lo mejor antes lo ha rechazado otra sirvienta y tiene una tercera de repuesto por si me niego. —Los ojos de Bastian brillaron igual que los preciosos abalorios—. ¿Puedo probármelo?

Bastian cerró la tapa cuando ella iba a meter la mano. Dio un respingo y él se rio.

—Te lo pondré cuando digas que sí. Es mi deber asegurarme de que la compra ha cumplido el objetivo por el que se hizo.

—¿Y si digo que no? ¿Quién se lo quedará?

—Tendré que venderlo por piezas...

—¡Eso sería terrible!

—...O tal vez se lo diera a la señora Lambert. Tiene un perro al que le gusta ponerle accesorios excéntricos.

—A un perro —repitió, horrorizada—. Tendré que casarme con usted para que eso no suceda.

—Ya me imaginaba que un collar de perlas me robaría el protagonismo. —Dejó de sonreír y la miró fijamente—. Esto solo es un regalo, Merry; te lo hago porque sé que eres inteligente de sobra para no casarte conmigo por esto. Ayer...

Carraspeó.

—Ayer me dijiste que me querías y antes lo has vuelto a decir. Sé sincera: ¿es verdad?

Ella asintió.

—Entonces creo que lo más inteligente sería que te convirtieras en mi esposa. Los que no tenemos un título nobiliario podemos permitirnos que

nuestras esposas nos quieran.

—¿Y podéis permitirnos querer a vuestras esposas? —Él se quedó un momento en silencio. Ella reformuló—: ¿Puede *usted* permitirse quererme?

Bastian inhaló de forma imperceptible.

—No, no puedo. Pero soy un rebelde sin causa y es probable que lo haga de todos modos.

—¿Por qué no podría?

—Porque ya amé una vez y lo perdí todo.

—Annelise —musitó. Él levantó las cejas, interrogante—. A veces dice su nombre en sueños.

Bastian le sostuvo la mirada apesadumbrado.

—No sabes cuánto lo lamento.

—Todavía la ama, ¿verdad?

Él la observó, como si antes de responder quisiera averiguar cómo se sentiría al respecto. Al final asintió con la cabeza.

Merry notó una presión en el corazón.

—No puedo engañarte, pajarillo. Ella es el amor de mi vida. Sé que no es lo más romántico que puedo decirte, pero lo mínimo que mereces es que sea honesto contigo.

»También es cierto que ella ya no está, ni mi vida es la que solía ser entonces. Te puedo asegurar que no te toco creyendo que eres Annie. Cuando estoy contigo eres lo único que veo, y te llevo en el pensamiento a todas horas.

Merry no pudo evitar que la embargara la decepción, aun cuando nunca había abrigado la menor esperanza de que Bastian fuera amable con ella por amor.

Ahora que había abierto los ojos, no solo sufría por el engaño de toda una vida, sino por los matices de la actitud de Bast. Era evidente que sentía lástima por ella. Que la veía como una pobre desgraciada a la que debía proteger no solo de las maldades del mundo, sino también de sí misma. Alguien sin criterio, analfabeto y demasiado ignorante para comprender los aspectos más complejos de la vida. Sin embargo, eso no fue lo que dolió: a fin de cuentas, ¿quién era ella, sino ese conjunto de defectos sin arreglo? Lo que de veras le rompió el corazón fue saber que sería difícil llegar a ser Annelise.

No podía imaginarla, no sabía cómo se comportaba, cómo trataba a Bastian, pero si era una dama ya podía deducir unas mil razones por las que nunca podría permitirse aspirar al amor que sentía por ella. Debió ser una mujer excepcional para que Bastian desarrollara tal afecto, una que había sobrevivido al tiempo e incluso a la muerte.

Esas eran razones de sobra para no casarse, pero Merry no creía en el orgullo y Bastian había sido sincero. Una parte de ella, la irracional y enamorada, habría preferido que le mintiera sin miramientos y jurase que se moriría si no aceptaba su mano porque la amaba más que a nada. Pero en su lugar había insinuado que, casándose con él, tendría una vida agradable y a un hombre que la cuidaría. Teniendo en cuenta la relación con su anterior marido y la poca suerte que solían tener las mujeres, era mucho más de lo que Merry habría podido soñar.

Aun así, no sabía en qué momento se había convertido en alguien ambicioso y exigente; alguien que quería borrar de su pensamiento la existencia de Annelise y ocupar mucho más que la mente de Bastian Carstairs.

Pero codiciar su alma quedaba fuera de la cuestión. Solo podía conformarse.

Con una extraña sensación de optimismo y a la vez profundamente desesperanzada, abrió de nuevo el cofre y acarició las perlas.

—¿Me ayuda a ponérmelo?

Capítulo 23



Bastian hizo todo el viaje con un nudo en el estómago.

No se arrepentía de haberse sincerado con Merry. Gracias a ello habían llegado a un acuerdo provechoso y también tuvieron una conversación de adultos que sabían lo que les convenía. Ella había demostrado ser lo bastante fría y coherente para anteponer su bienestar al ridículo deseo de ser amada sobre todas las cosas. Y una parte de él lo celebraba. La otra, en cambio, se arrepentía de haber cometido ese acto impulsivo.

Sentía que, proponiéndosele, la había obligado a abandonar unos deseos que merecía abanderar, como el de convertirse en el centro del mundo de alguien. Si se casaba con él, le iba a faltar lo que Annelise jamás hubiera echado de menos: la auténtica y eterna devoción de su marido.

Pero lo compensaría, porque al no echarse atrás, había declarado abiertamente su egoísmo. Sería suya porque la quería y porque estaba loco por sus huesos, aunque no fuera equiparable a la angustia desesperada con la que aún deseaba a Annelise. Ahora que había decidido, estaba preparado para minimizar los daños de las consecuencias: se desviviría por ella de tal forma que nunca anhelaría por su parte ese sentimiento capaz de asolar un corazón. Nunca le faltaría nada más que eso.

Confiaba en ser lo bastante generoso para que Merry lo olvidara con el tiempo. Porque no era ninguna estúpida, y Bastian sabía que su confesión la había dejado helada.

—Hablaré con mi hermano a solas —le dijo en el carruaje—, y después te presentaré. No estarás sola mientras. La señora Findlay, su secretaria, te atenderá encantada.

Merry asintió, distraída.

Seguramente fuera una percepción falsa y tuviera que ver con las dudas que le atormentaban a él, pero le parecía que Merry no estaba del todo convencida.

Bastian había dado un paso vacilante y le hubiera gustado que ella lo tomara sin titubeos. Necesitaba que alguien le dijera que estaba haciendo lo que debía, como él mismo se repetía, o que, en su defecto, criticaran su

elección para poder desplegar su lista de razones. Esta, en realidad, era bastante breve.

Bastian la quería para él, y eso era todo.

Salió del carruaje y le ofreció una mano. Ella se concentró para no dar de bruces con la acera. Malorie Sutton era curvilínea y algo más alta que Merry, pero el vestido verde de tafetán le sentaba como un guante. Era la primera vez que la veía arreglada como una señora distinguida, y debía admitir que, aunque la prefería desnuda o con el camisón, no desentonaba en absoluto.

Merry no pensaba lo mismo.

—Espero que el señor Davenport no se espante al oír mi acento —susurró mientras recorrían el pasillo—. ¿No cree que debería... pedir ayuda para pulir mis modales?

—Si quieres pulir tus modales, te facilitaré una institutriz o lo que se busque en estos casos. Si no, a mí me importa un carajo lo que piensen de tu acento. Yo ya me he acostumbrado.

»De todos modos, sí hay algo que me preocupa.

—¿El qué, señor Bast?

—Eso mismo. ¿Querrás que te llame «señora Bast»?

Merry hizo un mohín adorable.

—Merry Bast no suena bien. Meredith Carstairs sí suena a señora.

—¿Quieres que te presente como Meredith? —ofreció.

—Sí, señor B... Carstairs.

Bast sonrió.

—No te estaba pidiendo que me llames señor Carstairs —le dijo al oído. Dio un pequeño mordisco al cartílago de la oreja—. Te pido que me llames por mi nombre.

Ella se sobresaltó.

—Bastian —repitió—. Me gusta cómo suena.

La puerta del despacho de Cassidy se abrió. De este salió la señora Findlay con una sonrisa de oreja a oreja, y un caballero alto y bien vestido con la chistera en la mano.

Bastian lo reconoció de inmediato y se puso en guardia.

El duque de Sayre siguió a la secretaria con una mansa expresión en el rostro y la vista perdida en el suelo, una postura modesta que no iba en absoluto con su personalidad. Como si hubiera sentido la furia que manaba de los ojos de Bastian, alzó la barbilla.

Los dos se habían quedado inmóviles, cada uno en una punta del amplio corredor. La señora Findlay no se dio cuenta; parloteaba sobre vacaciones en el sur de Inglaterra hasta que tropezó con el rostro pétreo de Bastian. Entonces se puso pálida.

O bien su aversión hacia Nathaniel Blackbourne era conocida en todo el reino, o Cassidy Davenport había estado cotilleando con su secretaria. Conociendo como conocía a su hermano, se decantó enseguida por la primera opción.

—Señor Carstairs —se apresuró a decir—. Muy buenos días... ¿Qué le trae por aquí? No consta en la agenda que tuviera una cita con el señor Davenport.

—Apuesto porque tampoco constaba que los lores fugados de Inglaterra hicieran una visita. Pero si a estos se les recibe, a los hermanos también, ¿no?

La señora Findlay asintió con la cabeza, manteniendo el rictus sereno. El duque disimulaba una sonrisa irónica que lo exacerbó.

—Por supuesto, señor Carstairs. Espere que le avise.

Rehizo sus pasos y volvió a tocar a la puerta cerrada del despacho. Bastian seguía sin moverse; tenía los ojos clavados en Sayre. Esperaba cualquier reacción por su parte, desde un saludo sarcástico hasta una provocación, pasando por la opción que sería más prudente: pasar por su lado sin decir nada.

Eso fue lo que eligió. El duque enderezó la espalda y reprodujo una especie de reverencia al pasar por el lado de la pareja. Bastian casi había olvidado que Merry estaba agarrada a su brazo, y si la hubiera mirado se habría dado cuenta de que la mataba la curiosidad.

—Buen día —anunció el duque en tono ligero.

Bastian se giró para ver cómo se ajustaba el sombrero.

—Puede quedarse su patrimonio heredado —le dijo en voz alta, justo antes de que saliera. Sayre se quedó de espaldas, pero Bastian sabía que lo estaba escuchando—. No siento el menor interés en tocar nada que lleve su apellido.

El duque lo miró por encima del hombro sin perder la cortesía.

—Y no lo tocará. Lo que ha heredado siempre ha llevado el suyo.

No se detuvo a dar más explicaciones. Abrió la puerta con energía y la cerró con suavidad.

Bastian permaneció donde estaba con todos los músculos agarrotados.

—¿Señor Carstairs? —llamó la señora Findlay—. Puede pasar.

Le seguía quemando la sangre en las venas cuando murmuró un sencillo «quédate con Findlay» y soltó a Merry. Se dirigió al final del pasillo con los puños cerrados, y nada más cruzar el umbral, espetó:

—¿Confraternizando con el enemigo?

Los dos hombres que conversaban con camaradería levantaron la vista. Cassidy ocupaba su lugar presidencial detrás del escritorio, aunque en una postura desenfadada. Su interlocutor, un hombre grande y risueño, giró la cabeza desde el sillón enfrentado.

Fox, el hermano mayor de los cuatro y eterno navegante, lo recibió con una sonrisa que le marcó un hoyuelo en cada mejilla.

—Sabrás que no todo gira en torno a ti, ¿verdad? —contestó Cass, en tono cortés.

—¿De veras? ¿Qué es lo que no gira en torno a mí?

Cassidy suspiró.

—A veces tu egocentrismo resulta de lo más irritante.

»Para tu información, no estoy confraternizando con tu enemigo; estoy *fraternizando con mi amigo*. Ha regresado a Inglaterra para atender sus deberes en la Cámara, aunque no por mucho tiempo. Pretende renunciar a su sitio, como ya te dije.

Bastian se acercó al asiento libre. Lo arrastró hasta el reposabrazos de Fox, que alargó la mano para darle una palmadita en la espalda a modo de saludo.

—Pues deberías tener cuidado con qué clase de animales metes en tu casa. Podrías asustar o violentar al resto de tu clientela.

—No tengo clientes, sino socios —corrigió cansinamente. Una sonrisa asomaba a sus labios casi siempre tensos—. ¿Qué haces aquí? ¿Has cambiado de opinión sobre la herencia?

Fox se reclinó en el respaldo y apoyó los pies sobre la mesa, muy cerca del tintero.

—Me parece de lo más injusto que seamos tú y yo, Cass, a los que nos queda hacernos con una fortuna aristocrática. ¿Por qué son los desagradecidos los que tienen suerte?

—Yo no lo llamaría suerte —cortó Bastian—. ¿Aceptarías una indulgencia de tu enemigo?

Fox aireó la mano con indiferencia.

—No me molesto en tener enemigos. Demasiada energía desperdiciada. Pero si lo tuviera... ¿Por qué iba a seguir odiando a un hombre que me ha hecho rico?

—Como siempre, haces que todo parezca sencillo —suspiró Bastian.

El nombre completo de Fox era «Foxcroft Stubton», y conociendo el retorcido sentido del humor de su madre, hija de un perseguido contrabandista del siglo anterior, seguramente lo había bautizado con el apellido de un «señor bien» para augurarle un futuro digno. Y nadie podría decir que Fox tuviera una vida anodina o fuese un hombre mediocre. Si bien Bastian no se veía a sí mismo de proa a popa y aguantando mareos durante larguísimas travesías marítimas, ese era el destino soñado y el día a día de Fox, lo que le hacía, sin duda, el más feliz de los cuatro.

No le importaba su aspecto; las puntas de su cabello negro apuntaban en casi todas direcciones, raras veces se afeitaba y, al no protegerse de las horas al sol, tenía el rostro de un moreno vulgar y surcado por las pecas. Cuando volvía de Jamaica o la India lucía rojeces en el puente de la nariz y las mejillas. Además, vestía con un conjunto de prendas traídas de otras culturas, lo que hacía de sus trajes un auténtico despropósito de colores y estilos que no combinaban.

Quizá fuera ese despiste, ese conformismo consigo mismo y el hecho de que resultara inofensivo lo que lo hacía tan simpático a ojos de todos. Era raro ver a un hombre sin ambiciones de ningún tipo, tan modesto y respetuoso con las fortunas, mujeres e intereses de los demás. Bastian aún no había conocido a nadie a quien no le cayera bien, a pesar de ser latoso muy a menudo y sacar a relucir su sentido del humor en los peores momentos.

—Todo es sencillo. Somos nosotros los que nos complicamos. O, en este caso, tú —apuntó Fox, retirando el puro que tenía atrapado entre los dientes—. Me ha dicho Cass que no le dejaste decirte lo que habías heredado. Tienes una casa de campo en Durham, un carruaje tirado por cuatro caballos y un total de diez mil...

—¿Por qué ha dicho que lo que he heredado siempre ha llevado mi apellido? —interrumpió Bastian, mirando a Cassidy.

Fox emitió un quejido y refunfuñó por lo bajo algo parecido a «qué falta de educación».

—Porque el duque de Sayre lo compró y puso tu nombre en las escrituras. Nunca ha pasado por manos de Nathaniel. Si no te fue

entregado antes fue porque todo el mundo dio por hecho que era propiedad del ducado. Parece que no había puñeteros administradores decentes antes de que yo me asentara en esta ciudad.

—Administrador, contable, abogado... Probablemente seas el único hombre útil de Inglaterra —comentó Fox—. ¿Por qué no has dejado habilidades a los demás? Comparte un poco de tu virtuosismo, hombre.

—El virtuosismo está al alcance de todo el que no quiera ser un vago. No es mi problema que la mayoría no esté interesada en desarrollar esas habilidades.

Bastian pestañeó sin entender, ajeno a la conversación que mantenían los otros dos.

—¿Compró propiedades de esas dimensiones para mí?

—Eso parece —acotó Cassidy.

—¿Por qué?

Cassidy enarcó una ceja.

—Has dicho muchas veces que Sayre te tenía aprecio. Que eras como un hijo para él. ¿De verdad te sorprende?

—Los dos sabemos que hay una diferencia entre que alguien te aprecie y que te haga heredero de sus bienes. —Hizo una pausa con el ceño fruncido—. Bienes que adquirió para resolver mi futuro...

Bastian se pasó una mano por la cara.

—Dios santo. Si lo hubiera sabido antes...

—¿No habrías tenido que convertirte en una especie de ratero con tratos con gente de los bajos fondos? —terminó Fox.

—Y con toda seguridad nadie estaría intentando hacerte daño ahora —corroboró Cassidy.

—¿A qué vienen esos reproches? ¿Estáis conmigo, o contra mí?

—Aquí el único que está contra ti, eres tú mismo. ¿Piensas aceptar la herencia ahora que sabes que siempre fue tuya?

Bastian se reacomodó en el asiento. De pronto sentía como si al sillón le hubieran salido espinas. Le dieron ganas de echarse a reír de pura agonía. No importaba cuánto se esforzara por alejarse —cosa que hizo hasta que se dio cuenta de que nunca podría evitarlo—; su camino y el de Sayre acababan cruzándose de manera irremediable. Primero cuando él trabajaba de mozo; después, cuando ambos pretendieron a la misma mujer... y ahora, años después, con motivo de una herencia.

Nunca iba a librarse de Nathaniel Blackbourne. Siempre lo había sabido. Y si bien eso le obsesionó no hacía demasiado tiempo, ahora empezaba a resignarse. Un antagonismo como ese, repleto de matices, no podía ser obviado. No era un odio corriente. Era un odio manchado por la decepción y el rencor. No podía perdonar que le hubiera hecho pagar por unos errores que cometió él, ni que le privara de lo que su padre le dejó hasta ahora, ni que le hiciera daño a Annelise. Ese desprecio tan abisal llevaba años expandiéndose, y muchas veces estuvo a punto de tocar a Cassidy por la amistad que le unía con él. Una de las cosas que más le costaba tolerar era que hubiera quienes defendieran a Nathaniel firmemente. Quizá porque una parte de sí quería escucharlos; quería creer que todo fue un malentendido. Pero no había nada que pudiera justificar tantos errores.

—Hablaremos de eso en otro momento. Maldita sea, cada vez que pongo un pie aquí, me obligas a tocar asuntos desagradables —masculló.

—Es contable —resolvió Fox—. ¿Qué buenas noticias se pueden dar en cuanto al dinero? Sobre todo a alguien como tú, al que incluso le molesta que le regalen una fortuna.

—¿Y para qué habías venido? —preguntó Cass.

Bastian se deshizo de la tensión en los hombros con un suspiro.

—Me voy a casar. Quería pedirle a Cass que fuera mi testigo; ahora que tú estás aquí supongo que también tendré que invitarte.

Fox se puso una mano en la oreja y compuso una mueca teatral.

—¿He oído bien? ¿Te vas a casar?

Cassidy, en cambio, no parecía tan sorprendido.

—Con la muchacha de la que me hablaste —dedujo—. Te has dado cuenta de tus sentimientos antes de lo que tenía previsto.

Bastian era muy consciente de cuáles eran sus sentimientos, pero por algún motivo, le molestó que para Cassidy fuera tan evidente.

—Me voy a casar con ella porque la he deshonrado. Nada más.

—Una mujer casada está mucho más que deshonrada.

—Está aburrída y decepcionada, por ejemplo —se carcajeó Fox—. ¿Alguno de los dos podría contarme de qué va todo esto?

Bastian hizo un breve resumen de la situación suprimiendo los detalles más sórdidos. El hermano mayor escuchaba con la barbilla apoyada en los nudillos, fascinado con el relato. Sus ojos pardos brillaban como estrellas en el cielo.

—¿Me estás diciendo que no te casaste con la mujer noble a la que desvirgaste... pero que con una granjera divorciada por la vía rural —que encima es tu criada— has sentido la llamada del honor?

Se mantuvo expectante, sin parpadear, y pronto rompió a reír.

—Tienes una forma de proceder de lo más curiosa. No es mejor ni peor, pero desde luego escupe sobre el decoro aristocrático.

—No soy ningún aristócrata. No tengo por qué responder ante esas normas estúpidas.

—Claro, claro —decía Fox, con una enorme sonrisa en la boca—. Como eres un pobretón, defiendes la dignidad de las clases bajas. Con las altas esferas y sus respectivas mujeres que lidien los que viven y se relacionan con ellas, ¿no? Tiene sentido.

Bastian se levantó, molesto.

—No he venido buscando la aprobación de nadie. Os haré llegar una nota con el día y la hora en la que se celebrará la ceremonia.

—Estaré atento —fue todo lo que dijo Cassidy.

—No creo que pueda acudir, a no ser que la celebres en esta próxima semana. El domingo me embarco con destino Nueva York. Me he pasado por aquí para saludar a mi hermano preferido.

—Es decir; el único que te presta dinero —se burló Cassidy—. Ya sabes. Si quieres al hombre-bala haciendo lo propio en la boda, prepáralo todo para mañana.

—Haré cuanto esté en mi mano. —Vaciló—. Te quería presentar a Merr... Meredith, pero con este hombre aquí ya no me simpatiza tanto la idea.

—¿Perdón? Soy el más caballeroso de los cuatro infames.

—Eso que dices tendría más sentido si quitaras tus repugnantes botas de mi escritorio —comentó Cassidy con calma.

Si Fox se dio por enterado, no se notó.

—Preséntanosla, venga, Bast. Estoy ansioso por ver el rostro de la bella Afrodita que ha conseguido conquistarte.

—A mí nadie ha conseguido conquistarme.

—Te ahorrarás muchos dolores de cabeza en el futuro a corto y largo plazo si admites tranquilamente que te casas con ella porque la quieres —acotó Cassidy—. Relájate, Bast. Si te resulta muy desagradable, no se lo diremos a Arian. Ya sabemos cómo se pone cuando descubre que siempre ha tenido la razón.

Bastian levantó un dedo.

—Ni una palabra a Arian. Se lo dirá a su esposa y esta emprenderá una cruzada para acabar conmigo. No dudo que llegará a la misma conclusión que Fox si se entera.

—No tengo tiempo para ir a Gateshead a chivarme.

—Ni yo el menor interés en cotillear. —Cassidy tamborileó los dedos sobre la mesa—. Aunque confieso que me encantaría conocer la opinión de milady sobre esto.

—Pobre mujer. Se ha emparentado con un hombre que le da disgustos hasta sin hacer nada. Si total, de perpetuar la tradición de sacarla de quicio ya se encargan sus adorables cuñados... ¡Eh! —exclamó Fox, al ver que Bastian se deslizaba silenciosamente hacia la puerta—. ¿A dónde pretendes ir? Dime que vas a traerla ante nosotros.

—Para que le des la bendición de los siete mares, ¿no? —ironizó—. Ni lo sueñes. Tendréis que esperar a la boda para conocerla.

—¡Vamos! —bufó Fox—. ¿Temes que la conquiste con mi encanto?

—No dudo que le gustarías. Se siente muy en contacto con la naturaleza y adora a los animales. Como tú —apostilló.

—Yo no soy al que llaman *Beast* en los bajos fondos...

Bastian entrecerró los ojos sobre los dos canallas, que se reían por lo bajo.

—Sobre eso... ni una maldita palabra.

Capítulo 24



La boda pretendía celebrarse lo más rápido posible. Merry no entendía por qué tanta prisa. No se iba a mover de allí. Pero Bastian parecía ansioso por resolver la cuestión del matrimonio y a ella no le importaban las fechas, por lo que acordaron contraer nupcias el lunes más cercano. Como iba a ser una ceremonia íntima, no enviaron invitaciones a nadie salvo al único testigo, Cassidy Davenport. No fue difícil conseguir un esplendoroso ramo de flores, como tampoco un vestido digno de la ocasión: Bastian tenía suficiente dinero para mandar a la costurera a diseñar y coser un traje de novia en apenas tres noches. Lo único que Merry tuvo que elegir fue el tono del vestido. Lo demás corrió a cuenta de la profesional.

Durante la mañana estaba tan ocupada con preparativos que no podía parar un minuto a pensar en lo que estaba a punto de ocurrir. Hasta que no se casara seguía siendo la sirvienta de la casa y quería cumplir con su contrato hasta el último segundo, pero los criados ya la miraban de forma diferente. No tenían permitido opinar sobre nada: Bastian los había elegido a ellos precisamente porque jamás oiría una queja o comentario malintencionado sobre su forma de vida o con quién quisiera compartirla. Pero el primer día, Merry estuvo preocupada por si ese nuevo trato estaba impregnado de recelos.

La señora Lambert la sacó de dudas y tranquilizó con una sencilla conversación. Nadie la veía como una trepadora; a fin de cuentas, llevaban conviviendo con ella lo suficiente para saber que se trataba de una muchacha honrada y trabajadora. Además de que había sido evidente desde el principio que el señor Carstairs tenía fijación por ella. Ninguno de los miembros del servicio se sorprendió cuando se les comunicó el compromiso. Para ellos, en especial para el ama de llaves, era el único destino posible e inevitable entre los dos.

Merry no lo tenía tan claro. No solo porque una parte de ella se resintiera cada vez que pensaba en vivir a la sombra de Annelise, sino por el comportamiento de Bastian. Durante esos días de preparación había

estado ligeramente distante. No lo suficiente para poder echárselo en cara con razones, cosa que, aunque no habría hecho, empezaba a tentarla, pero sí bastante para temer un cambio de opinión. Sabía que no estaba enfadado, ni tampoco absorto en su investigación —que seguía tratando de resolver por su cuenta sin mucho éxito—, sino contrariado. Lo había observado durante el fin de semana y no sabría decir qué pasaba por su cabeza; solo que no debía ser nada agradable. Se ensimismaba haciendo cualquier cosa. Desayunar, leer el periódico, vestirse... incluso hablando con ella estaba en otra parte. Parecía haber hecho un viaje en alma pero no en cuerpo, y Merry no podía ni imaginar a dónde ni con qué propósito. Ni tampoco qué podía hacer para ayudarlo a regresar.

Algo casi tan notable como la desorientación de Merry, era que Bastian no se sentía cómodo en su piel.

Mientras limpiaba el polvo a las estanterías de la biblioteca de la casa, Merry se preguntaba si estaría mal sentirse tan feliz cuando él tenía dudas. A pesar de las circunstancias en las que se daría el matrimonio y su incapacidad para quererla, e incluso contando que Owen la esperaría en poco tiempo para que desvelara sus secretos, Merry era feliz pensando en convertirse en su mujer.

Bastian era la única persona con la que se sentía a salvo aparte de ella misma. Estar con él era tan agradable como pasar tiempo sola, y nunca pensó que podría llegar a decir algo así de alguien. Aunque Merry no se veía viviendo sin nadie a su lado, disfrutaba entreteniéndose por su cuenta. Y sorprendentemente, nada le parecía tan excitante como una sencilla conversación con Bastian. Cuando hablaba con él, todo lo demás desaparecía y era más consciente de su cuerpo y su vitalidad que nunca. Él era una manera de recordarle que estaba viva, y lo que era más: de que su vida era importante para alguien aparte de sí misma.

—¿Qué haces ahí arriba? —Merry miró hacia abajo y vio que Bastian, preocupado, se apresuraba a agarrar la escalera—. Baja ahora mismo.

—Estoy limpiando los estantes más altos. Están llenos de polvo.

—Esa tarea no te corresponde a ti, y no me gusta que te subas en esta trampa mortal. Podrías resbalar en cualquier momento. Ven conmigo.

—Pero tengo que colocar estos libros...

—Vamos, baja.

Abrió los brazos para que Merry no tuviera que hacer el esfuerzo de poner pies en tierra. Bastian le dio un beso en la frente antes de depositarla

en el suelo.

Merry se mordió el labio.

—¿Es que no quiere que haga nada?

—No quiero que trabajes como una sirvienta. Pretendo que vivas igual que una reina. —Dudó—. A no ser que te interese simular otro estilo de vida.

—¿A qué se refiere...? —Carraspeó bajo la mirada exasperada que le dedicó. Le estaba costando acostumbrarse a llamarlo por su nombre—. ¿A qué *te refieres* con eso?

—¿No hay algo que quieras hacer? ¿Algo que te gustaría aprender? Tejer, bailar, montar a caballo... Las señoras de la casa suelen aburrirse si no emprenden alguna afición.

Merry parpadeó con curiosidad. Echó un vistazo alrededor de la modesta biblioteca, y luego a los libros que tenía en las manos. Uno estaba empolvado. Tuvo que pasar el dedo por la cubierta para ver las letras del título, grabadas sobre el cuero. Como siempre que veía un conjunto de sílabas, se preguntó qué diría.

—Creo que debería aprender a leer —meditó—. Y escribir. Son cosas que las mujeres intelectuales saben hacer.

—Al carajo con las mujeres intelectuales. ¿Quieres aprender a leer porque quieres hacerlo, o solo porque te sientes presionada?

—Quiero hacerlo... Pero también me siento presionada —admitió, acariciando el lomo de la novela.

—Merry, no vas a ser la mujer de un noble. No tienes que reunirte con un grupo de aristócratas para tomar el té y cotillear. Puedes ser tú misma. Yo jamás hago acto de presencia en fiestas a no ser que mi trabajo me pida investigación.

—Aun así me gustaría poder leer. Parece un hobby la mar de interesante y entretenido.

Bastian pasó la mano por la cintura y la besó en la esquina de la oreja.

—Deseo concedido —susurró. Ella sonrió sin querer.

—¿Qué pone aquí?

—*Las desventuras del joven Werther*. El autor es Goethe. —Separó la gruesa tapa del volumen y lo abrió por una página concreta. Bastian señaló una flor disecada—. Aquí guardé tu violeta.

—Oh. —Se ruborizó—. La guardó.

—Por supuesto que sí.

—¿De qué trata el argumento?

Una sonrisa irónica torció sus labios al tomar la obra más famosa de Goethe.

—De un hombre irremediablemente enamorado de una mujer comprometida que nunca lo correspondería, y que, aunque lo hiciera, jamás sería suya. —Se quedó un momento en silencio, tenso. Después carraspeó—. No es una obra tan especial para el éxito que tuvo: llegó a animar a cientos de románticos a quitarse la vida en Alemania. Dudo que la lea de nuevo. Entre los aspectos sórdidos del contexto y que nunca me han gustado las novelas epistolares... —Encogió un hombro.

—Si no te gusta, ¿por qué guardaste aquí mi violeta?

—Supongo que porque, aunque no me guste demasiado, siempre me he visto reflejado en las vivencias del pobre y joven Werther —dijo, sin mirarla—. Y porque recuerdo haber leído un pasaje que me recordó a ti. El de esa página.

—¿Qué pone?

—Aprende a leer y descúbrelo tú misma.

—¡Bastian! —se quejó—. No es justo. Léelo para mí, por favor.

Bastian sonrió de lado y retiró con cuidado la violeta para despejar el texto.

«¡Y sin embargo cómo decirte lo perfecta que es, porque lo es! Basta; ella abarca todos mis sentidos, los domina. ¡Tanta ingenuidad unida a tanto ingenio!, ¡tanta bondad con tanta fuerza de carácter! ¡Y la tranquilidad del alma en medio de la vida más agitada!»

Bastian volvió a poner la violeta en su sitio y cerró el libro. Acarició su mejilla con el pulgar antes de besarla.

—Y más que la voy a agitar —prometió contra sus labios.

Ella se estremeció.

—¿Crees que si lo leo podría llegar a entenderte mejor?

—¿Crees que necesitas entenderme para quererme más?

Ella vaciló.

—No. Pero creo que, si te entendiera, serías más feliz.

Bastian esbozó una sonrisa que no la convenció demasiado.

—Contigo ya he llegado a mi límite de felicidad. No hay nada que puedas hacer, ni tú ni nadie, para sobrepasar ese máximo.

—¿Y es suficiente para ti? —preguntó, ansiosa.

Él asintió, pero de nuevo no parecía seguro.

—Es mucho más de lo que esperaba y de lo que merezco.

¿Era ese el motivo por el que estaba tan fuera de sí? ¿Llevaba tanto tiempo acostumbrado a la oscuridad que ahora se sentía incómodo viendo la luz?

Merry estaba confundida y, por primera vez, le daba más miedo hacer las preguntas que responderlas, porque temía mucho menos su verdad que la de Bastian.

«Lo que merezco», decía. No era la primera vez que lo comentaba. Ahora se daba cuenta de que se había autoimpuesto ser desgraciado a modo de penitencia. Y penitencia, ¿por qué? ¿Acaso no tuvo suficiente con que su padre los vendiera, su amigo de la infancia lo traicionara, el duque de Sayre falleciera cunado más lo necesitó... y perdiera a la mujer de sus sueños? Bastian se sentía culpable. Y Merry siempre llegaba a la conclusión de que eso era así porque había cometido un delito imperdonable. Uno por el que incluso alguien como él, desapegado y con su propio sentido de la justicia, estaba pagando.

Durante las horas previas a la boda, tan solo un día después del encuentro en la biblioteca, Merry estuvo meditando largo y tendido sobre cómo reaccionaría si alguna vez llegaba a descubrir que Owen decía la verdad. Que Bastian, en efecto, había asesinado a Annelise Longstaff para vengarse del duque. Su corazón insistía en que era imposible, pero su cabeza, más despierta que nunca, le impedía dejarse llevar por lo que dictaran sus sentimientos: ya lo había hecho con Goody, y no estaba dispuesta a volver a cerrar los ojos ante la fatalidad. Merry aún titubeaba a la hora de establecer unos principios a los que aferrarse. Le costaba discernir lo que estaba bien de lo que estaba mal. Pero si algo sabía con toda seguridad, era que el asesinato suponía un crimen imperdonable, y que aquellos que los llevaban a cabo eran bestias sin alma.

Ahora bien... ¿Era así en todos los casos? ¿Bajo qué circunstancias podría justificarlo o perdonarlo?

Mientras se ponía el vestido de boda, Merry se preguntaba si antes de dar el «sí, quiero» no debería abordarlo directamente. Tenía experiencia haciendo preguntas, pero ninguna tan invasiva como esa. No solo le aterraba la verdad. También cómo pudiera reaccionar. Pero aunque lo

quisiera, ¿podría casarse con un hombre del que se rumoreaba una maldad semejante?

La boda se celebraría en el jardín trasero de una de las propiedades de Bastian. Le habían dicho el nombre de la calle, pero Merry no atendió y ahora no tenía la menor idea de dónde estaba: solo de que llevaba un precioso vestido con tantas capas de seda brillante que se movían como las olas del mar al caminar, y que estaba tan feliz por lo que iba a suceder como tremendamente preocupada. No quería ser la esposa estúpida de nuevo. No quería estar a merced de la malicia de alguien, si es que de veras era malo...

No se lo pareció cuando lo vio de pie, ajeno y elegante, esperándola entre los rosales. Parecía uno de esos dioses altaneros y esquivos que no bajaban la vista hacia los mortales hasta que ocurría una desgracia. De los que solo chasqueando los dedos podían provocar una catástrofe sin arreglo. Merry se vio inevitablemente atraída hacia él, más humana y corriente: consciente de que estaba a punto de casarse con un hombre que podía no ser nada de lo que parecía. Pero amaba tanto esa imagen, real o ficticia, que estaba dispuesta a arriesgarse.

Bastian se giró hacia ella. No habría sabido decir qué pensó, pero fue visible cómo las emociones lo devastaron. Se puso pálido de golpe, igual que si acabara de ver un fantasma. Abrió y cerró las manos como si le dolieran las articulaciones.

Merry le ofreció una sonrisa en cuanto llegó a su altura. Él no pudo corresponderla, pero ella sintió que, a su manera, lo intentó: intentó transmitir calma y seguridad. Una que no sentía.

Se dio cuenta de que se humedecía los labios, nervioso, y empezaba a sudar. Merry lo observaba por el rabillo del ojo sin saber cómo ayudarlo. Quiso preguntarle si se encontraba bien, pero el sacerdote acababa de empezar la misa y no quería interrumpirlo. Se limitó a mirarlo fijamente, esperando que él despertara de su trance ansioso y sobreentendiera que quería que le dijera qué andaba mal. Pero Bastian no se movió. Parecía que el simple hecho de estar de pie le estuviera costando un esfuerzo sobrehumano.

De pronto, cuando el sacerdote estaba a punto de enumerar las obligaciones matrimoniales, Bastian lanzó una mirada desesperada al testigo. Cassidy rompió la postura solemne, como si acabara de entender

lo que sucedía. Dio un paso al frente, quizá con el objetivo de detenerlo o tranquilizarlo.

No fue lo bastante rápido.

—Lo siento —balbuceó Bastian, pasándose una mano por el rostro empapado—. No puedo hacerlo.

Dicho aquello, se dio la vuelta y se marchó.



Bastian maldijo cada paso que dio en la dirección contraria. Su corazón se había quedado allí, latiendo en el altar improvisado; entre el sacerdote y la mujer a la que había prometido felicidad, pero no podía regresar.

No tenía nada que ver con que sintiera que se estaba precipitando. Las dudas que llevaban días carcomiéndolo eran ajenas a Merry, ajenas a sus propios sentimientos, que ganaban terreno conforme más tiempo pasaba a su lado. Era la promesa que estaba rompiendo. Era el amor que se estaba desprendiendo de él. Era la mujer a la que decía adiós para siempre.

Bastian llevaba sufriendo por el duelo de Annelise desde el día en que encontró su cuerpo flotando en el Támesis. Pero no había tenido la menor intención de despedirla o abandonar sus esperanzas hasta que había visto a Merry con su vestido lila. La elección no había sido arbitraria; ella quería un traje a juego con sus ojos. Y Bastian no había tropezado con algo tan bonito en todos los días de su vida. Ni con nada que lo hiciera sentir tan especial, vivo y seguro de que todo por cuanto había pasado hasta llegar hasta ese momento, había merecido la pena. Y eso lo convertía en un traidor a la imagen y el recuerdo de Annelise.

Los precipitados pasos lo guiaron a Hyde Park. Las orillas del lago Serpentine estaban atestadas un lunes a esa hora de la mañana. Hasta donde alcanzaba la vista, podía contar una decena de parasoles y unas cuantas mujeres vestidas de santeras, acompañando a sus damas en el paseo matutino. Los hombres se detenían a saludar, a devolver los flirteos de las más comprometidas con la caza del marido, y a veces solo para enviar miradas apreciativas a los escotes que la temperatura de ese día habían propiciado.

Bastian ignoró toda aquella pantomima absurda y se sentó donde semanas antes había besado a Merry. El instinto lo había llevado allí y eso

ya debería haberle servido para comprender que la quería consciente e inconscientemente, algo que no estaba aún preparado para asumir.

No supo cuántas horas transcurrieron desde que agarró la primera piedrecita de la orilla y la arrojó a la superficie, pero fue testigo de cada una de las distintas posiciones del sol. Empezó a sentirse cómodo con el atardecer. El sonido de las voces entremezcladas y las risas de pega fue sustituido por el rumor del agua. Los grillos más puntuales no tardarían en salir a cantar.

Siempre había amado la naturaleza. Y aunque le gustara Londres, aunque todas las oportunidades de ocio que ofertaba lo hubieran impresionado al llegar, era consciente de que buscaba un pedazo de naturaleza cada vez que quería relajarse. Había nacido y crecido en las cuadras de Beverly Abbey. Pertenecía al mundo de los animales mucho antes que al de los hombres civilizados. Quizá por eso supo desde el principio que sería inevitable que Merry se convirtiera en su debilidad. Y quizá por eso hubiera hecho todo lo posible por alejarla: porque al ponerla como prioridad, estaba empujando a Annelise fuera de su pedestal. Para siempre. Porque un matrimonio... era para siempre.

Unos pasos cautelosos le hicieron mirar por encima del hombro. Merry caminaba hacia él, descalza y con el moño deshecho. Aún llevaba ese precioso vestido lila que refulgía como el agua con el sol del atardecer. Era toda una aparición: bella y serena.

—Se me ocurrió que estarías aquí —dijo.

—¿Por qué? —se oyó preguntar, con la voz cascada.

—Es el lugar al que vendría yo si quisiera calmarme.

Bastian la miró arrepentido.

—Acabo de abandonarte en medio de tu boda...

—Me he dado cuenta de eso —repuso con suavidad.

—...y lo que haces es excusarme con que «quería calmarme». ¿Por qué eres tan comprensiva? ¿Cómo es posible que entiendas mis reacciones antes de que yo pueda explicármelas?

—No he entendido tu reacción, pero sé que si aparezco gritándote no vas a contarme cómo te sientes.

—¿Qué significa eso? ¿Que me manipulas con tu aparente benevolencia cuando en realidad estás furiosa?

—Bueno... —Se sentó a su lado y recogió las rodillas para abrazárselas —. No estoy muy contenta. Creo que te has tomado demasiadas molestias

convenciéndome de ser tu esposa como para abandonarme. Pero si no lo hubieras hecho tú, tal vez lo hubiera hecho yo. Era evidente que no querías estar ahí.

Bastian compuso una mueca de horror. Se arrastró hacia ella, llenándose los pantalones de barro, y la tomó por las mejillas. Abrió la boca para decirle que se equivocaba; que la quería. Pero ni una sola palabra salió de sus labios. Terminó soltándola, frustrado, y devolviendo la vista al brillante reflejo del sol naranja en el agua.

—Llevo demasiado tiempo pensando que me casaría con una única mujer, y que si no era esa... no sería ninguna. Han sido muchos años convencido de que al girarme en el altar vería un rostro...

—Y has visto otro.

Bastian se quedó un momento en silencio.

—Nunca podría haberme casado con Annelise —murmuró—. Ella no me quería. Estaba enamorada de Nate... del duque de Sayre. Pero de tanto imaginarla conmigo, llegué incluso a creer que mi sueño de estar con ella se cumpliría aun habiéndola enterrado. ¿Alguna vez has sentido eso? —preguntó, desesperado—. ¿Alguna vez has sentido que alguien que amabas seguía contigo cuando ya te había dejado?

—No —admitió—. Siempre me he obligado a dejar marchar a los muertos. A mis padres, a mis abuelos... Mi madre decía que, si no lo hacemos, se pasan toda la vida persiguiéndonos. Y no es justo para ellos.

—Ella nunca me ha perseguido. Era yo el que la perseguía... y el que sigue haciéndolo. —Apretó la mandíbula y la miró de soslayo—. Odio con el alma hablar de esto contigo, pero si alguien se merece la verdad, esa eres tú.

Merry lo miraba con paciencia.

—¿Qué ocurrió?

—La conocí un día que fui a enfrentar a Nate por la cuestión de la herencia. Acababa de llegar a Londres. Estaba muriéndome de hambre y sentía que él tenía la culpa. Resulta que estaba acompañado por una mujer cuando llegué... Annelise. No era su prometida ni nada oficial, pero podías ver en sus ojos que estaba perdidamente enamorada de él, así como yo caí enamorado de ella.

»Nos acercamos gracias a un trabajo estable que conseguí y unos contactos de las altas esferas que pude agenciarme... y, en parte, porque le dije que conocía muy bien a Nate. Que nos unía una relación muy cercana

y longeva. Eso fue lo que hizo que Annelise permitiera que la visitase: noticias jugosas sobre Nate, historias sobre Nate...

»No tengo palabras para explicar lo que sentía por ese hombre. Lo veneraba. Me dijo una y mil veces que moriría por él, cuando él ni siquiera pretendía cortejarla. Parece que estaba detrás de otra mujer, una pelirroja exuberante... Annie no sabía nada de eso.

Bastian intentó inspirar hondo. Una oscura presión en el pecho se lo impidió.

—Nate le hacía falsas ilusiones. Unos días la recibía, y otros la ignoraba. Por lo que sé... —Cerró las manos en dos puños—, llegó a acostarse con ella. Annelise esperaba una propuesta de matrimonio después, pero nunca llegó, así que se presentó en su despacho en persona para aclarar la situación.

»A día de hoy no sé qué demonios le dijo, además de que nunca la amaría. No sé de qué forma le rompería el corazón. Pero vino a buscarme deshecha en lágrimas, fuera de sí como yo nunca la había visto. Debí haber imaginado antes que cometería una locura, porque cuando se me ocurrió... fue demasiado tarde.

Merry tragó saliva.

—Se quitó la vida —dedujo.

—Se metió en el Támesis con el mismo vestido con el que vino a verme —narró sin entonación, con los ojos desenfocados—, y se ahogó. Igual que Ophelia, el personaje de su obra teatral favorita.

—¿Por eso odias el teatro?

—No lo odio. Pero no soporto a Shakespeare.

Hubo un silencio que se extendió hasta que las palabras volvieron a brotar de sus labios.

—Desde que se fue, no pude sacarme de la cabeza la idea de que iba a ser la última vez que la veía. Así que un rato después la seguí, y... Fui el primero que la encontró. La saqué del agua, intenté que volviera conmigo... —Se miró las manos como si ella aún siguiera ahí. Cerró los puños, lleno de impotencia—. Después llegaron todos los demás. Me acusaron de haberla matado yo mismo y pasé una semana en Newgate. Podrían haberme condenado a la pena capital si mi hermano no hubiera intercedido por mí, demostrando que no había pruebas.

Una sonrisa amarga curvó sus labios.

—Si hay algo peor que perder a alguien, es que te acusen de su muerte. Fue duro pasar el duelo entre rejas. Pero lo peor es que siempre he sentido que la policía tenía razón. Yo no la ahogué, pero podría haberlo evitado. Podría haberla seguido, podría haberla obligado a quedarse conmigo hasta que se calmara, podría... podría haber destruido a Sayre antes de que él la destruyera a ella. Luego tuvo el descaro de retirarse de la temporada para llorar su pérdida, como si no hubiera provocado esa catástrofe. Como si fuera la víctima y no el verdugo.

Merry le pasó una mano por la cintura y apoyó la mejilla en su hombro.

—¿Cómo era ella?

—Tremendamente dulce. Sensible. Me acuerdo de que adoraba su risa, aunque no sepa cómo suena. Le encantaba bailar y su pelo olía a agua de rosas. Cogía de la mano a todo el mundo. Era... su forma de ser afectuosa en público. —Arrugó el ceño—. Ya no... No recuerdo su rostro, pero sé que era hermosa.

Bastian dejó caer la cabeza a un lado. El cabello de Merry le hizo cosquillas en el mentón. Inhalar su característico perfume lo devolvió a la realidad, una que no se veía tan descorazonadora... aunque sí demasiado incierta.

—Si no quieres casarte conmigo, no importa —dijo Merry en voz baja—. Seré tu amante.

—Te quiero demasiado para reducirte a eso.

—Pero puedes tenerlo todo, Bastian. Es lo que te ofrezco. Puedes seguir aferrado a ella y tenerme a mí. Si te gusta cómo soy, si te sientes bien conmigo, si te tientan mis labios... tómame. No voy a pedirte nada a cambio.

El corazón de Bast se quedó sin latidos.

—Puedes pedirme lo que quieras —replicó—. Merry, no puedo... No sé explicarlo mejor. Tengo que soltarla para hacerte un hueco en mi vida porque pensar en las dos acabará volviéndome loco... y quiero hacerlo. Ese es el problema. Quiero olvidarla y estoy haciéndolo, cuando no debería. Se supone que debería ser más difícil. Se suponía que tendría que ser ella para siempre, pero ahora eres tú.

Merry lo miró a los ojos. Le pareció que la invadía la culpabilidad, pero lo descartó enseguida. Debía ser él a quien se lo comieran los remordimientos por haberla dejado sola.

—Había escuchado la historia de Annelise. Por un momento pensé que... que podrías haberle hecho daño —murmuró Merry. Casi no la escuchó—. Siento haber dudado de ti. Siento... haber confiado en la palabra de otros antes de preguntarte.

—¿Quién te habló de eso?

—Ha habido varias personas que me han advertido sobre ti. Por ejemplo, lady Clarence me dijo que debía haber un motivo ruin detrás de que me compraras.

Bastian esbozó una sonrisa melancólica.

—Y estaba en lo cierto. El motivo era que soy tan malvado que te quiero solo para mí.

Merry se mordió el labio.

—¿Significa eso que...? ¿Te casarás conmigo?

Respondió sin palabras. Rodeó su cintura con el brazo y se fundió con ella en un beso. Solo se separó lo suficiente para afirmar, sin aliento:

—Sí, quiero.

Capítulo 25



Merry no quiso buscar las diferencias entre su primera noche de bodas con Goody y el comienzo del matrimonio con Bast, pero lo tenía todo tan fresco en la memoria que fue inevitable. Él la llevó de vuelta a casa entre besos y promesas susurradas, y la cargó en volandas hasta una cama que estaba por estrenar.

—Debes ser la novia más bonita de la historia —le dijo, mirándola desde el borde del colchón. Ella se había ruborizado. Sus manos acariciaban de forma nerviosa la primera capa de seda casi transparente.

—¿Te gusta? Llegué tarde a la ceremonia porque estaba mirándome en el espejo —confesó. Dio una vuelta sobre sí misma y la falda la acompañó como un remolino de colores—. Es precioso.

—Me refería a ti, no al vestido. Pero sin duda te favorece.

No hubo muchas más palabras durante la primera parte de la noche. Merry no entendió la razón al principio, pero estaba ansiosa por sentirlo de cuerpo presente; quizá porque no la abandonaba el temible presentimiento de que pronto eso podía cambiar.

Su cabeza era un hervidero de dudas y su corazón un caldero de preocupaciones. Eran demasiados los problemas a los que no sabía poner solución. Estaba enamorada de un hombre para el que jamás sería la primera opción, y lejos de ganarse el lugar principal siendo leal, había fijado una reunión clandestina con un secuaz de su enemigo para darle información. Los remordimientos fueron lo que la despertó a la mañana siguiente y la hizo vagar, descalza y atormentada, por una casa incluso más amplia que la de Chesterfield Street.

No iba a mentirse diciendo que había cedido al chantaje porque viera a Bastian capaz de matar a una mujer. Aquello había sido solo la excusa perfecta. Merry estaba asustada por lo que podría ser de él si alguien no le paraba los pies a tiempo.

No dudaba que hubiera vivido relativamente protegido los últimos tiempos gracias a sus tratos con criminales de alto rango, pero eso ya se

había terminado. Y Merry se sentía injusta y egoísta por querer apartarlo de allí a través de una colaboración con los rufianes que intentaron matarlo; por anhelar una vida larga y tranquila a su lado, algo que en realidad dudaba que fuera posible. No veía a Bastian enamorado de su labor en los suburbios. Aquella no era su vocación. Pero Merry sospechaba que una adentrado en las profundidades de un mundo complejo y peligroso como aquel, donde la la deserción se pagaba muy cara, no era tan fácil salir. Y por supuesto, aspirar a una vida relajada quedaba fuera de toda cuestión.

Esa comeción fue a más con el paso de los días. El día de la reunión con Owen se acercaba y lo único que Bastian hacía era llenarla de atenciones. La había convertido en el centro de su mundo. Se había casado con ella. Le hacía regalos; le había buscado una institutriz para suavizar su acento, mejorar sus modales y aprender a leer y a escribir, tal y como ella deseaba... Y Merry, a cambio, iba a pagarle con una puñalada traperera.

Cuando lo supiera —porque estaba segura de que lo descubriría—, ¿cómo reaccionaría? ¿La abandonaría a su suerte...? Saber que eso era una posibilidad le tenía el alma pendiendo de un hilo, y ya no había noche que pudiera dormir tranquila. No podía olvidar que lo único que podía atenuar el golpe de una traición, era el amor entregado y genuino. Y si bien él sentía un amor dulce y amable por ella, el que necesitaba para que la perdonase, el necesario para que también lo olvidase pertenecía a Annelise en exclusiva.

Merry intentaba ignorar esa parte de sí que se desesperaba por aquella confesión. Había hecho lo imposible por asumir su lugar y borrar de su cabeza la imagen e idea del amor de su vida, pero no podía. Cuando no se flagelaba por Owen y no poder contarle lo que sabía, lo hacía por ella. Y si bien al principio solo le dedicaba un pensamiento triste, marcado por los celos y la envidia, ahora dominaba toda razón. Los días en los que acababa exhausta por haberse abandonado al regomello, se preguntaba para qué servía todo. Para qué preocuparse tanto, si hiciera lo que hiciera, bueno o malo, ella nunca sería Annelise, sino el parche temporal de una lesión crónica. Por mucho que la quisiera, Merry sentía que no tenía lo que debía tener para curar ese desengaño. Y en el camino de intentarlo desesperadamente, la que se había desengañado a sí misma, había sido ella.

—Te noto inquieta —le dijo Malorie esa tarde, mientras recorrían Bond Street con una bolsita llena de monedas en cada bolsillo.

A la joven le encantaba salir de compras y Merry no soportaba la soledad cuando tenía tanto en lo que pensar. Juntas habían creado la costumbre de pasear y despilfarrar la fortuna de su padre y marido respectivamente en cintas y otros accesorios que no necesitaban para nada.

Merry esbozó una sonrisa de circunstancia.

—Me está costando adaptarme a la vida de casada.

Y no era mentira. Esa vida de casada no tenía nada que ver con la que sufrió cuando se apellidaba Goody. Ni cuando se llamaba Merry.

Había decidido que quería que todo el mundo se dirigiera a ella como Meredith; no solo porque fuera un nombre más elegante y sonara mejor, sino porque desde el principio, desde que Bastian lo pronunció, se identificó con él. Incluso cuando no lo sabía o no podía ponerle palabras, Merry quería dejar de ser Merry y ser alguien diferente. No necesariamente alguien adinerado y con buena reputación, sino solo otra persona.

—¿Echas de menos el campo?

—La verdad es que sí —confesó. Caminaba cogida a su brazo, quizá con más ímpetu del debido—. Me crié casi en la naturaleza. Y aunque Londres es una ciudad maravillosa, cada día que pasa es más evidente que no pertenezco aquí. Me resulta... extraño. Pero no le digas nada a Bast. No quiero que piense que soy una desagradecida.

—Para ser una desagradecida hay que hacer algo más que echar de menos el hogar —repuso Malorie—. Yo no puedo imaginarme viviendo fuera de la ciudad, pero supongo que es cuestión de gustos.

»Espero que no te dé miedo mencionarle esto porque vuestra relación ya se haya resentido. Los matrimonios significan la muerte del amor para los que se casan enamorados, y muy habitualmente, el comienzo de un sentimiento maravilloso si no había más que disposición a llevarse bien.

—Bastian no está enamorado de mí. Solo me quiere, pero no de esa manera. Su corazón pertenece a otra.

Malorie la miró con curiosidad. Se detuvo delante del escaparate de la tienda de cintas, el que había sido su destino original.

—Si te refieres a que no te quiere de la forma enfermiza y deplorable que aprendió gracias a lady Annelise, entonces estamos de acuerdo.

Merry no ocultó su sorpresa.

—¿La conociste?

—Ahora mismo tendría un año menos que yo. A decir verdad, no la traté demasiado. Ya sabes... Parece que las hijas de burgueses portamos algún tipo de peste mortal y los aristócratas deben protegerse de una epidemia manteniendo las distancias. Pero sí que llegué a saber más o menos quién era.

—¿Y quién era?

Malorie clavó sus extraños ojos color ámbar en el cielo plomizo. Estaba a punto de llover.

—Parece que es obligatorio hablar de los muertos en los mejores términos. No dudo que se estableciera como costumbre porque se les tiene miedo —meditó, sin mirarla—. Yo no soy una excepción. Los respeto. Y pienso que la mejor forma de respetarlos es recordándolos tal y como eran. Buenos o malos.

»Lady Annelise era una pobre desgraciada. El hombre que amaba no la correspondía, y su extrema sensibilidad le impidió aceptarlo. Algunos dicen que estaba loca —continuó. Sus ojos escrutaron a los transeúntes, como si quisiera asegurarse de que nadie atendía a lo que decía—. Si eso fuera así, no puedo confirmar, pero tampoco desmentir, que el asunto del duque de Sayre la terminara de desquiciar.

—¿Todo el mundo conoce la historia? —susurró, impertérrita—. ¿Cómo es que... lo sabes?

—Soy muy buena amiga de los dos involucrados, tanto de Bastian como de Nate. Y yo siempre supe que eso acabaría mal. Una mujer bien educada no se deshace en lágrimas en el tocador hasta llegar al desmayo porque su caballero preferido no haya acudido a la velada. Ni tampoco va a visitarlo a horas intempestivas, después de caminar a solas bajo una tormenta, con la intención de insinuarse a alguien que ya le ha dicho que no.

Merry la miraba conmocionada.

—¿Bast... sabe eso?

—Se lo he dicho como buenamente he podido, pero siempre se ha negado a aceptar una mala palabra sobre ella. Es curioso; cuando uno intenta mencionar a Annelise, él no tarda ni tres minutos en dirigir la culpa y el problema al duque. ¿Entramos?

Merry asintió muda de asombro. Soltó su brazo y la dejó empujar la puerta del negocio antes de pasar ella.

Ya estaba familiarizada con las tiendas de accesorios, y aquella en particular le gustaba especialmente. Las cintas colgaban de los paneles y las barras que segmentaban la estancia como las ramas de un sauce llorón, solo que de tantos y variados colores que parecía un arcoíris.

Ese día había tanta gente que apenas se podía respirar entre las densas faldas de las mujeres y sus penetrantes perfumes.

Merry siguió a Malorie, que se movía como pez en el agua.

—¿Es cierto que...? —Carraspeó—. ¿Lady A. y lord S. mantuvieron una... relación clandestina?

Maorie la miró por encima del hombro con el ceño fruncido.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Bueno, oí... oí que lady A. había perdido su flor —susurró—, y B. me aseguró que... No quiero ser indiscreta y no me gusta cotillear, pero...

—Lo mínimo que puedes hacer por amor es sentir celos, chiquilla. No te avergüences.

—¿Eso crees?

—En una situación como la tuya, por supuesto. Si me hubiera enamorado de un hombre que asegura que nacería de nuevo para estar con otra mujer, desearía tanto ser ella que quizá me convertiría en una réplica exacta. No podemos evitar ser ambiciosos e inconformistas cuando sabemos que alguien no nos quiere tanto como podría... o *cre*e que no nos quiere tanto como podría.

—¿Quién es el atrevido que no la ama a usted hasta el límite de su conciencia? —interrumpió una voz masculina, serena y elegante. Merry alzó la vista en busca de ese perfecto acento londinense que quería llegar a alcanzar, y se encogió sobre sí misma al reconocer al duque de Sayre.

Malorie esbozó una sonrisa coqueta y le ofreció la mano.

Merry se dio cuenta de que la tienda se sumía en un tenso silencio cuando el duque le besó el dorso. Podía imaginarse qué estaban pensando: ¿qué hacía el duque de Sayre entreteniéndose con una mujerzuela del tres al cuarto? En lo poco que la conocía, y gracias a sus largas travesías por Bond Street, Merry había reparado en la reticente actitud de la gente hacia ella, sobre todo de parte de las mujeres. No ya porque fuera acompañada de alguien que no había sido presentado en sociedad; también porque su comportamiento y estridente personalidad los repelía. Muchos fingían no

oírla cuando hablaba. La otra mitad, en cambio, se alegraba tanto de verla que le dolían las mejillas de sonreír, como era el caso de duque.

Él era algo más sutil, pero el brillo en los ojos lo traicionaba.

Cuando lo vio por primera vez en el despacho del señor Davenport no dudó que se tratara de alguien importante. Hasta él, no había tropezado con un hombre que no necesitara despegar los labios para transmitir toda la fuerza de su autoridad. Su seguridad en sí mismo era tan apabullante que parecía absorber el amor propio de los demás; todos tenían tan asumida su condición plebeya que, en su presencia, actuaban como tal.

—¿Cómo se atreve a escuchar conversaciones ajenas? —lo reprendió Malorie, con una nota de diversión—. ¿Dónde se ha educado usted, excelencia?

—Muy lejos de una mujer tan interesante como la que tengo delante. Ni toda la educación del mundo podría evitar que cayera en la tentación... —Ladeó la cabeza hacia la silenciosa Merry. Ella sintió que sus ojos azules la atravesaban—. ¿Estoy a tiempo de corregirme y cambiar el singular por el plural? Parece que las mujeres interesantes son dos.

Merry había recibido algún que otro comentario coqueto por parte de desconocidos, pero el del duque era más bien un cumplido cortés; hacía de lo que ella entendía como flirteo una sencilla forma de hablar.

—Meredith Carstairs —la presentó Malorie—. Meredith, él es el duque de Sayre, lord Nathaniel Blackbourne.

El caballero no hizo el amago de tomar su mano. Solo asintió con la cabeza, más como un simple reconocimiento que a modo de reverencia. En sus ojos se podían diferenciar muy bien dos emociones: la curiosidad y el respeto.

—Eso me había parecido —dijo con suavidad—. Recuerdo haberla visto en el despacho de Davenport. Me disculpo por no haberme presentado entonces, pero no habría habido forma humana.

—Lo dice como si yo hubiera estado dispuesta a hacerle una reverencia —soltó sin pensar—. Mi interés por usted es el mismo que el de mi marido.

El duque alzó las cejas apenas un centímetro.

—Bueno... ¿Qué le trae a usted por aquí? —interrumpió Malorie, con su acostumbrado tono musical—. ¿Usted también quiere llevar cintas en el pelo?

Aunque respondió con total naturalidad, Nathaniel no despegó la mirada de Merry, que empezó a sentirse incómoda. Tenía los mismos ojos que Bastian: capaces de hacerse notar incluso si no los miraba directamente.

—Venía en busca de un regalo —confesó—, aunque no he encontrado nada a la altura.

—¿Busca algo en especial?

—Lo cierto es que no. Siempre salgo esperando que algo me sorprenda, y por hoy debo darme por satisfecho... incluso aunque me vaya con las manos vacías.

Merry seguía con la vista clavada en el suelo cuando detectó cierta amabilidad en su respuesta. Alzó la barbilla, temerosa, y cruzó miradas con él.

Se intentó recordar que aquel hombre estaba compuesto de hipocresía y soberbia, como se decía de todos los nobles, y que, para colmo, arruinó la vida de una pobre jovencita. Pero no fue eso lo que vio en su rostro calmado, en su postura relajada. Un hombre capaz de cometer una atrocidad semejante nunca podría transmitir esa honesta serenidad. Estaba muy tranquilo consigo mismo, y eso consiguió abrir una grieta en lo que Merry tenía por una verdad irrefutable.

—¿Tiene nueva querida? —preguntó Malorie sin rodeos. Los ojos de Nathaniel se achataron con diversión.

—¿Dónde se ha criado usted, señorita?

—En el mundo de los curiosos —contestó con alegría.

—Si eso es cierto, espero que con ella no acaben mal las cosas —se le escapó a Merry.

De nuevo tuvo la atención de Nate sobre sí.

—Normalmente me cuesta más de dos frases averiguar qué opinión tiene alguien sobre mí —comentó—, pero usted ha demostrado tener talento para dejarlo todo claro a la primera. Me pregunto si el hecho de basarse en la idea que otros tienen no hace que se pregunte si podría equivocarse.

—En absoluto —dijo, aunque vaciló.

Nathaniel movió la cabeza afirmativamente, pensativo.

—Si en algún momento se cuestiona sus verdades, estaré encantado de recibirla en Belgrave Square y arrojar un poco de luz al asunto.

Merry se quedó de una pieza con su respuesta.

Debía ser una de las pocas personas que se habían atrevido a desairarlo, y lo primero que la institutriz le había enseñado, era que los aristócratas tenían todo el derecho a dejar en evidencia a quien fuera descortés. No lo hizo. El comportamiento de Nathaniel era propio de alguien humilde y preocupado, y eso le pareció sospechoso.

—Estoy segura de que tiene mejores cosas que hacer que intentar convencer de su supuesta bondad a alguien insignificante.

—Nunca he tenido nada mejor que hacer que intentar acercarme a su marido. Si a través de usted puedo formar un puente, entonces bendito sea.

Merry intentó mantener la pose, pero había un ligero aire melancólico en su manera de mencionar indirectamente a Bast; una pena que había tratado de subsanar por su parte durante mucho tiempo, hasta que no le quedó otro remedio que rendirse a lo evidente. Un simple pestañeo le dio más perspectiva que noches y noches dándole vueltas a la historia.

Supo que, aunque el duque no se martirizaba, no perdería la menor oportunidad de redimirse ante Bastian.

Se despidió de ellas con otro sencillo asentimiento de cabeza y salió de la tienda. Bajo la atenta mirada de la mitad de los clientes, Malorie soltó una carcajada muy poco discreta.

—Siempre pensé que solo una mujer podía dejarle esa cara de idiota —reía—, pero ahora sois dos.

Media hora después, y con la bolsa más ligera en el bolsillo, las dos volvían a echarse a la calle en busca de nuevas ofertas. Merry escuchaba a Malorie con atención, pero no terminaba de asimilar lo que decía. Pensaba en el encontronazo con el duque, en si se lo diría a Bastian... en si, algún día, encontraría el valor para presentarse en su casa y darle la oportunidad de contar cómo vivió él lo que para Bastian fue un infierno.

No podía mentir; su perspectiva le generaba una gran curiosidad. Apenas podía sacarse de la cabeza cómo la había mirado, como si de alguna manera ella fuese la última esperanza.

¿Y si Bastian estaba equivocado? ¿Acaso saber la verdad sobre la gran desgracia de su vida no lo aliviaría? En su fuero interno fantaseaba con que al final todo fue un malentendido de épicas proporciones, y al descubrirlo, Bastian por fin soltara el recuerdo de Annelise. Aunque nada le aseguraba que olvidándola fuera a amarla a ella, Merry pensaba que podría estar más cerca.

Iba tan sumida en sus pensamientos que el choque con uno de los peatones la dejó sin aliento. Fue tan violento que Merry se soltó del brazo de Malorie y retrocedió unos cuantos pasos.

Al levantar la mirada, más divertida que molesta por los improperios que le soltó su acompañante, se quedó helada. Bajo el sombrero de fieltro y el gabán oscuro, reconoció los ojos pardos de Owen. Este le lanzó una mirada de aviso y, aprovechando que Malorie se afanaba recogiendo lo que le había tirado al suelo, le señaló una calle paralela. Allí iba a esperarla.

Merry no se movió, de repente paralizada por el pánico. Envió una nota el día de la citación diciendo que necesitaba más tiempo, y al no recibir respuesta creyó que iba a respetarlo.

Se había equivocado.

Pensó en avisar a Malorie, en inventarse una excusa rápida, pero viendo que no se daría cuenta de su desaparición, simplemente siguió a Owen procurando no levantar la mirada del suelo.

En el West End no había callejones como aquel en el que Bastian estuvo a punto de partirle el cuello; los del barrio rico estaban limpios y solía haber gente pululando por el acceso, pero por suerte —o por desgracia— lo encontraron desierto.

Owen la cogió del antebrazo sin miramientos.

—¿Te crees que puedes hacer lo que te parezca con nosotros? —siseó—. Llevas semanas posponiendo la citación. Si estás jugando conmigo, te juro que...

—No es eso —balbuceó ella, sin voz—. Es que no... Yo no... No he encontrado nada. Creo que el señor Carstairs no tiene ninguna debilidad más que...

—Más que, ¿qué?

Merry se mordió el labio, a punto de echarse a llorar. El maleante debía tener órdenes de no hacerle demasiado daño, porque la soltó y solo se la quedó mirando con la mandíbula apretada.

—No sé nada, señor —prometió—. No he conseguido sonsacarle ninguna información.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Abandonas? Porque en ese caso voy a tener que recordarte la alternativa. El siguiente no va a perder el tiempo en investigaciones. Le pegaré un tiro a tu querido Carstairs. Muerto el perro, se acabó la rabia.

Merry estuvo tan cerca de desvanecerse que se tuvo que apoyar en el propio Owen para mantener el equilibrio. Lo miró con ojos llorosos.

—Está bien, yo... Indagaré a fondo, le... Lo interrogaré en profundidad. Por favor, deme un poco de tiempo.

—¿Tiempo para escapar con él? —Se le heló la sangre. Había averiguado sus intenciones tan rápido que se asustó. ¿Qué otra alternativa le quedaba?—. Escúchame bien, estúpida. Mi jefe no es alguien con quien puedas jugar. Si se te ocurre largarte a alguna parte, ten por seguro que habrá consecuencias. Y si en algún momento se te cruza por la cabeza decirle una sola palabra de esto...

—No —barbotó—. No, le juro que no lo haré.

—No solo se encargará de él, sino también de ti. Somos muchos —aclaró—. Toda una red de exconvictos que ni siquiera él podría detener. Si me destapas a mí, otro de los míos hará el trabajo.

Merryladeó la cabeza hacia la salida. El callejón estaba algo más oscuro que la calle principal. Se le ocurrió salir corriendo, fueran cuales fueran las consecuencias. Owen debió verlo en su expresión, porque la cogió por la mandíbula y la obligó a mirarlo.

—Se acabaron las concesiones. Tienes hasta el domingo que viene. Si no me das algo con lo que trabajar, o si no me traes al puñetero Carstairs en persona, vas a lamentarlo.

La soltó y le hizo un gesto para que desapareciera. Merry no obedeció tan rápido como le habría gustado. Sus pies parecían haber echado raíces. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por arrancarse de allí y flotar, desequilibrada, hasta la calle principal.

Merry se secó los ojos con las mangas del vestido y fingió una sonrisa temblorosa antes de reunirse con Malorie, que no se había movido del sitio. Eran tantas las monedas desperdigadas que varios caballeros se habían ofrecido a ayudarla a recogerlas.

—¿Se puede saber dónde estabas? —la regañó, sin levantar la mirada del suelo. Todo lo que veía era el bajo del vestido de Merry.

—Había ido a regañar al caballero por su falta de educación —se oyó decir. Estaba mareada y no enfocaba bien—. Debería haber pedido disculpas.

—¿Y has conseguido que te las pidiera?

Merry se estremeció.

«Le pegaré un tiro a tu querido Carstairs».

—No —contestó con voz queda—. Lamentablemente no.

Capítulo 26



Bastian estaba preocupado por Merry. Llevaba un par de semanas comportándose de forma extraña, sonriendo como si en realidad no quisiera estar allí y evadiendo no solo las visitas de Malorie, sino también las conversaciones con su marido. Bastian sabía que su cháchara dejaba bastante que desear, pero se había dado cuenta de que el asunto iba más allá cuando Merry selló sus labios. Si ella no le tiraba de la lengua, le costaba encontrar las palabras. Sobre todo cuando en los últimos días no lograba ubicarse en la situación.

A pesar de estar confuso, suponía que zanjar la cuestión con Merry no debería ser tan difícil: con abordarla sin miramientos bastaría para sonsacarle lo que había en su cabeza. Pero Bastian ya sabía que no le gustaba que le hicieran preguntas, como también le costaba decir la verdad en según qué casos. A modo de resultado, y después de cinco intentos fallidos en apenas dos semanas, Bastian había resuelto que no averiguaría qué demonios le pasaba si no salía de ella hablarlo. Y no parecía que estuviera por la labor, sino todo lo contrario. La única forma que tenía de conectar con ella era por las noches, cuando se entregaba a sus caricias. Entonces sí parecía su Merry. Suave, dulce, generosa y sensual a su manera.

Era obvio que, fuera lo que fuera que la tuviese en estado de alarma, solo hallaba un instante de paz entre sus brazos. Y Bastian no iba a negárselo mientras eso la hiciera sentir mejor. Pero la echaba tanto de menos que se había sorprendido a sí mismo vigilándola apoyado en el marco de la puerta y colándose en sus lecciones de protocolo. Incluso algunas veces había renunciado a sus correrías nocturnas para quedarse con ella, sospechando que era algo relacionado con eso lo que la traía por la calle de la amargura. Cada vez que Bastian se despedía, bien entrada la noche, ella se tensaba de preocupación.

Al principio creyó que Merry estaría de acuerdo con su forma de ganarse la vida; que se adaptaría igual que se había adaptado a las nuevas normas sociales o a las rarezas de su segundo marido, pero ahora se daba

cuenta de que había sido un ingenuo. No le convencía que viviera en la calle y se jugara la piel, y menos cuando alguien lo estaba persiguiendo.

Una de las noches que salió, regresó antes de lo previsto y, sin temer despertar a Merry, se metió en su dormitorio. La mayoría de las veces dormían separados porque Bastian no quería alterar su sueño, pero en vista de la situación, no podía permitirse a cederle más espacio del que ella estaba poniendo. Tenía la amarga sensación de que la iba a perder y no sabía por qué, una conclusión que lo había sacudido tan pronto como puso un pie en el East End. Decidió, sobre la marcha, rehacer sus pasos y volver con ella para poner orden de una vez por todas.

Bastian dejó la lamparilla de gas sobre la mesita de noche y se quedó un momento admirando la curva de la cadera de su mujer. Qué curiosa era la costumbre, y lo fácil que era deshacerse de un viejo y doloroso vicio cuando el amor estaba ahí para inspirarlo: Merry se había adueñado de su corazón y de su cuerpo con una facilidad alarmante, casi sin que él se diera cuenta. Y aún le quedaba mucho por asimilar.

Cada día estaba un poco más cerca de admitir que estaba totalmente perdido por ella. A veces se quedaba mirándola embobado, y una intensa energía le recorría la espalda, como empujándolo a acercarse y abrazarla hasta que se le durmieran los brazos. No recordaba haber sentido esa brusca necesidad antes, pero lo sacudió igual que siempre solo tendiéndose a su lado.

Merry abrió los ojos en cuanto notó sus dedos en la mejilla. Dio un respingo, aterrorizada, y se separó de él.

—No, no... Soy yo, pajarillo —susurró. La abrazó por la cintura y la trajo hacia sí, tenso. Una nueva idea afloró en su consciente.

¿Y si estaba arrepentida de haberse casado de nuevo? ¿Y si las heridas que le causó Goody seguían allí, más abiertas y lacerantes que nunca? La posibilidad de haberla abocado a una vida de tormento por el capricho de abrirle los ojos le partía el corazón, pero la sintió tan obvia que, por mucho que le doliera, no pudo descartarla.

—Me has asustado —murmuró ella, amodorrada.

—Lo siento. No era mi intención.

—No pasa nada —atajó. Esperó un momento, inmóvil, y entonces dijo —: Hoy no me apetece... eso.

—Muy bien. No importa.

Merry vaciló.

—¿Estás enfadado?

—¿Y si te dijera que lo estoy? —tanteó. Ella pareció pensárselo.

—Me daría igual.

Bastian soltó una alegre carcajada.

—Eso es maravilloso...

Hundió los dedos en su melena suelta y la acercó a sus labios. Merry se quedó rígida antes de retirarle la cara.

Bast dejó de sonreír.

—¿Me acabas de rechazar un beso?

Silencio.

—Sí.

—¿Por qué?

Ella volvió a pensárselo.

—Porque no quiero que me des un beso —explicó muy despacio.

Como cada vez que lo sorprendía, Bastian soltó otra carcajada. Y después una más, y una tercera, y así hasta verse ahogado por un arranque de hilaridad que solo la confusión de ella pudo sofocar.

—¿De qué te ríes?

—Dios... Hazlo otra vez. Niégame todo lo que quieras.

En la relativa oscuridad, le pareció que Merry lo miraba sin entender.

—Eres un hombre muy extraño, ¿lo sabías?

—Creo que no es esa la descripción que otros darían sobre mí. Antes soy un infame bastardo, una vil rata de cloaca... —Merry volvió a girar la cabeza cuando él trató de besarla. Acabó presionando los labios contra su mejilla. Aunque no le molestó, tuvo que expresar su perplejidad—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué no quieres darme un simple beso de buenas noches? ¿He hecho algo mal?

—No... Es solo que hoy no... Quiero estar sola.

Bastian pestañeó.

—Llevas semanas huyendo de mí. Creo que va siendo hora de que me digas cuál es el problema.

—No hay ningún problema.

—Estás mintiendo.

—Tú nunca sabes cuándo miento.

—Nunca sé cuánta verdad hay en lo que dices, que es distinto. En eso que acabas de decir está claro que hay algo falso.

»Merry... —insistió, desesperado—. Dime qué he hecho.

Ella se quedó un momento en silencio.

—No has sido tú —susurró.

—¿Cómo?

—No has sido tú —repitió. Se dio la vuelta en la cama, y tras un segundo de silencio, suplicó—: Por favor, vete.

El primer impulso de Bastian fue cogerla del hombro y zarandearla en busca de una reacción distinta, pero se contuvo a tiempo. Antes se cortaría las manos que usarlas para algo que no fuera acariciarla, y en vista de que eso no era posible, no le quedó otro remedio que levantarse y abandonar el dormitorio. Antes de marcharse, se fijó en que Merry se abrazaba a sí misma y se hacía un ovillo bajo las sábanas. Algo en su postura hizo que se le formara un nudo en el pecho.

No era feliz.

La estaba haciendo desgraciada y no sabía cómo ni por qué. A fin de cuentas, él no había cambiado en esos últimos tiempos. Se seguía comportando con ella de la misma forma, incluso podría decirse que estaba más atento.

Lo que más descolocado lo tenía era que no fuese capaz de decírselo sin más. A pesar de soltar sus mentirijillas piadosas de vez en cuando, Merry era tan sincera en cuanto a sus sentimientos que a veces le abrumaba.

¿Qué era tan terrible que no se podía sincerar?

A la mañana siguiente, cuando Merry estaba en su clase matinal con la señora Pierce, una de las doncellas le dio una idea. Sarah estaba encargándose de esas estanterías altas de la biblioteca que le había prohibido a Merry, y él, sentado en el butacón, tachaba al undécimo sospechoso de su lista de posibles enemigos. Estaba al límite de su paciencia porque se le acababan los nombres y su esposa no le dirigía la palabra más que para dar los buenos días, y que Sarah no parase de lanzarle miradas dudosas solo le ponía de peor humor.

—Tienes dos alternativas —anunció, sin apartar la vista de la pluma. Garabateaba un par de apellidos nuevos sobre el cuaderno—. O dejas de mirarme de esa manera, o me dices a qué se debe tanto interés. Escoge.

Sarah se quedó inmóvil en lo alto de la escalera.

—Señor Carstairs, yo... Lo siento.

Bastian retiró la pluma y la miró con impaciencia.

—¿Qué pasa?

—Es que yo... Creo que no debería decírselo, pero quiero hacerlo.

—Por favor, ahórrate las adivinanzas. No estoy de buen humor, como habrás podido comprobar. ¿De qué se trata?

Sarah lanzó una mirada preocupada a la puerta. Dudó unos segundos antes de bajar las escaleras y entrelazar los dedos sobre el vientre.

—No sé si conocerá a mi amiga Lucinda. Trabaja como doncella para lady Tremble. La dama vive muy cerca de Trafalgar Square.

—Conozco a lady Tremble —soltó con impaciencia—. ¿Qué pasa con ella?

—Bueno... —Retorció las manos en el regazo—. Lucinda la estaba acompañando el otro día a unas compras... el mismo que la señora Carstairs salía con la señorita Sutton. Y parece ser que... Ambas vieron que la señora Carstairs...

Llevaba suficiente tiempo casado para haberse acostumbrado a esa nueva forma de referirse a Merry, pero siempre que lo escuchaba lo rebasaba una oleada de orgullo.

Este orgullo se marchitó tan pronto como cayó en la cuenta de que no iba a darle ninguna buena noticia.

—La señora Carstairs, ¿qué? —ladró. Sarah dio un respingo.

Se sintió culpable por pagarlo con ella, pero esta no le permitió disculparse. Escupió lo que había estado guardándose casi sin hacer una pausa para respirar.

—La vieron con un hombre. Estaban hablando en una de las calles paralelas de Bond Street, y parece que él la tenía entre sus brazos y la cogía de la cara. Incluso estuvieron a punto de besarse. Luego ella se despidió con lágrimas en los ojos y regresó con la señorita Sutton. No parecía que la señorita Sutton tuviera la menor idea sobre eso. —Cogió aire—. No quería cotillear, señor Carstairs. Sé que odia que se metan en sus asuntos. Pero pensé que querría saberlo.

Bastian no movió ni una pestaña.

No, no quería saberlo. Pensó que quería que Merry se lo dijera, pero acababa de darse cuenta de que era lo último que le apetecía oír.

Si se lo hubieran dicho un mes antes, lo habría visto como una vulgar habladuría con la que seguramente pretendían trastornarlo. Pero dudaba que lady Tremble tuviera nada en contra de él, y el comportamiento de Merry hablaba por sí solo.

No había querido contemplar que dejara de quererlo tan pronto. No había querido ni pensar que eso fuera una posibilidad. Pero en el fondo se lo imaginaba.

Merry no soportaba que la tocara porque ahora la tocaba otro hombre.

—¿Cómo era él? —preguntó, con la mirada fija en la pared.

—Señor Carstairs, no sabe cuánto...

—Descripción.

—No lo sé. Llevaba un gabán oscuro y un sombrero de fieltro. Es todo lo que pudieron ver. También era mucho más alto que ella. Lo siento —repitió—, no puedo decirle nada más.

—Es suficiente. Ya has dicho más de lo que ha dicho ella —masculló por lo bajo—. Gracias, Sarah. Y lamento mucho haberte hablado así antes.

—No se preocupe, señor. Lo entiendo.

Cuando Bastian se levantó, sintió que el suelo se abría a sus pies y perdía el equilibrio. Tuvo que agarrarse al reposabrazos y al amor propio para no volver a sentarse.

—Termina la tarea —ordenó.

—Sí, señor.

Bastian tuvo que insistir a sus piernas para que hicieran el camino hasta el salón principal, ahí donde la institutriz y Merry solían sentarse para las lecciones. Por el camino lo avasallaron toda clase de emociones. Pensó que vomitaría y después que se desmayaría; por último, que se moriría. Y justo cuando iba a detenerse a la entrada de la salita, se obligó a contener una risita crispada que murió al imaginarse a Merry enredada en la cama con otro.

¿Era eso tan importante como el hecho de que no lo miraba como antes? ¿De que no lo volvería a hacer?

En lugar de irrumpir como una parte de sí —la posesiva y celosa— le pedía, se quedó inmóvil bajo el umbral. Desde ahí tuvo una vista perfecta y privilegiada de lo que era Merry distraída.

Tenía la barbilla apoyada en la mano, y sus ojos apuntaban a la ventana abierta, por la que entraba una brisa estival. La primavera estaba en sus últimos días y no desaprovechaba la oportunidad de revolver los bucles que enmarcaban su tierna cara redonda.

Aun cuando la visión le hacía daño, Bast se quedó mirándola fijamente. Habría dado cuanto poseía por meterse en su cabeza y averiguar si era un hombre lo que dominaba sus pensamientos. Sin duda parecía una

enamorada con el corazón roto; una de esas mujeres que se pintaban durante el romanticismo, de rostro pálido y aura melancólica.

—Señor Carstairs —interrumpió el ama de llaves—. ¿Señor Carstairs?

Bastian se dio la vuelta de mala gana. No podía imaginarse qué clase de expresión oscurecía su semblante, pero la mueca que se le escapó a la señora Lambert fue bastante elocuente.

Se obligó a sí mismo a mostrarse más agradable.

No hubo grandes resultados.

—¿Qué?

—Le ha llegado esta nota de parte del señor Shaw.

Le arrebató el papel de las manos y lo desdobló casi a manotazos.

—Son las diez de la mañana. El señor Shaw no se levanta hasta las doce y media como muy temprano. ¿Quién está intentando hacerse pasar por...?

Enmudeció al comprobar que era su caligrafía, y lanzó un juramento al leer el texto. Arrugó la nota en una mano y se la guardó en el bolsillo antes de salir precipitadamente.

Capítulo 27



Bastian siempre se había sentido cómodo en el pub de Marcellus Salazar porque allí nada era lo que parecía. Después de que «esos bastardos de los reformistas» —como los llamaba O’Hara— se encargaran de que se prohibieran las apuestas por ley, se había afiliado al propietario del negocio para establecer su guarida secreta. Lo que a simple vista se presentaba como un club más donde beber, flirtear con las gloriosas fulanas del West End y jugar a las cartas, era en realidad el mayor centro de poder de la zona. Estaba situado entre el barrio rico y el pobre para poder abarcar el mayor número de apostadores. Ni a Marcellus ni a O’Hara les caían bien los aristócratas, como tampoco los burgueses, pero eran conscientes de que los necesitaban para enriquecer sus bolsillos y para que los amparasen de las cargas policiales. Gracias a la obsesión que los nobles tenían por, fundamentalmente, las carreras de caballos, Marcellus recibía chivatazos para tenerlo todo bajo control cuando fuera a llevarse a cabo una redada. El pub iba a cumplir pronto una década en pie y Marcellus no solo no había pisado la cárcel aún, sino que le pisaba los talones a Shaw en cuanto a fortuna.

El propietario era uno de los que estaban presentes en torno a la mesa redonda donde se sentaron; como siempre, esperaba de pie con un puro en la boca a aburrirse de la conversación. Era la definición de masculino. A pesar de ir siempre afeitado, la sombra de la barba se intuía en su mandíbula marcada. Era alto y robusto como un roble y vestía con la exquisitez de un noble.

Cerca de él, y acomodado como si estuviera en su propia casa, Danny O’Hara revisaba unos documentos. Tenía los dedos llenos de anillos y lucía la media melena ondulada con la misma vanidad que una mujer. Shaw tenía mejores modales que el anterior, y se sentaba sin poner los pies sobre la mesa, algo que nadie le habría recriminado cuando llevaba unos relucientes y carísimos Tricker’s de piel.

El que presidía la mesa era el Irlandés en persona, el motivo por el que Bastian había salido corriendo de casa: un tipo recio y grande habituado a

recogerse el denso cabello rubio en la nuca.

—Uno se va de vacaciones y ya lo creen culpable de un delito —bufaba, con los codos apoyados en la superficie. Adelantó una de las piezas de la partida de ajedrez que estaba jugando con Shaw. Había mil libras en juego y parecía que se disputaran tres sucios peniques—. He tenido algunos problemas de aduanas intentando pasar la mercancía a Londres. Debe ser por ese ministro estúpido que reclutaron hace poco. Han reforzado las leyes contra el contrabando y ahora voy a tener que ser más cauteloso. Casi tengo que pagar el nuevo impuesto.

—Es interesante verlo revisar obsesivamente la subida o bajada de impuestos tratándose de un hombre que nunca los paga, ¿no os parece? —comentó Marcellus, divertido.

Mientras los socios charlaban sobre cuestiones legislativas, Bastian atendía al juego sintiendo un doloroso vacío en el pecho.

Ya se había convencido a sí mismo de no vomitar el desayuno, pero el humo del cigarro de Marcellus le estaba revolviendo más el estómago, y no ayudaba recordar la partida que jugó con Merry.

Entonces había demostrado ser mucho más inteligente que él. Mucho más inteligente que nadie que conociera.

—¿Qué pasa contigo, Carstairs? —espetó el Irlandés, con su acento incomprensible—. ¿No dices nada?

—No me gusta interrumpirte cuando hablas de ti. Te pones muy violento.

—Me han dicho que te has casado —interrumpió Shaw, concentrado en sus piezas. La reina blanca dio una vuelta entre sus dedos antes de ser obligada a acabar con un peón.

—¿Y eso qué tiene que ver con mi problema?

—Tiene que ver bastante. En primer lugar, porque si te ha idiotizado, eso explicaría que no hayas sido capaz de resolver tu puñetero problema y nos estés molestando a los demás —expresó con suavidad—. En segundo lugar, es importante que lo sepas porque es clave para averiguar quién hay detrás de todo.

—¿Cómo va a ser clave?

Shaw arrastró la reina un par de casillas más y ejecutó un jaque perfecto.

—Usando solo la reina —apuntó—. Soy el único individuo de esta habitación que sabe usar a las mujeres de manera que sean útiles.

El Irlandés dejó escapar una risilla entre dientes.

—Olvídate de la partida y habla —ordenó Bastian—. ¿Qué demonios estás insinuando?

Shaw le dirigió una mirada aburrida antes de hacerle un gesto a alguien que estaba detrás de él. A los tres segundos, un adolescente de cabello pajizo y hombros estrechos se presentó con la barbilla gacha.

—Te dije que pensaba que Kevin me estaba traicionando, ¿verdad? Pues resulta que no me equivocaba. ¿Quieres saber cómo lo he descubierto?

—¿Me has hecho venir hasta aquí para recordarme lo inteligente que eres?

—Uno de mis aliados me contó que había visto que el muchacho Kev recibía correspondencia de parte de uno de los nombres falsos de Jim Gerry, uno de mis deudores —empezó—. Me preocupé de averiguar si les unía algún vínculo. Lazos sanguíneos, familia política, algún tipo de relación ilícita que no estoy en posición de criticar... —enumeró, sacando los dedos. Al final abrió la mano—. Y nada. Así que tuve que sacrificar una de mis deudas para asegurarme de que no andaba por ahí esparciendo información clasificada.

»Remontándonos a los orígenes, hace unos cuantos años le presté dinero a un tal Jim Gerry para que le pagara a O'Hara una pequeña fortuna. Podría habérsela negado; no me gusta costear los caprichos de los jugadores, pero supongo que me apetecía arriesgarme un poco. Naturalmente huyó la misma noche que mandé a unos amigos a recordarle que no puede saltarse mis leyes. No me molesté en ubicarlo hasta hace unos pocos meses, cuando lo recordé ordenando unos papeles. Se me ocurrió que podría estar en la casa que tiene en el norte, esa que puso como garante del préstamo y yo me negué a aceptar. No me gustan las ruinas rurales. Y antes de mandar a alguien a por él, lo dejé caer delante de Kevin. No os podéis imaginar qué sorpresa me llevé cuando me enteré de que Gerry había huido unos días antes de que mis compañeros llegaran a la aldea, tan solo unas horas después de venderle su esposa a un tal Bastian, reconocido por un aldeano llamado Harold. Gerry y Auckland regresaron juntos a Londres y pusieron al corriente a su jefe de que la primera parte de la trampa había sido completada con éxito.

Shaw se crujió la espalda y luego volvió a reclinarse.

—Se podría decir que, en cierto modo, te pegaron un tiro por mi culpa. Gerry, que parece que ahora se hace llamar Goody, nunca habría colaborado con el misterioso jefe si este no le hubiera prometido que le protegería de mi ira. —Miró al tembloroso Kevin con una sonrisa—. ¿No es así como lo dijiste el otro día? «Mi ira». ¿Os parezco un hombre iracundo? Sed sinceros.

—Prefiero ignorar la pregunta. No quiero desatar tu ira —dijo O'Hara en tono burlón.

—Soy lo contrario a iracundo.

—Si Kevin no miente —intervino Marcellus— parece ser que le destrozaste los huevos a Goody para llamarle la atención. Eso no suena a alguien que se tome las cosas con filosofía.

—Yo no le toco los huevos a nadie, ni en el sentido literal ni en el figurado —se ofendió.

—No osaría insinuar que te encargas tú mismo de amedrentar a la gente. —Marcellus alzó las manos—. Pero diste órdenes explícitas.

—Por supuesto que no. Ya hablé con Paul sobre eso. Se tomó una licencia que no le di.

—No me creo que se atreviera a desobedecerte. Kevin asegura que dejaste estéril a Goody. A golpes —apuntó Marcellus.

«Estéril», repitió Bastian para sí.

—Lo cierto es que me sorprendería que consiguieran dejarlo sin huevos, teniendo en cuenta que nunca ha tenido ningunos. Era un cerdo y un cobarde, y las mujeres deberían darme las gracias por eso. —Se miró las uñas con aire distraído—. Puede que, buscándolo por Londres para reclamar mi deuda, me enterase de que había violado a cinco de mis prostitutas preferidas.

—¿Cuántas prostitutas preferidas tienes? —inquirió O'Hara—. Mera curiosidad.

—Entonces sí que le rompiste los huevos por placer —determinó Marcellus—, lo que te hace un cabrón iracundo.

—Por favor, tengo mucha más clase que eso. No voy a negar que me alegrara cuando Paul apareció diciéndome que se le había ido de las manos, pero ni siquiera pronuncio esa palabra tan desagradable como para mandar a alguien a seccionar los genitales.

—Tal vez lo insinuaste.

—Creo que le dije que fuera contundente, no que aplicara un castigo irreversible.

—Me gustaría volver al tema —dijo el Irlandés—. Las conversaciones sobre eunucos me ponen nervioso.

Shaw aireó la mano.

—Sí, bueno. —Carraspeó—. Cuando mis socios volvieron del norte con las manos vacías, tuve que husmear entre la correspondencia de Kev. Leí unas cuantas cosas interesantes. Sabía que Kevin tenía antecedentes, pero no que estuviera tan desesperado porque la policía se los perdonase como para hacerme enfadar. Pactó con el jefe del que hablamos a cambio de que le fueran perdonados sus pecados. A Auckland lo sacaron de la cárcel para ir a por ti, Carstairs. Y creo que todos aquí sabemos quiénes son los únicos que pueden perdonar una pena.

—¿Tú? —señaló O'Hara.

—Scotland Yard —corrigió, mirando con los ojos entornados a Bastian. Este no se movió—. ¿Sabes qué? Siempre supe que no servías para este oficio, pero era interesante verte intentando encajar. A veces parecía que ibas a conseguirlo.

Bastian por fin reaccionó.

—¿De qué hablas?

—Eres un héroe frustrado. Cuando algo malo está pasando, siempre nos miras a nosotros, no a los del otro bando —explicó Shaw—, igual que hacen los héroes frustrados.

Marcellus le dirigió una mirada divertida a Bastian.

—No es justo que pienses en Shaw cuando alguien quiere matarte. Deberías hacerlo solo cuando alguien venga a patearte las pelotas.

—¿No se te pasó por la cabeza que la policía estuviera interesada en quitarte del medio, como quitaron del medio a muchos de los nuestros? —inquirió Shaw, ignorando las risas de los demás.

—Míranos —intervino O'Hara—. Todos tenemos tratos con la policía, o nos las arreglamos para conseguir intermediarios que medien entre Scotland Yard y nuestros negocios. ¿Te crees de verdad que nos iba a molestar que trabajaras para ellos?

—A ellos, en cambio, sí es más probable que les molestara tu ambición —concretó el Irlandés—. Ahora lo que tienes que averiguar es quién es el traidor.

—Las cartas están firmadas por el inspector —dijo Shaw—. Ese hombre tan honorable.

—¿El inspector? —Marcellus se reclinó para apagar el puro en un cenicero de cristal—. Es muy amigo mío. Lo será mientras no descubra todo este tinglado, por lo menos. Sí que es honorable; no creo que fuera él.

—Si hay algo que solía sorprenderme, es la capacidad que tiene el ser humano para corromperse. Torres más altas he visto caer —aseguró Shaw—. Y en cuanto a tu esposa... Puede que ella también esté en el ajo. No te puedes fiar de las mujeres cuando trabajas contra la ley.

—Yo diría que son las mujeres las que no se pueden fiar de los hombres que trabajan contra la ley —corrigió O'Hara, con los brazos cruzados. Sonreía de lado.

Bastian frunció el ceño.

—Es imposible que ella esté metida en esto.

Shaw compuso una mueca.

—No me digas que te has enamorado. Sobre eso Marcellus sabe mucho; podríais buscar juntos una cura urgente.

Bastian se levantó, tambaleante. Era demasiada información. Demasiada gente. Pero no la estaba asimilando como lo que era, grave y peligroso, porque estaba rodeado de hombres que sonreían y seguían bebiendo y jugando a pesar de que ni siquiera era la hora del almuerzo. Dentro del pub siempre parecía de noche. Y por eso le dio la impresión de que, cuando se preparaba para llevar a cabo su siguiente movimiento, habían pasado días desde que salió de casa.

—Tomaré cartas en el asunto —anunció. Dirigió una mirada al tenso y sudoroso Kevin, que había estado escuchando con los ojos desorbitados. Casi sintió lástima por él—. ¿Qué le vais a hacer?

—Nada relacionado con la zona testicular, o estos canallas esparcirán rumores sobre mi lado iracundo injustamente —dijo Shaw, pensativo—. Quizá baste una paliza. ¿Qué te parece a ti, Carstairs?

Él se lo pensó antes de decir:

—Deja que se vaya. Es un niño.

Shaw ni pestañeó.

—A mí con su edad ya me habían roto la nariz seis veces.

—¿Y quieres ser como los que te rompieron la nariz?

—Qué cristiano te has vuelto —se rio el Irlandés.

Bastian no esperó a ver qué decisión tomaban. Aunque supiera que eran la peor escoria de la ciudad, prefería no ser testigo de las maldades que eran capaces de cometer contra pobres diablos. No iba a defender a Kevin, pues solo era víctima de un chantaje más y lo único que había hecho, a fin de cuentas, había sido enviar unas cuantas cartas.

Cuando regresaba a casa, repetía para sus adentros el comentario de Shaw. El tipo tenía el claro convencimiento de que las mujeres solo servían para la cama; para lo demás eran el peor peligro vivo. En cierto modo, Bastian lo encontraba halagador para el sexo femenino. A diferencia de Marcellus, O'Hara y el resto, Shaw las consideraba lo suficientemente inteligentes para destruir a un hombre.

Merry no era una excepción. Sabía que era lista. Pero además de perspicaz, una persona capaz de burlarse así de un hombre debía ser malvada. Y ella no tenía ni una pizca de malicia en todo su ser.

O eso creía.

No había dejado de martirizarse con el relato de lady Tremble. ¿Por qué iban a mentirle sus propios sirvientes? No podía ser casualidad que esa historia hubiera llegado a sus oídos cuando Merry parecía haber terminado con él. La cruda verdad era que le importaba un carajo si Merry había formado parte de la encerrona o si estaba compinchada con la policía para hacerlo caer. Solo podía pensar en que Merry no volvería a mirarlo como solía. Y en que, probablemente, no existía forma de solucionarlo.

En cuanto a la historia de Shaw, nadie le decía que no le hubiese mentido para quitarse la diana de la espalda. Nunca se tomaba las molestias de hacer averiguaciones por nadie, y se había empleado a fondo por el misterio de para quién trabajaba Auckland.

Podía ser porque simplemente estaba aburrido. Llevaba un tiempo repitiéndolo sin cesar, llegando a jurar que acabaría matando a alguien solo por entretenimiento. Pero de todos modos era tan sospechoso que Bastian entró en casa sin haber descartado nada aún.

Preguntó a la señora Lambert dónde estaba Merry y le dijo que había recibido una visita en la salita. Bastian reaccionó como si le hubiera dado una patada en el estómago.

Una visita cuando él no estaba en la casa.

El instinto le llevó a casi correr por el pasillo y abrir la puerta de golpe. Se encontró con que Merry hablaba con un hombre alto que hacía

girar un sombrero de fieltro entre los dedos.

Sin pensarlo muy bien, ni tampoco pararse a ver si reconocía los rasgos del caballero, se abalanzó sobre él. Bastian no forcejeó. La ira lo cegó y le asestó directamente un puñetazo en la mandíbula, haciéndolo trastabillar y tropezar con la esquina del sillón. Estuvo a punto de caerse hacia atrás.

Merry lanzó un grito que sacó a Bastian del repentino trance agresivo. Entonces se fijó en que el quejumbroso no era otro que Archer, y que Merry corría a atenderlo con preocupación.

Bastian iba a disculparse cuando observó que la muchacha le hablaba con dulzura. Había dejado a Archer lo bastante turulato para que no pudiera decir nada más que «estoy bien», cuando era evidente en su falta de equilibrio que no lo estaba. Bastian recordó, cada vez más furioso, algunos ejemplos de coquetería con los que Archer había incomodado a Merry hacía no demasiado tiempo. Al menos él pensó que la había incomodado, pero...

¿Y si no lo hizo? ¿Y si le gustaron sus halagos?

—Lárguese de aquí —le espetó Bastian—, y no vuelva a poner un pie en mi casa.

—¡Bastian! —le regañó Merry, con los ojos redondos—. ¿A qué viene esto?

Él no apartó la mirada de Archer, que se tocaba la mejilla herida con dedos temblorosos.

—Informaré a mi superior sobre esto —amenazó.

—Oh, ¿de veras? ¿No le dará vergüenza comentar con sus compañeros que el sucio Carstairs le ha dejado la cara amoratada?

Merry pretendía guiar a Archer hasta el pasillo, pero Bastian la retuvo cogiéndola de la muñeca. Llamó al ama de llaves a voces, que se personó a los pocos segundos; fue ella quien se encargó de quitar a Archer del medio antes de que Bastian se encerrase con su molesta esposa en la sala. Merry intentó girar el pomo y escabullirse, pero él bloqueó la puerta.

—¡Déjame salir!

—¿Qué hacía ese hombre aquí? —Señaló la pared con un gesto brusco de barbilla y avanzó hacia ella—. ¿Qué relación tienes con él?

Merry retrocedía.

—¿Cómo que qué relación tengo con él? Había venido a hablar contigo y...

—No te creo. Eres una mentirosa.

Ella reaccionó como si la hubiera acusado de algo injusto.

—Todas las veces que te he mentado, he acabado confesando que no estaba siendo sincera —se defendió.

—¿Y por qué no eres sincera por una vez, sin necesidad de mentirme antes? ¿Por qué no me dices cuál es el maldito problema?

Merry desvió la mirada.

—Ya te he dicho que...

—No —cortó. La tomó por las mejillas y la obligó a mirarlo—. Dime qué demonios pasa contigo. No voy a permitir que me vuelvas loco, ni que recibas a nadie si no estoy yo presente, ni que te veas con otro hombre cuando sales a la calle.

Merry se puso pálida. Debía haberse reconocido a sí misma en sus palabras.

El ligero optimismo al que se aferró en las últimas horas desapareció. En su lugar afloró una rabia penetrante.

—¿Has estado aprovechando que no estaba aquí algunas noches para meterte en la cama con otro?

—¿De qué estás hablando? —balbuceó ella con un hilo de voz.

—¿Lo amas?

—¿A quién?

—No te hagas la estúpida conmigo. Sé que no lo eres en absoluto. Me han dicho que te vieron no hace mucho con otro hombre en la calle. Que lo tratabas de forma cariñosa. ¿Es Archer?

—No.

El hecho de que no negara las acusaciones le rompió el corazón. La soltó como si su piel lo hubiera quemado y retrocedió un par de pasos, mareado.

Entonces sí la había tocado otro hombre. Sí que había alguien más. Y ese alguien se acababa de convertir en el único.

Le lanzó una mirada velada por el dolor.

—¿Por qué me has hecho esto? —murmuró.

Ella contuvo el aliento.

—Tú tienes al amor de tu vida aparte de a mí: esa mujer con la que vives y con la que te entretienes mientras piensas en otra —dijo al fin—. Pensé que sería justo para mí buscar al hombre de mis sueños en otra parte y mantener nuestra relación como lo que es. El parche de una herida.

Bastian no dio crédito a lo que escuchaba.

—¿De qué estás hablando?

—Me dijiste que amabas a Annelise. Que nunca la olvidarías... Que se te quebró el alma al girarte en esa estúpida boda y ver que era yo, Merry, no ella. —La voz le tembló—. Y yo siempre he sabido que la única cosa que podría destruirme era querer a alguien y que me abandonase.

—Yo no te he abandonado.

—No has dejado de quererme porque nunca has empezado a hacerlo. Pero por un momento yo creí que... Pensaba que podría lograrlo. Que la sacaría de tu corazón —sollozó—. Ahora veo que es imposible. Lo vi claro el mismo día que me casé contigo.

»¿Cómo puedes ser tan egoísta de ofenderte porque yo haga lo mismo que tú habrías hecho?

—Annelise está muerta —interrumpió con voz ronca—. No podría hacer lo que tú estás haciendo a mi espalda.

—¿Y si no lo estuviera? —Merry señaló la pared—. ¿Y si entrara por esa puerta ahora mismo? ¿Me estás diciendo que no la cogerías de la mano y te irías con ella, dejándome a mí aquí, sola?

—Esa pregunta es una estupidez. No va a pasar, Merry.

—Y no hace falta que pase. Prefieres a una mujer muerta que jamás te quiso mucho antes que a una que está viva y te ama —concluyó. Se secó las lágrimas con los dedos—. Sé que me aprecias, pero eso no es lo que yo quiero. He llegado a un punto en el que me duele que me digas que me quieres, porque sé que no me amas como a ella. Y no sé cuándo... No sé a partir de qué momento me convertí en una inconformista, pero no quiero ser el consuelo de un amor que has perdido. Tengo derecho a ser la Annelise de alguien.

Bastian dio un paso hacia ella para evitar que marchara hacia la puerta, pero Merry lo esquivó con facilidad. Notaba el cuerpo pesado, y algo dentro de él lo estaba envenenando. Su boca se negaba a rechazar todas esas afirmaciones, pero una parte de sí sabía perfectamente que no era verdad; que Merry estaba muy equivocada.

—Me voy a Warwick Square —anunció—, y me gustaría no tener que verte.

—Te has vuelto loca si crees que voy a permitir que conviertas cualquiera de mis dormitorios en un picadero.

—¿Vas a impedir que me vaya?

—No va a ser necesario porque no vas a ir a ninguna parte.

Merry lo miraba tan destrozada que se arrepintió de haberlo dicho en cuanto salió de sus labios.

Estaba profundamente decepcionada. Con su matrimonio, con las promesas que había hecho... Saber que se había buscado él solo esa situación lo remató.

—¿De verdad piensas detenerme?

Bastian no contestó.

Claro que no iba a detenerla. Era la primera vez que tomaba una decisión por sí misma y estaría contradiciendo lo que siempre había querido para ella, además de convirtiéndose en alguien que no pretendía ser.

—Te quiero —respondió en su lugar, con la voz cascada—. No sé cómo quieres que te lo diga.

Merry lo miró con tristeza.

—Como si no hubiera nadie por encima.

Bastian ni siquiera se planteó perseguirla. Se vio obligado a verla salir, impotente, cuando una certeza lo atravesó como un rayo.

Fue como si de repente todo lo que llevaba viviendo desde que Merry se cruzó en su camino hubiera cobrado sentido. Todo lo que había sentido. Todo lo que había pensado.

No estaba pidiendo nada imposible. Rogaba algo que ya había sucedido.

—No lo hay —admitió. Para ella y para sí mismo.

Pero Merry no lo escuchó a tiempo.

Capítulo 28



No le había quedado más remedio que mentirle para desaparecer sin levantar sospechas. Había puesto a Bastian en una situación peligrosa y no iba a permitir que nada malo le sucediera, incluso si para evitarlo tenía que inventarse una historia que podría costarle el matrimonio. El mismo Bastian le había dado de qué tirar: gracias a su sospecha respecto al amante, Merry había podido romper todo vínculo y refugiarse en la otra punta de Londres. Cuando la buscaran allí para vengarse después de decidir que no les servía la información que podía aportar, no encontrarían a Bastian. Y eso era lo que importaba.

Llevaba largas horas repitiéndoselo sin cesar. Sí, eso era lo que importaba: su seguridad, su integridad... su supervivencia, y no su relación.

Merry había pasado las últimas semanas siendo atacada por los remordimientos, hasta tal punto que se le hizo imposible fingir normalidad. No lo había tratado mal, pero le había hecho pensar que ya no lo amaba. Que existía otro hombre para ella, cuando eso sería imposible. Incluso que no deseaba sus atenciones.

No se lo merecía. No se merecía al hombre bueno, paciente y respetuoso que la había dejado marchar solo porque eso era lo que ella le pedía. Bastian se había mostrado comprensivo durante la mala racha. No le levantó la voz ni la mano. No la insultó ni le reprochó nada. Y quizá fue en la confianza que él depositó en ella donde encontró en qué sustentar la teoría de que Bastian le venía grande.

Si hubiera sido violento habría sido diferente. Merry se habría marchado precipitadamente y sin decir adiós, convencida ahora de lo que no toleraría bajo ningún concepto. Pero no dejó de demostrar que la quería y todo cuando ansiaba era su propio bienestar. Su generosidad la asfixiaba incluso después de haberse marchado.

No podía dejar de llorar.

Quizá estaba todo perdido.

La consolaba pensar que no había mentido en todo. Se había escudado en su posición respecto a Annelise para marcharse, pero fue sincera en todo momento. Expresar lo que sentía fue como quitarse de encima un peso que tarde o temprano la habría enterrado. A pesar de tener el alma intranquila, ahora notaba el corazón más ligero. Él tenía que saber que, incluso si Owen no hubiera estado en el medio, ella no habría podido soportar ser la segunda por mucho más tiempo.

Nunca pensó que algo casi divino como el amor pudiera cambiarla hasta desarrollar una tendencia tan egoísta como lo era querer ser el centro de la vida de alguien; que la dejaría siempre sedienta de más, como si su alma fuera un agujero sin fondo que nunca pudiera hartarse de caricias. Merry lo necesitaba, y quizá hubiera sacrificado su orgullo por unos cuantos meses más a su lado. Tal vez incluso años. Era muy posible que hubiera acabado acostumbrándose a ser su consuelo. Su segunda opción. Pero una parte de ella habría terminado por rebelarse ante lo que no veía ya solo una afrenta contra su amor propio, como un insulto hacia el que dedicaba a él, sino una injusticia personal.

Eso era lo único de lo que podía alegrarse. De su iniciativa. De su desahogo. Lo demás había formado un tenso nudo que iba haciéndose cada vez más grande en su estómago.

Tenía que hacer algo para solucionar una situación que podría derivar en catástrofe. Y tras mucho meditar a solas en el dormitorio del número quince de Warwick Square, un rostro apareció en su pensamiento.

Estaba tan desesperada por compartir sus preocupaciones con alguien que pudiera ayudar a Bastian, que si bien se lo pensó dos y tres veces antes de echarse a la calle, en realidad tomó la decisión sobre la marcha.

Recordaba la dirección del duque: su residencia en Belgrave Square, la calle más rica de Londres y en la que solo podían permitirse vivir los herederos de las respectivas viviendas aristocráticas. Merry no pensó en lo mucho que desentonaba cuando se dirigía, cubierta, hasta el número en cuestión. Pensaba en que era el único hombre lo suficientemente poderoso para detener cualquier hecatombe. Malorie le había contado suficientes historias sobre él para saber que, como cercano de la reina y su consorte, invitado frecuente en palacio y voz máspreciada de la Cámara, ni siquiera los peores delincuentes se atreverían contra él.

Al detenerse ante la imponente escalinata de mármol, la invadió el miedo a estar equivocándose. Se había aferrado a la impetuosidad y

cabezonería de Bastian para darle una segunda oportunidad al duque, como también en la humildad que demostró en la tienda al ofrecerle otra perspectiva. Pero tenía a Bastian por alguien inteligente. Lo más probable era que todo lo que él sabía fuera todo cuanto debía conocer sobre Nathaniel Blackbourne, lo que lo convertía, sin lugar a dudas, en un inexcusable bastardo. No obstante, Merry se veía en el deber de jugar la última baza. Necesitaba ayuda y, si el duque se la prestaba, podría ser invencible.

El mayordomo la recibió tan inexpresivo como era habitual en los veteranos del gremio. Sin lanzarle ninguna presuntuosa mirada de arriba a abajo, memorizó su nombre y le pidió que esperara en el recibidor antes de anunciar su visita. Merry estaba tan nerviosa que no se fijó en la elegante decoración. Todo lo que le dio tiempo a ver fue un riquísimo mueble de madera pálida donde descansaban un cofre, un florero y un par de guantes femeninos. La nostalgia la invadió al reconocer las rosas «rubor de doncella» que florecían de la abertura del jarrón de porcelana.

—Señora Carstairs —pronunció Sayre, con la voz algo entrecortada. Debía haber bajado las escaleras tan rápido como se lo permitía la obligación de no considerar a nadie más importante que él. Llevaba una bata negra brillante hasta los pies. Se la ceñía a la cintura con movimientos firmes cuando Merry se ruborizó. Él esbozó un amago de sonrisa culpable—. Lamento que tenga que verme de esta guisa, pero vestirme habría hecho que me demorase un rato y me han comentado que quiere tratar un asunto de urgencia.

Ella se esforzaba por recordar todas las lecciones que le había enseñado la institutriz, pero el histerismo la tenía totalmente dominada.

—Así es, excelencia —tartamudeó—. No se preocupe por eso, yo... soy una mujer casada.

El duque cabeceó con aire pensativo. Parecía debatirse entre la mera cortesía y una amabilidad algo más cercana. Terminó decantándose por la segunda.

Hizo un gesto para que lo siguiera a la salita.

Antes de poner en funcionamiento sus piernas temblorosas, Merry captó por el rabillo del ojo una presencia en lo alto de la escalera. No vio el rostro de la mujer, pero sí una larga y densa melena oscura que le sonaba familiar.

Le quitó toda importancia y se sentó justo donde el duque le señaló. Entonces cerró los ojos e hizo un breve recorrido por ese discurso que había ideado en el camino.

—Me pareció entender... —Carraspeó—. Espero no haber malinterpretado sus palabras de hace unos días. Recuerdo que le acusé de algo, y... Dios santo, qué desastre. No consigo ordenar mis frases.

—Puede estar tranquila. No tengo prisa.

Merry lo miró a los ojos en busca de esa disposición a aceptar la culpa que había percibido en su último encuentro. Halló algo muy parecido: la calidez del agradecimiento porque hubiera aceptado su mano tendida.

Cuadró los hombros y le sostuvo la mirada, sorprendida porque aquello fuera a ayudarla a expresarse.

—Mi marido no le tiene en alta estima, excelencia. Y no me gusta cuestionar sus opiniones porque son tan lícitas como otras cualquiera, además de que lo considero un hombre inteligente que raras veces se equivoca. No obstante... —Inhaló con fuerza—, me dio usted una impresión muy distinta a la idea que tenía. De no haberse dado las terribles circunstancias de las que me gustaría ser capaz de hablarle, no estaría aquí: por eso quiero que sepa que no tiene nada que ver con la curiosidad.

El duque cruzó las piernas a la altura de la rodilla.

—Agradezco que sea tan sincera.

—Demuéstrelo siendo sincero de vuelta —pidió—. Excelencia, necesito confirmar que usted se preocupa por mi marido. Cuando lo encontré en la tienda entendí que estaba usted dispuesto a superar su... enemistad. ¿Me equivoco?

—No, señora Carstairs —expuso con suavidad—. Bastian es una persona que ha sido muy importante para mí desde que nuestras vidas se cruzaron. Algunas veces ha sido el villano de la historia, pero en la mayor parte de las ocasiones fui yo quien le dio un trato injusto. Me habría gustado reconocérselo a él, pero no está por la labor y no me gusta importunar a los demás.

Merry asintió, confusa.

—¿Puedo confiar en que lo que me está diciendo es verdad?

Él sonrió sin enseñar los dientes.

—Esa es una pregunta muy ingenua. Supongo que no la convenceré diciendo que sí, pero ya que parece que no tiene otra alternativa que

confiar en mí, ¿por qué no se arriesga y vemos si resulta?

No se equivocaba. La otra alternativa era Archer, que juró acompañarla a la citación pero no le prometió que fuera a encargarse de Bastian más tarde, y era a él a quien quería proteger. Podía recurrir al señor Davenport, pero al margen de que fuese un hombre muy querido por todo el mundo, no estaba segura de que el aprecio de una sociedad hipócrita e interesada fuera una herramienta de poder. A una personalidad como el duque, en cambio, se la respetaba hasta el infinito.

Merry suspiró.

—Dígame qué ocurrió con Annelise. —Sonó imperativa y suplicante—. No hace falta que entre en detalles. Solo... desmienta lo que insinuó que era mentira, o cuente esa verdad que parecía que nos quedaba por conocer.

La pose cómoda de Sayre se resquebrajó un tanto. Era un tema sensible para él, del mismo modo que para Bastian.

—Lo único que puedo decir al respecto con conocimiento de causa —empezó, muy despacio— es que lady Annelise sufría un desequilibrio mental. Uno que derivó en su prematura muerte.

«Algunos dicen que estaba loca... Si eso fuera así, no puedo confirmar, pero tampoco desmentir, que el asunto del duque de Sayre la terminara de desquiciar», había dicho Malorie.

—¿Cómo sé que no fue usted el culpable de eso?

—A día de hoy no sé si soy o no el culpable, señora Carstairs. Solo puedo jurar que, en caso de que lo fuera, nunca le hice daño premeditadamente ni la aboqué a ello. En aquel tiempo sabía que era el objeto de su obsesión y actué con ella con la mayor diplomacia posible para no darle esperanzas ni tampoco razones para perder el juicio. Fui cortés y distante en todo momento, y creo que malinterpretó mi amabilidad porque en una ocasión tuve que explicarle que su amor no era correspondido. Le aseguro —recalcó, mirándola con fijeza— que traté el asunto con la delicadeza que requería. Sus parientes me habían puesto al tanto de que no se encontraba en su mejor momento y no quería trastornarla. Supongo que por eso permití que revolotease a mi alrededor durante tanto tiempo.

—Se dice que iban ustedes a prometerse.

—Eso jamás sucedió, ni tampoco lo habría hecho. Lady Annelise era una mujer bonita y poseía grandes virtudes, pero nunca pensé en

cortejarla, y ni mucho menos desposarla.

—Se dice también... —Carraspeó—, que usted la... Parece que, en el momento de su muerte, lady Annelise no era doncella.

Sayre se permitió mostrar un ligero asombro.

—¿Carstairs cree que me acosté con ella? —Merry asintió, incómoda—. Santo Dios. Eso lo explica todo.

—¿El qué, excelencia?

—Sedujo a una mujer en la que solía estar interesado. Ahora entiendo de qué se estaba vengando —murmuró. Sacudió la cabeza, como si quisiera librarse de un mal recuerdo—. Señora Carstairs, eso que dice no es ni remotamente cierto. Sé que muchos caballeros dejan bastante que desear en este aspecto y no le servirá para descartar sus sospechas, pero en esa época yo estaba interesado en la señorita Grizelda Ainsworth, a quien pretendía cortejar. Mi interés apuntaba en esa única dirección.

—Annelise en persona fue la que le dijo a Bastian que usted...

—Eso es mentira —cortó. Un rastro de ofensa se intuía en la tensión de los hombros—. A pesar de todo, guardo un buen recuerdo de lady Annelise y no me gustaría difamarla con historias que enjuiciarían su valor. Pero tendrá que creerme si le digo que cuento con suficientes relatos para demostrar que, aunque se me presentó la oportunidad de tomarla, no lo hice.

Merry no sabía qué pensar. Solo sabía que no le quedaba alternativa. Quedaban apenas cuarenta y ocho horas para la citación con Owen, y si no ponía a alguien al corriente de a dónde iba y con qué propósito, podría suceder cualquier cosa. Ninguna buena.

—Confío en usted porque no me queda otro remedio. Está en su mano demostrar que mi marido le importa... haciéndome este pequeño favor. Él no sabe que estoy aquí, pero si sucediera lo peor, usted... tendría que hacérselo saber.

El duque arrugó el ceño.

—¿A qué se refiere con que sucediera lo peor?

—¿Está usted al tanto de que hay un grupo criminal buscando a mi marido? —Él asintió—. Me encontraron antes a mí y estoy siendo... chantajeada por uno de ellos. Quieren que les entregue una información que no poseo, y no puedo permitirme no aparecer el día de la citación o de lo contrario... —Lo miró con ansiedad—. Le harán daño, excelencia.

—Voy a necesitar que me ubique algo mejor en la situación para ayudarla.

Merry le contó todo lo que sabía con la esperanza de que se lo transmitiera a Bastian si algo le sucedía.

—Usted conocerá a Bast mejor que yo —murmuró—. Sabrá que es muy terco, que se cree invencible... Necesito que lo proteja.

—¿Y quién la protege a usted?

—Si no tuviera noticias mías pasadas unas horas desde la citación, le ruego que ponga al corriente al señor Carstairs sobre todo esto que le he contado. Podría estar en peligro y no soportaría que le sucediera algo por mi culpa...

—Repito —interrumpió—: ¿Quién la protege a usted?

Merry contuvo el aliento un momento.

—Estoy segura de que nada de lo que puedan hacerme conseguirá destruirme. De todos modos, dudo que me pase algo malo. Y si me sucede... si... —Tragó saliva—. Me gustaría que le dijera al señor Carstairs que permití que creyera que amo a otro hombre para protegerlo. No podía contarle lo que estaba pasando. Y estoy convencida de que mi colaboración con la gente que le quiere ver muerto le habría dolido mucho más.

—Eso lo dudo bastante —replicó con cuidado—. ¿Está segura de que no puede faltar a la citación? ¿De verdad quiere arriesgarse de esa manera?

—El detective Archer me acompañará. Me lo ha prometido. Confío en que podrá detenerlos a todos, pero si no lo hiciera... si ambos acabáramos en problemas... No quiero que informe a Bastian para que acuda en mi rescate. Solo para que sepa que me fui por ese motivo. Para que sepa dónde estoy.

El duque la observó en silencio durante unos minutos. No sabría decir en qué pensaba, pero sus ojos despedían un brillo curioso y casi tierno. Debajo de eso, en cambio, le pareció detectar un rastro de envidia amarga. No de la que llevaba a un hombre a sabotear a otro; Merry reconoció el matiz porque lo había observado en sí misma al mirarse en el espejo. Tenía que ver con el intenso deseo de estar en el lugar del otro. Merry había querido ser Annelise en algunos momentos puntuales. El duque, en cambio, no tenía la menor idea de a quién querría reemplazar.

—No puedo prometerle que no quisiera acudir en su rescate.

—Queda en su mano entonces la tarea de convencerlo. Si es usted tan buen orador como se dice... confío en que logrará persuadirlo.

El duque sonrió.

—Es evidente que no ha conocido el lado más obstinado de Bastian. Le puedo asegurar que nada ni nadie en este mundo, ni siquiera Dios en persona, podría disuadirlo de hacer algo que quiere hacer.

Merry se mordió los labios.

En ese caso esperaba haber estado en lo cierto cuando zanjó que no la amaba lo suficiente. Solo así resistiría la tentación de ir a buscarla.

Capítulo 29



Sabía que lo peor que podía hacer era presentarse en su casa sin avisar. Pero si se aferraba a los aspectos más técnicos, Merry seguramente recordaría que también era su propiedad y tenía todo el derecho a pasarse por allí si se le cantaba. Y estaba dispuesto a usar las escrituras de la residencia de Warwick Square para justificar una visita.

Nunca se había sentido tan mal. Y no solo porque ella hubiera afirmado que lo engañaba con otro hombre, ni porque supiera que en el fondo se lo había buscado tratándola como su premio de consolación. Era algo mucho más simple que eso: la echaba de menos.

Su olor se había pegado a las sábanas del dormitorio, a las paredes del salón, y saber que, si no regresaba, desaparecería con el paso de los días, lo estaba trastornando. Por si fuera poco, veía a Merry en las caras largas de los criados, que aunque no estaban autorizados para ponerse de parte de nadie que no fuera él, tenían muy claro qué —y quién— había causado la repentina marcha de la adorable señora.

A Bastian no le importaba que reivindicasen su opinión. Le parecía justo y correcto ser castigado por su falta de tacto.

Aún no podía creerse lo estúpido que había sido al hacerle creer que valía menos que Annelise. Se consolaba pensando que se expresó mal y por eso ella lo malinterpretó, porque jamás le había pasado por la cabeza nada parecido.

Estaba preparado para enmendar el daño causado. Se había prometido que no se marcharía de la casa hasta que Merry le dijera con claridad si sería sabio guardar la remota esperanza de que todo volviera a ser como antes. A decir verdad, Bastian ni siquiera sabía cómo demonios había llegado hasta ese punto. Un día la recogió con la cara llena de tierra y sangre seca, y otro, no mucho tiempo después, aporreaba la puerta de su propia vivienda hecho a la idea de que lo echarían sin miramientos. Y entre medias se había enamorado de una mujer como se juró que no volvería a hacerlo: no ya solo por penitencia, sino por miedo a perder la cabeza de nuevo. Algo que había sucedido de nuevo.

—La señora ha salido —anunció el mayordomo.

—Y un cuerno.

—Señor Carstairs...

Bastian casi empujó al pobre hombre para abrirse paso. Un aspecto positivo de la irrupción era que se conocía al dedillo la disposición de las habitaciones. El aspecto negativo fue que no le sirvió de nada: aunque empujó todas las puertas y miró hasta debajo de cada cama, no dio con Merry.

—¿Y a dónde ha ido a estas horas de la tarde?

—No dijo nada, señor.

«Está con él», pensó, angustiado.

La ira se fue apoderando de él.

Estuvo a punto de enterrar en preguntas al sirviente. Si había salido perfumada, si se había puesto un vestido bonito, si sonreía emocionada... Creía conocer a Merry de sobra para saber que no era una mujer especialmente coqueta. Pero si se había acostado varias noches con el collar de perlas —casi tuvo que quitárselas contra su voluntad para que no amaneciera al día siguiente con el cuello dolorido—, ¿qué no se pondría para sorprender a su amante?

Su amante.

Bastian apretó los puños y se concentró en la respiración para no arremeter con quien no tenía la culpa.

—Si le sirve de algo, señor —dudó el mayordomo—, me pareció que la señora Carstairs estaba preocupada.

¿Cómo no iba a estar preocupada? Tenía un marido conocido por ser uno de los villanos de Londres, el único capaz de vivir traicionando a los dos bandos enfrentados. Debía pensar que se vengaría de ella a lo grande por haberse atrevido a engañarlo.

—Gracias —concluyó con sequedad.

En lugar de regresar a Chesterfield Street, donde podría descansar sus huesos y meter la cabeza en un lote de whisky irlandés que le había traído el contrabandista del mismo origen, recorrió la ciudad con las manos metidas en los bolsillos.

Dudaba que fuera a cruzarse a Merry del brazo con su nuevo caballero preferido, por eso quizá no fue consciente de que iba escrutando a las parejas con el corazón en un puño. Pero necesitaba un poco de calma, y paradójicamente, el bullicio de la ciudad siempre se lo daba.

Pensó en pasarse por el despacho de Cassidy. Estuvo a punto de tocar a la campanilla. Sin embargo, sabía demasiado bien la clase de sermón que

le esperaba. ¿Cómo se había atrevido a espetarle que no tenía ni idea de lo que era el amor? Era evidente que el que no andaba sobrado de conocimientos sobre las mujeres y su sentir era él; él, que se las había dado siempre de conocer en profundidad la idiosincrasia femenina, había resultado ser un completo fraude.

Cuando volvió a casa, tan cansado que le temblaban las piernas, el ama de llaves le confirmó que el día se había estado reservando la peor sorpresa para aniquilar su ánimo. El duque de Sayre llevaba veinticinco minutos esperando en la sala de visitas, y había dejado muy claro que no pensaba largarse hasta que lo recibiera.

Bastian pensó seriamente en ir a por su revólver y atenderlo como Dios no mandaba, aunque sí las circunstancias. De alguna manera, la señora Lambert consiguió convencerlo de que no sería buena idea. Lo acompañó hasta la puerta para, quizá, asegurarse de que no empuñaba una lámpara en su lugar.

—¿Qué haces aquí? —espetó.

El duque, hasta ese momento perdido en el movimiento callejero que captaba la ventana, se dio la vuelta y lo enfrentó sin expresión. Se había tomado la libertad de servirse una copa de whisky.

—Estoy tan entusiasmado por esta visita como tú.

—Veo que subestimé tu intelecto al suponer que sobreentenderías que no puedes presentarte en mi casa.

—¿A partir de qué palabras o actitud tuya debí sobreentenderlo? No recuerdo que hayamos tenido una conversación en condiciones desde hace una década.

—Precisamente por eso tendrías que haber sabido que no quiero ni verte ni escucharte.

—Créeme, ahora sí que quieres escucharme. No vengo a hablar de mí, sino de algo que te importa.

—Ninguna noticia que portes tú podría importarme.

El duque dejó el vaso sobre la mesilla más cercana.

—Entonces parece que tu mujer estaba en lo cierto cuando decía que no la quieres.

Bastian se quedó un segundo inmóvil. Ni siquiera buscó una explicación racional por la que el duque pudiera haberse relacionado con Merry, a pesar de todas las que existían. Tenía la idea del amante tan

arraigada en el pensamiento que no lo meditó: se lanzó sobre él con un juramento.

Estuvo a punto de arrojarlo al suelo al agarrarse a su camisa, pero el duque no tardó en defenderse y giró a tiempo para restablecer el equilibrio. El recalcitrante odio que había mantenido vivo el vínculo que lo unía a Nathaniel estalló por fin. Bastian se estremeció de pura rabia antes de golpear el que era uno de los rostros más valiosos de Inglaterra.

El duque no se quedó quieto: le devolvió el puñetazo con mucha menos maña, poco acostumbrado a los cara a cara, pero con la suficiente fuerza para que Bastian se mareara.

—¿Vamos a pelearnos como unos estúpidos niños? —preguntó el duque, manipulándose la mandíbula dolorida. Debía haberse mordido la lengua, porque le costó entenderlo al hablar.

—Sería lo justo. Llevo esperándolo desde que era un crío.

—Bastian...

Torpemente, Nathaniel logró esquivar el golpe que le dirigió. No tuvo tanta suerte con el segundo. Bastian se arremetió contra él con tanto ímpetu que los dos cayeron al suelo. Nathaniel gimoteó de dolor, pero hizo el esfuerzo de rodar con Bastian encima para inmovilizarlo. No lo consiguió, y al final claudicó: se enzarzaron en una pelea a puñetazos en la que acabó interviniendo la señora Lambert, a la que le tomó unos cuantos gritos histéricos conseguir que se detuvieran.

Bastian dio por concluido su desahogo cuando le sangraba tanto la nariz que empezaba a asfixiarse. El duque no había quedado en mejor estado. No podía abrir un ojo y se cubría el labio inferior, del que manaba un chorro escarlata.

—¿Estás satisfecho? —le espetó.

Bastian jadeaba sin parar, tendido sobre el costado. Se agarraba el estómago como si fuese a vomitar.

—Eres más hábil de lo que esperaba.

—El boxeo está en auge como noble deporte, pero si hubiéramos usado floretes habría sido el indiscutible vencedor.

—Con pistolas no habrías tenido tanta suerte.

Nathaniel le envió una mirada indescifrable. Brillaba, no sabía si por la lluvia de puñetazos o por algo más.

—No me matarías ni aunque me ofreciera en bandeja.

—Eso no lo sabes.

—Sí que lo sé.

Bastian rodó y se tendió sobre la espalda, exhausto. Clavó la vista en el techo mientras se sacaba la camisa del interior del pantalón y taponaba la herida de la nariz.

Meditó en silencio durante unos segundos que parecieron eternos.

Quizá fuera porque de donde él venía, las discusiones se resolvían a golpes y una vez proclamado el vencedor todo volvía a la normalidad... pero sentía que se había quitado un gran peso de encima.

—Muchas veces he fantaseado con matarte —confesó—. Aun así, puede que tengas razón. Si de veras hubiera querido hacerlo, nada me habría detenido.

El duque estaba en la misma postura, tumbado a su lado cuan largo era y con los ojos perdidos en las vigas del techo.

—Estremecedor —contestó—. Acabo de darme cuenta de que ni siquiera la ley me habría protegido de ti. A fin de cuentas, no parece que le tengas mucho respeto.

—Ni a la ley ni tampoco a tu vida. Ni a la mía —admitió. Ni siquiera era consciente de que se estaba desahogando—. Cuando Annelise murió no tenía nada que perder.

—Eso no es cierto. ¿Qué hay de tus hermanos?

—Dejaron de importarme. Dejó de importarme todo.

»No estoy orgulloso de ello. Tampoco lo estuve entonces. Pero si a raíz de eso decidí buscarme la ruina deliberadamente moviéndome en ambientes poco recomendables... ¿Por qué no dispararte en la puerta de tu casa?

—¿Me lo preguntas a mí? —ironizó—. No lo sé, pero me alegra que no lo hicieras.

—Aún estoy a tiempo.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, los dos se miraron a los ojos.

Bastian recordó cuántas veces le habría gustado olvidar los buenos momentos. Odiarlo le habría resultado más sencillo si su memoria no guardara como oro en paño todas esas veces que rieron juntos y se contaron confidencias. El duque de Sayre le había enseñado a jugar al ajedrez, pero las trampas y la victoria asegurada eran detalles que Nate le proporcionó más tarde. Había existido un vínculo casi familiar entre los dos antes de que el caballero falleciese, antes de que el capataz se

encargara de destruirlo y, años después, ambos, cada uno a su manera, lo rematase.

Cansado por la pelea, por el largo paseo de horas y por lo que no podía controlar, Bastian suspiró.

—Tú ganas —dijo al fin—. Me rindo.

—¿El qué he ganado? Si es otra serie de puñetazos como esos, renuncio al premio.

Bastian le sostenía la mirada con una combinación de desprecio y resignación.

—Si ella te quiere a ti, no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Sabiendo cómo es, dudo que se enredara contigo para fastidiarme. Seguro que la ha estado matando hacerme esto.

—¿Estamos hablando de tu esposa?

—¿De quién si no?

—¿Renuncias a ella sin más?

—Ni se me ocurriría si se tratara de otra clase de mujer. La perseguiría hasta el fin del mundo si eso me prometiera otra oportunidad. Pero es Merry... y eso significa que la tengo que dejar volar. Que debo darle lo que quiera, aunque no sea lo que yo quiero. —Lo miró de soslayo—. Aunque sea, de hecho, lo que más odio.

Nathaniel lanzó un suspiro dramático.

—¿Me has dado una paliza porque crees que me estoy acostando con tu mujer? Meredith no tiene ningún amante, Carstairs. He venido a contarte la verdad y te vas a arrepentir de habérmelo impedido en cuanto la sepas.

Bastian entrecerró los párpados, aunque el bombeo de su corazón envió la esperanza al resto de su cuerpo. Sintió que se le desbloqueaba el pecho y podía volver a respirar.

—¿Cuál es la verdad y por qué se supone que la sabes?

Con mucha dificultad, el duque se incorporó. Logró arrastrarse hasta el sillón más cercano, donde se dejó caer con una mueca de dolor. Si bien después de la pelea Bastian se sentía más humano, no pudo evitar regodearse al verlo destrozado. Él había terminado en peor estado por culpa, y en más de una ocasión.

—La señora Carstairs vino a verme hace dos días. Estaba aterrada.

Al escuchar la palabra «aterrada», todos sus pensamientos vengativos se desvanecieron y en su lugar echó raíces una profunda desazón.

—¿Por qué?

—Por ti.

Nathaniel le contó con pelos y señales cada detalle de la conversación que mantuvieron. La historia del chantaje y cómo ella se había visto obligada a mentirle para protegerlo.

Para cuando Nate había soltado la mitad de la historia, Bastian ya estaba de pie, preparado para salir.

—En principio ella misma ha buscado a quien la proteja —insistió Nathaniel—. Un detective de Scotland Yard que parece ser que estaba investigando quién quería hacerte daño. ¿Archer, puede ser?

Bastian abrió la boca para dar su opinión sobre Archer, pero las palabras murieron en su garganta en cuanto la primera pieza encajó. Recordó lo que Shaw le había soltado a modo de rapapolvos la última vez que se vieron: su primera reacción era echar la culpa a los villanos, cuando en ese caso era muy probable que la policía estuviera detrás de todo. Hizo memoria y llegó a su primer día en Londres después de la travesía de regreso; cuando Archer le increpó que no hubiera notificado la situación a la Policía Metropolitana y le hizo un interrogatorio. No se le escapó tampoco la curiosidad que hizo brillar sus ojos cuando escuchó el nombre de Merry.

—Lo tenía todo preparado —masculló para sí.

—¿Cómo?

Bastian miró a Nathaniel a los ojos.

—Vas a hacer lo que yo te diga.

En lugar de rechazarlo de lleno, el quejumbroso duque se incorporó para prestarle toda su atención.

—No sabemos cuántos agentes están metidos en esto. Yo diría que Archer ha obrado de espaldas al resto de la policía y precisamente ha hecho tratos con criminales para que no lo cazaran, pero nunca se sabe. A lo mejor incluso el inspector está en el ajo.

»Tú tienes trato con el superintendente, ¿verdad?

—Y con el comisario y el ministro. Pero no sé si esto sea de su interés.

—¿No le parecería interesante que un detective de su división policial esté soltando a los peores delincuentes de la ciudad para borrar del mapa a un hombre que trabaja para ellos? El inspector lleva meses subcontratándome y parece muy contento con mi trabajo. Seguramente el

superintendente esté informado de sobra sobre mi incorporación y no le emocione demasiado lo que ha pasado.

Nathaniel cabeceó.

—Visto así...

—Esto es lo que vas a hacer.

Capítulo 30



Merry ya sabía que no sería un viaje agradable, y que la actitud de Owen durante la citación, una vez confesara que no había socavado información relevante, podría volverse violenta. Pero no se le había pasado por la cabeza que pudiera acabar de esa manera.

Archer y ella se habían reunido en una calle poco concurrida para acudir juntos al establecimiento donde hicieran el intercambio. En esos momentos los nervios la carcomieron, pero contaba con ese as bajo la manga: el detective le pondría las esposas a Owen y lo interrogaría hasta descubrir quién estaba detrás de todo.

O eso fue lo que creyó que pasaría.

Archer tenía autoridad de sobra para pararle los pies al delincuente, y era tan agradable y atento que se había sentido incluso comprendida. Hasta unos minutos antes de entrar a la taberna casi abandonada, Merry había alabado la naturaleza de Archer, que a pesar de haber sido vejado y golpeado por Bastian, no tenía el menor reparo en ayudar a su esposa.

Pero justo al cruzar el umbral, alguien le había golpeado la cabeza. Ese alguien que había prometido cuidarle la espalda.

Al abrir los ojos unos minutos después, Merry se dio cuenta del error que había cometido. Y no solo la sensación de ultraje la paralizó; lo que le impedía moverse eran unas pesadas y lacerantes cuerdas que envolvían sus manos, sus tobillos y su cintura.

Miró alrededor intentando mantener la calma. Estaba en una habitación oscura casi sin amueblar. La conversación lejana de un par de hombres creaba un eco que le hizo imposible averiguar de qué estaban hablando.

Fuera lo que fuese, estaba segura de que no era nada bueno.

Intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca. En el relativo silencio, lo único que podía escuchar era su corazón latiendo salvajemente. Se concentró en las sombras, esperando con impaciencia a que alguien apareciese y anunciara qué iba a ser de ella.

Aunque no estaba en su naturaleza dejarse llevar por el pesimismo, esa vez no encontró razones para mantener la calma. Archer la había traicionado y era su única baza, porque confiaba en que el duque se las arreglaría para no guiar a Bastian hasta allí. Y si lo hacía... Solo de pensarlo se echaba a temblar.

No podía permitir que entrara en la boca del lobo.

Le daba igual lo que le hicieran. Estaba curtida de sobra para tolerar cualquier trato y sería sincera al admitir que no tenía la información que buscaban. Ni sometiéndola a toda clase de tortura conseguirían sonsacarle nada de valor.

Pero no quería que Bastian pagara por su estupidez. Porque eso había sido: una auténtica estúpida.

—Veo que ya te has despertado —dijo alguien. Una figura alta y elegante emergió de las sombras. El detective Archer la miraba inexpresivo—. Buenos días, Merry. Espero que no te duela mucho la cabeza.

La barbilla le tembló al escupir un insulto.

—Es usted un traidor.

Archer la ignoró sin más. Arrastró una silla y la colocó muy cerca de ella. Se sentó con las piernas abiertas, de frente al respaldo, y apoyó los codos sobre él. Esto les dio a ambos una perspectiva muy cercana del rostro del otro.

—En cuanto te vi por primera vez supe que no me serías muy útil —admitió en tono relajado. Estiró una mano y le acarició la barbilla. Merry le quitó la cara, pero este no se molestó y simplemente volvió a agarrarla, esta vez sin cuidado alguno—. Y aun así... al final no me has venido nada mal.

—No pienso decirle ni media palabra sobre Bastian —espetó, furiosa—. No importa el daño que me haga.

Archer sonrió.

—No necesito información, querida; *tú eres la información*. —Al verla confusa, la soltó y volvió a apoyarse en el respaldo—. He estado buscando una debilidad de Carstairs cuando la he tenido delante de mis narices todo el tiempo.

Merry lo miró con pavor.

—¿De qué habla?

—Debí haberlo imaginado cuando supe que te tenía trabajando para él. O cuando reaccionó con posesividad al coquetear contigo. Quedó confirmado que eres importante cuando me atacó al vernos a solas.

—No soy la única persona importante para el señor Carstairs —se defendió.

—Pero apuesto lo que sea a que eres la única por la que dejaría la vida que lleva. A fin de cuentas... se casó contigo, ¿no? Se ha comprometido a complacer todos tus deseos.

—¿Y qué quiere de mí? ¿Que lo convenza de irnos de Londres y de que se gane la vida de otra manera?

Archer negó con la cabeza de una manera que le pareció escalofriante.

—Ya es tarde para eso, Merry. Has demostrado ser muy desobediente. Owen te dejó muy claro que no podías contárselo a nadie... y míranos ahora. ¿En qué estabas pensando?

Ella hizo un puchero. Intentó que él no lo viera agachando la cabeza, pero él la obligó a mirarlo cogiéndola por la mandíbula.

—¿En qué estabas pensando? —repitió, muy despacio—. ¿Se lo has dicho a alguien más?

Merry negó con la cabeza de inmediato.

—¿No? ¿De verdad?

—No. Se lo juro.

—Me creo que no se lo hayas dicho a ningún otro agente. Habría llegado a mis oídos. Pero espero que también aplique a tus amigos, porque si me entero de que has puesto al corriente a alguien, tendré que hacerle mucho daño. A él o a ella... y a ti. Sobre todo a ti.

—¿Quiere decir con eso que no me va a hacer daño ahora?

Archer apoyó la mejilla en la palma de la mano.

—Eres adorable, ¿sabes? No me tienta en absoluto ponerte la mano encima. Por lo menos, no con el fin de hacerte llorar. Pero no tengo otro remedio.

Bajo la ansiosa y aterrorizada mirada de Merry, Archer se levantó y retiró la silla. No apartó la vista de ella mientras rescataba la varilla para azuzar a los caballos.

—Goody me ha contado que usaba mucho esto contigo. Nunca te has quejado. Espero que no lo hagas ahora, porque si gritas... Tendré que darte más fuerte.

—¿Por qué hace esto? —balbuceó ella—. No hay ninguna necesidad. No hay...

—Claro que sí, querida. No conseguiste cumplir con tu deber, así que no me dejas otro remedio que emprender el plan de repuesto. ¿Quieres que te cuente de qué va?

Inhaló y exhaló mientras se golpeaba la palma con la vara para medir el impulso del azote.

—Voy a dejarte unos cuantos moratones. Quizá te rompa el labio, o un brazo, o te arranque parte del pelo. Algo que conmocione a tu marido. Y después te soltaré para que vayas y le cuentes que te han hecho esto por su culpa, y que si no rompe su relación con la policía... puede que la segunda vez que te agarre no vivas para contarlo. O tal vez sí vivas, pero te aseguro que no te quedarán ningunas ganas de hacerlo.

Merry pestañeó para contener las lágrimas. Odiaba su repentina sensibilidad, cuando no hacía demasiado tiempo, habría agachado la cabeza y soportado el dolor sin replicar. Odiaba que Bastian la hubiera obligado a abrir los ojos y ser testigo de la crueldad de la gente. Pero sobre todo odiaba saber que le rompería el corazón al aparecer herida; odiaba haber tardado tanto en darse cuenta de algo que era evidente para todos. Para Malorie, para el duque, para Archer... Ella era mucho más que importante. Mucho más que especial. Era, tal vez... la única. Y no solo lo había traicionado, sino que le había hecho daño con sus mentiras.

Intentó convencerse de que se merecía los golpes de Archer. Por embustera. Por traidora. Por mala esposa. Pero toda ella se negó y mantuvo la barbilla alta, aun sabiendo que mostrarse orgullosa y en contra del castigo no serviría para nada.

Merry recibió el primer golpe en la mejilla. Fue tan crudo y salvaje que por un momento pensó que perdería el conocimiento. El mareo la habría tirado de la silla si no hubiera estado atada.

Cerró los ojos y se preparó para el segundo, pero en el silencio entre un golpe y otro, escuchó con claridad que alguien cargaba una pistola. Merry abrió el ojo que no palpitaba y contempló con horror lo que tenía ante sí.

Bastian estaba detrás de Archer y lo apuntaba directamente a su nuca con el cañón del revólver.

—Suelta eso o te vuelo la cabeza.

Merry se estremeció, no sabía si de miedo o de genuina ilusión. Al recordar que Archer no estaba solo, sino que Owen esperaba alguna

complicación para salir, ese alivio desapareció de un plumazo. Archer también sabía que no podría hacer nada contra él. Sonreía como un canalla cuando se daba la vuelta, manos en alto, y lo enfrentaba.

—Nunca he tenido el placer de verte en acción —comentó—. Debo admitir que tu cara de loco es bastante inquietante, aunque no como se cuenta por ahí. Tus amigos te llaman *Beast*.

—¿Y cómo te llaman a ti? Para encajar en la picaresca hay que buscarse un apodo.

—Yo no trabajo en la picaresca. La picaresca trabaja para mí.

—Debería haberlo supuesto. En la policía os pagan unos dieciséis sucios chelines a la semana a cambio de estar todo el día de pie. Yo también me apuntaría a un empleo alternativo para pagarme los caprichos.

—Me sorprende que seas más comprensivo conmigo ahora que conoces mi lado menos civilizado.

Bastian esbozó una sonrisa demoníaca. Seguía sosteniendo el revólver sin que le temblara la mano. Su decisión al apuntarlo con un arma mortal y su tono sereno le recordaron a aquella mortífera frialdad con la que la atacó por la espalda.

—No estoy siendo comprensivo. Estoy ganando tiempo —apuntó, enigmático—. ¿Qué tienes contra mí? ¿Tanto te han dolido mis desaires?

Merry no podía ver la expresión de Archer, pero se figuraba que, a pesar de llevarle ventaja, estaba frustrado.

—Tú mismo lo dijiste cuando hablamos aquella vez.

—Ambición y codicia —recordó—. ¿En tu caso es ambas?

—Y tal vez un poco de justicia.

—¿Hacerle daño a la esposa de alguien, una mujer inocente, te parece una manera de hacer justicia? Curiosa forma de verlo. Si no fueras un sucio cobarde tal vez podríamos haberlo resuelto en un duelo. Pero supongo que no podías arriesgarte a que te metiera un balazo en el cráneo; era mejor no tentar a la suerte dada mi reputación como disparador, ¿no?

Hubo un breve silencio. Bastian empujó más el cañón de la pistola contra su sien.

—¿Cuál era tu objetivo...?

Tal y como Merry había temido, Owen apareció por la espalda, también armado con un revólver. Observó, horrorizada, la cadena de amenazas de muerte que se formaba ante sus ojos.

—Suéltala —ordenó Owen, quien no estaba tan familiarizado con la pistola. Le temblaba la muñeca y sudaba tanto que la camisa se le había pegado al pecho.

Merry se contuvo para no romper a llorar al ver que Bastian cerraba los ojos y murmuraba un juramento. Comprendió así que no tenía un plan secundario, y que probablemente moriría allí por su culpa.

Se vio obligado a obedecer. Alzó las manos en señal de rendición.

—No hagas ningún movimiento brusco... —seguía diciendo Owen—, y ni se te ocurra gritar.

—¿Ya está? ¿Esto es todo? —inquirió sin entonación—. ¿Vas a matarme?

—Así es. ¿Y sabes a quién vamos a culpar si se le ocurre abrir la boca? —Archer apuntó a Merry con la cabeza—. A nadie le sorprendería. Todos han visto cómo te volvías loco con el asunto del amante.

Archer se agachó y cogió el arma de Bastian.

—Viniste hasta aquí con tu propio revólver, decidido a matarla por haberse acostado con otro hombre... y ella, en un alarde de fuerza y maña, consiguió arrebatártelo antes de que dispararas. Se defendió del abominable Bastian Carstairs, que resultó ser tan violento en casa como solía serlo fuera. Tus amigos del hampa te aplaudirán.

—Mis amigos del hampa tienen mucho más respeto por la vida que tú.

—Eso lo dudo. A fin de cuentas, yo no soy el que ha estado años en la cárcel. ¿Cuántos pasó ese tal Shaw? ¿No lo llaman Seven, por las veces que se escapó de Marshalsea siendo solo un adolescente? ¿Y Malone, conocido por romperle el cráneo a los que le tosían entre rejas? ¿Qué me dices de O'Hara? ¿De ese no abusaron en Newgate cuando aún era un crío?

—Ese tono despectivo no hace menos evidente que los admiras. ¿Quieres ser como ellos y crees que matándome lo conseguirás? ¿Que te aceptarán en su selecto círculo? Ya te aviso que es imposible entrar.

—Por supuesto que no quiero formar parte de ese club de asesinos. Lo único que quiero es ser inspector.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—El inspector está a punto de dejar su puesto. Ya ha cumplido los cincuenta y quiere retirarse para estar con su familia. ¿Y a que no sabes a quién se le ha ocurrido promocionar? A ti. A una rata de cloaca que se divierte con los criminales que llevamos años persiguiendo —escupió—.

No te mereces el afecto que te profesa, ni lo mucho que te admira. No te mereciste que te contratara.

Bastian lo atendía sin ocultar su asombro.

—¿Qué te hace pensar que, si no me tiene a mí, te promocionará a ti?

—Soy el segundón —siseó—. Y lo soy por tu culpa. Yo era el más grande de los agentes antes de que tú llegaras, ¿sabes? No se me escapaba ningún caso. Ninguna pista. Y ahora eres tú quien se lleva los aplausos.

La mano de Archer tembló, igual que todo él, cuando plantó el cañón del revólver en su frente.

—No te puedes imaginar el placer que me produce saber que te voy a quitar del medio. Apuntaste demasiado alto queriendo formar parte de Scotland Yard y ahora lo vas a pagar.

Todo sucedió muy deprisa. Merry gritó para pedir ayuda, la pistola se disparó y Bastian se arrojó al suelo. Owen, nervioso y sobrepasado por la situación, soltó el revólver. Al retroceder unos pasos, dio con el cuerpo de un hombre grande y con presencia, que iba acompañado de la figura aristocrática que Merry conocía de sobra. Ambos portaban sus respectivas pistolas.

Archer se quedó paralizado.

—Inspector —balbuceó.

Merry se encogió bajo una mirada severa que no iba dirigida a ella. El inspector era un hombre tan alto que debía verlos a todos como si fueran simples hormigas. Lo único que revelaba su edad eran unas pinceladas plateadas en las pastillas, además de las marcadas arrugas de expresión en los ojos. Por lo demás, era un hombre sano y atractivo al que se le notaba que había visto suficiente para no temer el paso en falso de un cobarde.

—Al final no has traído al superintendente —apuntó Bastian, aún sobre el costado—. ¿Tan difícil te resulta obedecer mis malditas órdenes?

El duque encogió un hombro.

—No ha quedado tan mal. Por lo que he oído, es hasta poético que sea el inspector quien lo detenga.

—Me ofende que no confíe en mi competencia —comentó el susodicho, antes de avanzar hasta el inmóvil Archer. No bajaba el arma, pero parecía que el detective le temía más al hombre en sí que a la posible bala.

—Y debería ofenderse. Llega usted unos minutos más tarde y no vivo para castigarlo por su impuntualidad.

—Había mucho tráfico —respondió quedamente. Sacó del bolsillo unas esposas—. No tengo por qué decir las palabras de rigor. Seguro que se las sabe usted de memoria.

Archer balbuceó algo ininteligible mientras el inspector, sin alardear, se lo llevaba donde lo esperaban un grupo de agentes policiales. Owen había sido previamente detenido por otro par, y el resto examinaba la abandonada taberna en busca de posibles cómplices.

Merry se dio cuenta de que no había respirado en los últimos minutos. Cogió una gran bocanada de aire y buscó a Bastian.

Lo encontró sentado en el suelo, a sus pies, afanado en romper las cuerdas. Al ver que no podía hacerlo con sus propias manos, se desesperó y sacó una navaja que ocultaba en el calcetín.

Veinte segundos después, Merry acallaba todas las voces que la llamaban traidora y se arrojaba a sus brazos.

Quiso decirle que lo sentía, pero tenía la garganta atascada y le dolía tanto la cabeza, la mejilla y el resto del cuerpo que no encontró las fuerzas.

—Tranquila —susurró contra su pelo—. Ya se ha acabado.

Capítulo 31



Bastian se mesaba el pelo distraídamente mientras los agentes terminaban de hacer las preguntas de rigor. No le habían permitido estar presente cuando cuestionaran el secretismo de Merry, y eso lo había trastornado durante los primeros veinte minutos. Esperaba que no se les hubiera ocurrido hacerla sentir mal por su elección, aunque él fuera el primero que no entendía por qué demonios se lo había ocultado.

—Temía por tu vida y tenía miedo de decepcionarte.

Bastian, que hasta entonces apoyaba los codos en los muslos, se incorporó para lanzar una mirada desdeñosa al duque. Este había insistido en acompañarlos a casa, donde el médico podría atender a Merry con la mayor discreción y presteza.

En cualquier otra circunstancia, Bastian lo habría despachado como a un perro pulgoso, pero en vista de su heroica intervención no sentía que tuviera el menor derecho a menospreciarlo. Además: estaba tan cansado por lo sucedido, tan profundamente preocupado, que, en el fondo, tener a su enemigo a unos pasos de distancia le animaba a guardar la compostura y mostrarse tan imperturbable como le gustaba parecer.

Pero Nathaniel sabía tan bien como él que solo era eso. Una apariencia. Algo fingido. Ninguno de los dos podía mentirle al otro.

Se había quedado para hacerle compañía, y Bastian lo había permitido porque la necesitaba.

—¿Qué dices? —masculló Bastian, frotándose la cara.

—Me imagino lo que pasará por tu cabeza. Te estás preguntando por qué Meredith se guardó información tan importante.

—No sabes qué pasa por mi cabeza.

—Desgraciadamente para ambos, lo sé demasiado bien —apostilló. Permaneció en silencio un instante, como si no estuviera seguro de seguir hablando—. Quizá este no sea el mejor momento para discutir...

—No, no lo es.

—...pero aun así creo que lo justo sería aclarar aquí y ahora algo que, de manera indirecta, ha causado parte del revuelo.

Bastian lo miró de soslayo. Notaba los músculos doloridos por la tensión acumulada, y el sudor, ahora seco, le había dejado la ropa húmeda y la piel pegajosa. Se sentía derrotado a todos los niveles y no tenía fuerzas para enfrentarlo con la animosidad habitual.

Aun así, lo intentó.

—¿Qué diablos quieres de mí, Sayre? —suspiró—. Y sea lo que sea, ¿por qué no te largas y vuelves cuando todo esté más calmado?

—No creo que te encuentre más calmado de como estás ahora.

Bastian volvió a suspirar. Se reclinó en el asiento, rendido, y cerró los ojos un instante. Estiró las piernas hasta que le crujieron las rodillas. Por un momento solo escuchó el latir de su corazón, que no parecía haberse enterado aún de que lo peor había pasado. Tal vez porque, en el fondo, eso no era cierto. Le quedaba por enfrentar a una esposa a la que había decepcionado y que lo había decepcionado a él al ocultarle la verdad. Y le quedaba resolver un asunto que llevaba arrastrando desde la tierna infancia.

Despegó los párpados lo justo para que Sayre fuera una mancha borrosa en el sillón opuesto.

—Agradezco que escucharas a Merry cuando fue a verte —tuvo que decir a regañadientes—, y que me hicieras el favor cuando te lo pedí. Nos has salvado la vida a ambos y eso es innegable. Pero quiero que quede clara una cosa.

Pegó la barbilla al pecho y lo miró intensamente.

—No te he perdonado y no pienso hacerlo jamás. Has hecho mi vida miserable de todas las formas en que se puede hacer miserable a alguien, y eso no lo voy a olvidar por muchas buenas acciones que emprendas. En lo que a mí respecta, me parece que solo has actuado como debías actuar para no convertirte en un cabrón peor de lo que ya eres. No has arreglado nada, solo has hecho un buen intento por compensar la balanza.

—¿Todo esto es por Annelise?

Se le hizo extraño oír el nombre en sus labios. Había pasado tanto tiempo que todas esas sensaciones que creyó olvidadas lo inundaron lentamente. La desesperación, la culpa, la pena. Pero ya no eran tan

desgarradoras como solían. No eran más que un eco de lo que una vez fueron.

—Ni siquiera deberías atreverte a pronunciar su nombre —masculló a la defensiva—. Después de lo que le hiciste... de lo que nos hiciste a ambos. Siempre has disfrutado quitándome lo que me importaba.

—Ya me puso tu esposa al corriente sobre la idea que tienes de mí —expresó con suavidad. Ladeó la cabeza—. ¿De veras crees que yo tuve alguna culpa?

La sangre le hirvió.

—¿Vas a tener el descaro de negar lo evidente? Annelise me dijo...

—Annelise estaba loca, Bastian —cortó con firmeza. Él se quedó algo aturdido al escucharlo—. Toda su familia lo sabía e intentaban actuar con la mayor prudencia posible para no desencadenar una crisis... que igualmente la tuvo, como pudiste observar.

No permitió que tal afirmación le hiciera flaquear.

—Por tu culpa —espetó—. Era una mujer sensible y, después de acostarte con ella, le dijiste que nunca la amarías.

Nathaniel se incorporó.

—Jamás le puse un dedo encima, ¿me oyes? Jamás —deletreó—. Y le dije, con todo el tacto del mundo, que lo nuestro nunca llegaría a buen puerto porque no la amaba. ¿Es eso por lo que vas a odiarme eternamente? Por el amor a Cristo, Bastian, usa la maldita cabeza para algo que no sea adornar. ¿Has olvidado cuántas veces le has dicho eso tú a una mujer?

Bastian le retiró la mirada. El corazón le latía desbocado; era la sutil manera que tenía su cuerpo de decirle que, en el fondo, sabía que estaba siendo sincero. La sensibilidad de Annelise siempre rayó en la extravagancia, igual que su comportamiento y la enfermiza obsesión desarrollada por el duque.

Pero no quería escucharlo.

—Debería darte vergüenza difamar el nombre de una mujer que murió de amor por ti —murmuró.

—Quizá murió de amor por mí —aceptó, en tono seco—, pero no la maté yo. No voy a permitir que pongas sobre mis hombros una culpa que no tengo. Bastante he tenido yo estos últimos años cuestionándome si no podría haberlo evitado casándome con ella.

Bastian levantó la cabeza, asombrado por la fiereza de su reclamo. El duque lo observaba fuera de su acostumbrada imperturbabilidad. Solo por

un segundo, Bastian pensó que tal vez ambos habían mantenido esa extraña afinidad incluso durante la peor de las tragedias. Pensó que había vivido tan desgarrado como él mismo.

Pensó que, quizá, se había equivocado.

—¿Era eso lo que querías? —continuó él—. ¿Que me casara con ella? ¿Que le entregara mi vida a una mujer que no quería? Tú me conoces. Sabes mis inquietudes desde que era un muchacho. No quería acabar con mi maldito padre, casado por obligación con una mujer que odiaba y bebiendo los vientos por una mujerzuela fuera de su alcance.

Bastian entornó los ojos sobre él.

—Vuelve a hablar así de mi madre bajo mi techo y te juro que te daré otra paliza.

—Lo siento. Tienes razón. —Y sonó sincero—. Pero no podía hacerme eso a mí mismo, Bastian. No puedes culparme por querer lo mejor para mi propia vida, ni tampoco llamarme egoísta. Para mí, eso no es ser egoísta.

—¿Y qué es, entonces?

—Pretender que alguien renuncie a lo que tiene para quedártelo tú, o bien arrebatarse algo a otra persona por puro capricho —Le lanzó una mirada elocuente—, justo lo que tú querías hacer con Annelise.

—¿De qué hablas?

—Llevas años cubriendo tu intenso deseo de hacerme infeliz con el cuerpo de una pobre mujer. Ahora veo que no eras consciente de ello, que de veras crees que alguna vez la amaste, pero eso no lo hace menos despreciable.

»Nunca, jamás, te has fijado en una mujer noble —cortó. Sostuvo su mirada sin pestañear—. Te fijaste en ella porque estaba en mi casa el día que nos cruzamos. Te obsesionaste con ella porque pensabas que era importante para mí... y porque yo era importante para ella. Fantaseabas con hundir mi imagen delante de Annelise y conseguir que te amara para reivindicarte. La usaste para intentar vengarte. Eso eres tú, Bastian Carstairs.

Él respiraba con dificultad.

—No me puedo creer que te atrevas a cuestionar mis sentimientos por ella. —Prácticamente lo masticó—. He estado años llorándola. Años castigándome. Años añorándola.

—¿Puedes decirme algo que amaras de Annelise? ¿Puedes contarme algo que hicierais juntos que no tuviera que ver conmigo? —inquirió en

tono curioso—. Quizá llegaras a sentir aprecio por ella. No era difícil. Annelise era... —Clavó los ojos en algún punto de la pared— una criatura insólita. No he vuelto a encontrar semejante dulzura. Pero no te engañes a ti mismo. Sé que no es sencillo; yo también pensé que la quería porque pasé mucho tiempo lamentando su muerte. Al final terminarás dándote cuenta de que solo te sentías culpable, igual que hizo el villano que tienes delante.

Bastian fingió que no tenía el menor interés en responder cuando, en realidad, no sabía qué decir.

Lo peor de todo era tener que reconocer que no mentía. Había crecido con Nathaniel Blackbourne, y cuando no estuvo a su lado, siguió sus pasos tan cerca que, aun en la sombra, paladeó sus derrotas —más bien pocas— y maldijo sus victorias. Si aquella no fuera la verdad, la cruda, intragable y aplastante verdad de la historia, no se habría pronunciado.

Porque podía tener muchos defectos. Cientos de defectos. Miles. Pero no era un mentiroso.

—¿Quién, entonces, se acostó con ella?

—¿Importa? Ya nunca lo sabremos. De lo que estoy seguro es de que alguien se aprovechó de ella.

—¿Y puedes culparme de haber creído que fuiste tú, cuando no solo me lo dijo, sino que sabía de buena tinta lo bien que te lo pasas arruinando a los demás?

Le expresión relativamente tranquila del duque fue sustituida por una modestia que no le sentaba bien.

—Hablas de lo que pasó antes de que te marcharas a Londres.

—Hablo de los latigazos que me dieron por tu culpa.

Nathaniel lo miró con humildad.

—No tengo excusa para eso.

—¿Y si tuvieras que inventártela? —lo azuzó.

Él se lo pensó antes de suspirar.

—Era un niño malcriado y verde de celos que acababa de perder a su padre. Uno que nunca lo quiso ni lo miró como quería y miraba al mozo de cuadras. Al mozo de cuadras —repitió, con una sombra de sonrisa amarga.

—El mozo de cuadras era tu maldito amigo.

—En algún punto entre el funeral de mi padre y el día en que te fuiste, dejaste de ser mi amigo y te convertiste en el bastardo de Sayre. El capataz tenía muy claro por qué te apreciaba tanto, y desde su llegada hasta tu

marcha, se dedicó a recordarme que mientras tú estuvieras ahí, mis bienes, mi nombre y todo cuanto tenía peligraría.

—Soy hijo de Gideon Carstairs, reconocido por él mismo y por mi madre en su lecho de muerte. Y yo jamás podría haberte quitado nada.

—Lo sé. Sé ambas cosas ahora, después de años de obsesiva investigación. Pero supongo que, en su momento, no era capaz de criticar los cuentos que me vendían como verdades... y daba la casualidad de que esas mentiras respondían muchas preguntas que siempre me hice. Me llené del mismo resentimiento que tú cuando perdiste a Annelise —confesó—, y quería hacerte pagar por ello.

»Lo único que puedo decir en mi defensa es que nunca supe que te castigaban con latigazos por mis travesuras hasta que lo vi con mis propios ojos. Entonces me arrepentí.

—Te arrepentiste —repitió lacónicamente—. Supongo que, viniendo de un duque, es la máxima expresión a la que un pobre como yo puede aspirar.

—Lo lamento —repitió de corazón—, pero al igual que todo hijo de vecino, creo que deberías dejar el pasado atrás y mirar hacia delante. Tienes una mujer buena que te adora, una familia, fortuna, y Dios te guarde, aliados tan problemáticos como poderosos. La vida te ha sonreído... quizá incluso más que a mí.

Bastian estaba preparado para rebatir eso, y para comentar, en tono irónico, que solo podía permitirse dar esos consejos porque no era el que tenía la espalda rajada. Pero mantener el orgullo y las garras en alto no iba a compensar el rencor que llevaba oscureciendo su vida desde hacía más de una década. Bastian no solo sentía que había llegado al límite de su aguante, sino que tendría que soltar ciertas cargas para poder agarrar algo más sano y hermoso. Con el alma llena de desprecio y recuerdos agrios no se podía amar a nadie como merecía.

Volvió a cerrar los ojos.

«Te fijaste en ella porque estaba en mi casa el día que nos cruzamos. Te obsesionaste con ella porque pensabas que era importante para mí».

«Al final terminarás dándote cuenta de que solo te sentías culpable».

Nada más y nada menos que lo que Cassidy llevaba abanderando desde que supo del aciago destino al que la propia Annelise se abocó.

Nathaniel tenía razón. No podía recordar un solo momento hermoso vivido a su lado. No sabría decir qué le gustaba de ella; quizá todo el

atractivo que le vio a primera vista fuera, justamente, su relación con Nathaniel, un hombre al que le obsesionaba destruir. Pero no se habría dado cuenta de que aquello no era amor si Merry no hubiera aparecido para iluminarlo.

¿Qué era el amor, al final? ¿Era ese sentimiento oscuro y retorcido que llevaba a un hombre a la ofuscación, el que convertía su vida en una miseria infinita... o lo que la llenaba de esperanza?

Bastian se sujetó la cabeza con dedos temblorosos. Le iba a estallar.

—Creo que la quise —murmuró—, pero en un tiempo en el que solo sabía odiar. Quise morir con ella... Quizá porque en el fondo siempre supe que la utilizaba para llegar a ti y eso me hacía igual de culpable, pero no quería verlo.

—Todos cometemos errores y actuamos con malicia en algún momento de nuestra vida. Una parte de ti es oscura y cruel —le dijo—, pero yo no la desprecio ni la castigo, porque yo también poseo una parecida... y porque sé qué te hizo así. Yo te hice así.

»Aun así, creo que ya has pagado suficiente por tus pecados. Ya puedes dejar de vivir como si ser pérfido fuera tu única naturaleza.

—¿Qué sugieres que haga? —preguntó, sin tanta ironía como le habría gustado.

—Abandona tu trabajo como cazarrecompensas. Vete de aquí —propuso—. Siempre has amado el campo y no debes olvidar que te metiste en el mundo de la picaresca porque necesitabas una excusa para que alguien te castigara. Porque querías desaparecer. Eso ya no es así.

Bastian le echó un vistazo exasperado.

—Detesto que sepas tanto de mí.

—*Ídem.* —Y cabeceó con elegancia.

Vaciló antes de retomar la cuestión, dudoso.

—No voy a pedirte disculpas por lo sucedido con lady Brenda. En su momento lo sentí legítimo. Lo único que lamento fue haberla perjudicado a ella. No creo que a ti te importara demasiado.

Nathaniel lanzó una mirada al techo.

—Era perfecta para mí. Y que se enredara contigo solo la hizo más perfecta.

Bastian soltó una carcajada.

—Dios santo, eso es algo que solo tú podrías decir.

—Es la verdad. Somos dos caras de la misma moneda. Yo no habría tardado ni media hora en acostarme con otra mujer. Me molestó que ella lo hiciera antes, y me molestó también darme cuenta de que no soy mejor.

Bastian esbozó una sonrisa nostálgica.

—Siempre aparece alguien que hace que nos veamos tal y como somos.

—¿Y tu esposa es ese alguien para ti?

«Su esposa».

Asintió primero sin pensar, y después sabiendo que era sincero. Por fin, su consciente e inconsciente estuvieron de acuerdo en algo.

—Todo esto solo lo hizo por ti, Bastian —le recordó.

—Pues vamos a tener que mantener una conversación muy seria al respecto, porque no entiendo qué le hizo pensar que imaginarla con otro hombre me iba a sentar mejor que su colaboración con Archer.

—Supongo que pensó que eras un hombre corriente con las justas prioridades.

—Lo que denota que no conoce en absoluto al lunático con un salvaje desorden preferente que tiene de marido.

—Claro que te conoce. Lo que la hizo dudar fueron tus sentimientos. No sé en qué demonios pensabas al decirle que nunca la querrías como a Annelise.

—Esas palabras jamás salieron de mi boca.

Nathaniel alzó las cejas.

—Empiezo a pensar que las mujeres interpretan los mensajes a su conveniencia.

—Merry no es de esas —suspiró.

Quejumbroso por los efectos de la pelea, se levantó y se dirigió a la salida.

—¿A dónde vas?

—A pedirle un favor a Shaw. Sospecho que para aclarar esto necesitare un poco de magia.

Capítulo 32



Llevaba horas sin saber de Bastian. El único dato que le había proporcionado la señora Lambert era la hora a la que salió, y que no tenía la menor idea de cuándo volvería.

Eso la preocupaba por las posibles razones. Era evidente que Bastian estaba enfadado. O mucho peor... *decepcionado*. Y no podía culparlo porque, a fin de cuentas, había maniobrado a su espalda haciéndole sentir culpable por su cambio de actitud. Merry no quería ni imaginarse cómo se habría sentido ella en su lugar.

Durante las primeras horas, después de contarle al inspector lo poco que sabía, Merry estuvo dando vueltas como un tigre enjaulado. Cada vez que oía unos pasos por el pasillo o el chasquido de una puerta, se detenía en seco y esperaba, con el corazón en un puño, a que Bastian apareciera de repente. Pero no lo había hecho. Llegado cierto punto, se sentó en el borde de la cama, decidida a esperar cuanto fuera necesario.

Lamentablemente, la tensión había podido con ella. Tan solo unos minutos atrás, se había puesto a llorar de pura agonía, decidiendo al momento que lo mejor sería marcharse. Era obvio que Bastian no quería ni verla, que su dulzura al encontrarla maniatada se debió en exclusiva a la extrema situación, y ella no quería que se sintiera incómodo en su propia casa. A pesar de que nunca la había gustado estar sola, y menos ahora que amaba la compañía de quien dormía al otro lado de su puerta, no iba a poner las cosas difíciles. Si Bastian no la quería allí por sus mentiras, se marcharía. Y no se llevaría consigo ni el collar, del que le costaba separarse por todo lo que significaba —que él la escuchaba cuando hablaba, y lo hizo incluso esos primeros días en los que era reacio a entablar una mínima relación cortés—, ni el traje de boda: ese precioso vestido que le recordaría que una vez tuvo la oportunidad de ser feliz. Se iría tal y como llegó. Con las manos vacías y el alma satisfecha por haber encontrado la verdad y el amor... aunque ahora lo hubiera perdido.

Era un total contrasentido porque Merry sabía que tampoco sería feliz mientras Annelise estuviera en su pensamiento. Ni en el suyo, ni en el de Bastian. Y él se negaba en rotundo a soltarla.

Eso supuso un alivio mientras arreglaba la habitación para dejarla tal y como estaba, a pesar de que cualquiera de los destinos que se abrían para ella eran igual de frustrantes.

—¿Qué estás haciendo?

Merry dio un respingo. Se giró rápido, con el corazón martilleándole en el pecho, y enfrentó a un Bastian desconfiado.

Ya lo había notado en el viaje de regreso a casa, después de la traumática experiencia, pero a la luz de los candelabros, su rostro parecía más amoratado. Sentía que solo mirándolo le estaba haciendo daño. Ella no tenía mejor aspecto; el doctor le había asegurado que la rojez del ojo no sanaría hasta pasada una semana.

A pesar de los moratones, Merry se encogió al cruzarse con su mirada brillante.

—Estaba... Estaba haciendo mis maletas.

En lugar de montar en cólera o alegrarse, reacciones que habría esperado en él, Bastian asintió conforme.

—Bien, porque eso es justo lo que quiero que hagas. Mañana a primera hora nos marchamos.

Merry se quedó estática.

—¿A dónde?

—Al campo.

—¿Quieres que... quieres que yo vaya contigo?

—¿Qué pasa? —Ladeó la cabeza, algo irritado—. ¿De repente te molesta que cuente contigo para hacer un viaje? No suena a algo que diría o sentiría la Merry que conozco.

Ella se retorció las manos en el regazo. Notaba las palmas sudorosas.

—Yo te... Bastian... —balbuceó.

En un solo par de pasos, Bast recorrió la distancia que los separaba y ahuecó su mejilla sana.

—Escúchame —la cortó—. Resulta que ha venido el Diablo a iluminarme: hace tiempo me preguntaste qué iba a hacer contigo y no lo he visto claro hasta ahora.

—Va a dejarme —dedujo.

—Eso jamás. Te prometí lo contrario, ¿no es verdad? ¿Merry? — Esperó a que ella asintiera—. Bien.

Ella lo miraba sin comprender, y también embobada por la determinación que demostraba.

—Pero te he traicionado.

—Yo también a ti. Te he traicionado con el recuerdo borroso de una mujer que nunca he querido y nunca querré como te quiero a ti —confesó humildemente. Merry sintió que se le cortaba el aliento—. Si hay que llamar a las cosas por su nombre, el tuyo va que ni pintado: eres la alegría de mi vida. Quererte ha sido lo único que me ha resultado fácil en este mundo, y es un alivio porque estaba cansado de tantas piedras en el camino. Si me perdonas... nunca dejaré de dar gracias a Dios por haber decidido tropezar contigo.

—¿P-por qué tendría q-que perdonarte? Yo te engañé, y me casé contigo sabiendo que no podría darte un hijo, y...

—Claro que me darás un hijo. Gracias a una fuente fiable, o así le gusta considerarse, sé que Goody no podía concebir. Tendremos una gloriosa descendencia si es lo que quieres —le prometió. Cambió el gesto amable por uno más severo—. Y respecto al engaño, ya sabes que soy un hombre vengativo...

Merry se mordió el labio y asintió, resignada.

—No me dejas otra opción que desquitarme dándote todos los besos que me has negado estas últimas noches.

—Pero eso no sería un castigo —susurró.

—Yo nunca te voy a castigar, Merry. Creí que lo había dejado claro.

Ella volvió a asentir, esta vez más tranquila.

—Si me quieres a pesar de haber sido quien, indirectamente, te volvía a hacer daño —retomó, recorriendo con la mirada la mejilla hinchada—, quiero que hagas tus maletas y vengas conmigo a Durham.

Le costó ocultar su entusiasmo.

—¿A Durham? ¿Para qué?

—Recibí una herencia y tengo una casa interesante por la zona.

—Oh, eso es... es maravilloso, pero... pero tú adoras Londres...

—Adoro más la idea de tenerte a salvo. No voy a volver a descuidar a la reina —juró—, ni cuando juegue al ajedrez, ni cuando la vida real parezca un juego de estrategia.

Merry estaba abrumada. Habría dicho que sí a cualquier cosa que él hubiera propuesto, pero aquello sobrepasaba cualquier expectativa.

—He hablado con mis socios del East End y coinciden en que quien no es feliz siendo el villano, debe buscarse otra ocupación. Ahora pretendo ocuparme de ti. Y de una finca —añadió—, pero de ti sobre todo.

—Una finca —repitió—. ¿Con animales?

—Así es.

—¿Y flores?

—Siempre.

—¿Es bonita?

—La veremos juntos.

—¿Cuándo nos vamos?

Bastian sonrió.

—Cuando te hagamos la última parada en el viaje que te prometí al Londres que me enamoró.

—¿Qué última parada?

Él la cogió de la mano y la guio a la ventana principal del dormitorio. El simple tacto de su mano áspera la alivió profundamente. Estaba allí, a su lado, y no se iba a mover. Y ella estaba ahí, en su corazón, y nunca tendría que mudarse. Se lo había prometido y Bastian jamás juraba en vano.

Merry se asomó entre las cortinas, curiosa, y volvió a sobresaltarse cuando un estallido de colores tiñó el cielo oscuro. Al principio gritó, asustada por si eran cañones, pero ese rastro brillante que la explosión dejó, como si de estrellas cansadas se tratase, fue demasiado hermoso para tratarse de un aviso de guerra.

—¡Fuegos artificiales! —exclamó, fuera de sí. Dio un salto y se abrazó a Bastian, que aunque se quejó por lo bajo por el dolor, correspondió enseguida el gesto—. ¿Los has traído para mí?

—¿Para quién si no?

—¿Dónde los has conseguido...? Oh, Dios mío, ¡mira cómo brillan!

Bastian sonreía tanto como se lo permitían las mejillas hinchadas.

—Tengo los contactos adecuados; para que luego digan que hacer tratos con los delincuentes del East End nunca trae nada bueno.

Merry retiró la vista un instante del espectáculo exterior. Se derritió al contemplar los destellos que emitía su mirada afectuosa.

—¿Qué te ha traído a ti?

Bastian la besó en la sien.

—Lo que para mí es máspreciado: tu sonrisa de vuelta.

Epílogo



—Bast, ¿has visto el juguete de Tommy?

Bastian levantó la vista de la partida de ajedrez que estaba jugando con Arian. Las carcajadas que su hermano había provocado con una historia reciente sobre uno de sus trabajadores se cortaron de golpe. Con el ceño arrugado, le echó un vistazo a Merry de arriba a abajo.

—¿Se puede saber por qué no estás vestida todavía? Salimos en veinticinco minutos para Beltown Manor. ¿Lo recuerdas? —Dudó—. Te lo dije, ¿verdad?

Ella asintió y entró en la habitación con las manos retorcidas en el regazo.

—Sí... Me lo dijiste y lo recuerdo, pero me he entretenido buscando por todas partes el muñequito de Tommy y se me ha pasado el tiempo volando. Tenemos que encontrarlo, Bast.

—¿Es que el muñequito de Tommy no puede esperar?

—¡No! ¿Es que no lo oyes? —preguntó, exasperada—. Lleva media hora llorando y no se calmará hasta que se lo dé. Ya sabes que le están saliendo los dientes y lo necesita para morderlo.

Arian esbozó una sonrisa divertida.

—¿Habéis tenido un hijo y no me he enterado?

—Se refiere al perro —contestó Bastian.

—¿Tu esposa habla de ti en tercera persona? La mía también lo hace cuando se enfada.

Bast fulminó con la mirada a Arian y se levantó.

En esos momentos le gustaría no tener ni un can al que mimar y alimentar, ni un hermano al que soportar prácticamente todos los sábados. Ese en concreto se había pasado por la residencia rural de Bastian para recordarle que iban a recibir a Florence Marsden, una de sus cuñadas, esa misma tarde. El recibimiento incluiría un baile por el reciente compromiso de la joven con nada más y nada menos que el marqués de Kinsale, lo que tenía entusiasmada a Merry: por fin iba a tener una excusa para bailar y ponerse un vestido bonito.

O al menos así había sido hasta que Tommy, el dichoso perro de agua recientemente adoptado, había reclamado toda su atención.

—A ver —suspiró—, ¿dónde lo viste por última vez?

—¿A Tommy?

—No, al muñeco.

—No lo sé. Lo arrastra por aquí y por allá... Lo están buscando todos los empleados, pero esta casa es enorme.

Ni Merry ni él terminaban de acostumbrarse a la impresionante mansión neoclásica, pero ambos confiaban en hacerlo más pronto que tarde. Por el momento, y tras solo unas semanas de adaptación, estaban terriblemente perdidos. Y las travesuras del cachorro no ayudaban a que se ubicaran.

Bastian inspiró hondo.

—Ven conmigo.

Le pidió a Arian que aguardara donde estaba y se dirigió a la primera habitación que se le ocurrió. Allí era donde había visto por última vez el juguete de Tommy, ese muñecajo andrajoso del que no se había desprendido desde que llegó a la casa.

El pobre animal estaba siendo apaleado por un grupo de salvajes del pueblo cuando la señora Carstairs lo había visto. Enseguida se había apiadado de él, y no contenta con darle un techo, lo cuidaba como si fuera su propio hijo. Bastian sabía por qué: a pesar de haberle jurado que el estéril de la pareja siempre fue Goody, Merry no estaba del todo convencida, y su deseo de ser madre era tal que estaba dispuesta a estrenarse como tal con el perrito.

—Le duele mucho, Bast —susurraba Merry—. No sé si es buena idea que me vaya cuando está sufriendo de esa manera.

—Si no puedes hacer nada por él quedándote aquí, ¿para qué sacrificarte? —Vaciló al ver su mueca de preocupación. Se detuvo justo delante del despacho principal y la miró directamente—. Si no quieres que vayamos, no pasa nada. No conozco a lady Florence más que de una ocasión y a ti ni siquiera te la han presentado. Además; aunque lady Clarence me haya perdonado, no se sabe si su hermana lo hizo también.

—Yo sí quiero ir. Pero Tommy...

Bastian abrió la puerta y se quedó un momento parado bajo el quicio. Sintió la mirada dudosa de Merry sobre él incluso cuando cerró los ojos para ubicarse en un recuerdo no muy lejano. Había pasado parte de la

noche del día anterior poniendo en orden algunos asuntos de la finca; horas sumergido en los números con la inestimable compañía del pequeño y ruidoso Tom. Recordaba haberle pedido que hiciera menos ruido al roer el juguete sin el menor resultado, hasta que se levantó, harto de molestarlo, y se fue. Entonces abandonó el muñeco en...

Bastian abrió los ojos y fue directo al biombo de la esquina. Lo corrió con seguridad y metió la mano detrás de una pequeña banqueta almohadillada. No demostró la escrupulosidad de los miembros del servicio al coger el trozo de arpillera babeado y tendérselo a Merry.

—Dios mío. ¿Cómo lo has sabido?

—Recuerda que me dedicaba a encontrar cosas. —Sonrió, distraído, al ver que ella se abrazaba al muñequito. Le acarició la mejilla con los nudillos—. Otras cosas, en cambio, me encontraron a mí.

»Ahora... ¿Harías el favor de vestirte, o acaso no quieres bailar conmigo?

Merry lo miró atribulada.

—Aún no bailo tan bien como para hacerlo contigo. Quiero practicar hasta ser una profesional.

—No necesitas ser una profesional.

—Pero quiero sorprenderte.

Bastian sonrió con ternura y le quitó el juguete de las manos. Lo dejó sobre la banqueta y la tomó de la mano y la cintura para guiarla al centro del despacho. Apoyó la mejilla contra la de ella y la abrazó con firmeza.

—Entonces vamos a ensayar ahora —susurró, cerca de su oído—. A mí tampoco me vendrá nada mal... estoy un poco oxidado.

Merry entrelazó las manitas a su espalda antes de recordar cuál era la postura habitual durante el vals. Fue a soltarse, a regañadientes, cuando Bastian se lo impidió.

—Me gustan más las formas de baile libre en las que puedo coger a mi pareja como me apetece.

—¿Y cómo te apetece?

—¿Cómo te apetece *a ti*? —replicó.

Merry cruzó las manos sobre los riñones de Bastian, apretándose tanto contra él que, cuando se rio, su aliento salió entrecortado. Así reclamaba su lugar de forma muy evidente.

Estiró el cuello hacia él, reclamando un beso. Enseguida le fue concedido.

Bastian hundió los dedos en su pelo con la intención de ladearle la cabeza y profundizar. Una nueva presencia carraspeó para captar su atención, y no les quedó otro remedio que separarse.

—Señor Carstairs, un mensajero acaba de traer esta carta de Londres —dijo el mayordomo—. Dice que es urgente.

Bastian se acercó para cogerla.

—Para mí una urgencia es un hombre desangrándose en la entrada. Lo demás lo atenderé como y cuando me plazca. ¿Ha quedado claro, Fiennes?

El mayordomo asintió. Bastian le dio una palmada en el hombro y cerró la puerta de un puntapié en cuanto desapareció en el pasillo. No le quedó otro remedio que rasgar el sobre y sacar la pequeña nota que habían escrito a mano.

Al leer el mensaje, se debatió entre la sorpresa, la carcajada y la preocupación.

—¿De quién es? —preguntó Merry, asomada a su hombro.

—¿Por qué no lo averiguas tú misma?

Ella titubeó antes de tomar el papel como si fuera una reliquia antigua y fuera a deshacerse entre sus dedos. No sin antes enviar una mirada inquieta a Bastian, carraspeó y se preparó para leer:

«Estimado Bastian:

Sé que entre bucólicos paisajes no echarás de menos la ruina industrial, y me disculpo por tener que arrancarte de los brazos de tu esposa, pero tengo un problema que solo tú puedes resolver.

Se llama Malorie Sutton y me está volviendo loco.

Necesito que me ayudes a encontrarla. Tenemos unos asuntos pendientes.

Sinceramente tuyo,
Cassidy Davenport».

Nota de autora



«La belleza es para los hombres sin imaginación» es una modificación de la frase «Dejemos la belleza a los hombres sin imaginación», atribuida a Marcel Proust (1871-1922). Es un autor que, como ya se ve, nació mucho después de la época en que se sitúa esta historia. Espero que se me perdone la licencia, igual que la de llamar Turandot al caballo de Bastian. Cierto es que la ópera *Turandot* (1917) está basada en una anterior de Carlo Gozzi, *Turandotte*, (1762), pero me gustaba más la versión inglesa del nombre que la italiana y creo que quedaba mucho mejor.

El teatro *Miranda's Grace* es de mi invención, y de hecho se verá a menudo en otras novelas de mi autoría. Los demás mencionados, *Drury Lane* y el *Haymarket Theatre*, sí que existieron.

Scotland Yard es una metonimia de la Policía Metropolitana de Londres; uso ambos términos de forma indiscriminada para no caer en la repetición, pero se refiere a lo mismo.

Asimismo, quiero recordar que la mayoría de los personajes que salen son gente humilde, y por ese motivo me he tomado la libertad de meter palabras y expresiones vulgares que no son muy comunes en las novelas de este corte justamente por la clase de protagonistas que tienen —condes, duques; señores bien—. Bastian, al igual que sus amigos y hermanos (salvo Cassidy), pertenece a los bajos fondos y por esto pueden encontrarse vulgarismos y palabras propias de un lenguaje más «coloquial».

Gracias por acompañarme en esta segunda entrega de «Los Hijos de la Infamia». Si te ha gustado, no dudes en dejar una reseña, compartirlo en tus redes o comentarlo conmigo en Twitter o Instagram, donde podré responder también tus preguntas respecto a personajes secundarios o próximas publicaciones.

Nos veremos tan pronto como Cassidy decida iluminarme.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

[Nota de autora](#)

^[1] Significa «alegría»